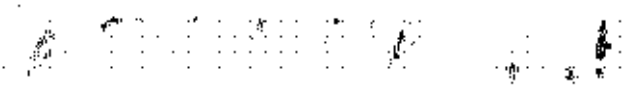


R-43561

LA VÍBORA,

NOVELA DE JULIO LACROIX,

POR EMILIO DE TAMARIT.

TOMO I.

SEVILLA.—1849.

Imprenta de Gomez, Editor, calle de la Muela número 32.

gubremente en los grandes astilleros llenos de buques.

Un hombre, jóven al parecer caminaba embozado en una larga capa parda, cubriendo su cara con el embozo, ora para noser conocido, ora para librarse del fuerte y glacial cierzo que soplaba.

Este hombre, que de vez en cuando volvia la cabeza para observar si era seguido de alguien, paróse ante la pequeña puerta oscura que daba entrada á la casa habitada por mistress Cook. Empujó con fuerza la verja de madera, que al abrirse, hizo un ruido semejante al que produce un repique de campanillas; é internándose despues en un lóbrego y oscuro pasadizo, subió apresurado una escalera tan estrecha y raida que parecia escalera de mano. Llegó á la tercera habitacion y llamó de una manera estraña, á una puerta sobre la cual habia una pequeña y grosera figura de relieve, que parecia la reproduccion en miniatura del jigantesco cuadro que se ostentaba en la calle.

La puerta se abrió, y una muger de cincuenta años poco mas ó menos, vestida con

una miserable bata de seda y un raido sombrero de color de rosa, preguntó qué se le ofrecia.

—Por Dios mistress Cook, estais acaso ciega ó absorta que no reconoceis los parroquianos. Dijo el personaje embozado. O por ventura no me esperábais?

Mistress Cook pareció quedarse un poco turbada.

—Dispensad, caballero! Dispensad... balbuceó haciéndole seña de que entrase y se sentara en una butaca forrada de terciopelo de Utrech, llena de manchas y girones.

El Caballero así le llamaremos en lo sucesivo, pues mistress Cook no le conocia por otro nombre! cerró bruscamente la puerta y se dejó caer sobre la vieja butaca de terciopelo con un aire materialmente cómico.

—Vamos!... vamos! qué diantre mistress Cook, alegraos un poco! Teneis una cara que amedrentaria al mismo diablo! Cualquiera os tomaria por un sepulturero de Hamlet!... Sin embargo, querida mistress, la sepultura no es vuestra especial ocupacion... muy al contrario, lo es la cuna...

Pues bien! tanto mejor! os vamos á dar esta noche que hacer!...

—Caballero, respondió mistress Cook algo agitada. No sé por qué, pero teneis un aspecto que me pone la carne de gallina!... ah! os ruego que no me metais en algun mal negocio... Los agentes de policía ya me tienen entre ceja, y á la menor sospecha no dejarán de asirme por la cófia.. y entonces, bien sabeis, Caballero, que cuando una vez se ha tenido la desgracia de caer en las garras de esos animales, ya es tarde cuando se sale de ellas!...

—Mejor dirias, mistress Cook, que nunca se sale del todo! respondió el Caballero riendo á carcajadas. Pero tranquilizaos, no trato de comprometeros; la cosa es muy sencilla, y salvo una pequeña circunstancia casi insignificante, no hareis esta noche otra cosa mas que lo que haceis ordinariamente.

—Sí, si, no lo dudo Caballero... pero esa pequeña circunstancia que os parece tan insignificante, me disgusta en estremo. Decid, no podriamos cambiarla con cualquiera otra cosa?

—Imposible, mistress Cook, imposible! Ya hace tiempo que os puse mis condiciones: entonces érais dueña de rehusar ò admitir Habeis aceptado, mistress Cook; y ahora es fuerza que cumplamos nuestro convenio. Por otra parte, que yo sepa, no debeis tener queja alguna; os pago con harta generosidad y en verdad que encontraria mil comadres que aceptarian á ojos cerrados.

—Ah! Caballero, replicó lloriqueando, mistress Cook; con los ojos cerrados, no lo dudo... pero con los ojos vendados! Sabeis que es cosa terrible no saber por donde se va, ni que camino se lleva!

El Caballero no dió respuesta alguna; pero apartando con una mano un pliegue de su capa, golpeó su bolsillo que produjo un sonido claro y metálico.

Esta respuesta era harto significativa; mistress Cook comprendió toda su fuerza, toda su lógica.

=Ah! buena muger, dijo el Caballero con aire de indiferencia; haceis mal en apuraros así. Qué diantre! no pretendo violentar á nadie; y si os arrepentís del contrato pacta-

do, aun es tiempo. Suponed que nada os he dicho; que no sabeis nada... y á la verdad, que no es gran cosa! Suponed esto, digo... mistress Cook, y... buenas noches...

Esto diciendo, levantóse de la butaca el Caballero; y embozándose con perfecta franqueza en su larga capa, tomó una postura teatral y casi magestuosa.

—Hasta la vista mistress Cook! dijo con galantería un tanto irónica. Esperanza, que este año al menos tendreis gran cosecha. Rogad á Dios que bendiga todos los humeneos en esta hermosa ciudad de Lóndres. De hoy mas, empero, no me conteis á mi entre vuestros clientes.

Y haciendo sonar al mismo tiempo su bolsillo lleno de oro, se dirigió con indiferiencia hácia la puerta, pero mistress Cook acustada y pálida á la idea de perder proporcion tan buena, corrió en pos de él y le detuvo cogiéndole de la capa.

—Eh! eh! madama Putiphan se arrepiente! dijo el caballero riendo. En verdad que seríais muy tonta en rehusar tan provechosa ocasion, mistress Cook! nada mas senci-

llo que lo que os pido. Si hay algun disgusto, algun peligro en este asunto á mi solo es á quien amenaza: vos no sois mas que un instrumento pasivo; ni aun sabeis quien os conduce ni á casa de quien vais; y hareis un servicio en favor de la humanidad, que os será recompensado con buenos luises de oro.

—Es cierto, es cierto, dijo mistress Cook que sentia desvanecerse poco á poco sus escrúpulos. Imbécil! iba á rehusar lo que no puedo en modo alguno la humanidad se opone á ello! Pero decidme; Caballero, á qué vendarme los ojos? Es una precaucion bien inútil; temeis que os haga traicion?...

—Dios me libre de tener semejante pensamiento, mistress Cook. Ya se que sois una honradísima muger de todo punto incorruptible; pero no importa, me veo obligado á obrar con vos como si tuviese el mayor recelo del mundo. Este asunto no es cosa mia; de el depen le el honor de una familia entera, y debeis conocer, mistress Cook, que en tan críticas circunstancias no están demás cuantas precauciones se tomen.

—Ah Caballero, comprendo, dijo mistress

Cook con una espresion de temor. Alguna jóven que ha cometido algun desliz!... ó bien alguna muger casada que aprovechándose de la ausencia de su esposo...

—Vamos, vamos, mistress Cook no os quebreis la cabeza en congeturas inútiles. Que esa muger sea ó no casada poco os importa! no es esa la cuestion. Lo que habeis de hacer es cumplir exacta y rigurosamente me entendeis! las órdenes que os he dado. Cuidado, mistress Cook. No omitais nada, añadió con aire sombrío y casi amenazador. Suceda lo que suceda, ni un grito, ni una palabra, ni un gesto! Permaneced impasible, muda y sorda!

—Ah Caballero, perdonad, no me queda una gota de sangre en las venas!... Ciertamente preveo que va á suceder alguna cosa horrible... Por ventura es algun asesinato?...

—Chit!! mas bajo, mistress Cook! dijo solemnemente el caballero estendiendo el brazo hácia la puerta y ajustándolas con precaucion. Os pueden oir, y entonces si que podria ocurrir cualquiera desgracia!

—Una desgracia? bien veis que tenia razon Caballero!.... Quién sabe, el hermano ó el marido quizá vendrán de repente á echarse sobre mi y me matarán!

¡Local mas ¡que local esclamó el Caballero dando una fuerte patada en el suelo. Al fin me hareis perder la paciencia. Vamos, pronto decidios; ¿si ó no? Pensad mistress Cook, que cuando haya pasado el dentil de esta puerta, será punto concluido, ó me obedeceis sin restriccion, ó no volvereis á verme: Elegid!

Mistress Cook, á despecho de su terror, no queriendo dejar perder una cantidad que dificilmente ganaria en seis meses, prometió al caballero hacer absolutamente todo lo que le mandase.

—Ea, pues, mistress Cook! El pacto queda cerrado entre nosotros. Pero esta noche, cuando yo vuelva á buscaros, cuando sepais una parte de mis secretos, ya no será tiempo de volver atrás. Soy de un carácter liberal y pródigo como lo veis; pero no sufro que nadie se burle de mi Id con cuidado, buena mistress Cook! vaya adios! dentro

de una hora á mas tardar, estad preparada!

El caballero salió. Mistress Cook quedó entregada á mil reflexiones confusas y lúgubres; flotando de incertidumbre en incertidumbre, ora se congratulaba, ora sentia amargamente haber aceptado el pacto misterioso que le proponia un hombre absolutamente desconocido. Sin embargo, quien quiera que fuese, era generoso y rico. Mistress Cook lo sabia ya, y la recompensa que le habia sido prometida, debia esceder con mucho á la que habia recibido de antemano.

Mas si mistress Cook estaba convencida de la estrema liberalidad del caballero, no podia sin embargo desconocer que este personage debia ser inflexible en ciertas ocasiones y que seria peligroso escitar su cólera.

—Es singular! esclamó estremeciéndose la pobre comadre, hace treinta años que ejerzo y nunca me ha sucedido semejante aventura!... ah! Dios mio! Dios mio! Si fuese á meterme en un negocio infame! ... Ese Caballero tiene á veces un aspecto tan terrible! Frunce las cejas y mira de reojo cuando se contradice su opinion... ¿Quién dian-

tre puede ser? De seguro algun señoron que se oculta; si, pondria las manos en el fuego! Pero no es esto todo; ¿que interés puede tener en este parto?... Es chocante! Reflexionemos un poco; es el hermano el padre, el marido, ó el amante?.. no hay duda, es uno de los cuatro... Si, apostaria mi sombrero de color de rosa, ó la muestra que tengo en la calle!.. Pero oh Dios mio, esclamó con espanto, si no fuese el padre ni el hermano, ni el marido, ni el amante! Yo tiemblo!

Esa escursion á estas horas, en coche, con los ojos vendados! Podria ser un malhechor un cirujano que quisiese hacer esperimentos en mi pobre cuerpo!.. ah! Si, si.... Hace algun tiempo, que lances semejantes suceden todas las noches en Lóndres!... Es un *estrangulador!* un estrangulador! que me quiere disecar! y mistresss Cook abismándose mas y mas en esta horrorosa idea, se persuadió que el pretendido caballero era algun cirujano de mucha fama que queria despedazarla viva, para estudiar la circulacion de la sangre.

No iré! no iré! esclamó con desesperacion.

Voy á pedir socorro.. á llamar á la justicia. Y mistress Cook acababa de abrir la puerta con precipitacion, cuando se encontró frente á frente con el Caballero...

—Vaya á buena hora! dijo, ved aquí lo que se llama ser exacto! Al propio tiempo empujó levemente á mistress Cook! hácia dentro. La comadre dió un grito. Jesus que nerviosa sois mistress Cook! dijo el caballero con impaciencia. Cuidad de conteneros un poco, lo que mas nos conviene es silencio!.. Vamos pronto, poneos un manton; tomad todo lo que os sea necesario, y partamos; el coche está á la puerta.

Mistress Cook permanecia inmóvil en medio del cuarto; pálida, azorada, se oian crujir sus dientes agitados por el temblor.

—Y bien! dijo el Caballero cruzándose de brazos con donaire, os ha atacado de repente la paralisis? Dareis lugar á que os lleven?

—Dejadme! dejadme! gritó la pobre mistress, con una voz sorda y temblorosa, no quiero seguiros... no quiero ser víctima de vuestros esperimentos!... marchad, cirujano bárbaro! Bastantes cadáveres hay sin el mio!...

—Vaya! indudablemente esta vieja maldita se ha bebido dos botellas de ron! dijo el Caballero riendo con aire siniestro. Qué significa esa gerigonzas de cirujanos y cadáveres? aquí no se trata de hacer una autopsia, qué diantre! bien sabeis para lo que os quiero!

—Sí, sí, demasiado lo sé por mi desgracia! respondió la comadre reclinandose sobre el ángulo de un viejo baul que contenia toda su vajilla, quereis hacer en mi un curso de anatomía..... despedazarme..... disecarme como á ese pobre deshollinador que tenia una ardilla y dos ratas blancas!.... y despues que hayais hecho todos vuestros estudios, metereis mi pobre carne en un saco... y lo arrojareis por la noche al Támesis!... yo no quiero! no quiero!... idos cuanto antes ó pido favor!...

—Psit poco me importa; dijo el desconocido frunciendo las cejas de una manera estraña, está loca arrematada!...

—Ah! conque es una locura! es una locura el no dejarse disecar!

—Basta de necedades! interrumpió el Ca-

ballero sacando de su faltriquera un bolsillo que parecia estar bien provisto. Mirad lo que hay aquí dentro: quereis ó no quereis seguirme?

—No quiero, no, guardad vuestro bolsillo!...

—Ah! conque no quereis? pues bien, yo os haré querer! Recordad lo que pactamos hace una hora: habeis aceptado mis proposiciones, ahora ya no es tiempo de mudar de parecer: el tiempo urge; y se nos necesita. Hace una hora me hubiera sido fácil buscar otra, actualmente es imposible. Venid.

—No, no jamás! esclamó mistress Cook con desesperacion. Antes morir en este cuarto... Pero sin ser despedazada!... El desconocido comprendió al fin á mistress Cook. Con efecto, en el espacio de tres ó cuatro meses, se habia cometido en la ciudad muchos asesinatos misteriosos; se habian encontrado en muchas cloacas, pedazos de cadáveres, y todo inducia á presumir que las víctimas habian sido vilmente asesinadas mientras dormian, para venderlas á los cirujanos que no podian proporcionarse cadáveres en los hospitales.

—Ah! ah! me gusta la idea! dijo el Caballero con una carcajada fúnebre; vaya una coqueta endemoniada! Si creerá que con su sombrero de color de rosa y sus cincuenta años está su carne todavia bastante fresca para ensayar en ella el escapelo de un jóven de mi edad! ah! ah! Delicioso! encantador!. Entretanto guardad la bolsa... no es esto tambien original eh! os pago adelantado.

—Mistress Cook temblando hasta la médula de sus hu sos, sacudió violentamente su baul, produciendo un ruido lamentable y hueco: eran los vasos, platos y fuentes que chocaban unos con otros.

—Voto á.....! mistress Cook dijo el Caballero con tono amenazador, os habeis propuesto dispertar á todo el vecindario? mas me hubiera valido buscar á otra. Pero ya no es tiempo. Vamos! vamos no me atroneis mas los oidos! Yo aguanto todo lo que puedo andando!..... las dos suenan.....

—Y como mistress Cook perseverando en su terrible suposicion, pidiese socorro, el desconocido asiéndola bruscamente por el brazo, la puso una mano en la boca, y des-

pues sacando del bolsillo de su capa una pistola montada, dijo con voz sorda y firme.

—Mistress Cook, basta de chanzas, vais á seguirme..... escuchad: estais loca en todas vuestras congeturas: os juro que nunca me ha pasado por la cabeza haceros el menor daño. Todo el resultado de vuestros trabajos será dinero; pero os lo repito fuerza es seguirme..... y silencio! ó sois muerta! al primer grito, os salto la tapa de los sesos! Mistress Cook, paralizada de terror, y juzgando que toda resistencia seria inútil, hizo seña al Caballero de que estaba pronta á seguirlo.

—Muy bien! abrigaos solamente con algun manton... en el coche os pondré la venda.

La comadre obedeció; y levantando las manos al cielo en ademan de súplica, bajó la escalera siguiendo á su guia.

Un coche de alquiler parado delante de la casa, aguardaba; la portezuela estaba abierta, el estrivo caido. El desconocido hizo subir á mistress Cook al coche; despues sacando de su faltriquera una larga venda cubrió los ojos de la comadre.

El coche partió á galope y se perdió rápidamente en un laberinto de callejuelas oscuras y tortuosas.

I.

Un buen consejo.

—Os suplico, querido capitan, dijo Mr. Philipps saliendo del salon, que veais lo menos posible á ese jóven: creedme, acabará por ofender la reputacion de miss Amelia. Como siempre, mi querido Philipps, dijo el capitan apretándole la mano, usais una severidad inflexible, nada perdonais á la juventud; pero no importa, seguiré vuestro consejo: veo que es una amistad sincera la que os guia, y que el interés que os tomais

por mi nieta, es el solo sentimiento que os anima.

Tornaron á darse un apreton de manos, y el capitan se entró en el salon.

—Sir Cárlos Movvbray era mas que septuagenario: sin embargo, conservaba aun toda la fuerza, todo el ardor de la juventud: multitud de arrugas surcaban su frente, pero un fuego estraordinario brillaba en sus rasgados ojos de un azul apagado. No obstante, las fatigas de una vida activa y guerrera, su cuerpo se mantenia derecho y firme llevaba la cabeza erguida y todo, tanto en su persona como en su andar, anunciaba una salud robusta; con dificultad hubiera podido encontrarse semblante mas franco é ingénuo: una sonrisa llena de bondad animaba continuamente sus labios, y de vez en cuando paseándose, tarareaba alguna vieja tonadilla, ó alguna antigua cancion de soldado, que recordaba despues de mas de cincuenta años. Todo su placer, toda su distraccion, consistia en leer por la mañana las doce columnas jigantescas del periódico, sin dejar nada, desde las primeras letras del ti-

tulo, hasta el nombre del impresor, y leyendo con frecuencia dos veces una misma línea; pero lo que mas le llamaba la atencion en esta lectura, era, sin duda alguna, las grandes noticias políticas, los debates del parlamento, sobre todo cuando veia pronunciada la palabra *guerra*. Entonces sus pupilas brotaban fuego, las arrugas desaparecian por un momento de su frente para dar lugar á una ráfaga de espresion y juventud, que revelaba una grande alegria interior, y marcando el compás con un pié, tarareaba enérgicamente las estrofas belicosas de algun himno Tirteo. Sir Carlos no era de los que querian firmar una eterna alianza entre la Francia y la Inglatera; todo al contrario, no pedia mas que cuchilladas y cañonazos: los recuerdos de Waterloo le exaltaban dia y noche, y algunas veces, al despertarse, dudaba que el emperador Napoleon hubiese muerto, y pedia su caballo de batalla y sus pistolas de arzon. Repetia sin cesar que la Francia era el enemigo irreconciliable de la Inglaterra, y cuando leia el periódico, brincaba en su poltrona gritando:

—Ved ahí esos miserables, no tratan mas que de insultarnos!

Y toda su grande cólera patriótica provenia casi siempre de una simple noticia concebida poco mas ó menos en los términos siguientes:

«Hace algunos dias que el *brich* francés el *Neptuno*, á causa de una niebla muy espesa, ha chocado con la corbeta *Britannia*; el buque inglés ha sufrido algunas averías bastante graves; una de las figuras que adornaban la proa ha caido al mar: esta figura representaba á lord Wellington.»

—¡Lord Wellington! esclamó el capitan llevando la mano á su costado izquierdo, como para buscar una espada. ¡No clama esto venganza! ¡Tratar así al mas famoso guerrero de la época, al héroe de Inglaterra, al vencedor de Napoleon!...

Y si alguno tenia la desgracia de hacer observar al capitan que los franceses no habian tenido en esto ninguna intencion hostil, y que tan solo la niebla habia sido causa de semejante catástrofe, el veterano continuaba mas enfurecido, batiendo carga con sus puños.

— No, no, todo esto es premeditado; yo conozco bien á esos franceses; aborrecen á la Inglaterra, no dejan escapar una ocasion para ultrajarnos! habeis dicho bien, este es un nuevo insulto á nuestro pabellon, y vereis como el ministerio tendrá la cobardia de no quejarse, en vez de exigir sastifacciones vervales del embajador francés. Pero afortunadamente la cólera del capitan no duraba mucho; por otra parte nada tenia de formidable; y los que le conocian bien, dejaban pasar toda aquella tempestad sin oponerle el menor obstáculo En semejantes circunstancias, hubiera sido temible contradecir á sir Carlos: de otro modo los estallidos de la tempestad se hubieran redoblado, y os hubiera acusado de traicion, de inteligencia con los enemigos del Estado. Sin embargo, sir Carlos era el mejor hombre del mundo tenia un escelente corazon, un alma leal y generosa, y por todos los tesoros de la India, no hubiera consentido en hacer mal á nadie. Sus amigos que eran numerosos, estaban seguros de encontrarle siempre pronto á hacerles un servicio; su desinterés no

tenia límites, y apesar de sus setenta años Sir Carlos Mowbray poseia aun esa fogosidad de ánimo y de imaginacion que tan pronto nos abandona, pasadas las decepciones de la juventud y de la edad madura. Pero lo que el viejo capitan amaba mas sobre la tierra, lo que podia luchar en su corazon con el recuerdo de sus gloriosas campañas y el amor del pabellon británico, era sin duda Amelia, su nieta: jóven de diez y siete años: se hubiera podido encontrar una hermosura mas perfecta que la suya, un talle mas noble y magestuoso; pero en cuanto á la gracia y elegancia de sus movimientos, y la espresion encantadora de su fisonomía, Amelia no conocia rival. Era pequeña pero admirablemente proporcionada; los voluptuosos contornos de su naciente garganta, los dulces movimientos de su cabeza, su cuello de cisne de muelles ondulaciones, todo, todo exhalaba en ella un perfume embriagador y poético, un no se qué de suave y encantador, que fascinaba la vista y el cerebro. Sus rasgados ojosnegros llenos de fuego y de lan-

guidéz, os harian estremecer al encontrarse con los vuestros, y bajo el tejido delicado de sus mejillas morenas y doradas sentia circular un fuego rápido y magnético, una sangre jóven é hirviente, que revelaba fuertes pasiones; sus lábios, un poco gruesos y de un rojo coral, no estaban quietos jamás; una sonrisa algunas veces burlona los agitaba de contínuo y dejaba entrever unos dientes blanquísimos. La espresion mas habitual de su fisonomía era la alegria, pero una alegria melancólica y dulce que mudaba de color á cada impresion nueva; todos sus modales, todas sus acciones tenian un encanto, una armonía indefinibles. Sus manos blancas y puras, sus pies, maravilla de elegancia y pequeñez, hubieran dado envidia á la mas adorable marquesa, á la mas orgullosa duquesa de tres reinos.

Pero si los ojos de Amelia eran vivos y sus facciones llenas de fuego y de pasion, una sávia aun mas activa hervia en su corazon; y aunque casta y cándida, la imaginacion de la jóven habia perdido ya la plácida calma de los primeros años. Quizá Sir Cárlos

Mowbray habia hecho mal en permitir á Amelia la lectura de ciertas obras que no podian menos que exaltar su naturaleza, ya de por sí demasiado poética y ardiente: gustaba de las novelas, de las comedias y de todos esos libros en donde abunda la pasion y que parecen escritos con fuego, todas esas misteriosas revelaciones del corazon, que las jóvenes deben ignorar y que siempre es tiempo de enseñarlas, cuando lleguen á tener alguna esperiencia del mundo.

Es cierto que muchas veces Sir Cárlos habia aconsejado á su querida Amelia el que estudiase antes la historia y geo[illegible] mismo le habia buscado en su libreria un viejo tomo descuadernado de los comentarios de Cesar, y el tratado de máquinas de guerra entre los antiguos, seguido de una larga disertacion sobre la falange macedoniana y las estratégias de Aníbal.

Exortaba mucho á su nieta á que siguiese un curso de estudios militares, á fin de que estuviese en estado de comprender bien las historias de los sitios y batallas que él se entretenia algunas veces en contarle. Pero Ame-

lia no encontraba esta lectura muy recreativa, y desde las primeras páginas, un ligero bostezo habia mostrado á la vez su mortal fastidio y descubierto sus dientes encantadores; el libro se le caia de las manos: Sir Cárlos, viendo que su repertorio de estratagemas militares no obtenia mas que un mediano efecto, habia tirado el precioso librote sobre los estantes de su biblioteca; ademas como él no encontraba que la lectura de novelas fuese de grande peligro, se habia guardado de privarlas á Amelia, á quien no hubiera querido disgustar por todo el oro del mundo: asi es que la jóven, aprovechándose de este nocivo permiso, pasaba frecuentemente las noches, en vez de dormir, devorando dos ó tres tomos tiernísimos y apasionados: sin embargo, no por eso se crea que diese la preferencia á todos esos libros que pintan costumbres libres y depravadas. Las maravillosas obras Richandson y las brillantes producciones de Walter-Scott, le agradaban sobre todo, y esos nobles retratos de jóvenes que el autor escocés pinta de una manera tan viva, pasaban de continuo por

la encantada imaginacion de Amelia, que no sabia á quién escojer, á quien amar en medio de aquella multitud brillante y poética.

Trasladémonos por un momento al salon del capitan Mowbray. Ocúpanle todavia algunas personas, pero es ya tarde y casi todos se disponen á retirarse. No se crea que era algun baile ni menos un concierto; hacia algunos años que Sir Cárlos acostumbraba el recibir, una ó dos veces á la semana algunos viejos, amigos de infancia; algunos compañeros de armas y tres ó cuatro caducos de costumbres patriarcales, que no faltaban á sus invitaciones para jugar una partida de Whist (1) ó de loto. Amelia que no podia sufrir las cartas y que profesaba un odio particular al juego del loto, esperaba sin embargo con una impaciencia estremada la vuelta de aquellas monótonas tertulias; porque entre todas aquellas personas ancianas, pesadas y fastidiosas, estaba segura de encontrar una cuya alma fuera tan ardiente como la suya.

---

(1) Juego de naipes, llamado asi porque requiere atencion y silencio. N. del T.

Roberto Fox era un jóven de veinte y cuatro años, lleno de vida, de entusiasmo y originalidad; pero por desgracia pasiones fogosas y mal entendidas, le arrastraban con frecuencia demasiado lejos. Muy jóven habia perdido á su padre y no teniendo por guia al salir del colegio mas que una madre demasiado débil que le idolatraba, no tardó mucho en contraer perniciosas amistades, precipitándose en el desórden del vicio. Casi todas las noches las pasaba, ó en el juego, ó en las orgías: era un cuerpo de hierro que el mas ardiente libertinage y los mas increibles escesos no habian podido debilitarle. Sus compañeros de depravacion en vano ensayaban luchar con el, á todos los vencia en las orgias y podia aun desafiarles á la vez. Pero si los vapores del Jerez y las llamas del ponche no podian embriagar completamente el cerebro de Roberto, en cambio, siempre estaba en una especie de exaltacion que daba á sus ideas y á sus palabras un no se que de hiperbólico y de insensato, que no se puede definir. Roberto no tenia lo que se llama un mal corazon; á veces hubiera sido

capaz de acciones generosas, y se notaba en su lenguaje nobles sentimientos. Pero era de un natural impetuoso y violento, que jamás conoció obstáculo alguno, y que atropellaba cuantos encontraba. A todo precio queria gozar; tenia horror al trabajo y á la fatiga; el placer era el instinto de su fogoso temperamento, el solo objeto de su existencia. No era rico, y algunas veces clamaba amargamente contra la injusticia de la suerte, contra las clases opulentas y privilegiadas: entonces su mirada centelleaba y se hacia algo feroz; una amarga sonrisa agitaba sus lábios; y en la estraña espresion de su fisonomía se hubiera podido creer que era malvado y envidioso pero su perversidad no nacia del alma, era solo producida por el desarreglo de una vida licenciosa y de los fatales hábitos que le habian corrompido. Criado de otra suerte y bajo la direccion de un padre que hubiera tenido sobre él algun imperio, Roberto Fox hubiera llegado á ser un buen ciudadano, un hombre útil á su pais; porque á pesar de sus funestas inclinaciones, á pesar de todos sus vicios, tenia un corazon de

un temple poco comun: una de esas organizaciones vigorosas, estremadas en todo, tan poderosas para el bien como para el mal.

Roberto era presa de una pasion terrible, desenfrenada; amaba el oro, no mezquinamente á la manera de los avaros; bien al contrario, le prodigaba á manos llenas y como se dice vulgarmente, le echaba á la calle: pero lo que él amaba era la alegria, el placer, el lujo y las espléndidas comidas; en fin, todo lo que encierra y reasume esta palabra: «oro».

Roberto Fox reunia las cualidades todas y defectos que agradan á las mugeres y que las fascinan; su rostro era como su carácter apasionado y rudo, espresando alternativamente la fiereza, la dulzura y la violencia. Mudaba continuamente de damas, y las mas bellas mugeres de Lóndres, las mugeres de moda se disputaban vivamente sus menores atenciones, y procuraban fijarle mucho tiempo á su lado á fuerza de amor y de seducciones. Pero ninguna le habia podido aun rendir; las tomaba y dejaba casi á un mismo tiempo; sus ruegos, sus esclamaciones y

sus lágrimas, bien lejos de templarle, no hacian mas que alejarle. Apenas habia hecho una conquista, cuando ya estaba fastidiado y no trataba mas que de dejarla.

Pero una noche habiendo visto en un palco del teatro al capitan Mowbray y su nieta, la encontró tan bella y tan graciosa, que quedó del todo enamorado. Amelia por su parte no era insensible á las miradas amorosas, y á la profunda admiracion de tan gallardo jóven, habia distinguido á Roberto entre la muchedumbre, y no habia podido abstenerse tambien de aplaudir la finura y distincion de sus modales, la elegancia de su talle, la nobleza de sus facciones y la espresion de firmeza singular que reinaba en el movimiento de su boca y de sus grandes cejas negras, ligeramente fruncidas.

Aunque Sir Carlos Mowbray tenia pocas visitas, Roberto Fox habia hallado medio de hacerse presentar en casa del capitan, por un viejo militar que se trataba hacia tiempo con Mowbray, Roberto que tenia un carácter sagaz y lleno de desenfado, habia sabido captarse la benevolencia de Sir

Cárlos, aparentando participar de todas sus opiniones políticas; y sobre todo del ódio profundo é inveterado hácia la Francia. Pero es preciso confesar en honor de Roberto, que no tenia la menor preocupacion nacional; y que si muchas veces alargaba las excentricidades belicosas del *abuelo*, tan solo era porque amaba perdidamente á su nieta y tenia proyectos sobre ella. Sin embargo, hasta entonces este amor, por violento que fuese, no era nada mas que un delirio, en que el corazon sin duda tenia menos parte que la imaginacion. Amaba á Amelia porque era jóven y hermosa; pero la amaba lo mismo que habia amado á otras muchas; y esta pasion no esperaba quizás, mas que el dia del triunfo, para apagarse y desvanecerse. Jamás habia soñado en casarse, queria simplemente hacerla su querida, y ver si la pródiga y voluptuosa naturaleza de esta jóven, poseia todo lo que parecia prometer. Pero con la ardiente organizacion de Roberto y su carácter obstinado y fogoso, no faltaba mas que un obstáculo difícil é imprevisto para encender su naciente pasion: este debia presentarse muy en breve.

Las últimas palabras de Mr. Philipps habian producido cierta impresion en el viejo Mowray. Este, sin embargo, no era desconfiado: sabia que Mr. Philipps, aunque hombre de honor y muy apreciable por todos conceptos, no concedia la menor indulgencia á las faltas que la juventud lleva consigo, y que puede alguna vez escusar un temperamento fogoso. Mr. Philipps era hijo de un magistrado conocido por la rigidéz de sus costumbres; y magistrado él mismo conservaba aun quizás exagerados los severos principios y la inflexibilidad de su padre tocante á moral y religion. Contaba apenas treinta años, pero al verle tan grave y tan austero se le hubiera creido de mucha mas edad. Su figura era regular y no carecia de nobleza; pero la fatiga y el estudio habian impreso ya en su frente algunas arrugas, que unidas á lo enjuto y descarnado de su pálidas mejillas, le privaban de contarse aun entre los jóvenes. Empleaba dia y noche en el estudio de las leyes y en el cumplimimiento de los augustos deberes que sus altas funciones le imponian. Despues de doce ó quince años

que habia salido del colejio, no habia jamás cesado de trabajar asiduamente para distinguirse en la magistratura y marchar dignamente siguiendo las huellas de su padre. Dotado de una sangre tranquila y sin pasiones; jamás habia sentido hervir en su pecho ese torrente de lava que nos devora á los veinte años; siempre habia huido de esos lazos livianos que forman el placer y que reprueba la conciencia. Sin comprender siquiera que semejante inocencia era estremadamente ridícula en medio de nuestras costumbres depravadas, volvia la cabeza ó bajaba la vista cuando alguna muger le echaba al pasar una mirada de coquetería ó benevolencia; era cosa estraña y algun tanto cómica; *virgen* de alma y de cuerpo. No obstante su carácter grave y estudioso no carecia de vigor ni de firmeza; por algunos instantes súbita llama despertaba en su corazon tranquilo en apariencia, aquel pálido rostro se animaba repentinamente, y cualquiera se sorprenderia al ver brotar fuego de entre aquellas cenizas. Pero cuanto el impasible magistrado parecia salir como

por encanto de su indiferencia habitual, era al ver una grande injusticia ó una gran falta, se indignaba profundamente; porque discutia una grave cuestion de inmoral y arrojaba á boca llena el odio y el desprecio sobre la licencia y el libertinaje. Entonces era inflexible; aquel hombre generoso y pacífico en las circunstancias comunes se volvia casi cruel; no queria que se hiciese gracia alguna al culpable: los mas duros castigos no le hubieran inmutado y en el trato de las gentes como en pleno tribunal perseguia despiadadamente todo lo que era malo y criminal.

Ciertamente, Mr. Philipps representaba la austeridad personificada; pero no por esto se crea que la hermosura no tuviese sobre él ascendiente alguno, y que su corazon fuese incapaz de encenderse al soplo del amor solo que tenia su modo de amar, que en nada se parecia al amor de los petimetres y de los libertinos de Lóndres. Una muger no era bella á sus ojos sino era modesta, pura y virtuosa; las cualidades del alma parecian á aquel grave magistrado cien veces

mas preciosas que las perfecciones físicas; y lo que preferia ante todas las cosas en la mujer que queria escoger por esposa, era el candor, la bondad y un corazon sensible y bien imbuido en sus deberes. Hasta entonces habia creido hallar en Amelia la realizacion, completa y encantadora, de la muger que habia soñado; triste y severo, amaba el talento y la brillante alegria de aquella jóven y mas aun, aquella melancolía filosófica que de vez en cuando venia á envolverla como un vapor trasparente y sutil. Al principio Mr. Philipps no hacia al capitan Mowbray sino muy raras visitas, pero poco á poco un encanto invencible le arrastraba mas á menudo á aquella casa, no se pasaban dos dias sin que el magistrado viniese á hablar algunas horas de política con el viejo guerrero, solamente por ver á Amelia y embriagarse en secreto con su amable presencia. En fin, Mr. Philipps habia comprendido, no sin terror, que estaba enamorado; mas como su esperanza y sus miras eran las mas honestas del mundo, tranquilizó bien pronto su conciencia alarmada y pidió la mano

de Amelia al capitan. Este, que encontraba el partido escelente, se dió prisa á aceptar la proposicion de Mr. Philipps antes de consultarlo con su nieta.

—¡Pardiez! cosa concluida, dijo alegremente al magistrado, apretandole la mano.

—Sin embargo, como no podia casar á Amelia sin advertirla importaba mucho pedirle su parecer. Sir Carlos no tenia la menor inquietud por esta circunstancia, y jamás hubiera podido imaginarse que una jóven prudente y razonable titubease en dar su consentimiento en semejante negocio: pero el bravo soldado conocia mucho mejor la tactica y la estratejia que el corazon de las mugeres; esta era una plaza fuerte que nunca habia podido tomar sino por asalto, con menos habilidad que vigor bruta!. Asi la sorpresa del capitan fué estremada cuando vió la frialdad con que Amelia recibia esta proposicion de matrimonio.

—Y bien mi querida niña, la dijo, cruzando los brazos, ¿como eres tan singular? Parece que no estás del todo contenta..... ¡Sin embargo, es una oferta soberbia! No

creas que se encuentran todos los dias partidos semejantes.

Amelia no respondió nada, pero se puso muy pensativa y algunas lágrimas brillaron en sus ojos.

Sin embargo, el capitan bien ageno de creer que su nieta tuviese la menor repugnancia hácia Mr. Philipps, pensaba sencillamente con todo el candor de su alma, que Amelia como todas las jóvenes temia un poco lo mismo que mas deseaba, y que la sola palabra *Casamiento* habia producido en ella una estraña sensacion que se asemejaba al miedo. Mudó, pues, de conversacion, y ponderó los recientes insultos, de la Francia contra la Gran Bretaña. Pero solo sus labios hablaban en aquella ocasion: todas sus ideas estaban fijas en la rica alianza, cuyas numerosas ventajas calculaba en silencio.

Desde este dia Mr. Philipps no fué mirado ya en la casa como un estraño; era mas que un íntimo amigo. Algunas veces Sir Carlos le sacudia la mano con toda su fuerza llamándole su yerno; pero Amelia era la única

que habia oido al capitan hablar asi de Mr. Philipps.

La palabra *yerno* no se pronunció jamás delante de Roberto Fox, que parecia ignorar completamente las intenciones del abuelo acerca de su nieta.

II

La velada tempestuosa.

Aquella noche Roberto Fox habia desplegado en la conversacion un espíritu fogoso y paradojal, del cual M. Philipps parecia asombrado. Habian tenido una larga discusion, siendo objeto de ella cierta catástrofe que acababa de suceder y que llamaba mucho la curiosidad pública. Un jóven liberti-

y lleno de deudas, no pudiendo sastifacer á sus numerosos acreedores que le perseguian implacablemente, habia sido condenado á prision. De un dia á otro los aguaciles podian arrestarle en medio de la calle y conducirle á la cárcel; por lo tanto el pobre diablo no se atrevia á salir, y estaba dias enteros encerrado en su cuarto. Pero una mañana que aguardaba una carta de su querida, habia cometido la imprudencia de abrir la puerta al oir llamar: de repente dos hombres de puños vigorosos se echaron sobre el, procurando sacarle fuera de su habitacion. Despues de una larga y furiosa resistencia, exasperado y echando espumarajos por la boca, se habia apoderado de una pistola que á la sazon se hallaba sobre la mesa, disparándola á quema-ropa á uno de los corchetes: el desgraciado herido de una bala en la sien, cayó muerto en el acto; y su camarada aterrorizdo se puso en fuga dando gritos espantosos. Cinco minutos despues, muchos agentes de policia, acompañados de soldados habian acudido para prender al asesino; pero este casi loco de rabia, se habia parapetado

en su cuarto cual si fuera una fortaleza, profiriendo horrorosas blasfemias, armado de pies á cabeza juraba volar el seso al primero que se atreviese á tocarle. Le requerian que abriese en nombre de la ley pero el en su delirio enviaba la ley y los jueces á todos los diablos del infierno. Al propio tiempo hacia jugar la bateria de sus pistolas con un ruido terrible, gritando con voz de trueno:

—Joaquin! Francisco! Mateo! traedme el cuchillo de caza, mis puñales, mi escopeta!

Los sitiadores oian muy bien estas amenazas: hubieran deseado huir; pero la verguenza los detenia, porque al fin se las habian con un solo hombre; y si este se hallaba armado, tampoco ellos estaban desprevenidos. Entretanto, no queriendo abrir aquel frenético, se derribó la puerta á hachazos, y muchos soldados cayeron anegados en su sangre. El miserable habia descargado á la vez dos pistolas que tenia en cada mano; al mismo instante se arrojó sobre los agentes de policia que acribilló á martillazos y á puñaladas: era una escena

espantosa de carnicería. En fin, despues de muchas fatigas y esfuerzos, habian podido apoderarse del malvado. Su delito era atroz se habia hecho acreedor á la pena capital. Sin embargo, varias eran las opiniones; y como en general las mugeres tienen una cierta predileccion á todo lo que asemeja á la energía ó al valor, no temian pronunciarse en favor de este *Lobelás* abominable.

En cuanto á M. Philipps faltábale horror é indignacion para calificar al culpable: decia que la sociedad reclamaba un grande ejemplar, y que los tribunales serian cómplices de aquel infame libertino si no le castigaban con todo el rigor que merecia su crimen: se habia derramado sangre, y era menester sangre!....

Roberto Fox, aunque no aprobaba de todo punto la accion de este jóven, la encontraba escusable, y algun tanto mas digna de piedad que de castigo.

—Caballeros, dijo volviéndose hácia el magistrado y las personas que pensaban como M. Philipps, os ruego que os pongais un instante en el lugar de este desgraciado...

Sin duda ignorais que es de muy buena familia; es un jóven lleno de valor y de nobleza, y conozco que no habrá podido sufrir el que un vil corchete osára cogerle de la garganta.

—¡Qué diantre! ¿no hay sangre en las venas? Por mi parte, os juro, que en semejantes circunstancias hubiera dado un buen meneo á ese capigorron de uñas negras, si me hubiese tocado á un solo pelo de la cabeza.

—Haceis mal en hablar asi, caballero, respondió severamente M. Philipps: la sociedad necesita quien la defienda. No es escusando el crimen como se disminuye el número de los culpables. Decis que ese infame asesino es de una familia distinguida, que ha recibido una buena educacion; y por eso, creeis que se puede atenuar su monstruosa accion; bien al contrario, hé aquí por lo que se hace mas infame, mas indigno de piedad. Si hay algun crímen que haya merecido la muerte, es sin duda el que nos ocupa. Comprendo el que se perdone á un desgraciado que impulsado por el hambre

roba y mata; pero á un libertino, un ser vicioso y corrompido cuya profesion es seducir las mujeres y turbar la paz doméstica; un ladron de buen tono que pide prestado en todas partes con la firme intencion de no pagar, le encuentro cien veces mas criminal; sobre todo cuando este ladron se convierte en asesino. Cuando para sustraerse á las leyes que le persiguen se arma de pistolas y de puñales como un facineroso y se defiende por medio del asesinato! Ese hombre, os lo repito, es el último de los seres, es un mónstruo!

Y si llegase á escapar del suplicio, entonces seria un escándalo, un espectáculo aflictivo para la sociedad entera! Yo que os hablo, me sonrojaria por mi pais y me veria tentado á creer que no habia justicia en el mundo.

—Sois magistrado caballero, dijo Roberto Fox con sonrisa un si es no es irónica; entonces no es estraño que en materia criminal tengamos cada uno muy diversas opiniones. Vos teneis deberes que cumplir de altas funciones, muy honoríficos sin duda,

pero que por su naturaleza no os inclinan mucho á la indulgencia. Permitidme el que os hable francamente; creo que estais, en general, bastante dispuesto como los demás augustos miembros de la magistratura, á exageraros las faltas de los pobres; diablos que sois llamado á juzgar; en una accion reprensible, no veis absolutamente mas que el hecho, sin tener en consideracion mil circunstancias, frecuentemente casi inapreciables, y que son á veces un motivo de defensa. Sí, teneis el hábito de juzgar á todos los hombres del mismo modo; y en esto la errais caballero: porque al fin, bueno seria atender un poco á las pasiones, á los caracteres...

—¿Qué quereis decir? interrumpió severamente el magistrado: os suplico que me desenvolvais vuestro pensamiento.

—¿Mi pensamiento, caballero? Os parecerá quizá un poco escéntrico, no le aprobareis, estoy seguro de antemano: pero no importa: tendré siempre el valor y la franqueza de confesar lo que pienso, y esto, sin rodeos ni restricciones. La ley es para todos

la misma en Inglaterra; el castigo y los suplicios son los mismos para todos. Pero si nos tomamos la pena de profundizar un poco las cosas, y de consultar la fisiología, ó mas bien la frenología, adquiriremos la certidumbre de que tal ó cual pasion, tal ó cual vicio, proviene á no dudarlo, de una conformacion cerebral, que Dios ó el diablo, como mejor os plazca, nos han dado para divertirse á nuestra costa...

Esta proposicion impía y sacrílega ocasionó un murmullo de descontento general: sin embargo, no habia alrededor del capitan Mowbray sino veteranos como él, y viejos marinos que nunca habian profesado un grande amor á la religion. En cuanto á Mr. Philipps, que era conocido por su piedad, por su inflexible puritanismo, frunció las cejas y contrajo los lábios, lanzando á Roberto una mirada de indignacion.

—Poco á poco, mi querido Fox, dijo el capitan Mowbray, haciendo un chasquido con la lengua y dando un golpecito en el hombro á Roberto. Tened un poco á raya vuestra cabeza juvenil; escandalizais á tan

respetable compañía.

Roberto dirigió maquinalmente los ojos hácia Amelia y la vió triste: su fisonomía dulce y melancólica, tenia una espresion de reproche afectuoso que Roberto debia comprender.

La conversacion permaneció algun tiempo interrumpida. Por último, el capitan Mowray; tratando de desvanecer toda mala impresion que las palabras de Roberto pudieran haber ocasionado en el ánimo de sus interlocutores, se apresuró á girar la conversacion sobre un tema belicoso; habló, segun su costumbre del orgullo intolerable de la Francia, de las contínuas afrentas, de las injurias punzantes que imponia á la antigua Inglaterra; habló de Trafalgar y de Waterloó de Bononaparte y de Lord Wellington.

—¡Ah! decia suspirando; ya pasaron aquellos tiempos de gloria! ¡La Francia se burla de nosotros! ¡Nos desafia! ¡Y el viejo leon británico no se atreve á enseñar sus dientes!...

Entonces prorrumpieron todos contra la Francia en una lluvia de invectivas y de

personalidades verdaderamente chistosas. El capitan ponia tan claro como la luz del dia, que diez soldados ingleses valian por un batallon de granaderos franceses; y para corroborar su asercion contaba un número inaudito de hechos de armas y de triunfos casi fabulosos de que habia sido él mismo testigo en sus gloriosas campañas. Mr. Philipps, aunque tenia como el capitan una gran dosis de patriotismo, no creyo, sinembargo, llevar el amor de la patria, hasta el punto de hacerse eco de las fanfarronadas heróicas del capitan Mowbray. Ostinado é inflexible en su espíritu de equidad, fué justo para los dos paises, é hizo alternativamente el elogio y la crítica de ambos.

El capitan amaba mucho á Mr. Philipps, pero no pudo menos de fruncir las cejas y de murmurar entre dientes. Entretanto la noche estaba ya muy adelantada; el salon se desocupó poco á poco, no quedaban mas con el capitan y Amelia, que Roberto Fox, Mr. Philipps y tres ó cuatro personas muy íntimas. Roberto Fox parecia estar muy distraido; ya se sentaba, ya se levantaba

convulsivamente como un hombre agitado por una idea sombría é inquietante. Amelia, sentada cerca de la bimenea en un sofá, parecia tambien estar profundamente conmovida, sus mejillas pálidas, sus labios temblorosos, toda su fisonomia revelaba una espresion de ansiedad melancólica.

Tenia casi siempre los ojos bajos pero de vez en cuando los levantaba de repente y parecia buscar á alguien en su alrededor. Entonces, cuando su mirada se detenia sobre el jóven Fox, sentia un estremecimiento nervioso, sobre todo cuando se cruzaban sus miradas como un relámpago vivo y rápido.

Mr. Philipps, sentado delante de una mesa de juego, barajaba maquinalmente las cartas; pero se hubiera podido leer fácilmente en sus agitadas facciones, que esta ocupacion no detenia el curso de su imaginacion. Sus ojos, fijos y graves, parecia seguian todos los movimientos, todos los gestos de Roberto, y no cesaba de mirarle mas que para echar una ojeada furtiva é inquieta sobre Amelia.

—Y bien, mi pobre niña, dijo el capitan con una voz dulce y penetrante: cómo estás tan pensativa? qué tienes?

Amelia no oyó al parecer sin duda, pues continuaba guardando silencio, sin volver siquiera la cabeza hácia su abuelo. Fué preciso que renovase la pregunta en voz mas alta.

—No, mi bueno y querido padre! dijo al fin esforzándose por sonreir. No es nada.., no, os aseguro que no tengo nada.

—Bah! bah! Yo te conozco bien, ángel mio: no me lo harás creer.. te digo, que tienes alguna cosa...

—En efecto, dijo M. Philipps, con cierta irresolucion, miss Amelia tiene el aire preocupado... Cualquiera diria que está triste... Pero esto no es estraño; juzgo que sueña aun sin duda con esa historia trajica que M. Roberto Fox acaba de contarnos... no es verdad, miss?

—S ... sí convengo... balbuceó ella volviendo los ojos hácia Roberto. Ese desgraciado jóven es muy digno de lástima! y á pesar de su crimen...

=Teneis piedad de él, miss Amelia! interrumpió vivamente Roberto, brillando un rayo de alegría y de orgullo salvaje en sus negras pupilas; muy bien! veo que sois generosa!

M. Philipps se mordió los lábios.

—Tened cuidado miss, tened cuidado, dijo con voz alterada: vuestra compasion podria algun dia seros funesta!

Y en el acento, en la fisonomia del magistrado habia un no sé que de amargo y significativo, que no pudo escaparse á los ojos de Roberto Fox.

Un silencio profundo reinó algunos instantes en el salon. El reló acababa de dar las dos; y no quedaban en la sala mas que M. Philipps y Roberto. Ninguno de los dos queria salir el primero; era como una especie de apuesta. Entretanto Amelia, confusa y temblando, parecia implorar de Roberto Fox, que aun no se disponia á partir. El capitan Mowbray, que hasta entonces se habia manifestado alegre con la esperanza de que Roberto cederia al fin el campo, no pudo disimular su mal humor y respondió

muy bruscamente á diversas preguntas casi insignificantes que Roberto Fox le dirigió para entretener el tiempo: el caso era que el capitan tenia alguna cosa muy importante y muy seria que comunicar al magistrado; y aunque Roberto fuera un amigo de la casa, sin embargo le conceptuaba inútil y quizás estaba demás en esta confidencia. El capitan habia arriesgado algunas espresiones un poco militares, para hacer comprender á Fox que no tenia mas que tomar el sombrero y marcharse; pero el jóven obstinado y tenaz, habia fingido siempre no entenderle reanimando como mejor podia la conversacion.

—A fé! dijo el capitan con determinacion, no puedo echarle; ademas es un buen muchacho, un pobre diablo... no sé por qué vacilo en hablar delante de él.. Quién sabe? quizá me será de grande provecho; profesa á mi nieta bastante interés y espero que participará de mi opinion.

El capitan Mowbray no era hombre diplomático, una vez tomada su resolucion; entró en materia.

—¡Pardiez! amigos mios, dijo con una franca alegria, hénos aqui casi toda la familia, hablemos de nuestros asuntos.

Mr. Philipps hizo al capitan una seña casi imperceptible, con la que queria decir: este hombre me incomoda, no me esplicaré hasta que se haya marchado...

El capitan, comprendiera ó no, el caso es que sin responder con otra seña á la de Mr. Philipps, cojió cordialmente la mano de Roberto y dijo:

—Sois un buen muchacho... aunque un poco calaveral pero no importa, os amo por eso mismo, sois valiente, buen ginete, buen bebedor... cuando llega la ocasion no os asusta una botella de Jerez, ni una estocada.... A las mil maravillas! qué lástima, Dios mio, qué lástima que no seais militar; capitan de húsares! ¡Oh! un apuesto jóven en el campo de batalla, y daria gusto el veros perseguir á los señores franceses!

Semejante exordio de parte del capitan no tenia nada de estraordinario. En general siempre empezaba sus conversaciones con una esclamacion guerrera, ó con una alusion

belicosa; pero á la dos de la mañana, en las presentes circunstancias, un preámbulo tal no carecia de originalidad; así Roberto Fox miró fijamente al capitan con un aire de sorpresa indecible.

—Si, mi querido Roberto, continuó Mowbray, con voz fuerte y pausada; os trato como de casa, y hablaré delante de vos con toda franqueza, como si fuéseis mi hijo! Soy un viejo capitan de húsares; he obtenido láuros en infinidad de campañas, pero temo que el general en gefe que está mandando, me dé el dia menos pensado mi despedida definitiva. Esta es la razon, amigo mio, porque he resuelto asegurar el porvenir de mi querida nieta antes de tomar el retiro..

Roberto tembló; Amelia se puso pálida como la muerte.

Si, amigo mio, prosiguió el capitan arrimándose por momentos, he elegido un escelente marido para mi querido angelito; y de hoy en adelante á lo mas tardar, no direis ya mis Mowbray, sino mistress Philipss!

Roberto retorciósе los puños con furor, un rayo sombrio brilló en sus ojos.

Y porqué habeis hecho eso? dijo con voz sorda.

Por quéll tiene algo de admirable? No me habeis comprendido? Cualquiera diria que este casamiento no os agradaba mucho?..... os hablo de Mr. Philipss, del respetable y famoso magistrado que está presente.

Roberto era presa de una atroz agitacion alternativamente miraba á Mr. Philipss, y á Amelia; sus ojos espresaban la rabia y el dolor, la sorpresa y la cólera.

Durante este tiempo Mr. Philipps, meditabundo y sombrio observaba con particular atencion todos los movimientos de Roberto, que se habia levantado bruscamente de su silla y paseaba por el salon á grandes pasos.

—Bien veis, mi querido Roberto, repuso el capitan, que os trato como á un íntimo amigo. No hay aun mas que tres ó cuatro personas que sepan este próximo enlace. Vamos! vamos! hablad Roberto... Felicitadme al menos!,.. Qué diantre! no creo hacer un disparate. En cuanto á la fortuna y reputacion de Mr. Philipps, bien puede des-

posarse con él la nieta del capitan Mowbray.

—Quien lo duda... si, capitan, respondió Fox con amargura; Mr. Philipps es un magistrado íntegro é incorruptible... A mas es rico y muy bien afianzado; y esto, en el siglo en que estamos, no puede oscurecer....

—Oh! dijo el capitan con aire gozoso. Este es un casamiento soberbio! mi yerno hará en la magistratura una carrera brillante!

—Brillante, si!... prosiguió Roberto con acento algun tanto sardónico. Tambien hay reveses de fortuna para aquellos que juzgan y condenan!

—Qué quereis decir, caballero? preguntó Philipps con un tono seco y breve.

—Oh! oh! yo quiero decir lo que digo! A buen entendedor pues... ya ve vd., caballero.

En estas últimas palabras se podia distinguir tanta ironía y cólera, que el mismo Mowbray se ofendió del lenguaje y de la espresion rabiosa del jóven.

—Señor Roberto, dijo severamente, permitidme el que os diga que podiais sin duda hablar de la magistratura con mas moderacion...

—Dios me libre, respondió vivamente Roberto; además una vez que he dicho lo que pienso! No es mi intencion ofender á nadie... Pero cuando me piden mi parecer, le doy francamente, sin restriccion ni demora.

—Ah! habeis hablado de un modo demasiado militar, querido amigo, dijo el capitan, que no queria aun enfadarse.

—Perdon, perdon, capitan Mowbray! debo agradecer vuestra confianza... pero he juzgado, que iniciándome en un secreto de familia, me dábais el derecho de deciros sencillamente mi modo de pensar. Os amo y os respeto; pero aun á riesgo de desagradaros, seré franco: ese enlace tan rico y ventajoso, tal vez no conviene á vuestra nieta.

—Caballero Roberto!

—Miss Amelia es jóven; no cuenta aun diez y siete años... tiene una imaginacion viva y poética, un corazon de fuego .. y el marido que vos le destinais es casi ya un viejo, bien que tiene poco mas de treinta años! Miradle capitan! es un hombre gastado por el trabajo y la ambicion; el estudio de las leyes ha disecado su espíritu y su corazon.

Mas como Mowbray hiciese un gesto de impaciencia y de cólera, Fox replicó vivamente:

—Por Dios! capitan, dispensadme, yo os lo ruego... las personalidades, las injurias no son adecuadas á mi carácter; por lo tanto no es mi ánimo ultrajar en nada á Mr. Philipps! pero como estaba muy lejos de aguardar este casamiento!... que me sorprende mucho, y lo siento... por vos, por miss Amelia... en fin, repito que digo francamente lo que siente mi corazon.

—Capitan, dijo M. Philipps, con los labios contraidos y pálidos como la cera, os ruego abreviemos esta conversacion: ya hablaremos... pero otro dia... entre los dos, capitan... cuando estemos solos y cuando un tercero no vendrá con semejante increible insolencia á interponerse entre vos y vuestra hija!

Diciendo esto, el magistrado tomó su sombrero y quiso marcharse; Mowbray le detuvo.

—Por Dios, mi querido Philipps, dijo con un acento brusco á la par que afectuoso, no

vayais á enojaros por las estravagancias de un jóven loco, que todos conocen como á tal!... sabeis muy bien que tiene un carácter chistoso, y muy escéntrico; todo lo que puede decir no lo juzgo de mayor consecuencia, se lo disimulo. Confieso que he obrado mal con esplicarme delante de él: no ha servido mas que para promovernos al uno y al otro una especie de disertacion satírica... Pero qué importa! con él no es con quien consultaremos en semejante circunstancia, mi hija está allí para responder...

—Bien! miss Amelia responded! responded! esclamó Roberto enérgicamente. Quizá me haya escedido... tal vez os haya conocido mal... En este caso, sois absolutamente libre! yo me retiro! Dios es testigo de que si ahora mismo he hablado de semejante manera, miss Amelia, ha sido por vos, en interés de vuestra felicidad!...

Amelia guardó silencio; bajó la cabeza y tembló.

—Hablad miss, hablad, os lo ruego! dijo M. Philipps, á quien Mowray tenia aun de la mano. Ahora soy yo quien os ruega y

quiere que os espliqueis. Un largo silencio por vuestra parte me sumiria en una cruel incertidumbre. De otro modo miss, no cabrá duda alguna... Entonces no entendeis!.. soy un hombre de bien! no tengo que hacer mas que una cosa.

—Miss Amelia, dijo Fox con una estraña mirada llena de espresion, M. Philipps os interroga, él os manda hablar... ¿Qué aguardais? La respuesta debe ser breve y categórica.... esto es, si ó no!

—Vamos, pronto Amelia? qué esperais? dijo el capitan con impaciencia.

Mas como la jóven, muda y temblorosa ocultase su cara entre las manos, el capitan Mowbray, hechando sobre Fox una mirada escudriñadora y profunda, se acercó á él con presteza y le dijo en voz baja:

—Salid caballero! idos al instante!

Esta órden no la oyó Mr. Philipps; pero Amelia levantando bruscamente la cabeza, corrió hácia el capitan, y cruzando las manos en ademan de súplica dijo:

—Oh! padre mio, padre mio, piedad!...

—Silencio! dijo imperiosamente Roberto acercándose al oido de Amelia

Al propio tiempo, saludó al capitan Mowbray y salió del salon lanzando á M. Philipps una furibunda mirada de odio.

III.

Los dos rivales.

Apenas Roberto hubo salido del salon, el capitan hizo seña á miss Amelia para que volviese á sentarse; y cogiendo del brazo á Mr. Philipps, le ofreció una silla á corta distancia de la jóven; él se sentó delante de los dos.

Todos tres guardaban silencio. Mowabray lo rompió el primero.

Vamos, mi querido Philipps, dijo cordialmente, no pensemos mas en las necias bra-

batas de ese jóven calavera! Creo haber cometido un error grandísimo con no despedirle de una manera ú otra, antes de hablar de nuestros asuntos. Pero mirad, yo tenia mi objeto... ademas, formé mi plan... no obstante, creo que he hecho mal.

—Quién sabe? respondió friamente Mr. Philipps, mirando á Aneha. Quizás esto que acaba de suceder, redundará en provecho de todos. Y ciertamente que no siento del todo el conocer los sentimientos de Mr. Roberto Fox hácia mi.

Qué quereis, amado Philipps, ese jóven es una especie de animal salvaje, que parece no conocer que vive entre cristianos, entre gentes civilizadas. No lo hace porque os tenga odio; es su manía decir sencillamente todo lo que le pasa por la cabeza, os digo que es un diablo, un aragan mirado moralmente pero en lo restante, un escelente sugeto.

—No lo creo capitan, respondió Mr. Philipps, moviendo la cabeza con una espresion indefinible. Ya hace mucho tiempo que observo con sentimiento lo teneis en muy

buen concepto. Ya os arrepentireis, acordaos!....

Amelia estaba desde la salida de Roberto pálida y trémula y como dominada de un profundo terror. A cada momento echaba á su alrededor miradas escudriñadoras y azorosas: parecia escuchar y murmurar confusas espresiones. Hasta entonces habia permanecido silenciosa y no habia mezclado una sola palabra en la conversacion, pero oyendo á Mr. Philipps acusar con tanta energia á Roberto Fox, que no estaba allí para defenderse, no pudo reprimir un grito de congoja é indignacion.

—Hablad, miss, hablad, dijo Mr. Philipps si creeis deber protestar contra lo que he dicho, hacedlo, yo os lo ruego. Repito y sostengo que Mr. Roberto Fox, es una visita perjudicial, un hombre peligroso, y que temprano ó tarde, si el capitan Mowbray no le impone órdenes severas, ese jóven traerá consigo la desgracia á esta casa.

—¡Ah! caballero, ¡sois muy cruel! esclamó dolorosamente miss Amelia. No, Roberto Fox no es lo que vos decís; ¡es un jóven

honrado, es un amigo sincero y generoso!...

—¿Sincero y generoso? replicó Mr. Pilipps amargamente; ¿honrado? ¡ah, miss, estais muy dispuesta en su favor, ó le conoceis muy mal!

—Le conozco... ó por lo menos creo conocerle... balbuceó al punto con voz fuerte, que se estinguió poco á poco. No es hoy el primer dia que Roberto Fox viene á casa de mi abuelo.

—No, no, desgraciadamente este no es el primer dia, miss Amelia. Y si hubiese sabido antes que vuestro padre le recibia en su casa, yo os hubiera dado, quizá, algunos indicios positivos... y sabríais ahora á quien creer.

—¡Esplicaos, caballero! dijo Amelia, cuyo rostro demostraba la inquietud en que estaba. Quizá esteis mal informado... puede ser...

—No, no, miss; estoy muy bien informado, y dentro de algunos dias lo estaré mejor aun... ¿Habeis visto ahora mismo de qué manera tan brusca me ha faltado al respeto? esto no me admira; sabe perfectamente

que nosotros los magistrados conocemos bien las cosas, que para lo restante del mundo son un misterio... ¡Ese jóven me odia porque me teme!...

—¡Él!... ¡él temeros! interrumpió desdeñosamente Amelia. ¡Ah! ¡vos no le juzgais así, es imposible! Roberto Fox hace mucho tiempo tiene dadas pruebas de valor, y ciertamente no seria poca necedad sospechar de él!

Mr. Philipps se mordió los lábios.

—¡En verdad que sois muy indulgente, miss! dijo con aspereza. Hablais de su valor, quereis hacerle un héroe á vuestro gusto. Estoy muy lejos de quererle disputar un espíritu temerario y violento, una destreza maravillosa en jugar el florete y la pistola... Sé que Roberto Fox podria muy bien desempeñar un papel en cualquiera de esos dramas que se representan en los tribunales... y aun muchas veces en Newgate (1).

—¡Ah, caballero, caballero! ¡eso es in-

(1) Puerta nueva de la ciudad de Lóndres donde hay una cárcel, y fuera de la cual se ejecutan las sentencias de muerte.

dignol ¡hablar así de un ausente!...

Miss Anette estaba sumamente agitada.

—Efectivamente, dijo el capitan Mowbray meneando la cabeza; sois un poco severo en esta ocasion, mi querido amigo Philipps.

—¡Capitan, soy justo! repuso el magistrado con entereza.

—Pues bien, concedo, replicó Mowbray; es un muchacho lleno de defectos; jugador, pródigo, borracho, pendenciero... no puedo negarlo, pero todo se reduce á esto, que diantre! No ha hecho nada, que yo sepa, contra el honor y la probidad.

—Capitan, dijo gravemente Philipps, si no fuera tan tarde os rogaria me escuchaseis aun, pero solos ..

—¡Pardiez! no es muy tarde. ¿Acaso en Lóndres no se hace del dia noche y al contrario? Ademas, teneis abajo un buen coche que os espera, y no estareis jamás incómodo. Vedme, pues, á vuestras órdenes. Si quereis, diré á mi querida niña que se vaya á acostar, y nosotros dos pasaremos aquí la noche conversando cara á cara, con un bol de ponche.

Amelia se acababa de levantar, y se dirigia hácia una puerta que conducia á su cuarto.

—¡Aguardad! dijo el capitan haciéndole seña á la jóven para que volviese. Una palabra, una sola palabra; despues eres libre, querido ángel mio; puedes ir á descansar tus hermosos ojos....

Amelia volvió á sentarse donde estaba.

—¿Qué quereis, padre mio? preguntó con voz medrosa.

—Escúchame, niña; ahora mismo ese jóven estravagante se ha arrojado en medio de nuestros proyectos, como un ginete á media rienda en un cuadro de bayonetas. Reflexionemos un poco.... Este casamiento está decidido entre nosotros! ¡luego no es mas que una simple cuestion!...

—Es una... capitan, interrumpió Mr. Philipps con aire triste y misterioso.

—¡El diablo me lleve, pero yo no os comprendo!

—Ahora mismo podreis comprenderme...

Amelia, no pudiendo adivinar lo que pasaba por el interior de Mr. Philipps, le mi-

ró con afliccion. En efecto, este casamiento estaba de todo punto resuelto hacia mucho tiempo, y solo faltaba fijar la época y varias disposiciones de interes.

—¡Oh! pensaba Amelia, qué dicha si renunciase él mismo...

—Philipps, dijo el capitan reanimándose un poco; sí, decididamente creo necesitamos el uno y el otro de una corta y franca esplicacion... idos, miss Amelia, dejadnos, querida niña, necesitais descansar. Mañana hablaremos con vos de lo que os concierne.

Amelia se inclinó sin decir nada hácia su padre, y le abrazó; despues, saludando á Mr. Philipps con una política desdeñosa, salió del salon.

IV

El ataque nocturno

La casa del capitan Mowbray se hallaba situada en un arrabal de Londres, las calles vecinas casi siempre estaban desiertas por la noche. Mas de una vez se habia oido hablar de asesinatos efectuados en ellas; así que la vigilancia de las rondas era mucho mas activa en este estremo de la ciudad que en todos los demas.

Por una parte daba á la calle y por otra á un jardin, separado del tránsito público por un enverjado de hierro cuyos intersticios estaban forrados de planchas del mismo metal. Los amigos del capitan le habian dicho varias veces que su habitacion era peligrosa y que estaba mal guardada; la aconsejaban que fuese á vivir con su nieta á un barrio de Lóndres menos solitario; pero el viejo soldado que jamás tuvo miedo, se encogia de hombros riéndose, y decia: que no obstante su edad, los señores ladrones le encontrarian aun un poco firme si convenia. En efecto, el capitan, apesar de sus setenta años cumplidos, habia conservado una fuerza verdaderamente juvenil, y un carácter estremadamente enérgico. Pero Amelia no parecia haber heredado el vigor físico y moral del anciano: mas de una vez habia tenido miedo por la noche estando sola en su cuarto, al oir los ladridos de un perro, ó algunos de esos ruidos estraños é indefinibles que el oido distingue vagamente en la oscuridad, y que hacen comunmente palpitar á los corazones mas valientes.

—Vamos, querida niña, duerme sin recelo; decia casi todas las noches el capitan á su nieta, abrazándola: ya sabes que estoy allí con mi sable de batalla, mi puñal y mis pistolas! Querido ángel mio, no tienes mas que llamarme; una sola palabra, un solo grito, y verás á tu anciano padre exacto y fiel en su puesto.

Poco mas de una hora haria que M. Philipps se habia retirado.

El capitan Movvbray, encerrado en su cuarto, no tardó mucho en dormirse, á pesar de las inquietas ideas que le asaltaban y atormentaban, despues de la conferencia misteriosa ó inesperada que acababa de tener con el magistrado. Las cuatro daban en los relojes de la ciudad, y el sonido lejano de las campanas resonaba como un lamento fúnebre mezclado con el viento y los murmullos lúgubres del Támesis. El capitan parecia descansaba sumido en un profundo y pesado sueño; su frente, cargada de arrugas, se la veia contraer con una espresion siniestra; repetidos temblores recorrian todo su cuerpo; su pecho estaba oprimido por

un peso enorme; algunas palabras no inteligibles se escapaban de su boca.

Hacia algun rato que Mowbray padecia una pesadilla terrible: se encontraba como antiguamente, en medio de un campo de batalla lleno de ruido y de humo; los cadáveres cubrian la tierra; la metralla y las balas de cañon diezmaban las filas; y de en medio de esta confusa refriega, á la par que aterradora, salian gemidos espantosos, gritos, sollozos y blasfemias. El capitan, que no obstante su bravura y humor guerrero, era el mejor y mas caritativo de los hombres, se esforzaba en gritar á los soldados de su compañía.

—¡No los mateis! ¡dad cuartel á los que se rindan!...

Pero una mano de hierro le apretaba la garganta y su voz moria ahogada. La carniceria continuaba todavia; aquello era un caos, una confusion horrible: repentinamente, en medio de los gritos y lamentos, Mowbray helado de espanto, le pareció oir una voz dulce, vibrante y jóven, que pedia socorro y que le llamaba por su mismo nom-

bre: esta voz era la de Amelia, su hija. Hé aquí que en medio de este horroroso sueño, aconteció una transformacion completa: los enemigos vencedores se precipitaban sable en mano hácia una casita presa de las llamas, en cuyo centro veíase luchar á una jóven pálida, azorada y casi moribunda.

—¡A mí! ¡á mí! ¡padre mio! gritaba, ¡quieren degollarme!...

Mowbray con los ojos fijos de horror y el cabello erizado, reconoció que el quien llamaba era Amelia.

—¡Hija mia! ¡hija mia! ¡ya corro! quiso gritar; pero la lengua estaba ligada al paladar; no podia articular mas que sonidos vagos, confusos y sordos. Entonces se apoderó del anciano un profundo trastorno, su dolor era tan punzante y tan atroz, que cayó privado del sentido, en medio de los soldados furiosos y aturdidos.

En este instante Mowbray dispertó... un sudor frio bañaba su frente; su corazon latia con pena; la respiracion violenta y ronca, salia de su pecho con trabajo: en fin, el tumulto que agitaba sus ideas se apaciguó

poco á poco, y volvió á adquirir la razon. Pasóse la mano por los ojos para disipar las imágenes lúgubres que aun le perseguian. Se incorporó apoyándose en un codo y escuchó con ansiedad.

—¡Hablan! .. Sí... es como una voz abogada... ¡Amelia! ¡Amelia!

El viejo, levantándose convulsivamente se dirigió á tientas hácia la puerta.

En efecto, un ruido estraño se oia á alguna distancia; era semejante á un pataleo sordo, una especie de lucha; despues gritos, palabras suplicantes y sollozos.

—¡Gran Dios! ¡es hácia el lado del cuarto de mi hija!

El capitan cogió una luz y armándose de una pistola cargada: salió con cautela, atravesó un corto corredor que conducia al cuarto de Amelia, y probó abrir la puerta; pero estaba cerrada por dentro: llamó.

—Amelia! hija mia!

Casi al momento le pareció oir abrir una ventana; despues se oyó un ruido sordo, como el que produce un cuerpo pesado que cae á tierra, lanzado de una altura bastante

elevada. El capitan corrió hácia una ventana grande que daba al jardin, la abrió, asomóse á ella y vió á los pálidos rayos de la luna, medio oculta entre las nubes, la sombra de un hombre que escapaba á través del jardin.

—Ríndete! ríndete miserable! gritó con voz de trueno! ríndete ó eres muerto!

Pero el fugitivo, lejos de obedecer esta órden amenazadora, aumentó la rapidéz de su carrera; desapareciendo en medio de la maleza, cuando Mowbray apuntándole con mano firme aun, no obstante su vejez y el temblor que le dominaba, le disparó un pistoletazo.

Pero este misterioso personage estaba ya sin duda muy lejos, para que la bala pudiese alcanzarle: introdújose en un bosque de arbustos y desapareció á la vista del capitan.

—Dios mio! Dios mio! qué acaba de suceder? esclamó Mowbray, presa de un terror inesplicable, ese miserable... Oh! si habra entrado en el cuarto de mi hija! Se lanzó de nuevo hácia la puerta de Amelia; llamó otra vez, dió repetidos golpes; ninguna respuesta.

—Hija mia! hija mia!

Un profundo silencio reinaba en el cuarto.

Entonces Mowbray no dudó mas: un crímen acababa de cometerse, un asesinato! y el desgraciado anciano, helado de pavor y casi estraviada su razon, llamó con grandes gritos á sus criados; tiró apresuradamente hasta romperle, del cordon de la campanilla. Acudieron á sus voces y le encontraron casi desmayado; pálido como la muerte, sosteniéndose con sus dos débiles manos, en el borde de una mesa.

—Mi hija! mi hija!... la han muerto!....

Mowbray no pudo decir mas; y con una mano señaló la puerta de Amelia.

Los criados, dispertando con sobresalto por el tiro, y viendo en el suelo una pistola descargada que aun humeaba, no dudaron un momento que los malhechores habian querido penetrar en la casa. En fin, como el cuarto de Amelia permanecia cerrado, y no se oia ruido alguno en lo interior, no obstante las repetidas veces, los gritos y las súplicas, se derribó la puerta...

Una bujía caida, ardia aun sobre la mesa:

la grande ventana abierta dejaba penetrar el viento que se engolfaba en las cortinas; un bulto blanco é inmóvil yacia en tierra.

—Miss Amelia! gritaron los criados.

Movvbray, que acababa de hacer un esfuerzo sobrenatural, reanimándose como por encanto; entró en el cuarto de su hija, y vió á la desgraciada Amelia sin movimiento, pálida y tendida como un cadáver.

—Amelia, Dios!...

El viejo, arrodillándose delante de ella, quiso levantarla, y cogiéndola en brazos, la cubrió de lágrimas y caricias.

—Amelia, pobre ángel mio, vuelve en ti, yo te lo ruego.

La desesperacion del desgraciado padre era tan rasgadora, que todos los que le rodeaban no pudieron contener sus lágrimas.

Entretanto habia levantado á la jóven desmayada y la habia acostado en un divan descansando su cabeza sobre almohadas. Poco á poco la palidéz de la muerte desbapareció de sus megillas; un ligero movimiento entreabrió sus lábios; la respiracion comenzó á agitar su pecho: Amelia volvia en si.

Ah! vives hija mia! esclamó Mowbray con una inefable espresion de alegria.

Apretó á Amelia contra su corazon, besándole alternativamente las manos y la frente.

Amelia acababa de abrir los ojos reconoció al anciano y dió un grito de espanto.

—Ah! padre mio! padre mio, piedad!.....

Hija mia, soy yo....no me conoces? Vamos no temas, te has salvado!

El capitan Mowbray la juzgaba aun presa del delirio, bajo la impresion terrible de la escena que acababa de pasar. En fin, cuando Amelia hubo recobrado del todo el sentido, el capitan mandó á los criados que se retirasen, y entretuvo á la pobre Amelia con interrogaciones enfadosas.

—Un miserable, un pícaro, dijo, ha penetrado en tu cuarto!... He venido á tiempo por fortuna! no ha podido consumar su crimen! pero dime, pobre hija mia, has visto bien á ese hombre? podrás conocerle? podrás dar su filiacion á la justicia?

—¡Oh! ¡Si, sí, padre mio, balbuceó ella

con una especie de amargura! le he visto; le he visto!...

—Pues bien! dijo el capitan moviendo la cabeza con muestras de amenaza, mañana haremos nuestra deposicion á la justicia; tranquilízate! M. Philipps secundará las pesquisas; y si como lo espero damos con el pícaro, pardiez! yo haré que se le prenda!

—Oh! no, no..... tened piedad de él! esclamó Amelia juntando las manos.

—Si, si, piedad! en la puerta de Newgate con el cabo de una buena cuerda de cáñamo!...

Amelia padecia una agitacion dolorosa y febril, giraba sus ojos en torno suyo con terror; tartamudeó palabras confusas.

El capitan, atribuyendo esta emocion enfermiza al sobresalto y al miedo, exhortó á su hija para que se calmara y descansase un poco.

—Vamos, duerme ángel mio; le dijo con una adorable dulzura, siguiendo su costumbre diaria; yo velaré por ti: allí tengo mi gran sable y mis pistolas.

Amelia, rendida y fatiga, necesitaba cal-

ma y soledad; se echó en los brazos de su padre con ternura y le pidió su bendicion. El capitan le prodigó de nuevo las mas dulces y ardientes caricias; y salió del cuarto al acostarse Amelia.

V.

La entrevista.

Cuando Amelia se habia retirado á su cuarto antes de marcharse Mr. Philipps cerró la puerta hechando el cerrojo con cierta espresion de miedo. La noche era oscura y lluviosa; algunos ratos gruesas gotas azotaban los cristales y el viento se engolfaba con lastimero murmullo en el cañon de la chimenea.

Pálida y tiritando se sentó en una butaca junto al fuego. Era bastante tarde y la jóven inmóvil y sumergida en una silenciosa meditacion, no pensaba aun en acostarse.

De repente un ruido sordo, indistinto, se oyó á alguna distancia:

Amelia temblando, escuchó.

—¡No, no, me he equivocado!... dijo. ¡Es imposible! No tendrá jamás la audacia... no quiero, no..... no quiero admitirle mas en mi cuarto.

Apenas articuló estas palabras, cuando llamaron ligeramente á su puerta; esta daba á una escalera secreta que comunicaba con el jardin.

—¡Dios!

Y miss Amelia temblorosa, permanecia en una actitud de terror inesplicable. Llamaron de nuevo, esta vez con mas fuerza, y á golpes mas repetidos

—El es! el es! murmuró Amelia! Dios mio soy perdida!

—Abrid, os lo ruego..... pronto!.....repuso la voz, que se levantaba por grados.

Amelia vacilante, se dirigió hácia la puerta.

—Retiraos..... dijo con acento suplicante, en nombre del cielo! retiraos.... y tened cuidado de que no os vean..... si los de la casa sospechan alguna cosa.....

—No, no, os digo que no; he tomado todas mis medidas, replicó la voz desde fuera; pero abrid inmediatamente Amelia; he aquí lo que verdaderamente es espuesto, hablar á través de la puerta!.....

—En nombre del cielo, alejaos!..... Oh! si teneis corazon, si alguna vez me habeis amado, Roberto, no insistais mas!....

—¡Vamos! vamos! dijo Roberto con voz mas alta y dando á la puerta dos golpes atronadores.

Y como Amelia se resistiese á abrir y suplicase todavia á Roberto para que se marchára; este, perdiendo la paciencia, se puso á forzar la puerta dándole con el pié.

—Pardiez! gritó, si no abris inmediatamente, Amelia, muevo un escándalo y nos veremos.

Amelia asustada, y conociendo muy bien su indomable carácter, se determinó á obedecer y abrió. Roberto entró presuroso en

el cuarto, embozado en una capa de viaje y con el sombrero puesto; despues cerró bruscamente la puerta y echó el cerrojo.

—Qué diantre! Amelia, dijo cruzando los brazos, sois muy singular! es menester repetiros cien veces una misma cosa!..... por qué me habeis hecho esperar un cuarto de hora en la escalera? es que no me habeis comprendido esta noche? Ya os habia prevenido por lo mismo.

Amelia estaba muda y temblando.

—Ah! muy bien, miss, muy bien! Hé aquí el recibimiento que me haceis! Sois amable en estremo!.... Buena recompensa á la decision de venir á veros con un tiempo tan frio, cuando no hay un centinela que se atreva á salir de su garita!.....

—Si, Roberto, si.... es una noche muy fria, amigo mio, habeis hecho mal en venir..... y....

—He hecho mal? interrumpió Roberto frunciendo las cejas. Vive Dios que empezo á creerlo! Verdaderamente no estoy acostumbrado á semejantes recibimientos!

—Roberto, sois muy injusto! Si quisiérais

por un instante poneros en mi lugar!.... Tened piepad de una muger!.....

—Vamos! vamos! Amelia, basta de palabras, basta de lamentaciones; siempre estais temblando y agitada como si corriérais algun peligro!

—Roberto no os haceis cargo de nada; que seria de mi, desgraciada, si llegasen á descubrir?.....si mi padre.... ah! de pensarlo solo tiemblo!

—No tembleis hermosa mia dijo Roberto con una sonrisa afable. Sentaos junto al fuego... este es el modo de contrarestar el temblor.

Al propio tiempo cogió la delicada y blanca mano de Amelia y rodeó su cintura con un brazo flexible y nervioso; despues acercando la frente de la jóven hácia sus labios, le dió un beso.

Amelia guardó silencio y se estremeció toda.

—Escuchadme, querida mia, dijo Roberto, con una espresion llena de amor y de dulzura, tengo algunas reconvenciones que haceros.

—A mi? á mi? vos! respondió Amelia juntando las manos.

—Si, yo. Primeramente os diré, Amelia, que antes hicisteis la sorda y que no quisisteis entender á medias palabras; cinco ó seis veces esta velada he tratado de haceros comprender que vendria... Me ha parecido que era cosa convenida entre nosotros, y que no os disgustaba... Pues bien! Llego embriagado de amor y felicidad; quiero abrir vuestra puerta: llamo ninguna respuesta! por vida mia que no se lo que habré hecho. Amelia, para merecer semejante frialdad!... Francamente, no sois la misma; á mi ver estais terriblemente cambiada!.... Decid, vamos, es que ya no me amais? es que os soy odioso?

—Vos, Roberto, vos? Oh podeis creerlo!.. balbuceó con voz alterada.

—Si, si, lo creo.... y he aquí lo que hace hervir mi sangre de furor!

Amelia! Amelia bien lo sabeis, os amo ardientemente! os amo con toda la efusion de mi alma! jamás he amado á nadie tanto como á vos!

—Ah, Roberto! me partis el corazon!..

Al mismo tiempo Amelia bajando la cabeza, ocultó su rostro entre las manos.

—Qué sollozos Amelia! Qué suspiros! no os he visto jamás de semejante manera!

=Roberto, dijo esforzando la voz, es indispensable valor, resignacion; es un sacrificio bien cruel el que os pido, el que quiero imponerme á mi misma!... Pero es preciso, amigo mio, es preciso!...

—Qué quereis decir? interrumpió con aire sombrio.

—Amigo, sed generoso... soy muy culpable! pero vos, solo vos en el mundo teneis derecho de castigar mi crímen!...

—No os comprendo...

—Bien sabeis Roberto, no podemos ser el uno del otro... yo sufriré en silencio... no quiero haceros reprensiones... no ignorais tampoco estaba lejos de sospechar un misterio que debia levantar entre nosotros una barrera insuperable! Roberto, sois casado!

—Pardiez, querida, nada de nuevo me decis, replicó Roberto encogiéndose de hombros. Mas de quince dias hace que os hice esta confesion; creo hubiera podido muy

bien dispensarme de ella. Pero como se dice vulgarmente, valgo mas que parezco. Francamente, habiera podido abusar mas de vos; pero no quise. Por desgracia no soy libre; una maldita muger que quisiera hundir en el fondo de los infiernos, me tiene sugeto y me impide mejorar mi posicion. El matrimonio entre vos y yo no era posible por el momento; y os he dado una prueba de fidelidad, diciéndoos mi secreto.

—Prueba de fidelidad, Roberto? sois muy indulgente para con vos! respondió Amelia con amargura. Creeis acaso, decid, que no hubiera sido mejor adelantar algunos dias vuestra confianza?... Desgraciada! continuó Amelia con un acento delirante, ahora seria pura! no seria una hija deshonrada, perdida! Podria sin sonrojarme, abrazar á mi anciano padre! podria...

—Ah! Si, si comprendo! dijo Roberto, con voz sardónica y convulsiva: podreis hacer un buen casamiento, desposaros con el juez M. Philipps!..

—No, Roberto; oh no! ahora es imposible no quiero!

—Y yo tampoco quiero, miss Mowbray! entendeis? no quiero. Vive Dios! continuó apretando los dientes, me admiro de que haya podido hasta este momento detener mi cólera... como no ha estallado de repente... pero escuchadme! He venido esta noche á vuestro cuarto para deciros por último que si teneis la debilidad de desobedecerme habrá lágrimas y se verterá sangre, Amelia!

—Roberto, me horrorizais! En nombre del cielo, hablad mas bajo...

—Amelia, recordad que tengo cartas vuestras; están entre mis manos!.

—Qué Roberto! esclamó Amelia con indignacion. Teneis el atrevimiento, ó por mejor decir la infamia, de amenazarme?... ah! ahora es cuando os conozco, caballero! No me habia engañado... sois lo mismo que me habian dicho! Tierno, amable y humilde, cuando es menester seducir...; cruel, sardónico é implacable, cuando una muger es vuestra víctima!...

—Vamos! vamos! Amelia, dijo Roberto con una sonrisa fatal. Sois franca por fin! Es vuestro corazon el que ahora habla...

Tanto mejor! Si, tanto mejor! Celebro infinito esta ocasion que me hace conoceros! Conservaba aun algunos escrúpulos, algunos necios remordimientos... me habeis libertado de ellos: gracias!.. Tiempo ha que ya conocia querias romper, y que estábais arrepentida...

—Pues bien! Si, dijo Amelia, resuelta y enérgicamente; si, puesto que quereis saberlo: me arrepiento!... Lloro mis faltas con amargura!... no lo niego, os amaba; si, os amaba con una adoracion profunda y sin límites! os creia bueno, generoso, honrado, incapaz de una mala accion, ni de un pensamiento vil... en fin, victima de la injusticia y la calumnia! Pero al presente, ha caido la venda que cubria mis ojos... mi corazon pobre y débil aun, no ha podido vencer todo su amor... yo que debiera aborreceros, soy quien me veo quizá despreciada por vos...

—Basta basta Amelia! dijo Roberto con voz sorda. No he venido á vuestra casa para escuchar una acusacion en forma. Ese es papel que no os compete Amelia! Dejad las

requisitorias á M. Philipps! Para él será un triunfo! Pero en vuestra linda boca, en vuestros tiernos labios, frescos y amorosos, es muy ridículo! Querida Amelia, permitidme os diga, que si he sido poco franco para vos, puedo en rigor acusaros de lo mismo respecto de mí.

Reparando que Amelia le miraba con una mezcla de pesar y de sorpresa, continuó.

—Este casamiento, al cual estoy tan lejos de acceder, no es sin duda la primera vez que se trata de él, bien podíais habérmelo dicho?...

—No Roberto, no, replicó Amelia vivamente. Esperaba que mi indiferencia triunfaria de la tenacidad de M. Philipps; y conociendo la impetuosidad de vuestro carácter, me asbtuve de...

—Callad, no hableis mas de eso: lo pasado, pasado. Pero lo que no ha sucedido, tampoco se hará! Habeis jugado esta noche un albur terrible! Como yo no estaba advertido, cuando vuestro padre me habló del casamiento tentaciones tuve de ahogar á ese hipócrita magistrado, que pronto ó tarde

sabrá quien es Roberto! Falté sobre todo en no esplicarme entonces, en vez de responder alborotadamente: no, no! Bajásteis la cabeza de una manera tan significativa, que hubiera podido hacer creer consentíais en el matrimonio, ah! El desgraciado Philipps no debe dudar lo que le amenaza! El!... El!... venir á arrojarse entre vos y yo! infeliz, bien puede temblar!...

En la mirada, en el acento de Roberto se notaba algo de terrible y funesto, tanto que Amelia no pudo reprimir un grito de angustia.

Roberto, yo os prometo; dijo con voz débil y trémula, que este casamento no se efectuará... Bien conoceis que no puedo ser de nadie! Es mi deber descubrir lo pasado al hombre que venga á ofrecerme su nombre! Viviré triste y sola al lado de mi padre, de ese pobre anciano, tan bueno y respetable, que ignora soy indigna de su amor y de sus caricias!...

Todavia frases sentimentales! esclamó Roberto frunciendo las cejas; su mirada era penetrante, sus narices se dilataban con-

vulsivamente, todo anunciaba en él un nuevo acceso de cólera cercano á estallar.

—Amigo mio, os lo ruego, dijo Amelia juntando las manos en ademan de súplica; retiraos ahora mismo... dejadme... Sed generoso! no abuseis de vuestra fuerza y de mi debilidad... borrad de la memoria, si es posible, borrad á una jóven infeliz y culpable... que no os olvidará jamás; y que hasta el último momento de su ecsistencia bendecirá vuestro nombre, si consentis en huir y despreciarla!...

—Por vida mía! Vaya una proposicion estraña! dijo Roberto con una sonrisa salvaje. Conque se reduce todo á un compimiento que me ofreceis?... me dais la despedida en forma y á quema-ropa? Pero á otro perro con ese hueso, ángel mio, me perteneceis.... y conservaré mi derecho!...

—Ah! sois inflexible!...

—Y vos, querida Amelia, amorosa y muy buena! Asi espero que no querreis reñir..... Sois jóven viva y hermosa: no hay en todo Lóndres una sola muger que pueda reemplazaros.. .. Pardiez! que vuestra conquista

no es nada fácil! Bien cara me ha costado... hace mas de seis meses que tengo perdida la cabeza, estoy loco del todo; y he calculado tan mal las jugadas, que la banca me ha arruinado totalmente..... Esto no es decir sienta el dinero que he perdido, Amelia! amo el oro con pasion..... pero os amo cien mil veces mas!

Jamás, aun, el natural fogoso, libertino y desenfrenado de Roberto, se habia tan completamente descubierto á los ojos de Amelia. Cierto que primeramente habia sido fascinada, vencida y sudyugada por el brillante esterior y la audacia casi irresistible de este bello jóven, de este elegante «calavera» que sabia tomar alternativamente todas las formas, fisonomías y lenguajes. Pero poco á poco Roberto dejó de guardar en presencia de Amelia esta máscara de reserva y conveniencia; insensiblemente habíase mostrado cual era brusco, temerario y violento, capáz si era menester, de cometer un crímen por satisfacer sus pasiones ardientes é impetuosas. Entonces sucedió en el corazon de Amelia una profunda metamórfosis y su amor á

cada instante menos vivo degeneraba por intérvalos en un sentimiento de temor y repulsion involuntaria que pronto debia convertirse en odio.

—Roberto, dijo Amelia con un acento firme y resuelto que no le era habitual, os lo repito, de hoy en adelante no deben existir entre nosotros mas lazos que los de la amistad. Pero os lo suplico, venid las menos veces á causa de mi abuelo..... estad algun tiempo; un mes ó dos sin comparecer.....

—Bien! bien! Por fin salió el gran misterio! dijo Roberto con los labios trémulos y contraidos: Entiendo lo que quereis decirme pero escuchar mi repuesta, Amelia, vais á seguirme!.... Esta noche, al despedirme del capitan Mowbray, he entrado en el juego y en siete ú ocho veces he ganado una suma enorme. Aquí está, en esta cartera. Con ella hay para subsistir los dos en la mayor opulencia durante un año es casi un siglo.. hay tiempo para que las cosas tomen diferente rumbo! y si por ventura quedase viudo, lo que pido dia y noche al diablo entonces querida Amelia me casaré con vos... Decid, vamos, os agrada esto?

—Caballero, dijo Amelia, con una espresion glacial, la burla es algo pesada!

—Como la burla? hablo muy sériamente. Mirad antes esta cartera y contad.... estrictamente hay con que vivir durante diez años pero yo no soy avaro, un comerciantillo de baja esfera! tengo pasiones, pero fuertes y ardientes... necesito una existencia pródiga! amo la vida suntuosa, llena de placeres, loca, brillante y sensual! Escuchad querida niña, démonos prisa, y aprovechemos las dos horas de noche que restan: he preparado el coche y los caballos de posta; helos ahí, ya los oigo, Roberto se levantó y acercándose á la ventana escuchó...

Amelia permanecia helada de pavor.

—Pronto! pronto, dijo Roberto, conviene que no se detenga mucho mi coche cerca de esa reja.... podrian sospechar!.... nada puede oponerse á nuestra huida! pues bien! qué aguardais, Amelia? tomad una capa..... en cuanto á lo demas estad tranquila, sabré satisfacer ámpliamente vuestros deseos.

Amelia permanecia inmóvil.

—Vamos! pronto! ois el silvido! es la se-

ñal; os advierte que despachemos... tomad esta capa.

Al mismo tiempo Roberto, viendo una capa negra de pieles, puesta en el respaldo de una silla, la tomó y cogiendo Amelia por una mano probó llevarla hácia la puerta, con una mezcla de fuerza y de dulzura.

—Caballero no os seguiré! no quiero seguiros esclamó Amelia.

—Amelia, yo lo ecsijo!

—Ah! os lo ruego, dejadme Roberto..... por piedad...

—No, que vendreis! esclamó con los ojos centelleantes; no me obligueis á emplear la violencia!...

—La violencia! vos Roberto, contra mi! en la casa de mi padre? guardaos de ello..... gritaré y vendrán á defenderme!...

—Bien, pues llamad, eso es todo lo que os pido! por último... quereis seguirme?

—Jamás! jamás, antes la muerte!...

—Vaya que soy muy débil y niño en escucharos! dijo Roberto lleno de furor. Miss Amelia, venid voluntariamente, sin resistencia... ó de lo contrario os llevo!...

—Entonces Roberto, enlazando sus dos nervudos brazos alrededor del talle delgado y flexible de Amelia, acababa de levantarla del suelo...

La jóven casi desmayada, loca de espanto, olvidando toda prudencia, se puso á dar gritos penetrantes; despues agarrándose con desesperacion á las cortinas y á una rinconera, gritó:

—Favor! Socorro!

Entonces fué cuando el capitan Mowbray, dispertando sobresaltado, se lanzó con una pistola en la mano hácia el cuarto de su nieta. El viejo llamaba á la puerta mandando abrir; de un momento á otro podia entrar en el cuarto de Amelia... El fatal proyecto de Roberto se hizo imposible.

Sudando, pálido, convulso y exasperado soltó su presa, abrió bruscamente la ventana y se lanzó al jardin. Este fué el incógnito á quien Mowbray hizo fuego.

VI

La tardanza.

El capitan Mowbray estaba convencido de que los ladrones habian penetrado por la noche en su casa.

—Quizá, pensaba entre sí, con un estremecimiento de espanto, quizá, si hubiera acudido un momento mas tarde hubiera encontrado á mi pobre Amelia muerta!

Desde entonces Mowbray no tuvo mas que una idea: cambiar de habitacion y vender aquella casa que hubiera podido serle tan funesta. Al otro dia, cuando M. Philipps volvió, siguiendo su costumbre, á visitar al capitan, fruncia las cejas y parecia estar sombrio y pensativo al escuchar el acontecimiento de la noche anterior. Mis Amelia, aun pálida y trémula, bajaba los ojos y parecia querer evitar la mirada profunda y escudriñadora del severo magistrado. Este prometió que no evitaria trabajo alguno para descubrir á los culpables; y asi inmediatamente dispuso las mas minuciosas pesquisas, que produjeron la captura de varios individuos sospechosos; pero ninguno de ellos fué reconocido por miss Amelia.

Roberto Fox no habia vuelto á casa del capitan desde que se encontró con M. Pilipps quien probablemente habia instruido ya á Mowbray del concepto que le merecia el jóven libertino; pues desde este dia, el viejo soldado no pronunció mas el nombre de Roberto. Una sola vez se vino este nombre como por acaso, á sus lébios; y casi al mo-

miento Mowbray interrumpió la frase comenzada, mirando á Amelia con aire triste y pensativo.

Poco mas de una semana transcurrió; M. Philipps iba regularmente todos los dias á ver á miss Amelia y á Mowbray.

Este último, asediaba bastante á su nieta para que se efectuase un casamiento que debia colmarle de alegria, y tranquilizar el espíritu inquieto de un padre, sobre el porvenir de su querida hija. Pero Amelia, sin dar razon alguna, clara y positiva para probar su repugnancia, oponia continuamente una viva resistencia á este proyecto de matrimonio. No era, decia, que M. Philipps le inspirase el menor sentimiento de aversion; al contrario, se congratulaba al reconocer en él un hombre respetable, un corazon leal y valiente, que parecia debiera ser para una muger la mas segura garantia de felicidad. Pero que era muy jóven aun, y no queria casarse hasta que transcurrieran dos ó tres años.

—Amelia, decia Mowbray con una voz triste y suplicante, tú quieres que muera

antes de haber asegurado tu porvenir? Ya ves, mi querida niña que soy muy viejo! Oh! te lo ruego, dame esta última alegría... Que antes de cerrar los ojos me sea permitido entregar tu mano en la de un hombre valiente y galante! Entonces no tendria mas inquietud en mi corazon, y me diria: mi Amelia es dichosa, no tengo ahora nada que temer por ella y puedo tranquilamente dejar la vida!

Como es de suponer Amelia se conmovia profundamente al escuchar este lenguaje; pero no podia resolverse á dar el consentimiento que le pedia su padre. Entretanto, sorprendida é inquieta de no oir hablar mas de Roberto Fox, quiso informarse á toda costa de su paradero, pero no obstante con prudencia. Bien pronto supo que habia salido de Lóndres, sin decir á nadie á donde iba; pero segun las apariencias habia tomado el camino del continente con alguna dama adquirida por rapto ó seducida. Hé aqui por lo menos las conjeturas que hizo formar la misteriosa marcha de Roberto: miss Amelia no encontraba esto nada imposible, sabien-

do que pocos dias antes habia ganado en el juego sumas considerables. Roberto tenia numerosos acreedores que no hubieran dejado de caer sobre él, como los cuervos sobre un cadáver, á fin de tragar hasta el último ochavo desu nueva fortuna: esta creencia sin duda habia determinado á Roberto Fox á dejar la Inglaterra, para no volver, hasta despues del aniquilamiento completo de sus recursos.

No obstante de que Amelia no sabia aun á qué atenerse sobre el carácter y la moralidad de este jóven, no pudo con todo librarse de cierta emocion llena de vaga tristeza y melancolía: habia amado á Roberto; desgraciadamente le amaba con pasion, y jamás hubiera podido creer en este cruel y brusco abandono, en esta horrible ingratitud. Pero bien pronto se obró en el corazon de Amelia un total cambio: no juzgaba ya esta huida sino como la mayor dicha que pudiera acontecerle; pobre y débil criatura, sobre la cual vino ese jóven libertino, sin corazon y sin amor como un genio fatal!!...

Trascurrieron cinco ó seis semanas des-

de la visita nocturna de Roberto. Cuando un dia el capitan Mowbray convidó á comer á Mr. Philipps, Amelia estaba sentada junto al fuego, melancólica y pensativa; el capitan se paseaba á lo largo de la sala con las manos en los bolsillos, tarareando algunas canciones guerreras; pero á ratos interrumpia su marcha para mirar el reloj y hacia chasquir su lengua en muestra de impaciencia. Sin duda era porque el convidado á quien se aguardaba no venia, á pesar de que ya habian dado las siete, y de que Mr. Philipps era el hombre mas regular y puntual del mundo; además estaba acostumbrado á verle llegar todos los dias á una misma hora. En cuanto á Mowbray, no habia otro semejante con relacion á la esactitud, de contínuo podia observarse en él al viejo soldado, esclavo militar de la hora. Generalmente la comida del capitan era servida á las seis menos cinco minutos, y al sonar las seis en el reloj no hacia mas que sentarse á la mesa. Era por lo tanto irregular semejante alteracion en casa de Mowbray. Acostumbrado á esta invariable regularidad de

comidas, comenzaba á sentir seriamente la debilidad, y llevando de vez en cuando la mano á su estómago, le parecia notar algunos dolorosos estirones.

—Qué diantre! murmuró bostezando con fuerza, es estraordinario! Mr. Philipps, siempre tan esacto, principio á estar inquieto... Qué dices tu Amelia! Con tal que no le haya sucedido nada, á mi caro amigo!

Amelia, distraida por un momento de sus reflecsiones respondió acorde, pero sin poner mucho cuidado en la interpelacion de su padre. Finalmente, viendo al capitan muy inquieto y preocupado, procuró dar en lo sucesivo una multitud de razones, mas ó menos verosimiles, para esplicar la tardanza de Mr. Philipps. Sin duda habrá estado mas tiempo que de costumbre en la audiencia; algun que hacer importante le detendra, ó bien como las calles á estas horas están tan llenas de coches y transeuntes, el cabriolé de Mr. Philipps se habrá visto obligado á ir al paso.

—Sabeis padre mio, añadió Amelia distraidamente, que Mr. Philipps es el tipo de

la prudencia, y que siempre tiene miedo á las desgracias de los coches; no porque tema por él; bien al contrario, es un hombre tan intrépido en las cosas árduas, como en las insignificantes; pero teme el que su coche no atropelle ó hiera á algunas pobres gentes entre la multitud, como le sucedió tiempo atrás: entonces bien os acordareis, padre mio, estaba inconsolable, pobre Mr. Philipps! cuán bueno es!

—Es cierto ángel mio! respondió el capitan encantado de ver á Amelia elogiar á Mr. Philipps. Este buen hombre es muy justo, muy recto en todas sus acciones! Lo que mas detesta en el mundo, es la injusticia, el abuso de la fuerza. Te acuerdas, Amelia, cuan desesperado estaba, que no queria ir mas en coche; decia que el rico no debia atropellar al indigente, que la calle era para todo el mundo, y que un infeliz tenia igual derecho de caminar á pié sin riesgo de ser despedazado. Bien sabes lo que nos costó para decidirle otra vez á usar el coche. Lo único que le hizo resolver á ello fué la multitud de negocios y la brevedad del tiempo;

pero qué diablos! Continuó el capitan, dirigiéndose de nuevo hácia el reloj. Qué cosa será la que puede haberle detenido tanto? Vive Dios! estoy por creer que le ha dado la mania de no tomar el coche y viene á pié poco á poco. Interin que Mowbray proseguia abrumándose en vanas conjeturas, llamaron á la puerta; y un criado entró anunciando á Mr. Philipps.

—Por fin llegásteis perezoso! dijo el capitan saliendo á recibir á su amigo.

Mr. Philipps entró; parecia estar inmutado. Venia con el traje descompuesto y manchado de lodo; la toga vuelta del revés; la corbata en desórden. El capitan acababa de cojerle una mano, que apretó con afecto.

—Buen Dios! Qué teneis, amigo mio? preguntó Mowbray vivamente. Alguna cosa os ha sucedido en el camino!

—Sí, sí... pero no es nada, respondió Mr. Philipps con voz agitada.

—Como que no es nada? vaya que algo os ha pasado, taira Amelia, no es verdad! que Mr. Philipps no está en su estado normal? Amelia se habia levantado al oir anun-

ciar á Mr. Philipps; despues le observó algun tiempo con sorpresa é inquietud.

—En efecto, dijo, me parece que el señor...

—Si, si, cierto! añadió prontamente el capitan. Además está bien patente! Os ha sucedido alguna catástrofe... vuestro vestido en desórden .. venis cubierto de lodo... Qué es esto?

—Nada, nada os lo aseguro... sosegaos capitan os lo ruego, olvidémoslo todo y sentémonos á la mesa...

—Pero por favor, una palabra, nada mas que una palabra..... ha volcado vuestro cabriolé? habeis tenido alguna caida?

=No, no capitan, nada adsolutamente....

=En el acento, en las maneras de Mr. Philipps se podia facilmente comprender que no estaba de humor para entablar esplicaciones. Pero como el capitan le profesaba un cariño sincero y afectuoso, le molestaba y se obstinó absolutamente en saber lo que le habia sucedido. Entonces, multiplicando las suposiciones é hipótesis; el mismo se hacia las preguntas y repuestas.

—Ah! Pardiez, ya se! dijo moviendo la cabeza con tristeza: mi querido Philippss es otro caso como el del año pasado?... justamente ahora mismo hablábamos de ello mi hija y yo.... es sensible, muy sensible sin duda! pero qué quereis es menester hacerse cargo? no es culpa vuestra, yo juzgo ..

—Qué quereis decir, mi querido capitan?

—Quiero decir, que haceis muy mal en afligiros de ese modo; todos los dias suceden en Londres desgracias semejantes; y sin duda mucho mas terribles... esos cocheros van como locos! Bueno seria escarmentarlos..... nada los detiene... parece que están empeñados en atropellar cuanto encuentran.

M. Philipps comprendió la suposicion del capitan, y moviendo la cabeza con un aire triste é inquieto, le dijo:

—No es nada de eso... os equivocais; señor de Mowbray.

Pero este último, convencido de que habia adivinado el lance, se afirmó mas y mas en su idea.

—Mi querido Philipps, dijo con sentimiento: os digo de todas veras, sois muy

bueno, demasiado sensible! vuestro amor á la justicia y á la equidad os hace concebir algunas veces escrúpulos de estremado rigorismo y exagerados!... una desgracia acaba de suceder; ¿no es esto?... algun pobre diablo ha sido atropellado por vuestro cabriolé... pero, de quién es la falta? del pobre diablo, ó bien de vuestro cochero? Vos nunca me dirigís á causa de ser corto de vista, y en fin, de todos modos, no hay que atormentarse, en tal caso quince ó veinte libras esterlinas componen el asunto, si no ha llegado á morir; espero que. .

—Querido capitan, interrumpió M. Philipps, con un tono grave; estais completamente equivocado; lo que vos creeis no ha sucedido. Gracias á Dios, no he hecho daño á nadie; antes por el contrario, creo haber prestado un grande servicio á la sociedad! Durante esta conversacion, M. Philipps miró con una espresion indefinible á mis Amelia, que le escuchaba con sorpresa y ansiedad. Las últimas palabras de M. Philipps eran para el capitan un verdadero enigma. Mowbray probó de nuevo adivinarle; pero

conociendo al cabo que M. Philipps no estaba en disposicion de hablar mas, llamó para que sirviesen al momento la comida.

M. Philipps pidió permiso al capitan para pasar á un cuarto inmediato, con objeto de reparar el desórden de sus vestidos: despues de algunos minutos volvió, y ofreciendo el brazo á miss Mowbray, los tres entraron en el comedor.

La comida fué muy silenciosa. M. Philipps parecia estar triste y pensativo; Amelia le miraba con inquietud; y el capitan, quebrándose la cabeza para dar una solucion al lenguaje enigmático del magistrado no comió nada; y contra su costumbre, bebió mucha agua.

VII.

La prision.

M. Philipps se habia detenido mucho tiempo en la audiencia por un incidente imprevisto, razon por la cual llegó mas tarde al convite del capitan Mowbray, no obstante lo mucho que sentia hacerle esperar.

Eran las siete, hora de la tarde en que todos los capitalistas, habiendo terminado

sus negocios, surcan la ciudad en opuestas direcciones con sus rápidos tílburis, que se cruzan en las tortuosas calles como otros tantos relámpagos, y en la cual suelen acontecer en Lóndres el mayor número de desgracias; pues en medio de esta inmensa multitud de gentes y carruages que se confunden y tropiezan; la menor distraccion, la mas ligera inadvertencia puede ocasionar crueles efectos, sobre todo cuando la densa niebla que se eleva ordinariamente al anochecer del Támesis, esparce la oscuridad por las calles, y hace que los grandes reverberos de gas se asemejen á esas luces rojas y pálidas que tiemblan en un candil casi apagado.

Este dia se hubiera dicho que la poblacion de Lóndre estaba repartida toda entera por sus calles: en todas p rtes reinaba una confusion espantosa de equipajes, hombres y caballos, gritos, juramentos y blasfemias; un tumulto atronador, indefinible.

Mr. Philipps, aunque muy impaciente por la tarde que era, repetia continuamente á su criado que fuese mas despacio y tuviese mucho cuida lo.

—Pero señor, no llegaremos jamás; decia el criado con una respetuosa impaciencia; todos los demas coches pasan delante de nosotros, eso no es justo.

—Pedro, ¡cómo que no es justo! replicó severamente el magistrado; ¿por ventura; las calles no son hechas para todo el mundo?

—Si señor: pero precisamente por eso es por lo que debemos pasarlas como todos los demás. Mirad, mirad, señor, cómo ab san de nuestra bondad... ¡Si pegase un poco al caballo!. Al mismo tiempo Pedro actuó con un latigazo al vestuto jumento, que deseando dar pruebas de su buena voluntad, partió al momento al trote.

—¡Pedro! ¡Pedro! ¿quereis deteneros? gritó Mr. Philipps con un acento colérico, dando él mismo á las riendas un movimiento de parada. ¡Sois incorregible! ¿no veis que es facil hagais alguna desgracia?

—Pero señor, si no hay el menor peligro; dijo Pedro con una sonrisa un poco maliciosa. Me parece que despues de veinte y cinco años de ejercicios, debo saber guiar un carruaje...

—Ciertamente que sí, pero eso no implica, respondió Mr. Philipps con un tono de brusca benevolencia. Estais siempre dispuesto á pegar al pobre animal, como si se tratase de ganar un premio de carrera.... ¡Qué diantre! no penseis que las calles de Londres son como New-Market (1). Acordaos si no de la desgracia del año pasado por culpa de vuestra mala direccion..... Poco ha faltado para que atropelláseis ahora mismo á un pobre sordo.

—¿Acaso señor, es culpa mia que la gente sea sorda? murmuró Pedro deteniendo aun el paso de su caballo; ademas, que por lo mismo me desgañito gritando bastante fuerte para advertir abran camino. En efecto, si bien hacia algun rato que Pedro ahorraba á su caballo los latigazos, en desquite no escaseaba ni las advertencias ni los gritos; todo el cojunto de juramentos é invectivas que él repetia entre dientes, sin atreverse á dar libre curso á su torrente de cólera, hu-

(1) Traduccion literal del inglés «mercado nuevo.» (N. del T.)

biera querido poderlo esplayar sobre la multitud; pero la presencia de su señor le contenia un poco.

Parecerá quizá estraño que Mr. Philipps, tan grave é inflexible en sus elevadas funciones, permitiera á su criado le hablase en semejante tono, que no estaba exento de cierta familiaridad; pero estos contrastes no son raros en los caractéres como el de Mr. Philipps. Severo é inhumano en su asiento de magistrado cuando declamaba contra un culpable, se convertia, al despojarse de la dignidad de juez, en sencillo y estremadamente afable en el trato comun de la sociedad. Sin embargo, desde el momento que creia distinguir la sombra de una injusticia, desde que alguno osaba propalar en su presencia opiniones subversivas ó poco morales, se irritaba inmediatamente, y era de nuevo intratable.

Pedro, que hacia bastantes años estaba al servicio de Mr Philipps; conocia perfectamente el caracter singular de su amo: sabia muy bien hasta que punto podia llegar la paciencia de Mr. Philipps; y esta linea casi

imperceptible, el grueso Pedro, con su buen conocimiento, no la infringia en lo mas mínimo, sin tener para ello muy grandes motivos. Hubiera querido por ejemplo, que el interés de su señor obligase al bravo criado á desobedecerle; entonces y solamente entonces era cuando Pedro, armándose de un valor heròico, no dudaba un momento en dar cara á la tempestad, es decir, á Mr. Philipps.

Entre tanto faltaba á un largo trecho de la calle, y el cabriolé no adelantaba casi nada. La multitud en vez de disminuir, se hacia mas compacta por momentos. Pero esta prodigiosa concurrencia no era el solo obstáculo que detenía el paso del caballo; reinaba una oscuridad profunda á causa de la densa niebla, que eran inútiles toda especie de precauciones para que los coches no tropenzase.

El cabriolé se hallaba á la sazon de *Strand* una de las calles mas populosas y mercantiles de Lóndres. Todas las tiendas estaban magnificamente iluminadas; pero sus innumerables mecheros de gas no producian mas

que una luz opaca y rogiza al traves de la bruma espesa que nublaba la atmósfera.

Por todas partes no se oian mas que los gritos y votos de los cocheros, el rechinar de las ruedas que se chocaban unas con otras despues las blasfemias de los que iban á pié que no sabiendo por donde echar, y oprimidos en medio de este terrible alboroto, se atropellaban confusamente para ganar las aceras. De repente se oyó un ruido de vidrios rotos y estos gritos:

—¡Al ladron! ¡al asesino! ¡cogerle!....

Al momento se notó en la calle una grande agitacion, despues la multitud se precipitó en una misma direccion, gritando:

—¡Al ladron! ¡Al ladron! ¡Al asesino!....

Mr. Philips, asomándose inmediatamente á la portezuela del coche, vió á la escasa luz de los faroles un hombre muy pálido que huia, llevando en una mano un puñal y en la otra una especie de gabeta de cambiador llena de oro.

—¡El es! El es! ¡El ladron! dijo Mr. Philipps disponiéndose á salir del cabriolé. Pedro, á mi!... Apoderémonos de ese hombre!

El animoso criado no aguardó la segunda invitacion; lanzóse del coche á peligro de romperse la cabeza y siguió á todo correr al fugitivo. Estando ya á muy larga distancia de la multitud, Pedro, no obstante su robustez británica, corria sin exageracion, con la barriga tocando al suelo, pues su enorme panza le daba casi en las rodillas.

—Animo!... ánimo!... gritaba Mr. Philipps, que tambien se lanzó en persecucion del malhechor.

El fugitivo blandia su puñal para ahuyentar á los que quisieran detenerle; y corriendo sembraba el suelo de piezas de oro, que á cada sacudida dejaba caer de la gabeta.

Pedro no parecia desanimarse, aun cuando la distancia que mediaba entre él y el ladron era bastante grande; y que segun las apariencias iba á escapar: tanto que casi no le distinguia ya.

Los gritos del gentio aun resonaban:

—Prendedle! prendedle!

Por todas partes no se oian mas que estas preguntas:

—¿Qué es eso?—Qué ha sucedido?—A quién han asesinado?

—Es Noél el cambista respondian con sobresalto.—Un hombre ha roto de un puñetazo la vidriera de la tienda y ha cojido infinidad de oro, pero al salir el cambiador para cojerle le ha muerto de una puñalada!

Entretanto los esfuerzos de Pedro y de M. Philipps iban á ser inútiles, cuando he aquí que el ladron tropezó con un carrito de cervecero que no habia percibido en medio de la oscuridad y cayó al suelo. Pero casi al momento, aunque herido del golpe, se levantó y desapareció en el fondo de un oscuro pasadizo, en el qué, al abrirse la verja, hizo un grande ruído de campanillas.

Pedro, advertido por este sonido, se precipitó furiosamente en el lóbrego corredor; despues, estendiendo los brazos buscó á tientas.

—Ríndete miserable! gritó; ó eres muerto!

En este momento una mano nerviosa y convulsa le cojió por la garganta: y Pedro rodó pesadamente sobre la canal del arroyo

con su invisible enemigo, á quien pudo asir del cuello y apretaba con toda su fuerza.

—Ah! ya te tengo, amiguito! dijo Pedro todo sofocado. Has querido escaparte, pero no importa; no te me escurrirás por entre los dedos como una anguila... Ysu antagonista, que sin decir ni una palaba luchaba frenéticamente para desembarazarse de tan rudos apretones, conoció bien pronto que una larga resistencia seria de todo punto inútil.

—Amigo, por Dios! sed quien seais, dijo con una voz suplicante, tened piedad de mí!... No soy un pícaro... soy un pobre loco... un hijo de familia que ha perdido en el juego!... En nombre de mi anciana madre, que morirá de desesperacion, dejadme huir!

—Nada de eso! dijo Pedro apretándole todavia mas. Podreis cantar vuestros salmos á mi amo, al juez Mr. Philipps... héle aqui que ya llega.

—Mr. Philipps! Qué decís?..

—El mismo, amigo; y si él quiere soltaros, yo por mi accedo; porque me gusta poco el palo.

—Oh! piedad! misericordia!... aun no

viene nadie.... podeis dejarme huir... Tomad todo el oro que tengo en los bolsillos.. estos billetes de banco... todo es vuestro!... todo es vuestro!...

—Quita allá! te se figura que soy como tu?

Apenas Pedro acabó estas palabras, cuando recibió en medio del pecho un golpe violento que le hizo soltar la presa. Al momento el desconocido se levantó y quiso marchar fuera del pasadizo; pero un hombre apareció en el humbral: era M. Philipps; cogió el ladron por el cuerpo, cuyo movimiento, secundado por el grueso Pedro, que estaba como aturdido, pero aun vigoroso é intrépido; vino á fijar en un rincon al desgraciado que en vano pretendia ya escapar.

—En nombre de la ley, os prendo: dijo Mr. Philipps con una voz grave y temblorosa.

—Señor, os ruego por lo mas sagrado del mundo, que no me perdais!

Esto diciendo con una voz casi apagada, el cautivo probò juntar sus dos manos que Pedro apretaba como en una prensa.

—Esa voz!.... Es posible! dijo Mr. Philipps procurando levantar la cabeza del malhechor, que parecia quererse ocultar á los ojos de Mr. Philipps. El es! Roberto Fox!.... ah! desgraciado!....

—Si, soy un desgraciado! esclamó Roberto con voz sollozante; pero os lo juro, todo esto lo he hecho sin reflexionar... acababa de perder en el juego sumas considerables ..... estaba loco, borracho..... piedad?.....

—Nada de piedad para los ladrones y asesinos! respondió Mr. Philipps con acento inflexible.

—Pero, señor, yo no soy ladron ni asesino!.. os digo que es una locura!.. es un esceso de fiebre violenta! Yo lo volveré todo, lo restituiré doble..... taré centuplo!.....

—Y volvereis la vida al hombre que habeis muerto? interrumpió Mr. Pilipps terrible y fulminante.

—Yo he muerto! qué deeis? no, eso no es verdad!..... pero quién viene..... Ah! la multitud..... Caballero, piedad! por mi madre!.....

—Es menester que el crimen sea castiga-

do! la sociedad reclama un ejemplo!...

—Caballero, esclamó Roberto con voz delirante, no es la muerte la que temo..... es el cadalso! el oprobio!....

—Pues, bien tendreis el oprobio y el cadalso! vamos, venid á la cárcel!

—Un momento, señor.... escuchad, puesto que sois tan inhumano, no os pido mas que el favor de que me dejeis recoger el puñal..... está por aquí.... en el suelo.... ¡Voy á matarme, os lo juro! ¡así no iré al patíbulo!...

—¡No! ¡sufrireis el castigo que la ley pronuncie! ¡vamos, vamos!

—¡Ah! no teneis entrañas, caballero!..... ¡no teneis corazon!

—¡Mi madre, mi pobre y anciana madre!

—Será libertada de un hijo, que es su oprobio.

—S ñor, vedme á vuestros pies..... ¡Oh! no tendreis por qué arrepentiros de haber sido misericordioso! ¡Esta es una leccion terrible!... ¡De hoy en adelante seré un hombre honrado!...

—¡Siempre debiér is haberlo sido! Pero

despues del crimen, es indispensable el castigo.

El buen Pedro principiaba á conmoverse, á la voz de este jóven era tan dolorosa y vibrante, tan llena de angustia y arrepentimiento! ¡Además su figura era tan bella! Todo en su persona, en su porte como en su lenguaje, anunciaba ser un caballero, un jóven de buena familia.

—Señor, murmuró Pedro entre dientes con voz tímida: ¿le soltamos?...

—Callad, replicó el juez con tono solemne é imperioso. Pedro, tened á ese jóven; voy á pedir favor á la justicia.

Mr. Philipps, corriendo hácia la entrada del pasadizo, gritó con toda su fuerza:

—¡Favor al Rey! ¡por aquí!... ¡Ya tengo al ladron!...

En un momento fué invadido el corredor; mas de cuarenta nervudas manos acababan de caer sobre el desgraciado Roberto, asiéndole cruelmente.

—¡A Newgate! ¡A Newvatel ¡Este es el matador del Noél, el cambiado.

Al propio tiempo el populacho que se reu-

nió en los alrededores, se estrujaba por recoger las monedas de oro esparcidas por la calle.

En fin, roberto Fox, despues de estar bien maniatado, fué conducido por cuatro hombres, que á pesar de su obstinada y desesperada resistencia, le arrancaron de este oscuro y estrecho refugio.

—¡Caballero Philipps, señor juez! esclamó Roberto rechinando los dientes; ¡habeis sido inflecsible... Tambien yo lo seré! ¡Hasta la vista!

Roberto fué encerrado inmediatamente en un calabozo de Newgate.

VIII.

La partida.

No se crea que aquella inflexibilidad era hija de la venganza; Mr. Philipps no pensó jamás en castigar á su rival, queria únicamente cumplir su deber como hombre y como juez. No obstante, la accion de Roberto, aunque muy culpable y digno de un severo castigo, no provenia de un corazon esencial-

mente perverso y corrompido; era únicamente causa de ello, el que al salir de una orgía ó de una casa de juego, en donde había perdido enormes sumas el desgraciado jóven, en un acceso de verdadera demencia, había roto los cristales de un cambista, y tomado indistintamente un monton de monedas de oro y billetes de banco. El cambista habíase lanzado bruscamente fuera de la tienda para detenerle; pero Roberto, que llevaba siempre un puñal, sirvióse de él quizá maquinalmente creyendo dar un puñetazo. El infeliz cambista cayó medio muerto y anegado en su propia sangre.

El proceso de Roberto no tardó en instruirse. Lejos de negar su crimen, le confesaba atrevidamente y manifestaba un sincero arrepentimiento. Veinte veces al dia por lo menos se informaba del estado de salud del cambista, y cuando le respondian que los médicos tenian esperanzas de salvar á la víctima, brillaba en sus ojos un rayo de alegría.

Roberto estaba melancólico y taciturno, pasaba los dias enteros absorto en una pro-

funda meditacion, y muy frecuentemente transcurrian veinte y cuatro horas sin tomar ningun alimento. Los carceleros, creyendo tenia la intencion de dejarse morir de necesidad, empleaban ya las amenazas, ya los ruegos; pero nada era suficiente á conmover el corazon del preso y tan solo se contentaba con responder sonriendo amargamente.

—¡Tranquilizaos, buenas gentes; si quisiese fallecer, no escogeria esta especie de muerte, tengo otras mejores de que poder hacer uso!... ¡pero quiero vivir!..... y ¡Si, viviré!.....

Cuando hablaba asi, su fisonomia contractada, demostraba una espresion estraña; sus ojos tomaban un brillo siniestro, y sus labios se entreabrian para dar paso á una lúgubre y dolorosa sonrisa.

Miss Amelia seguia muy triste; su estado inspiraba alguna inquietud á los médicos, y aconsejaba unánime al viejo capitan que viajase por el medio dia de la Francia con su nieta.

Amelia, que no salia de su cuarto hacia

mucho tiempo, ignoraba lo que habia sucedido á Roberto Fox; asi como la catástrofe y el proceso importante que se le habia formado. El capitan, conociendo que Amelia tenia algun interés por aquel jóven, se abstuvo de participarle tan funestas noticias; la jóven, admirada de la completa desaparicion de Roberto, pensaba; muy naturalmente, que la habia olvidado para siempre, y que otra muger la reemplazaba en su corazon variable y caprichoso. Bien que Amelia tuviese suficiente valor para sufrir secretamente tan rudo abandono, bien que padeciese su espíritu al verse tan exactamente obedecida, no dejaba de juzgar la partida de Roberto como una fortuna, como una gracia del cielo: ahora Amelia era libre; ya no se veia obligada á temer al amor fogoso y terrible de aquel jóven que de un momento á otro, en un furioso trasporte de celos, podia deshonrarla á los ojos de su padre. Pero aunque es verdad que se hallaba absolutamente tranquila sobre este particular, sin embargo tenia otros muchos cuidados tan vivos y punzantes.....

¡Nada de quietud ni reposo para la desgraciada niña!

¡Contínuamente lloros y remordimientos! Al presente no se atrevia á mirar, sin sonrojarse, la cara de su venerable y anciano padre que quizá un dia le echaria su maldicion.

Miss Amelia no era la misma; pálida y desencajada, declinaba su cabeza tristemente, los colores de la robustez habian desaparecido de sus mejillas, un círculo azulado rodeaba sus ojos, llenos de languidez y abatimiento; muchas veces, cuando queria sonreir al capitan que la miraba con pesar, era una sonrisa mas triste que las mismas lágrimas.

—¡Dios mio!.... Dios mio! ¿Qué tienes? decia el capitan Mowbray con voz suplicante, estrechándola contra su corazon; hija mia; ¡me afliges mucho!....

Las repuestas de Amelia eran casi siempre vagas, confusas y evasivas, entrecortadas de suspiros y sollozos.

Mr. Philipps iba regularmente todas las mañanas á ver al capitan Mowbray, y obser-

vando la profunda melancolía que devastaba el encantador semblante de Amelia, suspiraba pronunciando algunas palabras no inteligibles. Primeramente juzgó que Amelia lloraba el encarcelamiento de Roberto; pero bien pronto se convenció por una multitud de repetidas esperiencias, que el crímen del culpable no habia llegado á los oidos de miss Mowbray.

Transcurrió cerca de una semana: al fin el capitan y su nieta partieron para el continente la misma noche que se vió en el tribunal la causa del infeliz Roberto.

IX.

La carcel.

La lectura del proceso no fué muy larga. Roberto Fox convicto de robo y tentativa de asesinato, pero sin premeditacion en la persona de Noél el caubista, fué condenado por unanimidad, á la deportacion perpétua. M. Philipps en su fulminante acusacion, ha-

bia reclamado un ejemplar terrible en nombre de la justicia y de la moral; despues exagerando con hiperbólica elocuencia, el crimen y los perversos antecedentes del acusado, habia pedido la pena capital.

La presencia de Roberto ante el tribunal fué serena, fria y casi solemne. No intentó jamás ablandar á los jueces, ni atenuar su crimen; todo lo que protestaba ante Dios y los hombres, era que habia obrado sin reflexion y sin conocimiento de lo que hacia. El discurso de Roberto á sus jueces fué tan firme y tan convincente á la vez, que todo el auditorio participó de una profunda emocion las mugeres en particular, llenas de ternura y de piedad, lloraban por la suerte de un jóven al parecer tan bueno, del cual sin embargo, mas de una habia que se quejaba ó tenia por qué quejarse cruelmente; pero las mugeres son generosas: se inclinan casi siempre en favor del que sufre. Por lo tanto es de creer que sin la formidable acusacion de M. Philipps, Roberto no hubiera merecido la sentencia de aquel cruel destierro, que le separaba eternamente de la sociedad.

Despues de un mes de encarcelamiento, las puertas de Newgate iban por fin á abrirse para el desterrado, pero un nuevo suplicio debia comenzar en el mismo dintel del calabozo; en razon, á que desde allí era donde despues de haber vestido el hábito infamante de los deportados, iba á ser conducido inmediatamente al navio destinado para Botany-Bay (1).

Antes de partir Roberto habia pedido en vano varias veces el ver á sus amigos. Te-

---

(1) En la época en que las colonias americanas se separaron de la metrópoli, los ingleses precisados á escoger otro lugar de destierro para los delincuentes destinaron para este objeto á Botany-Bay. Pero como esta bahia carecia de profundidad, llevaron su establecimiento un poco mas al N. al puerto Jackson, que es uno de los mejores del mundo y fundaron la ciudad de Sydney. Esta nueva colonia conserva el nombre de Botany-Bay; cuya bahia está situada en la costa S. E. de Nueva Holanda, en la Nueva Ga-

miendo que buscase un medio de quitarse la existencia con veneno ó con armas que le proporcionasen, se observaban todos su movimientos, con un cuidado estremo. Habia un hombre á quien Roberto deseaba ver y hablar con él algunos instantes, particularmente, antes de abandonar la inglaterra; pero la prohibicion era precisa y no admitia escepcion alguna: por otra parte, el nombre de aquel enemigo hubiera escitado mas que el de cualquiera otro la desconfianza y la sospecha; Guillermo Browbel eran en-

---

lés meridional y en el condado de Chumberland, fué descubierta en 1770, por el capitan Cook que la llamó asi á causa de la gran cantidad de plantas desconocidas que encontró en sus orillas.

Entre los delincuente sentenciados á la deportacion, se escogen para enviar á Botany-Bay los hombres que no esceden de 50 años y las mugeres que no pasen de 45. Los que profesan alguna arte mecánica, trabajan por cuenta del gobierno. Cuando llega

toda la estencion de la palabra un pícaro. Libertino, borracho y jugador, habia ejercido siempre una grande influencia sobre Roberto, y quizás á sus perniciosos consejos eran á quien debia su desgracia Fox.

Guillermo Brower tenia algunos años mas que Roberto; bajo, ancho de espaldas y de una fuerza atlética, era aunque muy jóven, de una gordura desproporcionada á su esta-

---

una muger de entre las que son deportadas.

Todo desterrado, asíque ha cumplido su condena, puede volver á su pátria á espensas suyas. Las leyes señalan cierta porcion de tierra para los que quieren quedarse en la colonia, y además les suministran los víveres necesarios durante 18 meses; las mismas favorecen mucho mas á los casados, mayormente si tienen familia. Esta colonia empezó á establecerse en 1787 por un convoy de 760 deportados. En las cercanias de Botany-Bay viven los salvages mas feroces que se conocen.

(N. del T.)

tura; fresco y encarnado, parecia sonreirse de continuo encantado de vivir; su fisonomía franca y despejada, inspiraba á primera vista la confianza y la alegria.

Nadie como él sabia animar una comida y divertirse en una orgia: riendo y cantando, comia por cuatro, y se bebia con una maravillosa facilidad cinco ó seis botellas de Porto, sin desquilibrar en lo mas mínimo la cabeza. Lo que tenia de mas admirable en esta especie de escesos, era que no sufria jamás los efectos de su monstruosa intemperancia: al verle siempre tan gordo, tan rollizo y bien portado, se le hubiera tomado al pronto por un tipo de prudencia á sobriedad.

Guillermo era de buena familia, pero reñido algun tiempo hacia con ella, habia disipado en menos de cinco años una herencia considerable. Además habia contraido deudas, en cantidad de siete ú ocho mil libras esterlinas; por todo lo cual, viéndose en la imposibilidad de pagar, se arrojó perdidamente al abismo del juego: con lo que cada dia aumentaba considerablemente el número de sus acreedores; y Guillermo encontrando

esto muy chistoso, no buscaba mas que tontos y víctimas.

Finalmente, habiendo tenido una grave reyerta con la policía, tomó el prudente partido de viajar, recorrer el mundo y estender el círculo de sus negociaciones. Aquel jóven no tenia otro igual en el orve por su buena ó mala chocarronería cuando queria tomarse el trabajo de decirlas; todos los papeles los disfraces, sabia imitarlos con un prodigioso talento; de suerte que un dia no sabiendo ya que hacerse, concibió el proyecto de unirse á una compañía de cómicos ambulantes, y principió á declamar en un teatro de provincia, en la comedia el «Comerciante de Venecia,» con increible aplauso. Hubiera indudablemente podido competir en este papel con el célebre Kean que no comprendió mejor que él, aquella creacion diabólica y terrible de Skakespeare.

Pero Guillermo no era capaz de trabajar mucho tiempo de una manera circunspecta y seguida; además, con su indomable carácter, la menor reprobacion del público, el menor silvido, le deberia hacer brincar como

un leon á quien se irrita. Una noche que representaba el papel de «Judío,» oyó decir á un espectador que estaba frente al escenario, con una grande carcajada sardónica:

—Pardiez! este judío no observa mucho la ley de Moises; indispensablemente ha de comer mucho para estar tan gordo!

—Maldito rústico! esclamó al momento Guillermo enseñándole sus nervudos puños, yo te haria comer la lengua si te tuviera en el agujero del apuntador!

Al punto una espantosa borrasca estalló en el patio; gritando: de rodillas! que pida perdon! etc. etc. Entonces Guillermo quitándose el trage de judío, dirigió al público los gestos mas groseros é injuriosos. En menos de un segundo fué invadida la escena; todo se rompe, quinqués, y decoraciones; buscan al insolente actor para matarle, para romperle brazos y piernas. Pero Guillermo tan ágil como vigoroso, habia derribado de un puñetazo al primer acometedor; mas no pudiendo luchar contra toda una multitud, se escapó apresuradamente por una puerta escusada del escenario: todos los cómicos ate-

morizados huyeron; únicamente el desgraciado apuntador permaneció en el fondo de su escondite y pagó por Guillermo.

Nada mas estraño, ni incomprensible que la existencia de aquel jóven: hoy rico mañana pobre, un dia se le encontraba por las calles con una raida y andrajosa casaca un sombrero roto y sin cordon y unas botas agujereadas sobre cuyos tacones marchaba orgullosamente.

Hacia cosa de siete ú ocho meses que no parecia Guillermo por Lóndres, cuando Roberto Fox cometió el crimen que le llevava á Porte-Jockson. Segun decian, Guillermo Brower viajaba por el continente. No obstante, era de presumir que Roberto Fox habia recibido alguna secreta comunicacion pues pedia el ver á Guillermo con preferencia á todos los demás amigos.

En fin, convencido de que su peticion no obtendria resultado alguno, Roberto no volvió á hacer la menor instancia, y demostró estar completamente resignado con su suerte. Unicamente la víspera de su partida para Botany-Bay, escribió al juez general una

carta humilde y suplicante, para obtener el permiso de ver algunos momentos á un venerable eclesiástico; al abate Cochrane, que lo habia instruido en la fé católica. Aquel digno sacerdote era enviado á Lóndres por madama Fox, la que demasiado anciana y enferma para venir á dar el postrer adios á su hijo, habia querido al menos que una madre al infeliz desterrado que marchaba para su destino. Madama Fox habitaba en Westmoreland.

—Semejante súplica por parte de un hombre condenado á no volver mas á su patria no podia ser rechazada; el preso obtuvo el favor que solicitaba, sin duda con el piadoso objeto de arrepentirse.

Roberto Fox sombrio y pensativo, paseábase por su calabozo, con los brazos cruzados y la cabeza baja. Abriose la puerta. El alcaide le anunció la visita del abate Cochrane, Roberto tembló; un rayo de alegria brilló en sus ojos.

—¡Gracias! dijo, oh! gracias!...

—Señor abad, quereis seguirme, dijo el

alcaide volviéndose hacia el corredor.

Un paso lento y grave se percibió; un hombre al parecer pálido y venerable vestido con una larga casaca negra abrochada, entró en la prision. Su cabeza estaba desnuda y casi calva; una ancha corona se dibujaba en medio de sus canos y escasos cabellos.

—Heme aquí pues hijo mio! dijo con una voz sorda y profundamente conmovida. Es en este sitio donde debia volverá veros!....

—Padre mio, padremio, oh! soy muy culpable! esclamó Fox cayendo de rodillas con la cabeza entre sus manos.

Intensos suspiros agitaban su pecho.

El alcaide permanecia inmóvil á alguna distancia.

—Quisiera quedar solo con mi confesor... dijo Roberto con voz triste y suplicante.

—Está bien señor, está bien; ya os dejo, pero no os entretengais mucho tiempo..... respondió el carcelero casi enternecido.

—Nada mas que diez minutos, mi buen carcelero?

—Oh! podeis tomaros hasta un cuarto de hora.

—Gracias! dijo Roberto con un suspiro.

El carcelero se fué y cerró la puerta.

X.

El confesor.

El carcelero al cerrar la puerta pudo aun oir estas palabras rápidamente, cambiadas entre el confesor y el penitente.

—Gracias padre mio: sois exacto.

—Hijo debia serlo: el buque vá á partir..

La voz del confesor habia tomado un tono

tan grave y bajo, que el carcelero, no obstante su curiosa atencion, no pudo oir mas.

Roberto permanecia aun de rodillas, en actitud de recogimiento y compungido. El sacerdote inclinado hácia el, hizo la accion de tenderle la mano y de decirle en voz baja algunas palabras consoladoras.

El calabozo estaba débilmente iluminado por dos lucernas abiertas junto al techo en una gruesa pared; de manera, que la vista no podia alcanzar nada; y las dos bandas luminosas que caian de estos estrechos respiraderos, se dibujaban en la pared opuesta.

Roberto y el confesor estaban entonces en el ángulo mas oscuro del calabozo.

—Hijo mio, dijo el prelado con voz lenta y solemne, confesaos ya os escucho...

Cruzando despues los brazos é inclinando la cabeza, escuchó la confesion del contrito pecador.

Hubo un momento de religioso silencio.

De repente se oyó una carcajada.

—Ah! ah! ah! por vida mia, querido, eres admirable dijo el preso apretándose la bar-

riga por la risa. Qué gravedad! El diablo me lleve, pero esto es magnífico! ah! ah! ah!

El supuesto confesor permanecia impasible, y dijo con tono severo:

—Los momentos son preciosos! daos prisa pecador.

—Bravo! admirable! prosiguió Roberto riendo todavia mas fuerte. Bien cierto es, que no tengo humor de reirme; siento atrozmente dejar la hermosa Inglaterra; pero vive Dios! eres tan chistoso que harias reir á un ahorcado! El falso sacerdote conservaba la misma actitud triste y recogida.

—Vaya un farsante! pero mirad! verdaderamente parece un eclesiástico! tienes un aire de decir misa!

Ah! ah! Querido Guillermo eres un verdadero cómico! La iglesia ó el teatro debe indispensablemente ser tu carrera.

—Tambien es cierto amigo Roberto, que la tuya es Botany-Bay, respondió Guillermo haciendo una especie de cabriola. Pues bien veamos pronto el tiempo. Roberto, reflexionemos un poco, el tiempo urge.

—Ah! si mi querido Guillermo, respon-

dió Roberto con una afectada satisfaccion que disimulaba mal su profunda tristeza. El tiempo urge como tu dices, y el coche va á partir. Si pudiese partir sin mi...! A fé de Roberto, cederia voluntariamente mi lugar á cualquiera y á todo costo.

=Por qué Roberto? harias muy mal! dijo el ex-sacerdote con las dos manos en las faltriqueras. Ese viage no tiene nada de desagradable; lo mismo es este que otro; y despues como dice el proberbio, los viages forman la juventudah ora tu eres un jóven, vas á viajar, pues que...

—Por vida mia Guillermo! eres un verdadero y divertidoburlon interrumpió Roberto golpeándole cariñosamente en las espaldas. Pero te comprendo amigo mio: haces todo lo posible para alegrarme, si yo estuviera en tu lugar haria otro tanto, y te ponderaria la moral. Oye Guillermo, tenia una indispensable necesidad de verte! la tristeza me cogió por los cabellos; y si no hubiese conservado aun la esperanza de tener una última conversacion con tan escelente amigo, creo que me hubiera embarcado solo para el otro

mundo, sin tener el disgusto de ir para Botany-Bay!

—Vamos, mi querido Roberto, esplica cuanto antes todo lo que tengas que decirme: de un momento á otro pueden venir á interrumpir nuestra conversacion....! no ignoras que estoy en Lóndres bajo un nombre supuesto, con quince ó veinte requisitorias y dos órdenes de prision que penden sobre mi cabeza, como una espada de dos filos.

Vengo espresamente de Alemania para abrazarte; y aqui para entre nosotros te digo, que en cuanto he sabido tu linda travesura, la he juzgado tan atrevida como absurda, eres un animal de cuatro suelas! Mi querido amigo, no creerás una cosa, mira, cuando leí tu sentencia en los diarios esclamé.

—¡Está bien hecho! le han dado su merecido por necio!

Roberto frunció las cejas.

—Guillermo, dijo verdaderamente no vas del todo desacertado; pero moderá un poco tus burlas.... Ten piedad de un pobre dia-

blo que se ve obligado á sufrirlo todo y que te necesito....

Guillermo meneó la cabeza y pareció conmoverse.

—Nada de rencor mi pobre Roberto! dijo apretándole la mano; me conoces hace mucho tiempo para creer que quiera abusar de tu posicion... vamos estoy del todo á tus órdenes; cuanto tengo es tuyo, mi vida y mi bolsillo.... es decir mi bolsillo cuando esté lleno; porque si te le ofreciera ahora, seria la burla mas grande de todas, y tendrias, verdaderamente razon para enfadarte. Esto supuesto, amigo mio, entremos en materia: Qué es lo que te se ofrece? qué me mandas?

—Guillermo dijo Roberto bajando la voz: te ruego que hables mas bajo; podrian muy bien estarnos escuchando. Casi siempre hay aqui oidos aplicados á mi puerta, y los ojos de ese Judas continuamente asestados por las grietas.... En fin, á mi querido carcelero juez y verdugo, se le ha metido en la cabeza que era yo capaz de ahorcarme con el colchon ó bien de escaparme por el agujero de esa rejilla. Por esto es por lo que esa ra-

za abominable eternamente vigila mis acciones; todos nuestros amigos no han podido lograr el penetrar en este calabozo; y si yo no me hubiera acordado de ese respetable abad Cochrane, que me reprendia tanto en mi niñez, hubiese partido sin verte y sin encargarte una mision, á la cual amo mas que á mi vida.

—Una mision? replicó Guillermo mofándose. Yo soy todo un sacerdote católico, apostólico y romano; hé aquí que tu me conviertes en misionero! Eso es chistoso, es divertido pero no importa! mándame lo que quieras, y si es menester, voy á la China á convertir Mandarines (1) haciéndoles creer.. que vuelan los borricos!...

—Tu quizá rehusaras, Guillermo; por mi vida que no existe en el mundo una proluccion tan dorada, tan dulce como la tuya, y cuando quieres no hay un demonio mas astuto! Guillermo, tu sabes toda la historia; es del todo inútil te cuente de nuevo mis compromisos con miss Amelia!.....

(1) Título ó dignidad de aquel pais.

—Oh! sí, del todo inútil, como tú dices; estoy muy al corriente de toda la aventura, y sabes muy bien lo que siempre te he dicho. Tú no has querido creerme: en lugar de hacer lo que yo he hecho siempre, en lugar de cambiar de moza como yo cambiaba guantes y sombreros en mis prósperos dias tú te has puesto á representar á «Tircis,» y á suplicar de rodillas á una jóven, hermosa sin duda, y bastante fresca; pero que á lo mas, no vale un entres ó una buena orgía entre camaradas...

—Ah! Guillermo, dijo Roberto suspirando, tienes un corazon viciado! Has visto á esa adorable jóven pero no la has conocido, no has conocido; no has tenido con ella jamas la menor conversacion; ignoras todo lo que tiene de poético, amoroso, ardiente é ingénuo; en su corazon jamás ha habido nada malo!

—Basta, basta, Roberto! por Dios! no mas palabras tiernas! El sudor me baña la frente! Las palabras dulces son buenas para el teatro; son buenas para ablandar á las mugeres, como la miel para coger las moscas.

Pero entre hombres, entre camaradas, nada de sensibilidad! Finalmente, te digo: para mi ese compromiso podria durar ocho dias; entonces bien, era pasable. Pero quince!... eso principiaria á ser estúpido; tres semanas, uno, dos meses. Oh, seria miserable! Así no estrañe, pobre jóven, lo que te sucede! eso debia producir su efecto: á fuerza de amor, tu cabeza se ha trastornado: has roto los vidrios de un cambista, y...

—Si, Guillermo, interrumpió Roberto con aire sombrio, he hecho mal en no creerle he sido un loco! Pero escucha, mira lo que me ha perdido! no tenia suficiente valor para tomar una resolucion: tan pronto queria romper bruscamente con Amelia; tan pronto queria robarla, escaparme con ella; tenia en mi cabeza una agitacion, una confusion tal... que debia indispensablemente conducirme á la locura!.. En fin, esta pasion ha sido violenta, y no he podido vencerla: viendo á cada instante huir á Amelia de mi amor, y pasar á los brazos de otro hombre quise saber si me amaba bastante para seguirme, conociendo que no podia jamás ser otra co-

sa que su amante y que no podia casarme.

—Y por qué no, si os placia? dijo Guillermo con una impasible flema.

—Tú mejor que nadie sabes por qué, Guillermo! asi, permite que á mi vez te diga: menos conversacion! menos palabras inútiles! Nosotros observamos los mismos principios, casi en todo; pero hé aquí una cosa en la cual mi opinion difiere exencialmente de la tuya. Vas á decirme que he tenido una necia compasion, que nadie me ha forzado á contar lo que he dicho, y que á esta hora, miss Amelia estaria pronta aun á seguirme; pues bien! yo te responderé que si tengo remordimientos, no es por haber tenido esta franqueza.. Bastante me ha costado el engañar la buena fé de una jóven sencilla y cándida, que jamas hubiera sospechado en mi tanta perversidad!

—Ciertamente, replicó Guillermo encogiéndose de hombros, jamás la pobrecilla hubiera adivinado la menor cosa: nada hay que temer de la otra... principalmente ahora que.

—Cállate! interrumpió Roberto con un

acento bajo y receloso. Me haces estremecer!...

Cobarde! es posible? con un temperamento como el tuyo! Con esos músculos de hierro!

—Valor, Guillermo! bien sabes que le tengo!

—Sí, en verdad, Roberto... pero desgraciadamente no en todas las ocasiones! Lo que te pierde, lo que siempre te perderá, es tu irresolucion, tu espíritu versatil y fantástico! Careces absolutamente de lógica! Dime, por egemplo, no hubieras hecho mucho mejor, puesto que querias casarte á toda costa, con callar lo pasado á una jóven que no te exijia confianza alguna? Su interés y el tuyo debiera haberle cerrado la boca... es muy probable que jamás hubiese sabido cierto capitulo de tu historia... Y que hubiérais pasado juntos dias de ilusion y de ventura!

—La frente de Roberto se nublaba por instantes; su pecho parecia hincharse. En este momento una multitud de recuerdos deliciosos y puros recorian su espíritu; to-

dos los goces de su primera infancia, todos aquellos rayos dorados y encantadores se representaban en su marchita imaginacion.

Bajó la cabeza, y con el reverso de su mano enjugó una lágrima.

—Seamos hombres! dijo Guillermo. Y sobre todo, nada de lágrimas! Segun lo que he podido conocer, despues de tu última carta, aun tienes un objeto en el mundo, un objeto misterioso que vas á esplicarme: habla... será todavia algo de miss Amelia Mowbray?

—Quizá Guillermo! respondió sordamente Roberto con un siniestro brillo en sus ojos. Oh! si; tienes razon, no debo aun perder el ánimo! debo vivir! Ahora mismo no hay nada para mi en el mundo, ni felicidad, ni fortuna, ni amor, ni consideracion alguna! no existe mas que la venganza!

—La venganza? repitió Guillermo admirado.

—Si, la venganza! pero una venganza horrible, encarnizada, implacable! Esta sola esperanza me sostiene! tendré fuerza y paciencia... lo sufriré todo, humillaciones, tor-

mentos, destierro... Pero quizá volveré! Oh Guillermo, entonces cuento contigo!

—Puedes contar Roberto! soy fiel, y amigo de mis amigos como ya sabes..... Ah! ya principio á entender.... Será esta la famosa mision! Por vida mia! no tienes mas que hablar, todo en el mundo lo haré por tí. Finalmente no arriesgo mas que mi cuello y este no se puede perder mas que una vez. Vamos, pronto, pronto..... pueden venir de un momento á otro...

—Oh! tranquilízate Guillermo: siempre me quedará el tiempo de decirte una palabra al oido, quedarás al corriente del asunto.... Dime, conoces á M. Philipps?

—M. Philipps el juez? ese que ha fulminado contra tí una requisitoria atroz? ah! es menester hacerle justicia, habla muy bien!

Roberto sonrió amargamente.

—Habla bien, Guillermo! es una cosa hermosa la elocuencia. Pero desgraciadamente no siempre triunfa... y temprano ó tarde espero que podrá convencerse de ello... Si tú me ayudas, Guillermo!

—Te ayudaré!

—Pues oye mi proyecto, Guillermo....

En esto fué interrumpido por un ruido de cerrojos y de llaves, la puerta se abrió.

—Roberto Fox, dijo el carcelero con voz brusca, abreviad un poco vuestra confesion: acabo de recibir la órden de despedir al sacerdote.

Al oir abrir la puerta, Roberto habia tomado al momento su aspecto humilde y arrepentido; Guillermo su presencia grave y religiosa.

—Esa órden es bien cruel! dijo Roberto con amargura. Que me quiten los consuelos de la amistad, en horabuena, pero los de la Iglesia, oh! es una barbaridad!

El carcelero, que era un hombre escelente, juzgó poder cumplir á medias la órden un tanto rigorosa que acababan de comunicarle.

—Pues bien! despachaos, dijo con mas dulzura, acabad vuestra confesion; me quedaré en la puerta, no quiero perderos de vista.

Roberto Fox, arrodillado delante del supuesto sacerdote, se golpeaba el pecho con

dolorosa contriccion; al propio tiempo, acercándose al oido de Guillermo, le dió todas las señas y órdenes necesarias para el cumplimiento de su proyecto.

En fin, despues de un coloquio misterioso que duró algunos minutos; Roberto dijo á Guillermo que se fuese: una conversacion muy larga podria dispertar sospechas, y comprometer la seguridad del mismo Guillermo. Este, para representar hasta el último momento su papel, estendió la mano sobre la cabeza del preso, y le dió la absolucion.

—Levantaos, hijo mio, dijo con voz firme; y no os desespereis! Cualquiera que sea vuestra suerte, ánimo y resignacion! Adios!

Los dos amigos se dieron la mano con efusion, y Guillermo se alejó á paso lento.

Algunos segundos despues, la puerta de encina rechinando sobre sus goznes, se cerró con estrépito.

PARTE SEGUNDA.

ROBERTO FOX.

XI.

El doctor Burman.

El capitan Mowbray y miss Amelia no regresaron á Inglaterra hasta despues de haber recorrido la Francia y la Italia. El viaje duró algunos meses.

Durante este tiempo, el capitan jamás había pronunciado el nombre de Roberto; pero hablaba continuamente de Mr. Philipps, quién seguia con él una correspondencia

frecuente. Miss Amelia no podia olvidar á Roberto; ni la fatiga ni las distracciones del viaje habian bastado á borrar de su corazon un recuerdo que cada dia se hacia mas vivo y mas punzante. Cuando volvió á Lóndres, los amigos del capitan Mowbray apenas la conocian, tan demudada estaba: una profunda tristeza reinaba en su fisonomía, sus ojos parecian estar de contínuo henchidos de lágrimas, y su pecho oprimido por inmensos suspiros.

El capitan estaba sumamente envegecido. Su cuerpo antes firme y derecho, se habia encorvado, el fuego de sus ojos habia desaparecido, un aire de sufrimiento inesplicable contraia sus labios, que antes siempre sonreian.

Sin embargo aquel buen anciano no habia estado peligrosamente enfermo; pero una melancolía y cruda tristeza le minaba y

sordamente: veia la aflictiva languidez, el decaimiento continuo de su querida hija, y desesperado de curarla, principiaba á maldecir de su larga existencia, y habia momentos en q ue deseaba la muerte.

El capitan Mowbray estaba convencido de que el estado deplorable de Amelia provenia de la terrible impresion producida por el ataque nocturno, en el cual corrió peligro de ser víctima. Asi, no pudiendo sufrir mas el vivir en aquella casa, se apresuró á venderla por la mitad de su valor; y alquiló una habitacion muy alegre y hermosa en las inmediaciones de Picadilly, nada escaseó para producir á Amelia todas las distracciones posibles: Mr. Philipps iba todos los dias á casa del capitan Mowbray, trataba á Amelia con una cortesia afectuosa y galante, que contrastaba singularmente con la austera circunspeccion habitual á su carácter. Finalmente, Mr Philipps era amoroso por primera vez en su vida.

Ya no se habló mas del casamiento: el capitan cuidaba constantemente por el restablecimiento de su hija, para suplicarle

despues consintiese en la union proyectada tanto tiempo hacia; temia sin duda, haciendo una proposicion inoportuna, obtener una nueva negativa, ó producir, en el espíritu de Amelia, una impresion dañosa y funesta.

Todos los mas célebres médicos de Londres habian visitado alternativamente á miss Amelia, y ninguno de ellos habia alcanzado nada. Un dia el viejo capitan recibió una carta de un médico aleman, que le prometia curar á su hija en menos de quince dias, si se ceñia estrictamente á los medicamentos que él indicaria. El capitan se dió prisa á contestar al doctor Burman: este era el nombre del médico. «Venid señor; escribió el pobre anciano, oh! venid cuanto antes! Salvad, curad á mi hija, y todo cuanto poseo es vuestro!...» Al otro dia, un personaje que parecia tener cincuenta años, presentóse en casa del capitan, era el doctor Burman. Una cara larga y pálida, sus ojos profundamente escondidos en sus órbitas' una frente desmesuradamente elevada y calva, todo, en aquel médico anunciaba la fatiga del estudio y el trabajo de la reflec-

sion. Iba vestido de negro, y andaba apoyándose levemente en una caña de junco con puño de oro.

—Señor doctor, dijo Mowbray con voz conmovida, os aguardaba con impaciencia!.. ah! si supiéseis, mi Amelia, mi pobre ángel, cada dia decae mas; á cada momento me parece ver sus megillas mas pálidas, sus ojos mas lánguidos y...!

—Señor de Mowbray, respondió el doctor, en inglés perfectamente puro, pero con un acento un poco germánico, uno de mis sabios compañeros me ha hablado últimamente del estado singular é inesplicable en que se halla algunos meses hace vuestra hija; segun los sintomas que me ha esplicado muy por encima me parece que esa afeccion es grave. No obstante, creo poderos asegurar una cura completa, si conforme tuve el honor de escribiros, la enferma consiente en seguir mis prescripciones.

—Las seguirá, señor doctor! Oh! si todas! replicó enérgicamente el capitan. Salvadla! Salvadla! Señor, os lo ruego.... M reconocimiento no tendrá límites!

—Señor de Mowbray, permitidme que os diga, antes de empezar nada, que trabajo únicamente por la ciencia, y que me conceptuo muy recompensado cuando he logrado curar á mis enfermos. No quiero otra recompensa. Todo lo que ecsijo es una obediencia completa, una entera sumision á mis órdenes. He venido á Inglaterra por una causa únicamente cientifica. Dentro de quince dias á lo mas tardar, es menester que vuelva á Alemania; y si los sintoma que me han referido son esactos, miss Amelia Mowbray estará perfectamente buena antes de mi partida.

—Cuán dichoso soy con oiros hablar así! oh! cuánta bondad! hay tanta seguridad en vuestras miradas, en vuestra voz... Sí, vos la curareis!...

—Al menos haré todo lo posible. Pero una palabra mas señor capitan: me falta imponeros una condicion; una sola, por precio de mis desvelos.

—Hablad! Señor doctor, hablad!

—Hacedme el favor de no decir á nadie

que me he encargado de curar á vuestra hija; se entiende hasta que la cura sea definitiva y completa: un médico estranjero inspiraria quizá algun recelo á los eruditos del pais sin duda para mi muy apreciables, pero que al fin se atascaron en lo que yo emprendo.

El capitan Mowbray habia mas de una vez oido hablar y aun ensalzar la prodigiosa ciencia de un médico aleman muy rico, llamado Burman: por lo tanto no cabia recelo en confiar su hija á manos de tan hábil doctor.

—No temais, señor, dijo el capitan, guardaré el mas profundo silencio hasta el dia que me permitais hablar.

—Muy bien, respondió el doctor inclinándose. Señor capitan, quereis llevarme ahora mismo á ver la enferma? Os ruego me dejeis algunos instantes solo con ella, para hacerle diferentes preguntas.

—Ya os he dicho, señor doctor, que os obedeceré en todo cuanto mandeis. Permitidme que os conduzca al cuarto de mi hija.

El médico siguió al capitan Mowbray; este, despues de haber llamado á la puerta de miss Amelia, abrió con precaucion é hizo seña al médico de que le siguiese.

XII.

El reconocimiento.

El capitan Mowbray habia advertido á su nieta la visita del médico aleman; por lo tanto debia esperarle. No obstante, viendo entrar al doctor, miss Amelia se turbó singularmente.

El doctor Burman dirigió al punto á la enferma una multitud de preguntas bastante insignificantes; al propio tiempo parecia que la observaba con una estremada atencion. Miss Amelia estaba pálida y confusa, bajaba la cabeza como para evitar la mirada escudriñadora del médico.

Luego dijo este algunas palabras al oido del capitan Mowbray, el que aprovechando un momento en que la jóven tenia vuelta la cabeza; se retiró sin hacer el menor ruido.

Una mediana oscuridad reinaba en la habitacion; las cortinas de la ventana cayendo en anchos pliegues, evitaban el que penetrase una claridad muy viva.

=Miss Amelia, dijo el doctor con voz grave y afectuosa, teneis melancolia, una melancolia profunda..... Ved ahi lo que os consume.

Amelia temblló y no dió respuesta alguna

—Sí, estoy convencido, prosiguió Burman, de que vos sufris moral mas que físicamente; el asiento del mal está en el espíritu.. quizá en el corazon! Y poco á poco

esa perturbacion intelectual ha influido fatalmente en vuestra salud. Os lo ruego, miss Amelia, quereis responder á todas las preguntas que el médico, ó por mejor decir, el amigo... os hará...

Habia tanta solemnidad en el acento de Burman, que la jóven estrañamente inmutada no podia disimular su ajitacion.

—Miss Amelia, mirad que mi responsabilidad es grande! he prometido, he jurado á vuestro padre el curaros, el volveros á la par la salud del cuerpo y del espíritu: esta promesa sin duda que la realizaré, pero es menester que me ayudeis. Esto, supuesto, ¿quereis responder á todo lo que os pregunte?...

El doctor hizo á la jóven, en términos científicos infinidad de observaciones, de las cuales no comprendió al punto todo el significado, pero poco á poco fueron siendo mas claras y menos equívocas; al lenguaje técnico sucedió el vulgar; y las espresiones mas claras permitieron á miss Amelia adivinar todo lo que el médico queria hacerle entender.

—Vamos, hablad, continuó con una admirable dulzura: estamos solos, nadie puede oiros; y los médicos, miss Amelia, son para los enfermos como los confesores para los católicos: no se les debe ocultar nada, absolutamente nada.

—Caballero..... caballero..... balbuceó no os juro..... no estais equivocado.....

—Puede ser, miss Amelia, pero.... lo dudo. Bien conoceis que un hombre de mi edad y esperiencia no puede despreciar los mas indiferentes síntomas los mil sencillos indicios casi inapreciables, pero que para la esperiencia de los inteligentes, equivalen á pruebas completas, á pruebas materiales. Estoy en el caso miss, de que si vos no juzgais deber hacerme una ámplia esplicacion. me veré en la necesidad..... sensible por cierto, de comunicar al capitan Mowbray el resultado de mis observaciones.

—Oh! señor, no hagais tal, os lo ruego!.. esclamó con una espresion de terror inesplicable.

—No miss, no, tranquilizaos... ese grito de espanto me lo ha descubierto todo; abo-

ra ya sé á qué atenerme, y respondo mas que nunca de vuestra cura. Pero escuchadme, continuó con un acento de gravedad casi severo; la prudencia exige discrecion; y si vos podeis contar con mi silencio, espero igualmente poder confiar en el vuestro.

Amelia le miró con ojos llenos de sorpresa y de terror.

—Qué quereis decir, caballero? tiemblo!.

—Haceis muy mal, miss, conmigo no teneis nada que temer. Conozco claramente lo que pasa en el fondo de vuestro corazon; vos amais... pensais en un hombre que creeis ingrato...

—Caballero, en nombre del cielo!...

—Miss Amelia, soy algo fisonomista: he leido en la vuestra todo lo que vos hubiérais querido ocultarme. Vamos, vamos, por favor un poco de confianza. No tendreis jamas que arrepentiros, y encontrareis en mí el hombre que os es necesario en semejantes circunstancias. Roberto Fox no está en Inglaterra....

—Roberto Fox? Dios mio!

Amelia, como herida de un rayo, perma-

neció inmóvil, la mirada fija y la boca entreabierta.

—Os admiro miss; dijo Borman con una indefinible sonrisa sin duda que no esperábais oir salir este nombre de mis labios.. Pero como os dije ahora mismo, soy fisonomista, conozco al momento el pensamiento de los enfermos, y para daros una prueba convincente, voy, si me lo permitis, miss Amelia, á repetiros cosas que solo vos juzgais saber...

Amelia contemplaba al doctor estupefacta; principió á creer que aquel hombre tenia algun poder cabalistico para leer en efecto lo que pasaba en el fondo del corazon. Entonces, sobrecogida de vergüenza, y desesperada, ocultó la cara entre sus manos, y se puso á llorar amargamente.

—Consolaos, miss; dijo el doctor con acento afable. Soy incapaz de hacer mal uso de los secretos de la ciencia. ¡He descubierto otras veces cosas mucho mas ocultas aun y de otro modo humillantes! ¿Por qué llorar? ¿Por qué sonrojarse? ¡Si las consecuencias de la falta redundan solamente sobre vos,

querida niña, los perjuicios y reprensiones deben recaer sobre otro. Además no creais que vuestro seductor os ha vilmente abandonado.. os ama con adoracion, con delirio. Pero bien lo sabeis, una fatal union, contraida desde hace mucho tiempo, le impide casarse con vos.

—Caballero, esclamó la jóven con voz suplicante; ¡ah! ¿quien sois?... ¡decid!... Por lo mas sagrado que hay en el mundo no me engañeis!... ¡Soy muy desgraciada, idos! A no ser porque mi pobre padre moriria en medio de su dolor, no sobreviviria yo á mi vergüenza... ¿Quién sois? pues vuestra ciencia, por grande que sea, no es suficiente ella sola para que sepais cosas que quisiera, pero que no puedo olvidar.

=Pues bien, lo confieso, miss; dijo el médico, enderezando de repente su talle un poco encorvado, y hablando con voz clara y juvenil: no soy el doctor Burman....

Amelia tembló.

—Puesto que es eso, caballero; os lo ruego, ¿decidme quién sois?

—Un amigo, un hermano...

—Esa mirada, esa voz... ¡Dios mio! ¡es un jóven!...

Miss Amelia miró á su alrededor con espanto.

—Silencio, miss Amelia, hablad mas bajo, no vayais á salir del cuarto... ¡Oh! reflecsionad que la menor inliserecion, la menor imprudencia podria ocasionar desgracias irreparables.

—¿Quién sois?

El capitan Mowbray furioso de mi estratajema, me cerraria inmediatamente su puerta, y no podria ya prestaros el servicio que vuestra situacion reclama muy en breve... Sin ser el doctor Burman, soy médico; pero lo que principalmente debe captarme vuestra confianza, es que soy el amigo intimo de Roberto Fox; soy el depositario de todas vuestras cartas, mis Amelia.

—¿Qué oigo? teneis en vuesro poder...

—Si, toda la correspondencia con Roberto; antes de partir, antes de espatriarse quizá para siempre, me confió esas cartas para que os las entregase.

—¿Es posible? ¿Por qué Roberto habr-

tenido esta generosidad? ¡Ah! ¡entonces yo le calumniaba!

—Quizá, miss Amelia... si le juzgábais capaz de una vileza, Roberto Fox tiene pasiones ardientes, borrascosas, que le han apartado bien jóven del camino de la virtud; pero su corazon encierra sentimientos nobles é inspiraciones heróicas. ¡Ah! ¡pobre jóven! continuó algo conmovido; si hubiese querido creer.... mis consejos eran los de un verdadero amigo.... perdon, miss Amelia, perdon; ¡lloro, lloro ante vos que sois su víctima!... ¡Oh! ¡si supiéseis todo lo que ha sufrido, todo lo que sufre, no tendríais valor para aborrecerle.

—¡Ah! no le aborrezco, caballero, dijo con voz triste y melancólica: verdaderamente que me ha ocasionado mucho daño, pero le perdono... ¡Ojalá Dios le perdone tambien!

Hubo un momento de silencio, durante el cual el supuesto doctor Burman dejó esapar algunos suspiros.

—Pero quereis escucharme, miss Amelia; dijo con un acento mas firme. Soy un niño apenas tengo valor para cumplir mi encar-

go. Mañana á la misma hora os entregaré todas las cartas sin esceptuar una; no temais que se estravíen, ni pasen por manos enemigas. Interinamente, tomad este billete de despedida que Roberto os ha escrito delante de mí, en el mismo navío que debia llevarle lejos de vos...

—Dádmele caballero, dádmele, dijo vivamente Amelia, cojiendo con mano trémula un papel cerrado que le presentaba el doctor, y rompió el sobre con estremecimiento; despues, con los ojos preñados de lágrimas, quiso leer pero una nube húmeda cubria su vista.

Durante este tiempo, Guillermo Brower, pues este era el doctor, observaba á Amelia triste y pensativo con los brazos cruzados.

A medida que principiaba á distinguir algunas palabras, Amelia palidecia mas; y sus lágrimas corrian con abundancia.

La carta de Roberto Fox estaba llena de amor y arrepentimiento; suplicaba á Amelia que le perdonase, que no le aborreciese y que le olvidase si era posible. «Pobre an-

gel mio, decia al final, os he hecho muy desgraciada! ¡todo lo que me resta de vida se pasará en la amargura y el remordimiento! ¡ah! ¡os amaba demasiado, he aquí todo el crimen! ¡no tuve suficiente valor para huir de vos, y engañé vilmente vuestra inocencia!..... ¡Adios! ¡no oireis jamás hablar de mí! ¡he muerto para vos y para el mundo entero! ¡Pero en nombre del cielo, en nombre de vuestro anciano padre, sed prudente! ¡Tened suficiente valor para fingiros alegre aun cuando tengais la muerte en el alma! ¡que jamás se descubra ni sospeche nada de lo pasado!..... Felizmente el secreto no es sabido de nadie..... Vos y yo solamente; y el amigo fiel, el amigo sincero que os entregará esta carta con todas las vuestras..... Confiaos á el, querida Amelia, como si fuese vuestro hermano en todo lugar, y á todas horas le encontrareis pronto á serviros, dispuesto á morir si es menester por vos, como yo mismo lo haria!..... ¡Amelia, esto es una súplica sagrada que os dirijo. ¡Oh, no la rehuseis!..... Nada de hoy en adelante os detenga..... Ningun escrúpulo, ningun recuer-

do.... Obedeced á vuestro padre, aceptad el esposo que os dá!.... Mr. Philipps es un hombre franco y leal que vivirá para vuestra felicidad. En otro tiempo fuí injusto en faltarle al respeto: los celos el amor y el ódio me cegaron! Hubiera preferido veros muerta que feliz con ese hombre! Pero al presente, que he adquirido la equidad con la desgracia, veo á Mr. Philipps tal cual es bueno, generoso, grave, y austero; y si hubiera de elegiros un esposo, éste es tierna Amelia, el que os daria!.....»

Acabada esta lectura, la jóven se dejó caer sin fuerzas en un sillon: su cabeza se inclinó lánguidamente; y profundos suspiros salieron de su pecho.

—Adios, miss Amelia, dijo Guillermo cogiéndole una mano con efusion. ¿No es verdad que vuestro corazon se desahoga con esas lágrimas? ¡Si, son lágrimas dulces pues ahora teneis la certeza de que Roberto no ha sido un infame!..... ¡Vamos, valor, un poco de ánimo..... y todavia gozareis felicidad...

—Jamás, jamás, dijo con voz apagada.

—Miss Amelia, me retiro, hasta mañana. Si teneis generosidad y sois prudente, la piedad suplirá en vuestro corazon á la amargura; recordareis sin ódio á un pobre jóven que pronto no existirá sin duda... y para atenuar sus desvios, miss Amelia, para reparar en cuanto sea posible el mal que os ha hecho, consentireis en la union que os aconseja, que os suplica contraigais sin demora... De ello pende no solamente vuestra felicidad y porvenir, si que tambien la vida de un anciano á quien llamais vuestro padre y que os ama con una profunda adoracion.. Miss Amelia, no tengais temor alguno; ninguna inquietud; jamás otro que yo sabrá vuestro secreto! Entretanto, se acerca el dia en que reclamareis mi asistencia: estaré pronto, conforme os lo dice Roberto, en todo lugar y á toda hora!

Esto diciendo, Guillermo saludó á la jóven con una tristeza afectuosa, y salió del cuarto.

—¡Qué hay, qué hay esclamó el capitan, que aguardaba la salida del doctor con una febril ansiedad.

—Señor capitan, respondió el supuesto Burman con un tono grave y magistral, permitidme os diga que la medicina está un poco atrasada en Lóndres. Los remedios empleados hasta ahora en la enfermedad de mis Mowbray no han hecho mas que retardar su curacion: el restablecimiento completo se efectuará un poco mas tarde de lo que antes creia. Pero estad tranquilo del todo. os aseguro que no hay el menor peligro; mañana os diré algunos remedios que harán cesar, casi inmediatamente, ese estado de fiebre lenta y continua.

El rostro del viejo capitan rejuveneció; cogió entre sus temblonas y arrugadas manos la del doctor, apretándolas largo rato con una indecible espresion de reconocimiento.

—Señor, esclamó, si, vos salvais á mi hija! Bendito seais!

XIII.

La negativa.

Guillermo Brower, con su destreza y astucia, no tardó en comprender, despues de algunas insidiosas preguntas que miss Amelia no estaba aun informada de la sentencia de Roberto Fox. Conoció tambien fácilmente el motivo que habia detenido al capitan Mowbray de contar á su hija tan deplorable catástrofe. M. Philipps, que se habia mostrado tan inhumano con Roberto, hubiera sin duda venido á ser odioso á los ojos de miss Amelia, que demostraba hácia aquel intrépido jóven tanto afecto y parcialidad.

Guillermo fué muchos dias seguidos á ver á miss Mowbray conservando su falso nombre. La pobre jóven, contenta con tener un amigo verdadero y sincero, parecia estar menos triste y no sufrir tanto. Aguardaba cada dia con la mayor impaciencia la visita

del médico aleman; y el capitan Mowbray, encantado de ver alguna mejora en el estado de su querida hija, demostraba al pretendido doctor un reconocimiento inesplicable. En fin, cuando miss Amelia estuvo convaleciente, Guillermo Brower, juzgando oportuno desaparecer por algun tiempo, pretestó asuntos graves que le obligaban á adelantar la época de su vuelta para Alemania. El capitan Mowbray hizo grandes esfuerzos para detenerle, pero inútilmente; y perdiendo la esperanza de conservar por mas tiempo á su lado al salvador de su hija, quiso de todos modos hacerle aceptar una enorme suma, la que Guillermo Bower tuvo el estóico aplomo de rehusar. Durante este tiempo los intereses de Guillermo habian disminuido considerablemente, y aquel dinero le hubiera sacado de apuros; pero aceptándole, podia destruir todo su enredo y comprometer el éxito de un proyecto tanto tiempo premeditado.

Finalmente partió, no obstante su heroismo no llegó hasta el punto de devolver al capitan una magnífica sortija de diamantes

que el agradecido anciano le mandó, con una carta la mas espresiva.

La última vez que Guillermo habia ido á ver á miss Amelia, le dijo antes de marcharse.

—Animo! esperanza! De lejos, como aqui velaré sobre vos á todas horas!

Transcurrieron muchas semanas. Amelia, sin haber aun recobrado su frescor habitual parecia estar menos abatida, y de vez en cuando una melancólica sonrisa se escapaba de entre sus labios. Cada vez que Mr. Philipps iba á visitar al capitan, Amelia, no se encerraba ya como antes en su cuarto: dulce, graciosa y agradable se mezclaba en la conversacion y respondia con afectuosas palabras al lenguaje tierno y apasionado de Mr. Philipps.

El capitan parecia estar encantado de esto. Finalmente no hallando ya ningun motivo para callar se determinó á hablar mas decididamente que nunca de la union que habia proyectado entre su hija y Mr. Philipps. Cuál fué la sorpresa y alegria del anciano, cuando en vez de bajar la cabeza y de llo-

rar, Amelia le respondia con una dulce sonrisa:

—Querido padre mio, yo no me opongo, pero aguardo.... Todo lo que os pido, es un poco de paciencia, algun tiempo mas aun: necesito reflexionar....

Desde entonces, Mowbray, no dudando ya del buen éxito, creyó por lo mismo deber moderar su impaciencia y estuvo muchos dias sin volver á hablar á su nieta de semejante asunto.

Mr. Philipps permanecia horas enteras estasiado delante de Amelia; y casi seguro de gozar en lo sucesivo una felicidad que hacia mucho tiempo soñaba sin esperanza; aguardaba ardiendo de amor aquella palabra, que cada dia parecia retroceder delante de él.

La calma y la felicidad parecia que habian vuelto para siempre en casa del capitan Monwbray, cuando de repente, miss Amelia fué atacada de un accidente nervioso de los mas violentos, y permaneció muchos dias en una crísis mortal. El doctor Burman apareció al punto, como si se le hubiese llamado y nadie mas que él visitó á la enferma.

El capitan Mowbray habia sentido una sacudida tal, viendo á su querida Amelia caer sin conocimiento, que pocas horas despues fué atacado de un violento temblor, al cual sucedió casi momentáneamente un principio de paralisis.

Guillermo Brower, que á pesar de sus medianos conocimientos médicos, no queria hallarse frente á frente con los principales doctores de Lóndres, pretestó nuevos quehaceres muy importantes que reclamaban su presencia en Viena. Pero antes de partir, habló mucho rato con Amelia; y seguro de que la enfermedad de la jóven no era de cuidado, la exhortó enérgicamente, á no permitir que la visitase otro médico que él.

Mowbray, movido por un siniestro presentimiento, quiso apresurar el casamiento de su hija con Mr. Philipps. Pero su admiracion y su dolor tocaron al colmo, cuando á la primera palabra de casamiento, vió á Amelia palidecer terriblemente, y esclamar con terror:

—No, no, jamás! antes la muerte!

Mr. Philipps estaba tambien lleno de sor-

presa; no podia comprender tan completa, tan brusca metamorfósis, y principiaba á temer que las facultades intelectuales de Amelia estuviesen desordenadas.

El capitan juzgaba aun que esta negativa tan enérjicamente pronunciada, no era mas que una fantasía, un capricho de la jóven, asustada á la sola palabra de casamiento: por lo tanto, insistió mas vivamente aun, ya con ternura, ya con súplicas; pero Amelia, persistiendo en su resolucion, juró matarse antes que consentir en aquel enlace imposible.

El capitan, con el corazon oprimido y destrozado por la desesperacion, comprendió que su fin estaba próximo.

La perlesía hacia cada dia espantosos progresos; la muerte podia sobrevenir de un momento á otro; y su adorada hija, su Amelia quedaria sola en el mundo, sin un amigo, ni un sosten!

—Oh! yo te lo ruego! decia el anciano estrechando contra su corazon á Amelia; te lo ruego, si, no me dejes morir con tan amargo dolor! Oh! hija mia, descenderé á la tumba desesperado!...

Amelia prorumpia en lágrimas; cubria á su anciano padre de besos y caricias; juntaba las manos y se ponia de rodillas delante de él, esclamando:

—Perdon!

—Amelia, si me amas, ¡oh! te lo suplico!...

—Padre mio! padre mio! perdonad á vuestra niña!... Oh! Dios mio! sufro tanto!

—Pero dime, Amelia, dime. Por qué esa obstinada resistencia? al menos, si tuvieses algun motivo... pero no, Mr. Philipps es un galante caballero, un corazon noble, un buen amigo! Tú misma lo confiesas... y ahora te opones!...

—Sí me opongo! Sí, padre mio, debo rehusar! Convengo en que M. Philipps es el tipo del honor, no soy digna de él.....

—Deliras ciegamente! Mi pobre Amelia, si eres pura como el cielo! Por qué razon esa falsa modestia? No, no, esto es una escusa, un pretesto.... en esta oposicion hay algun misterio.... Habla; dímelo todo, hija mia.... de otro modo creeré que no me amas.....

Amelia no dió otra respuesta mas que un suspiro rasgador; se arrojó llorando amargamente en los brazos del anciano, y le abrazó con efusion.

Oprimido con tantas emociones, el ca-

pitan habia perdido el sentido. Entonces Amelia, golpeándose el pecho y retorciéndose los puños, esclamó con voz moribunda:

—Soy un mónstruo! he muerto á mi padre!

Aquella misma noche Amelia fué atacada de una violenta fiebre, y la doncella tuvo que llevarla hasta su cama sin sentido.

—Miss Amelia! miss Amelia! decia la pobre jóven, volved en vos! Dios mio! Dios mio! no respira!... Ah! estos cordones, este lazo... Rompámoslo todo!...

Y cogiendo unas tijeras, corrió hácia Amelia para desabrocharle el corsé. Apenas habia logrado desatar los primeros nudos del vestido, que probó volverla del otro lado: Amelia, abriendo de repente los ojos, la rechazó lejos de sí con un gesto lleno de sobresalto y cólera.

—Bien sabeis que no necesito á nadie... para desnudarme! dijo Amelia, pálida y con trémulos labios.

La doncella salió bajando la cabeza.

—Pobre señorita! murmuró con un suspiro: indudablemente está loca! Dios mio! Dios mio!...

FIN DEL TOMO PRIMERO.

LA VIBORA.

LA VÍBORA,

NOVELA DE JULIO LACROIX,

POR EMILIO DE TAMARIT.

TOMO II.

SEVILLA.—1849.

Imprenta de Gomez, Editor, calle de la Macla, número 32.

LA VIBORA.

PARTE SEGUNDA.

ROBERTO FOX.

I.

La entrada misteriosa.

Al otro dia Amelia no salió ya de su cuarto, el capitan Mowbray se hallaba en un estado mucho mas alarmante. La paralisis subia rápidamente hácia la cabeza, y el pobreanciano, que conocia muy bien su triste posicion, no podia vivir ya mucho tiem-

po. El médico que le asistia, viendo que era un hombre valiente, no le habia ocultado el eminente peligro que le amenazaba.

—Capitan Mowbray, le dijo, si teneis algunas disposiciones que hacer, daos prisa...

Mr. Philipps, sabiendo el peligro que corria su amigo, no queria dejarle un solo instante. Presa de un inesplicable dolor, hacia todos los esfuerzos para contenerse; y sus ojos, constantemente fijos sobre el rostro pálido y afligido del anciano, observaba con doloroso terror su color violeta, sus contracciones musculares, en fin, aquel trastorno general que anuncia la muerte.

Muchas veces el capitan, absorto en su triste y profunda meditacion, esclamaba de repente con una voz penetrante:

—Hija mia, oh! te lo ruego! obedece á tu anciano padre!.....

Pero Amelia no podia oirle: muy debil y demasiado abatida para poder salir de su cama, ignoraba el verdadero estado de su padre: no sabia que de un momento á otro podia quedar huérfana Elisabeth, su doncella, apenas osaba acercársele y preguntarle si

necesitaba alguna cosa: Amelia, siempre tan dulce y tan afable, este dia estaba singularmente irritada: queria absolutamente hallarse sola en una oscuridad completa.

—Ya os llamaré, Misstress, decia secamente. No os necesito, dejadme descansar.

Hácia el anochecer, Elisabeth, creyendo oir gemidos en el cuarto de su señora, entró de puntillas para no hacer ruido y deteniendo hasta la respiracion. Amelia, tendida sobre su cama, tenia una pálidez mortal; su rostro horriblemente contraido y sus ojos centellantes, espresaban un escesivo dolor.

—Dios mio! murmuró Amelia retorciéndose las manos, abreviad mi suplicio.... enviadme la muerte!....

—Miss Amelia, sufris mucho? preguntó la doncella con acento de temor... Voy á llamar al médico, casualmente acaba de llegar.....

No pudo proseguir; Amelia incorporándose azorada sobre su cama:

—Salid, misstress! Salid esclamó con voz sorda y furiosa. Ningun médico! nadie quiero! salid al momento.....

Mas como Elisabeth turbada quisiera aventurar todavia algunas observaciones, miss Mowbray continuó con un imperioso acento:

—Mando ó no en mi cuarto? idos, os digo idos!

Elisabeth se dirigió lentamente hácia la puerta; pero de pronto, retrocediendo y sacando una cosa del bolsillo del delantal:

Miss Amelia, dijo con un doloroso interés, perdonadme, pero venia á traeros una carta que han traido ahora mismo para vos.

—Una carta dadme, pronto!

La jóven cogió con ansiedad el papel que le presentaba Elisabeth; le abrió y leyó rápidamente á la débil claridad de la lámpara.

—Ah! esclamó, con una melancólica alegria, no me ha olvidado!

Despues, sin añadir una sola palabra, hizo seña á Elisabeth de que saliese. Pero en el momento en que la doncella iba á cerrar la puerta, Amelia le dijo con vivacidad:

—Oye! Elisabeth. Y mi padre como sigue?

—Ah! miss Am ha, mal, muy mal!...

—Cómo! será posible? peor que ayer?

—Si señora, peor!...

La doncella enjugó una lágrima con la punta de su delantal.

—Y no me lo habeis dicho Elisabeth! dijo Amelia llorando.

Para qué miss? Temia afligiros mas el corazon; y vuestro estado exije tambien cuidados!...

—Yo! no... no tengo nada... nada! replicó Amelia con afectada tranquilidad... Es una ligera indisposicion, algo de cansancio. Pero si hubiera sabido que mi padre podia necesitarme, me hubiera levantado inmediatamente... Oh! voy á ir! quedaos, mi buena Elisabeth... me ayudareis á vestir... mi querido y buen padre! Oh! quiero abrazarle antes de dormirme... lo necesito!...

Miss Amelia, haciendo un esfuerzo para levantarse, probó poner el pié en el suelo; pero al punto dió un grito agudo y cayò de la cama casi desmayada; Elisabeth corrió hácia ella; y cogiéndola en sus brazos logró, no sin bastante trabajo, volverla á acostar.

—Miss Amelia, dijo con voz trémula, sosegaos, os lo ruego... estais muy débil...

además, vuestra presencia no es absolutamente necesaria aun... Si por desgracia, ojalá que no sea, fuese indispensable, descansad en mí, ya os avisaré.

—En tí confio Elisabeth, respondió Amelia con una voz débil como el soplo. Vamos, adios hija mia... y sobre todo nada de rencor... Os he hablado ahora mismo con un poco de dureza... pero es por lo mucho que sufro!... no me aborrezcais...

—Yo aborreceros? á vos que sois buena como los ángeles! dijo Elisabeth prorrumpiendo en llanto. No, miss Amelia, no! conozco vuestro corazon, y os amo!

Esto diciendo, Elisabeth cogió dulcemente una mano de Amelia, y la besó.

Inmediatamente arropó bien á Amelia, corrió las cortinas de la cama y despues, alejándose con precaucion, salió del cuarto.

Apenas miss Amelia se halló sola, que lanzándose fuera del lecho con una espresion de locura y desesperacion indecible, corrió hácia la puerta y echó el cerrojo.

Estaba tan débil que si para andar no se hubiera sostenido en los muebles no hubiera jamás podido volver á su cama.

Llegó por fin á acostarse y al punto le atormentaron dolores agudos y atrozmente crueles; un sudor frio corria á torrentes por sus sienes; los ojos giraban en su órbita, poniéndose en blanco; sus miembros se retorcian; dió un grito terrible!... pero, para no descubrirse, para que no la oyesen púsose un pañuelo en la boca y comprimió asi los gemidos.

Aquel cruel suplicio duró muchas horas... Era media noche.

La infeliz, presa de una ardiente fiebre, le parecia ver remolinarse en su alrededor espantosas fantasmas, formas estrañas y fantásticas, espectros lúgubres; efecto sin duda de las sombras y de los vagos reflejos arrojados por la vacilante llama de la lámpara. Una hora dió en el reloj...

Al punto, algunos pasos lentos y como furtivos se dejaron oir en una escalera secreta que comunicaba con el cuarto de Amelia.

La puerta se abrió; entró un hombre seguido de una muger que andaba á tientas, con los ojos vendados.

—Aquíes, dijo el incónito á media voz. Ya sabeis lo que os toca hacer.. Os aguardo!

Aquel personaje que permanecia en el penumbre del cuarto era Guillermo Brower, quien desató la venda que cubria los ojos de la muger; despues, mostrándole la alcoba de Amelia, salió por la escalera secreta.

La muger que introdujo aquel misterioso incógnito en el cuarto de Amelia era la comadre misstress Cook, que debia ausiliar á la infeliz jóven en su apurado trance.

II.

Un lecho de muerte

Era media noche en punto. Una abundante y continuada lluvia azotaba los cristales, y á ratos impetuosas ráfagas se engolfaban por las chimeneas con el ruido de un torrente.

Los criados del capitan Mowbray acababan de dispertar sobresaltados, corrian por toda la casa, tristes y asustados: su anciano señor habia empeorado, y segun las apariencias, la agonia iba á principiar.

Elisabeth, que hacia mucho tiempo estaba al servicio del capitan, le profesaba un escesivo afecto: tambien la buena jóven se entregó á la mas violenta desesperacion; y prorrumpiendo en amargos lloros arrodillada delante de la puerta del agonizante, rogaba á Dios con doloroso fervor.

El capitan Mowbray, privado por mucho tiempo de conocimiento, acababa de abrir los ojos y estendia los brazos llamando á su hija.

Elisabeth, que no habia querido aun avisar á Amelia por el temor de darle un disgusto fatal, no se dió por esto mas prisa.

No obstante, era aquel un padre moribundo que queria abrazar á su hija, bendecirla con sus desfallecidas manos; y ante este deseo supremo, debia humillarse cualquiera otra consideracion.

El capitan Mowbray, que ya sentia proximo el frio de la muerte, repetia continuamente con suspiros:

—Amelia! Amelia!

Mr. Philipps habia encargado espresamente á los criados de que le avisasen al

momento, aun cuando fuese á media noche, en el caso de que amenazase un inminente peligro. Acudió inmediatamente, vistiéndose aprisa, pálido y sollozando.

—Señor, dijo Elisabeth antes de introducirle en el cuarto del capitan, cómo lo haré? Mi pobre capitan quiere ver absolutamente á su hija, y está muy mala...

—Dios mio! Dios mio! temo dos desgracias en vez de una.

Mr. Philipps, juzgando que Amelia no tuviese bastante valor para sufrir semejante espectáculo, dió órden para que aun no le dijesen nada.

—Siempre habrá tiempo, mistres, dijo moviendo la cabeza; pero tanto por el capitan Mowbray, como por su hija, creo indispensable evitar, si es posible, una escena tierna, que podria traer funestos resultados.

Cuando Mr. Philipps entró en el cuarto del enfermo, como la vista principiaba á oscurecérsele, no le reconoció al pronto; le tomó por el médico.

—Ah doctor, murmuró con voz muy débil, estoy bien malo...

Mr. Philipps sintió su corazon pronto á rasgarse; ahogó penosamente los suspiros, y acercándose con lentitud al capitan, le cogió una mano que tuvo largo tiempo sin pronunciar una palabra; habia en esta dolorosa escena algo de afectuoso y tierno, pues el anciano, apesar de su abatimiento, no podia desconocer la presion de la mano de un amigo.

Mowbray tembló, se apoyó con esfuerzo en un codo, y miró...

—Sois vos, esclamó con voz profunda y vibrante, cuánta bondad! Podré abrazarlos, bendecirlos juntos! hijos mios!...

Mr. Philipps no tenia valor para hablar.

—Pero en dónde está ella? continuó el anciano, pasando una mano por sus ojos, como para disipar la nube que los cubria.

—Amelia, mi hija! no quiere venir al lado de su padre! Ah, desgraciado! no me ama!.

—Sí, os ama! dijo Mr. Philipps exalando profundos suspiros; si ella lo supiese... pero lo ignora... se le ha ocultado su desgracia!.. La infeliz niña sufre bastante!...

Pero estas últimas palabras habian sido

pronunciadas con una voz tampoco inteligible, que el moribundo no pudo entenderlas; solamente comprendió que Amelia no sabia el estado de su padre y que no queria verle.

—Amigo mio, mi mas fiel amigo, esclamó el capitan con doloroso acento, os lo ruego, haced lo que os pido... que llamen á mi hija... voy á morir... lo conozco muy bien!...

El temblor recorria ya todo su cuerpo; la piel de sus lívidas mejillas se pegaba á los juanetes, á cada momento mas salientes, sus lábios estaban secos y azulados, sus manos heladas como el mármol.

Mr. Philipps, conociendo que no se podia diferir mas, corrió á buscar á Elisabeth, que lloraba en silencio detrás de la puerta.

—Corred, pronto! dijo, que miss Amelia se levante inmediatamente! inmediatamente!... Si está muy débil para poder venir que la traigan! Su padre muere...

En este momento entró el médico. Se acercó al paciente, le tomó el pulso; y sin probar el hacerse reconocer por el capitan Mowbray, salió del cuarto, dió algunas órdenes y dijo á Mr. Philipps:

—Yo aquí ya no tengo nada que hacer, caballero..... me retiro.

En efecto, apenas el doctor habia salido, que principió la agonía. Desde la antecámara se oia la penosa respiracion del moribundo.

Interin esto sucedia, Elisabeth fué á buscar á Amelia y encontró la puerta del cuarto cerrada.

Llamó con repetidos golpes.

—Miss Amelia! gritaba á través de la cerradura. Corred..... pronto..... en nombre del cielo! si quereis aun abrazar una vez á vuestro padre....

El mayor silencio reinaba en lo interior del cuarto: ninguna voz respondia á los gritos de Elisabeth; la que seguia golpeando la puerta y llamando:

—Miss Amelia! miss Amelia!

Entonces le acudió una idea espantosa: si estaria Amelia desmayada! sola enferma, sin socorro!.... Elisabeth, temblando, llamó á un criado, le hizo partícipe de su temor y le rogó que ayudase á romper la puerta.

El viento soplaba entonces con una estremada violencia: produciendo un ruido lastimero y lúgubre, en medio del cual se distinguian por intérvalos gritos, suspiros y una voz exánime.

Finalmente, la puerta se abrió: Elisabeth entró precipitadamente en el cuarto de su señora; dió un grito terrible: Amelia estaba tendida en el suelo sin sentido.

—Socorro! socorro! grito Elisabeth.

Despues, ayudada del criado que habia quedado fuera del cuarto pudo levantar á miss Amelia; llevándola de nuevo á su cama:

La infeliz no habia aguardado á que la llamasen; advertida por los sollozos de Elisabeth, quiso trasladarse al cuarto de su padre: pero apenas se habia levantado de la cama, cuando faltándole las fuerzas cayó desmayada en el suelo.

Elisabeth se apresuró á prodigarle todos los socorros necesarios, á favor de los cuales Amelia volvió en si.

—Mi padre! mi padre! dijo abriendo los ojos.

—Ah! miss, un poco de valor.... es una cosa bien cruell Venid, él os llama!

En esto se oyeron pasos: era Mr. Philipps.

—Un minuto mas, esclamó dolorosamente á la puerta de Amelia, un solo minuto... y será demasiado tarde!

Amelia no podia sostenerse para andar; se hizo transportar al lado del lecho de su padre.

—Por fin! por fin! dijo el anciano, brillando un rayo de alegria en sus moribundos ojos.

Amelia, henchido el pecho de suspiros, juntó las manos y quiso arrodillarse.

—Ven á mis brazos, hija mia! á mis brazos!

El anciano estrechó contra su corazon á Amelia que le sofocaba cubriéndola de besos.

Mr. Philipps, inmóvil y de pié contemplaba con recojimiento aquella lamentable escena.

—Amelia, dijo Mowbray con un tono solemne; yo muero... pero antes de es-

pirar habré podido entregar tu mano en la de un buen hombre!... habré podido confiarle tu suerte...

Amelia palideció aun mas.

—Oh! eso es un consuelo para un anciano que muere! añadió Mowbray con voz dulce y débil, ves Amelia, mia, yo muero... contento.... Un segundo padre velará por ti!.... Mi hija no será huérfana.... y.... y tu hijo mio, ven.... ven continuó con ternura, volviéndose hácia Mr. Philipps, ven que yo te abraze....

Fué aquel un largo y doloroso intérvalo, lleno de lágrimas, besos y suspiros.

—Tu mano, tu mano, oh hijo mio!...

Mowbray, cojiendo la mano derecha de Mr. Philipps, la puso en la de Amelia que permanecia inmóvil y sin fuerza.

—Sed felices! dijo con una voz que se apagaba por grados. Dios os bendiga!... como... yo...

Hubo un momento de silencio relijioso é imponente.

—Hijo mio, repuso el anciano, hé aquí tu consorte!.... hija mia .... hé aqui tu esposo....

Amelia dió un grito penetrante.

—Ahora.... puedo morir!.... murmuró el anciano, probando levantar sus dos manos temblonas y heladas hácia el cielo.

A... di... os!.... hijos..... mi.....

.....

Pocos minutos despues Amelia lloraba ante un cadáver!!...

III.

Los periódicos de la tarde.

Hacia tres años que miss Amelia habia casado con Mr. Philipps. Esta union contraida sin amor, y solamente por obedecer á la voluntad paternal, al parecer debia ser dichosa. Durante mucho tiempo, Amelia habia juzgado á Mr Philipps frio,

severo é inflexible; pero bajo un esterior grave y metódico, ocultaba escelentes cualidades, y un corazon noble y ardiente, siempre pronto á sacrificarse por aquellos á quienes amaba. Podian distinguirse en Mr. Philipps dos personajes completamente distintos, el hombre y el magistrado: el magistrado era rígido é inflexible en el cumplimiento de sus deberes: el hombre era bueno, sensible y generoso. Llegó hasta la edad de treinta años sin haber tenido jamás pasion alguna; Mr. Philipps amaba por primera vez en su vida; no obstante en este amor juvenil y primerizo, habia algo de ardiente y entusiasta, semejante algunas veces al éxtasis, á la adoracion. Amelia abatida y agoviada por tantos contratiempos y disgustos, habia recobrado por fin el brillo y robustéz de la juventud.

Jamás estuvo tan hermosa, y la espresion de melancolía poética, que habia reemplazado á la fresca y alegre risa de sus labios, daba á su fisonomía una gracia y languidéz inefables. Antes, en sus pri-

meros dias, el fondo del carácter de Amelia era el buen humor y la alegria; pero ahora un poco triste, grave y pensativa, parecia mil veces mas bella.

M. Philipps habia prometido al anciano moribundo, el ser para la jóven huérfana un segundo padre; efectivamente, cumplió la promesa; en su cariño se revelaba un sentimiento de proteccion puramente paternal.

Entretanto la felicidad del marido no era del todo completa; algunas veces cuando veia á Amelia mas triste y pensativa que de costumbre, asaltaban á su imaginacion recuerdos sensibles de vagas y punzantes inquietudes; recordaba que Amelia se habia casado sin amor, y hasta con repugnancia; únicamente por un deber. Entonces no podia abstenerse de hacer un cruel exámen sobre todo lo pasado; pensaba que podia muy bien Amelia haber amado á otro hombre, al que aun recordaba, y que él, no obstante, su amor, su ternura y su especial cuidado, no obtendria jamas triunfar de la memoria de un rival que no conocia y que adivinaba con disgusto.

Despues de la muerte del capitan Mowbray, jamás el nombre de Roberto Fox habia sido pronunciado entre Mr. Philipps y Amelia. Esta tampoco habia oido hablar mas del supuesto doctor Burman; ignoraba absolutamente lo que era de él.

La reputacion de Mr. Philipps adquiria cada dia mayor brillo en la magistratura. Habia hecho una fortuna considerable, y estaba seguro de ser elegido miembro de la cámara de los comunes en las primeras elecciones.

Amelia salia de vez en cuando únicamente para ir á rezar sobre la tumba de su padre, ó para aliviar recónditos infortunios y dar el pan á los desgraciados, que siendo vergonzantes no se atrevian á pedir públicamente limosna. Amelia era la providencia del pobre; infinidad de voces agradecidas se elevaban durante su camino, para bendecir su caridad inagotable.

Mr. Philipps, cuyos infinitos negocios le tenian fuera de casa casi todo el dia, ordinariamente no venia á comer hasta el anochecer; casi siempre volvia tan can-

sado y con tanto sueño, que inmediatamente de haber comido se dormia en una butaca, cuando su esposa no leia los periódicos de la tarde; á Mr. Philipps no le interesaban mucho las discusiones políticas, pero todo lo que pertenecia á los tribunales y a las leyes, tenia el poder de mantenerle despierto horas enteras.

Un dia que al levantarse de la mesa se habia recostado como de costumbre en un sofá al lado del fuego, un criado entró en el salon, y puso sobre una consola un paquete de diarios.

Amelia parecia estar muy preocupada sentada delante de un velador frente á un quinqué, distraida: lanzaba errantes y melancólicas miradas sobre su labor de bordado que estaba haciendo; la aguja permanecia inmóvil entre sus dedos, y la flor principiada debíase acabar en aquel dia.

M. Philipps no obstante de hallarse fatigado, estaba menos soñoliento que de costumbre: tenia bastante humor de hablar; pero no habiendo podido obtener á todas sus preguntas mas que respuestas vagas y

monosílabas, acabó por observar el aire de tristeza y distraccion impreso sobre las facciones de Amelia.

—Amiga mia, le dijo con dulzura, ¿qué teneis? ¿Por qué ese silencio? Si no conociese vuestro carácter angelical, estaria dispuesto á creer que me haciais mala cara.....

—Yo, Edmond (1) respondió dudando un poco; yo haceros mala cara, ¿y por qué razon?

—A vos toca decirlo, ángel mio, pues yo he hecho un exámen de conciencia muy minucioso, y no encuentro nada por qué aparecer culpable ante vos.

Amigo mio os chanceais? dijo Amelia con sonrisa. Pero estais equivocado; alguna vez riendo se dice la verdad, y temo que realmente no penseis estoy de mal humor... pues os aseguro que no tengo nada.

—Tanto mejor, mi Amelia! Debo creeros: sois la misma franqueza; pero al menos me confesareis que estais triste y pensativa: es indispensable me digais por qué.....

(1) Asi se llamaba Mr. Pilipps.

—Edmond, es una idea, un recuerdo que me entristece pero no es nada. antes de cinco minutos no pensaré ya en ello.

—Una idea? un recuerdo? repitió Mr. Phiipps á media voz. Cual es? hablad, amiga mia... Bien sabeis que debemos participar entrambos de las alegrias y tristezas.

—Sí, Edmond, ya lo sé, dijo apretándole afectuosamente la mano.

—Pues bien! entonces abridme vuestro corazon: quiero una entera confianza...

—Una confianza? qué lenguaje tan solemne? No, amigo mio, no tengo confianza alguna que haceros: no tengo necesidad de abriros mi corazon; todo lo que él encierra os es conocido. Puesto que lo exigís, vais á saber de qué proviene lo que llamais mi tristeza.

Además estoy en la conviccion que direis soy una niña que me ocupo de bagatelas: yo misma lo conozco..

—Vamos, Amelia, vamos.... con todos esos ornatos oratorios escitais terriblemente mi curiosidad!

—Pues lo que tengo que deciros, es cosa

muy insignificante: supongo que hace dos ó tres noches tengo unos sueños horribles. Es una complicacion de desgracias espantosas; me despierto sobresaltada, jadeando y bañada de un sudor frio: así cada noche, cuando se acerca el momento de acostarme, me pongo triste y tengo miedo!

—Qué quimera! dijo M. Philipps con una sonrisa afectuosa y burlona. Ya sabia yo que érais un poco novelesca, mi querida Amelia, un poco exaltada; pero ignoraba creyéseis en sueños.

—Yo no creo en ellos del todo, amigo mio.... Pero decidme, no es estraño el soñar muchas noches seguidas los mismos lances, las mismas catástrofes?

—Por mi parte, encuentro eso muy sencillo... Sí, muy sencillo, mi pobre angelito asustado. Hace tres dias, por egemplo, que habeis tenido la pesadilla; al otro dia habeis pensado en ella casi todo el dia; luego no se hace imposible que vuestra imaginacion, embebida en aquella idea, vuelva á soñar aun lo mismo. Ved ahora mismo teneis presente esa lamentable imágen que os preocu-

pa; pues indudablemente esta noche vendrá á incomodaros.

—Oh! si fuese cierto! dijo con un temblor, preferiria quedarme en esta silla hasta mañana!

—De veras? Será muy espantosa esa pesadilla!

Amelia no dió respuesta alguna.

—Apostaria, continuo M. Philipps con un acento de tierna reprension, que habeis leido alguna maldita novela? El *Monge* por ejemplo, con su absurda historia de ladrones y de la monja sagrienta? Todo esto es detestable y os imbuye en la cabeza mil locuras. Creedme, querida mia, no leais mas esas tonterías, y en vez de ello tomad algun libro de historia ó de moral, alguna obra sólida que os corrobore el espíritu en vez de debilitarle.

—En lo sucesivo haré lo que me aconsejais, amigo mio, dijo Amelia con voz dulce y penetrante. Pero estais equivocado: esos horribles sueños no provienen de ninguna lectura.. Esos son cosas mas ó menos verdaderas... recuerdos de la infancia que se

amalgaman locamente, y producen combinaciones atroces...

—Pues qué?... Amelia, tengo curiosidad de saber algo de ese espantoso sueño.

—No, amigo mio, os ruego no me obligueis á contároslo... Veriaisme palidecer... Si, nada mas que de pensarlo tiemblo!... No hablemos mas de él...

—Muy bien Amelia! asi sea: ese es el partido mas prudente, dijo M. Philipps levantándose para dar un paseo por el salon.

—Para distraeros haced al menos alguna cosa... Concluidme esa hermosa flor, interrumpida tan mal á propósito... Trabajad ángel mio.... ya sabeis que se acercan mis dias y que la butaca debe estar acabada.....

Amelia calló, y se puso á trabajar; pero despues de algunos minutos la aguja se cayó de nuevo de entre sus dedos, y su vista permaneció fija y como vuelta invariablemente hácia el ángulo mas obscuro de la pieza. Al punto tembló y dejó caer el tapiz que bordaba: M. Philipps le cogió; é inclinándose hácia Amelia, que habia bajado la cabeza:

—Amiga mia, dijo, ya veo que la flor no se acabará hoy. Puesto que estais de humor, dejad la aguja y leedme los periódicos. Es una ocupacion poco agradable la que voy á daros; pero me hareis un grande favor en razon á que tengo esta noche la vista muy cansada y no podria leer. Además que hay, segun creo, noticias muy interesantes. Veamos pues.

Al propio tiempo cogió indistintamente los periódicos que habia encima de la consola, y puso uno desplegado en las manos de Amelia.

—De buena gana, amigo mio, dijo echando una ojeada sobre el gigantesco papel. Esta lectura nos distraerá á entrambos.

Mientras que M. Philipps continuaba su paseo de arriba á bajo del salon, leyó en primer lugar á media voz, rápida y superficialmente, la seccion parlamentaria y artículos de política; despues llegando á la parte judicial, leyó en alta voz, sin dejar nada.

M. Philipps escuchaba con silenciosa atencion; pero de repente el acento de Ame-

ia se apagó y alteró en estremo. su voz moria.... M. Philipps, admirado de aquella brusca interrupcion, volvió los ojos hácia su esposa y la vió pálida y temblando.

—Que teneis amiga mia? preguntó con ansia. Estais mala?

—No, no... esto no es nada, nada..

Y sin apartar sus ojos del papel, temblaba y palidecia mas á medida que continuaba la lectura.

—Amelia, esposa!...

M. Philipps, viéndola próxima á desmayarse, la sostuvo en sus brazos.

El diario habia caido de las manos de Amelia; M. Philipps le cogió vivamente, y seguro de que su esposa acababa de ver alguna desastrosa noticia, recorrió rápidamente la columna interrumpida...

Amelia temblaba como la hoja en el árbol.

—Ah! dijo Mr. Philipps con una voz sorda é irritada. Es esto! Se puso á leer en silencio. Los músculos de su cara se contraian: una sonrisa amarga y dolorosa crispaba sus lábios; fruncia las cejas con un aire siniestro.

El diario contenía un artículo en estos términos:

«Una carta de Port-Jackson nos anuncia el trájico fin de un jóven llamado Roberto Fox, condenado á deportacion perpétua, por crímen de robo y asesinato. Este jóven, nacido de padres honrados y dotado de cualidades brillantes, no ha podido soportar la vergüenza de su posicion. Cansado de vivir en medio de aquellos hombres disolutos é infames, ha sabido burlar la vijilancia de que era objeto y escaparse de Port-Jackson, ganando el interior del territorio. Pero despues de un viaje largo y peligroso á través de un país desconocido, exánime de cansancio y muriendo de hambre, ha caido en poder de una tropa de antropófagos. El desgraciado ha sido devorado, despues de haber sufrido espantosos tormentos.

«Se habla en la colonia de hacer una espedicion que tendrá por objeto destruir aquellas hordas feroces cuya vecindad es tan dañosa.»

—Bien! madama, dijo M. Philipps con

un aire sombrío é irónico, llorais á un amigo?... Lo apruebo! eso es propio de un buen corazon! eso os honra!

Amelia volvió hácia él los ojos llenos de lágrimas y sobresalto.

—Señor, dijo con una voz profundamente conmovida, podeis juzgar como un crímen la emocion que siento!.... En efecto, ese jóven era amigo de mi padre, y...

—Amigo de vuestro padre, Amelia? interrumpió bruscamente M. Philipps. Sosegaos! ultrajais la memoria de el capitan Mowbray! vuestro padre era un valiente y leal soldado, un corazon noble y generoso!.. En fin jamás ha sido amigo de un miserable ladron!

—Un ladron! Qué deeis?

Amelia en su turbacion no habia leido que Roberto Fox habia sido condenado por robo y asesinato. Pues lo que únicamente habia llamado su atencion, fué la terrible muerte del desgraciado jóven.

—Sí señora, un ladron, esclamó enérjicamente M. Philipps. Un ladron y un asesino.

Entonces refirió sucintamente, en términos infamantes y enérjicos, el crímen de Roberto Fox.

Amelia permanecia inmóvil de espanto.

—Pero aun hay mas señora, continuó con doble vehemencia é indignacion.

Ese miserable, ese vil, ese bandido, yo fui quien le prendió, yo mismo! Sí, estas manos! El infame me pedia favor, se arrodilló, se deshizo en lágrimas y ruegos... pero yo estuve inflexible, no quise escuchar nada, y entregué el culpable al castigo!

—Dios mio! esclamó horrorizada. Vos habeis hecho eso! por qué!...

—El mónstruo hablaba de su anciana madre? Manchado aun de sangre, con las manos llenas de oro, del oro que habia robado, osaba escitar el sentimiento, gritaba; piedad!... nada de piedad para los ladrones! ninguna lástima para los asesinos! cumplí mi deber como hombre y magistrado. Le entregué á la justicia! hice pronunciar su sentencia! ..

Amelia era presa de un desvio inesplicable.

—Oh! Dios mio! murmuró juntando las manos: esa muerte tan horrorosa, quizá es una dicha para todos nosotros!... Mi sueño, oh! ese sueño espantoso, no podrá ya jamás realizarse!...

—Bien! bien! comprendo!... dijo M. Phillipps con amargura. Soñábais con él! despues de tres años!... ah!

—Lo confieso Edmon.. prosiguió Amelia con voz débil. Sí, la imágen que me persigue es la de ese desgraciado... hace tres noches que le veo en sueños pálido, amenazador, terrible!

—Sí, del mismo modo que estaba, sin duda, cuando le saqué yo mismo del fondo de aquel oscuro corredor para llevarle á casa del condestable vomitaba atroces blasfemias horrorosas amenazas... me parece que aun le oigo: «Yo me vengaré! decia con los puños cerrados y rechinando los dientes.» Pero yo me reia... y le agarraba mas fuerte! He aquí lo que sucedió.

—Ya ha muerto... ya no se le puede temer en lo sucesivo, dijo Amelia, que no habia vuelto del todo de su turbacion. El des-

graciado no habia nacido para el crímen!... Dios se apiade de él!

—En buen hora! replicó M. Philipps con un tono solemne. Se le acabó la justicia d los hombres, comienza la de Dios! El solo puede perdonarle!...

Mr. Philipps calló. Un triste y profundo silencio reinó largo rato.

Amelia todavia sentada con la cabeza inclinada, permanecia inmóvil.

Finalmente, Mr. Philipps tomó una luz; y tendiendo la mano á su esposa, le dijo con un tono grave y triste:

—Buenas noches Amelia... dormid bien! cuidad de no volver á soñar esta noche...

IV.

La quinta

Nada mas hermoso, mas encantador que esas deliciosas quintas repartidas como «oasis», en las cercanias de Lóndres. Aquellas blancas casas con persianas verdes, jar-

dincitos llenos de flores y verdor, en donde descansa la vista, fatigada del polvo y de las nieblas de la ciudad populosa.

A dos millas de Lóndres, en el camino de Windsor, se distinguia no lejos del Támesis, una de esas hermosas casitas. Soberbias vacas con las tetas arrastrando, pacian por su alrededor, en un grande prado de fresca turba. Un perro bastante alto, con el pelo y orejas largas, dormia acurrucado á la sombra, delante del dintel de la puerta; de vez en cuando levantaba su enorme cabeza rojiza, ladrando cuando pasaba algun coche de camino ó diligencia.

Junto á la calzada, en el patio de la espaciosa quinta, una muger bastante jóven aun, fresca, robusta y gruesa, cantaba con voz lenta y monotona, haciendo rodar su torno. Aquella muger de fisonomia franca y agradable, parecia gozar de una mediana fortuna; y su trage mas que modesto, anunciaba una persona de vulgo, que no queria salir de su esfera. Delante de ella y á sus pies, jugaban dos hermosos y rollizos niños, que parecian poco mas ó me-

nos de una misma edad; el mayor debia tener tres años escasos. Aquello era un cuadro vivo y encantador, al ver las dos tiernas criaturas, símbolos de ángel; con los cabellos de oro, como brincaban alegremente sobre el suelo, riñendo y abrazándose alternativamente. El objeto de sus infantiles querellas era un grande carnero, blanco como la nieve, con la boca de color de rosa y ojos esmaltados.

—Mamá, mamá, mire vd. Tom... como coge mi carnero!...

—Mamá, es Polly que me araña!.. dile que se esté quieta... y Polly, apartando con una mano su larga cabellera rubia que le caia sobre los ojos, tiraba con la otra de las lanas del carnero; mientras que Tom, agarrado á la cola del mismo, probaba hacer dejar la presa á su hermanita.

—El carnero es mio, nada mas que mio, decia Polly, poniéndose encarnada por la firme lucha que sostenia. Tom, á ti ya te han dado un tambor... bien puedes dejarme mi carnero!...

En fin, la disputa hasta aquí, fraternal é inofensiva, tomó un carácter hostil é inquieto, tanto, que la madre, impasible hasta entonces, interrumpió su trabajo y dijo con un tono severo, despues de haber chasquido su lengua.

—Señorito Tom, voy á coger las correas!... Ah!... que si viejo, picarillo! ya os enseñaré á portiar con vuestra hermana.

Tom soltó la cola del carnero; y haciendo un gesto ceñudo, púsose los puños en los ojos; despues, volviendo la espalda á su madre, se fué á refugiar á un rincon y se puso á lloriquear.

Polly alegre y llena de orgullo por su triunfo, cogió el carnero por la cabeza y le cubrió de besos; despues tirándole por el collar azul, le arrastró ruidosamente por el suelo. Este movimiento frenético y casi insultante, hizo estremecer á Tom, en su rincon; cesó de llorar y cubriéndose la cara con las manos, apartó poco á poco los dedos formando una especie de regilla, para mirar á su hermanita con aire de envidia. Entretanto la robusta aldeana habia vuelto á su

obra; y el ruido monótono y regular de su torno se mezcló de nuevo confusamente al tris, tras, sonoro y seco de la péndola del reloj de pared.

A ratos volvia la cabeza, para observarlos y echar sobre la niña una mirada tierna y maternal.

No obstante, aquella muger no era la madre de Polly. Tom era su hijo; y aunque profesaba á este último un estremado cariño, quizá le amaba con menos idolatria y entusiasmo queá la rubia y fresca Polly. Esta, contenta con jugar ella sola con el carnero, continuaba colmándole de caricias: algunas veces sentándose encima de él, le pegaba con el dorso de su gordita y pequeña mano, gritando:

—Hu! hu! hu!... Tom hasta entonces habia tenido buena cara desde su escondite; se resignaba rabiosamente. Pero incitado de repente por un deseo febril, codiciando aquel gracioso corcel de lanas blancas, se precipitó sobre Polly, la empujó y echó por tierra, y saltando impetuosamente sobre la espalda del carnero, le espoloneó con fuerza.

Polly, parada y estupefacta, permaneció un momento inmóvil echada en el suelo; pero al fin el sentimiento de la realidad, el sentimiento de su desgracia le acudió al momento, y se puso á dar lamentables gritos.

La fresca aldeana arrojó su huso y rueca sobre una silla, abandonó su torno; y corriendo hácia Tom, cogióle de un brazado por medio del cuerpo, le levantó la chaquetilla y le administró con el revés de la mano una correccion bastante ruda.

Tom, suspendido orizontalmente en el aire, se defendia y se agitaba; abria una enorme boca, hacia horribles gestos; furioso de cólera, muy encarnado, y erizado el cabello, daba los mas penetrantes gritos.

—Tomad! tomad! caballerito! dijo la madre pegándole todavia. Esto os enseñará á ser prudente! otra vez observareis mas moderacion con vuestra hermanita?..

—Tom retorciéndose como un pez en la punta del anzuelo, parecia ahogarse de furor; juntó las manos y pidió perdon. Entonces, cesando de pegarle la madre presa en el momento de un violento acceso de ternu-

ra, acarició á Tom, le abrazó, le besó, y para apaciguar del todo sus últimos gritos, le dió algunas golosinas.

Tom y Polly, ya completamente reconciliados, jugaban juntos con su diabólica y encantadora algazara, cuando se oyeron los ladridos de un perro de presa; era el guardian de la casa, que advertia á la dueña la llegada de algun estraño.

Efectivamente, sonó un ruido de campanillas, y la aldeana se halló frente á un jóven, muy bien portado, cuyo lenguaje y maneras anunciaban ser un caballero.

—Buenos dias misstress Megg! dijo saludando de una manera graciosa y desembarazada.

La buena muger saludó con aire aturdido, como si no comprendiese.

—Pardiez, misstress, no necesito preguntaros como va, os veo gruesa y sonrosada como la aurora! por vida mia que jamás habeis estado mas hermosa!

—Servidora vuestra, sois muy galante, balbuceó misstress poniéndose muy encarnada.

=Galante? no del todo; soy franco, misstress. Es mi costumbre decir siempre la verdad. Si fuérais fea os lo diria de la misma manera; pero estais encantadora: siempre os lo he dicho, Megg, y os lo repito.

—Pero permitidme... me parece que jamás os he visto... dijo la rolliza aldeana. Me tomais sin duda por otra...

—Yo tomaros por otra? ¿es acaso posible? replicó el caballero inclinándose y mirando atentamente á misstres Megg, sois vos la que me desconoce! Yo no me equivoco: recuerdo bien, gracias á Dios; y puesto que una vez ha sido bastante feliz para poder admirar semejante talle, un rostro tan vivo, unos ojos tan alegres, y una boca tan sonrosada, yo no olvido jamás lo que he visto... y aunque transcurrieran cien años reconoceria á mi silfide! Vamos, vamos, misstres Megg; hace tres años... si, tres años poco mas ó menos; entonces teniais en brazos un niño que pesaba bastante, y que no os valia mucho el criarle; habitábais en una bohardilla de la ciudad. Os acordais de cierto caballero que fué una mañana á llevaros una

niña recien nacida, con un bolsillo bastante provisto?

—Si me acuerdo! dijo Megg, abriendo grandes ojos, llenos de admiracion. Me parece verle aun....

—Pardiez! no es nada difícil, respondió el caballero riendo.

—Llevaba una grande capa, dijo Megg.

—Capa ó carrick, nada importa! El hábito no hace al monge. Eh, eh! misstress Megg, indudablemente tengo mejor memoria que vos: mirad, hé aquí el niño que teniais en vuestros brazos; hé aquí la niña que llevaba yo bajo mi capa....

—Vos, caballero! érais vos?

—Vamos, Megg, no gritemos tanto, y sobre todo nada de ficcion! dijo el caballero, sentándose sin ceremonia en un grande sillon lleno de borra. Sentaos aquí y hablemos; veo con regocijo que todo os ha aprovechado; los niños están como una rosa, la madre gruesa y rubicunda; la casa blanca y bien amueblada; todo está completo. Mi bolsillo contenia el gérmen de vuestra fortuna.

—Ah! caballero, sí, es muy cierto... cómo podrá demostraros mi agradecimiento!

Megg se confundia dándole gracias.

—Cuando yo os decia, mi nodriza, que no tendrias por qué arrepentiros de seguir mis consejos! Entonces érais una infeliz muger seducida, abandonada; y de vuestra bohardilla indudablemente no saldríais sino para el hospital. Pues bien! algunas gotas de leche han hecho el milagro: habeis venido á parar en la mas acomodada y encantadora de las nodrizas; y si continuais siendo una buena muger, y no decis una palabra de lo sucedido, os prometo que quedareis contenta de mi.

-Ah! cuanta bondad, esclamó Megg juntando las manos, podeis creerme, no he dicho nada absolutamente! cuando las mugeres del vecindario me han preguntado; la boca cerrada!

—Bien, muy bien Megg, habeis cumplido como debeis: además de que entendeis perfectamente el manejo de vuestros intereses; pero si alguna cosa llegase á traslucirse por

culpa vuestra, esta hermosa quinta desaparecería al momento como de un castillo encantado: no tendria mas que soplar por debajo... ah! ah! ah! Señora! es que todo esto es tracendental, y teneis en las manos el honor de una familia.

Megg temblaba de pies á cabeza; estaba muda.

—Ahora Megg, vais á responderme á una pregunta; os advierto que es para entre nosotros; nadie sea quien fuere ha de saber ni una palabra, ni una silaba; ni aun la persona que vos sabeis!... Megg, esforzándose en vano para responder, balbuceó algunas palabras confusas é incomprensibles.

—Decidme misstress, repuso el caballero, echando sobre ella una mirada penetrante y escudriñadora, esa jóven viene á menudo de oculto á vuestra casa?

—Por favor...

—Ea! no se habla de favor! no quiero palabras inútiles! responded cuales son los dias de preferencia en que viene?

—Pero... yo... señor...

—Otra vez, interrumpió el caballero con

impaciencia! Quereis que me enfade? guardaos de ello Megg! cuando se riñe conmigo, se me encuentra generalmente bastante duro!... Os pregunto si la jóven que sabeis tiene dias fijos para venir á ver á su hija, hay, como no ignorais siete dias en la semana: veamos es el domingo?

Megg hizo un gesto negativo, temblando todo su cuerpo.

—No? muy bien. Es el lúnes?... no. El mártes?... tampoco? ah! es pues el miércoles?

Megg despues de un rato de silencio, llena de duda, bajó la cabeza afirmativamente.

—Y cuantas veces, poco mas ó menos, viene al mes? una?... dos?...

Megg hizo una señal de cabeza afirmativa.

—Bien, dos veces. ¿Y á qué hora?

Megg parecia estar toda asustada.

=Tardais bien en responderme caramba. Megg! es menester sacaros una á una las palabras de la boca. Es este un trabajo muy penoso, y yo no estaré siempre con humor de ejercerle: teneis suerte de que hoy no

llevo prisa.... veamos, á qué hora viene esa dama?....

—Por favor.... balbuceó Megg suspirando, sois causa de que le haga traicion! Esa pobre señora, que es tan buena, me habia encargado tanto el silencio! Yo le habia jurado no decir nada á nadie... ni aun á vos!

—Ah! de veras? vamos bien, me habrá esceptuado....

—A vos como á los demas caballero..... Parece que esa señora está casada, y que seria perdida si se descubriese...

—No se sabrá, tranquilizaos Megg. Bien podeis conocer que yo tambien tengo algun interés en ocultar el caso. Soy el amigo, el intimo amigo de esa señora... y mucho mas respecto al misterio de que se trata; tengo tanto derecho como ella sobre esa niña! Asi, pues, Megg, por última vez os pregunto la hora habitual que esa persona ha elegido para sus misteriosas visitas!...

—Caballero... dijo Megg con voz trémula, esa señora no tiene precisamente hora fija... algunas veces es por la mañana, una ó dos horas despues del mediodia... entonces se

disfraza, se viste de manera que está desconocida. Pero lo mas regular es venir por la noche, sola y en un coche de alquiler...

—Bueno; y su visita es muy larga?

—Algunas veces... tiene tanto placer en ver á su hija la llena de besos, se la come á caricias! Sí, caballero hasta tal punto, que le cuesta un trabajo inesplicable apartarse de ella... Es menester que yo le diga siempre:

—Dios mio! Señora, mirad que la pobre niña está muerta de sueño!

—Ah! Ya veo que sois una buena madre.. tanto mejor! una palabra mas: en qué época ha tenido lugar su última visita nocturna?

—Hace mas de quince dias... y presumo que de aqui al fin de la semana esa buena señora aprovechará una noche un poco oscura para venir...

—Megg, dijo severamente el caballero levantándose para marchar, sed prudente y discreta: mirad que las paredes tienen oidos, y que una sola palabra salida de vuestra boca, llegará al momento á mis oidos. Entonces, no quiero deciros lo que haria, pe-

ro podeis estar segura de que todo se perdería! Por lo tanto, me entendeis? Como si no me hubiéseis visto; si la jóven os pregunta por mi, ninguna respuesta!

Megg, con la cabeza medio trastornada, hizo al caballero todas las promesas que exigia; y este, tomando un aire agradable y desembarazado, salió inmediatamente de la quinta.

V.

El acusador público

Amelia no podia dudar de que Roberto Fox habia muerto; sin embargo, no podia abstenerse de verter lágrimas pensando en la desgracia de aquel jóven, que quizá tenia un corazon noble; conocia que aquella fatal catástrofe garantizaba el porvenir de M. Phi-

lipps y le preservaba de una venganza terrible, venganza que siempre hubiera estado suspendida sobre su cabeza. Desde que M Philipps habia hecho á su esposa la revelacion del crímen de Roberto Fox, estaba profundamente triste; pues que ahora tenia una conviccion de que Amelia le habia amado y por eso lloraba; y aunque M. Philipps no obstante su carácter meditabundo y sombrío, estuvo muy lejos de creer culpable á Amelia, rabiaba de celos, algunas veces, cuando hablaba á Amelia, su lenguaje, primeramente afable y dulce tomaba poco á poco una espresion de amargura y cólera.

Amelia sin dificultad habia podido leer lo que pasaba en el corazon de su esposo: estaba segura de que sustentaba contra ella algunas sospechas vagas é indeterminadas, algun sordo rencor del cual Roberto Fox era el objeto.

Amelia no salia mas que muy rara vez: padecia mucho y no dejaba su cuarto.

Repetidas ocasiones despues del dia en que M. Philipps supo la muerte de Roberto Fox, habia pronunciado como casual-

mente delante de Amelia el nombre de este jóven, que disfamaba con una especie de encarnizamiento; despues, con los ojos fijos sobre ella, estudiaba con mirada sombría y penetrante, para sorprender en su tranquilo y dulce rostro la mas ligera señal de emocion ó de pesar.

—Amigo mio, decia Amelia con voz triste y suplicante: por qué ese ódio contra un cadáver? vos que sois generoso, respetad al menos á los muertos...

—No, no le respetaré!.. esclamaba M. Philipps, con los ojos inflamados de cólera. Hasta el fondo de la tumba quiero perseguirle!.. pues le ódio!.. le ódio!

Trascurrieron algunos dias: M. Philipps triste y silencioso, permanecia á menudo cerrado en su gabinete dos ó tres horas, cuando volvia de la audiencia, comia de prisa, sin casi decir nada á su muger; y hasta el momento de retirarse á su cuarto para dormir, permanecia sombrío y pensativo, absorto en sus meditaciones.

Una noche en que Amelia, sorprendida porque no venia su esposo, principiaba ya

á sentir cierta inquietud y cuidado, presentóse M. Philipps bruscamente con las cejas fruncidas, y cara ruda y severa.

—Dios mio! amigo, cómo volveis tan tarde! dijo corriendo hácia él: me teniais con cuidado!...

—Hicísteis mal, Amelia, respondió secamente. Guardad vuestras inquietudes para las cosas que valgan la pena. Todo se reduce á que vuelvo una hora mas tarde que de costumbre.

—Sí, Edmond, convengo en ello, he hecho mal con alarmarme... pero hace algunos dias os veo tan agitado... Ese trabajo sin intermision os fatiga, y temo sin cesar...

—Tranquilizaos, Amelia, estoy buenísimo; mi salud no ha estado nunca mas floreciente.

En el acento de M. Philipps habia una rudeza, una acritud que no le eran habituales.

El criado vino á anunciar que ya estaba la comida.

Yo no comeré, dijo M. Philipps. Amelia, siento no poderos acompañar: es indispensable que concluya un trabajo.

—Cómo! tanto tiempo en ayunas! eso no es razonable! venid os lo ruego ..

Pero sin responderle, M. Philipps salió del salon; Amelia llena de sorpresa, se disponia á seguirle, cuando oyó el ruido de una puerta cerrada con fuerza: era la del gabinete de Mr. Philipps. Resignóse, pues, á pasar sola al comedor, pero triste y llena de una indefinible ansiedad, no tomó nada.

M. Philipps permaneció encerrado toda la noche. Por fin Amelia, temiendo que su marido no estuviese enfermo, se decidió, despues de muchas dudas, á llamar tímidamente á la puerta del gabinete.

—Quién va? qué quereis? preguntó M. Philipps con enfado.

—Soy yo, amigo mio.. respondió con voz trémula; os ruego que abrais...

Inmediatamente abrió.

—Qué, Amelia! qué quereis decirme? bien veis que estoy trabajando!

—No seais necio, querido... balbuceó, cogiéndole la mano. Estais rendido de cansancio, y desde esta mañana no habeis tomado alimento alguno... Verdaderamente

es una imprudencia, una locura, velar, basta tan tarde!...

—Imprudencia? locura? En verdad que semejantes reconvenciones son estrañas en la boca de una mugerl Permitidme os diga que tiene muy poca gracia acusarme de imprudente y loco!

—Edmond, con qué aire me decis eso? que lenguaje... acaso estais irritado contra mí?

—Nada de eso, nada de eso. Solamente que estoy trabajando, y vos me interrumpís....

—Escuchadme, querido Edmond, vais á enfadaros, estoy cierta... Pero no importa! es menester que os diga todo lo que pienso. Vuestras funciones judiciales os absorven, os devoran; tomais demasiado á pecho lo que haceis. Esos trabajos continuados os acaban. Amigo mio, si me creyéseis, renunciaríais á las ocupaciones que os privan del reposo completamente. Somos ricos, é indudablemente una vida tranquila é independiente...

—Basta! basta! interrumpió vivamente

M. Philipps. Me aconsejais dejar la magistratura? dormirme á mi edad en la oscuridad y la pereza!... No, no señora, conservaré el lugar que ocupo, continuaré desempeñando mi deber con valor y firmeza. No es la ambicion, señora, ni el orgullo lo que me liga á las funciones de magistrado; es la conciencia de mi deber, la necesidad de ser útil á la sociedad. Estamos en un tiempo en que la moral pública reclama vigorosos é intrépidos defensores; la justicia quiere inflexible representantes, órganos firmes. Permaneceré fiel en mi puesto, hasta tanto que tenga la certeza de poderle ocupar dignamente.

Amelia callaba.

=No obstante, continuó con amargura, algunas veces este puesto es bien penoso, mis funciones bien crueles! Es verdad que se reduce á perseguir al culpable, reclamar el castigo para su cabeza; pero cuando es preciso pedirle á despecho de la conciencia contra un hombre que no se puede menos de compadecer, de estimar en el fondo del corazon eso es horrible!

Al propio tiempo se paseaba con agitacion magullando entre sus manos un lio de papeles que habia cogido de encima de su escritorio.

—Oh! si, murmuró sordamente, eso es atroz! Hacer condenar á un hombre que quizá ha cumplido su deber!

—Qué decis, amigo mio? sobre quién recae ese crimen!....

—Vos le conoceis, pardiéz! Vos que leeis todos los periódicos con tanta atencion, debiérais estar al corriente.

—Pero quien?....

Si, Amelia! prosiguió con vehemencia; no habeis oido hablar de sir Jorge Tyaler?

—Ciertamente, amigo mio. Y qué?

=Ahora es objeto de una acusacion capital, y yo que le amo, yo que le estimo, soy el que va á delatarle á ser su acusador!

—Dios mio! yo no sabia nada de eso!..... Pues qué ha hecho sir Jorje?..... Cual es el crímen que le imputan?.....

—Un asesinato. A muerto á su muger...

—Cielos!

—Pero es menester que lo sepais todo,

Amelia, replicó Mr. Pilipps con aire sombrio y doloroso. Esa muger era una imbécil y vil criatura, tan bella tan seductora como despreciable é infame! Sir Jorge, no obstante los consejos y las súplicas de sus amigos, tuvo la debilidad de casarse con esa desgraciada á quien amaba con delirio; y la indigna no ha mirado para engañarle que llevaba s unombre! Se ha acusado estando en cinta!

—Amelia palideció horriblemente.

—Entonces, bien podeis figuraros, el furor, la indignacion de un hombre ciego de amor y galante, que se ve vilmente deshonrado! Sir Jorge loco de furor ha cogido un puñal y ha muerto á la infame!.. Sin duda hubiera sido mejor ponerse en lugar de un amo con su criada y despedirla en vez de darle de puñaladas... ¿Pero qué hombre estando tranquilo y á sangre fria puede decir que no hubiese hecho otro tanto en el lugar de Sir Jorge Tayler?.... Yo mismo, que persigo el crimen, que le ofrezco al cadalso, pues bien! os lo juro viéndome deshonrado como sir Jorge, no responderia de mi.

—Amelia dió un grito.

—Os asusto, dijo Mr. Philipps con amargura. Estais muy pálida Amelia! Haceis mal en agitaros.... una alma tan pura tan noble tan cándida como la vuestra, nada tiene que temer...

—Y qué podria yo temer?... balbuceo con una voz mucho mas alterada y palideciendo estremadamente...

—Perdon! Oh! perdon, Amelia! repuso con una forzada sonrisa... Mi lenguaje debe pareceros inesplicable... os doy miedo!... me mirais con sorpresa... Pero tranquilizaos, no estoy loco, estoy en mi sano juicio... solamente, no lo niego, ese cruel fracaso me trastorna! Sir Jorge Tayler es segun mi parecer mas desgracido que criminal!...

Esto diciendo Mr. Pilipps dejó escapar un suspiro; despues, arrojando sobre su bufete con una espresion de cólera y de pesar los papeles que tenia en la mano, añadió:

=Pobre amiga mia, quizá teniais razon ahora mismo.... Las funciones de magistrado son bien crueles! y si yo consultára con

mi reposo y felicidad, las renunciaria en el momento..... quiero aun reflexionar. Decididamente no tendré el valor de requerir la pena capital contra Sir Jorje Tayler!

Amelia calló: estaba tan turbada, tan trémula, que oia hablar á su marido sin entender lo que decia. Mr. Philipps le cojió la mano con efusion: despues Amelia, débil y vacilante, volvió á su cuarto para acostarse.

VI.

El coche Simon

Amelia estaba ya convencida de que su esposo tenia sospechas, y que no era el mismo para ellla.

Durante muchos dias Mr. Philipps permaneció triste y silencioso; se iba de ca-

sa al amanecer, y no volvia hasta muy entrada la noche.

Amelia no osaba salir, sin embargo; su pensamiento lo tenia en otra parte: llena de tristeza y preocupada, permanecia absorta en sus ideas.

Un dia en que el tiempo estaba hermoso, Amelia salió para ir á pasear; no volvió hasta cerca del anochecer; su fisonomía estaba mas ajitada que de costumbre: se quejaba de un violento dolor de cabeza, y se encerró en su cuarto. Apenas estuvo sola sacó del pecho una carta magullada, y empezó á leerla con una atencion febril.

—Sí, iré! murmuraba; no vacilemos!

Eran las doce de la noche, cuando Amelia, que se habia echado en su lecho, se levantó despues de una hora de insomnio; y envolviéndose en una capa bajó con precaucion una escalera que daba á un pequeño jardin: al estremo del cual se hallaba una puerta, que comunicaba con una callejuela; por allí era donde Amelia salia con direccion á un establecimiento de coches, cuando queria ir misteriosamente á la quinta. Creyendo, pues, que todo

el mundo debia estar dormido en la casa, salióse sin hacer el menor ruido; y subiendo en un coche de alquiler mandó que la condugeran fuera de Londres.

Aquella mañana Amelia devorada por la inquietud, habia salido para ir á Regents-Park, su paseo habitual. Al estremo de una sombría calle de árboles poco frecuentada, habia encontrado en un matorral detrás de un banco de piedra, una carta que abrió al punto y vió que contenia cierta noticia que debia decidirla á arrostrar todos los peligros, así que no vaciló un momento.

Despues de haber indicado al cochero la direccion que debia seguir, ardiendo en una impaciencia febril llegó á su destino. Paróse el coche; apenas se abrió la portezuela saltó Amelia ligera y veléz, diciendo al cochero, volviese á buscarla al mismo sitio dentro de una hora.

Un cuarto de hora entero transcurrió. El cochero, viendo que la noche era muy fria, empezó á brincar solo para calentarse, pero todo en vano; las yemas de los dedos seguian heladas: el pobre, sobrecogido de un sueño

escesivo, tomó finalmente el partido de subir de nuevo á su asiento y probar el dormirse.

Apenas habia reclinado la cabeza sobre el hombro, oyó una voz dulce y melosa que le decia:

—Cochero, estoy muy lejos de Lóndres?

—Siga vd. todo derecho, murmuró el cochero roncando.

—Pero decidme, continuó la voz con un tono suplicante; corro peligro de chapuzarme en el Támesis?

—Nada de eso, ciudadano, dijo el cochero.

Se levantó inmediatamente esperezándose y frotándose los ojos, bajó del asiento diciendo:

—Ciudadano, venís ahora de la luna?

—Poco á poco, buen viejo! os daria un millon de gracias si consintiérais en ponerme en buen camino.

=Eso no es de rehusar, amigo mio; quereis venir?

-Cómo que!... acepto, buen cochero.

Quien hablaba asi era un viajero envuelto en un carrick de seis valonas.

—Apreciable cochero, continuó con una voz cariñosa, quereis venir á tomar un vaso de vino á esa taberna que está allá bajo?

—Bueno es un trago, ciudadano! dijo el cochero; muy bueno, cuando se hace una noche como esta.

—Sí, pardiéz! es escelente.

Y sin contraer mas relaciones se cogieron del brazo dirigiéndose á una taberna que se distinguia en el camino, á los rogizos rayos de su reverbero.

—Mozo? dijo el hombre del carriek pegando sobre una mesa con el mango de su navaja, vasos y vino!

Esta peticion era tan imperativa, que el mozo de la taberna la obedeció como si fuera una órden.

—Eh! Eh! amigo mio, dijo el del carriek llenándole al cochero sendos vasos de vino. A dónde vais?

—Por vida mia, caballero, no os lo puedo decir; voy á donde me mandan.

—Bien; bebed, pues, amigo mio! esto es delicioso para los catarros.

El cochero bebió repetidas veces sin opo-

ner la menor resistencia. En tanto la noche estaba bastante adelantada, y los dueños de la taberna principiaban á dormirse; no veian ya mas que á medias. El hombre del carrick estaba con el cochero Simon en un cuarto aparte.

—Ea! decidme, amigo, preguntóle al cochero llenando de nuevo el vaso, vais muy lejos?

=Por vida mia, ciudadano, dijo el cochero describiendo una ese y agarrándose á las paredes: iré donde querais, me es igual... con tal que esté de vuelta á la hora que me ha dicho el parroquiano.

—Pues bien! emperador de los cocheros; puesto que os es igual, suponed que yo soy vuestro parroquiano y que venís por mí á la hora convenida; mientras que viene mi amigo daime vuestro vestido.

El cochero, que habia bebido mas de quince vasos de vino, no podia moral ni físicamente aceptar ó rehusar, así que no dió respuesta alguna; y recostándose sobre su asiento, abrió una boca enorme: despues, bostezando tres ó cuatro veces seguidas,

cerró los ojos con un aire paciente y lánguido. Medio segundo despues, estaba dormido y roncaba como una campana fúnebre.

Apenas habia cerrado los ojos, el hombre del carrik desnudándole de su ancho casacon y su sombrero charolado, se vistió con él. Inmediatamente cogió el látigo, y murmurando algunos refranes populares, atravesó la grande sala, arrojó una moneda de plata sobre el mostrador, y despues, encendiendo un cigarro con un aplomo admirable, salió, llevándose la mano á su sombrero charolado.

Un minuto despues estaba en el asiento del cochero, y se alejaba de la taberna.

VII.

La cabeza de medusa.

Hacia mas de una hora que Amelia estaba en la quinta. Sentada al lado de una cama pequeña, en la cual dormia una niña, contemplando con dolor y ternura su rubia y graciosa cabeza; en su rostro se revelaba

una espresion de sufrimiento y languidéz.

La buena y robusta Megg, á alguna distancia, miraba silenciosamente á Amelia, exhalando profundos suspiros, y moviendo la cabeza con afliccion.

Un fuego claro y brillante ardia en el hogar. Se oia el hervor de una caldera puesta en el; y á ratos el grito penetrante y monotono de los grillos ocultos en las endiduras de las paredes.

El viento era frio y sutil, la noche oscura.

—¡Dios mio, Dios mio, tened piedad de mí! murmuró Amelia juntando las manos con las mejillas inundadas de lágrimas. ¡Dios mio, salvad á mi hija!

Megg, que no podia entender sino indistintamente aquellas palabras vagas y confusas, las adivinó sin dificultad por la espresion dolorosa y el ademan suplicante de Amelia.

—¡Pobre señora, es bien digna de lástima! decia Megg frotándose los ojos con el estremo de su delantal.

—¡Qué palidéz! ¡Qué entorpecimiento

letárgico! prosiguió Amelia inclinándose hácia la niña dormida, y besándole en la frente con amor y desesperacion; Megg, mi buena Megg, ¿cuidais bien de ella, no es verdad? Acordaos de su pobre madre.

—¡Oh! ¡mi buena señora! ¡yo lo creo que me acuerdo! ¡como que estoy llorando todo el dia!.. ¡Sois tan buena, tan caritativa y tan poco orgullosa!.. ¡un verdadero ángel del señor!.. ¡Oh! ¡bien podeis creerme; esa niña la amo y la cuido cual si fuera su madre! ¡Dios me perdone, quizá sea esto un pecado,.. pero me parece que la amo aun mas que á mi hijo!..

—Megg, ¿quedareis contenta de mi; vereis que no soy ingrata. Todos vuestros cuidados, todos vuestros desvelos serán recompensados.

—¡Ah! ¡Señora, vos me confundis... eso es demasiado! no merezco...

De repente calló y volvió la cabeza hácia un gabinete reducido y oscuro que daba al jardin. Un ruido singular é inesplicable acababa de oirse; el perro de guardia ladraba sordamente.

=¿Qué es eso, Megg? dijo Amelia temblando; me parece que acaban de abrir una puerta... ¿quien será?.. ¿no estais sola en la quinta?

—Sí, madama, absolutamente sola... respondió Megg levantándose y prestando atencion con un poco de ansiedad. Probablemente es la puerta del jardin que habrá quedado abierta hace mucho aire y la habrá empujado.

—Megg, id pronto á ver; repuso Amelia muy inquieta: bajando del coche, á la entrada del camino que atraviesa me ha parecido ver á uno que me seguia.

—¿Alguien que os seguia, señora? dijo con un sobresalto mal contenido. ¡Ah! ¡Dios mio! si fuera un...

—¿Qué quereis decir, Megg? ¿quién podria ser? me asustais!

—Mi buena señora, os ruego que os tranquilliceis... no hay el menor peligro... habeis comprendido mal lo que queria decir... Si fuese el médico... pero no, á semejante hora es imposible... No hay nadie... os digo que es el viento. No obstante, voy á dar un vistazo por allá fuera.

—Volved pronto, Megg: no sé por qué, pero en estando sola tengo miedo...

Megg, salió de prisa.

Amelia acababa de ponerse precipitadamente el sombrero y la capa; miraba á su alrededor con angustia.

—¡Dios mio! Pensaba temblando. ¡Si mi esposo tuviera alguna sospecha! si hubiera hecho seguirme! ¡si él mismo... ¡Oh! ¡seria perdida! ¡ni piedad, ni perdon!.. ¡desgraciada! ¡ahora espio mi falta!

Acercóse á la cuna de su hija.

—¡Pobre angelito! ¡inocente criatura! murmuró sollozando. ¡Tu nacimiento es un crimen, pero solo yo debo ser castigada! quien quiera que venga no te abandonaré! no, no, jamás!

Amelia pronunció estas últimas palabras con una exaltacion casi solemne; con las manos juntas y el pecho agitado por contínuos suspiros, abrazó frenéticamente los cabellos largos y dorados, y besó el gracioso rostro de su hija que seguia dormida.

Pero de súbito se volvió convulsivamente; un ruido estraño hirió sus oidos. Miró sobre-

cojida de terror... la puerta del cuarto que comunicaba con el gabinete se entreabrió... Un hombre asomó la cabeza por ella...

Amelia dió un grito penetrante y cayó desmayada.

Era... Roberto Fox!!!...

PARTE TERCERA.

EDMON PHILIPPS

VIII.

Un acceso de locura.

Cuatro meses transcurrieron desde la misteriosa aparicion de Roberto Fox en la quinta.

Se habia efectuado un grande cambio en la vida de Monsieur Philipps: ya no era aquel hombre apenas llegado aun á la madurez de su edad, parecia casi un anciano; sus

sienes disecadas, su frente sureada de arrugas, y sus cabellos muy claros, parecian encanecer cada dia visiblemente.

M. Philipps, que antes de su matrimonio, no tenia mas pasion que el trabajo, parecia haber aborrecido sus funciones judiciales; ya no leia; sombrío y silencioso permanecia dias enteros absorto en una profunda meditacion, ante los numerosos legajos cubiertos de polvo que llenaban su escritorio.

No queria recibir á nadie, su puerta estaba cerrada aun para sus mas íntimos amigos; y si alguna vez Amelia, inquieta y trémula, entraba en el cuarto de M. Philipps para verle se irritaba al momento y con los ojos centelleantes le indicaba que se fuese. Amelia, no pudiendo comprender de donde provenia aquella cólera, se apresuraba á salir del cuarto de su esposo y volvia al suyo toda asustada.

Hacia ya dos meses que Mr. Philipps no salia de casa á pesar de que graves quehaceres reclamaban su presencia en el tribunal. Finalmente enfermó y quedó mas que

nunca encerrado en su triste soledad.

M. Philipps estaba quizá menos triste aun que Amelia, la que sola en su cuarto no cesaba de llorar, y su alterada fisonomia demostraba una dolorosa desesperacion. Salia poco de casa; empero de vez en cuando se envolvia en una capa y marchaba sin decir nada á los de casa: regularmente estas misteriosas escursiones las verificaba al anochecer cuando el tiempo era sombrio.

Entonces Amelia, atravesando de oculto el jardin, abria una puertecita que daba á una callejuela; despues se alejaba rápidamente no sin volver la cabeza con inquietud, como si temiese que la siguiesen.

Todos los criados admirados del cambio prodigioso que se operaba en M. Philipps, principiaba á creer que su enfermedad era un trastorno del cerebro. El mismo Pedro no podia desconocer que las facultades intelectuales de su señor estaban sumamente debilitadas.

Cuando Pedro entraba en el cuarto del juez trayéndole los periódicos, este en vez de echar como en otro tiempo, una ávida y rápida ojeada á la parte jucicial, rasgaba y

doblaba casi siempre con furor el papel sin desdoblarlo, y le arrojaba con fuerza á las narices del pobre criado que estaba admirado.

—Salid, desgraciado! salid os digo! gritaba M. Philipps dando fuertes patadas. No estaré jamás libre en mi casa? vedrán todavia á perseguirme hasta en mi dolor?... No quiero cartas, no quiero!.....

—Por Dios, señor, balbuceaba Pedro, temblando de pies á cabeza, esto no son cartas.... son vuestros diarios...

Pero M. Philipps parecia no entender; y gritando todavia mas fuerte y dando puñetazos sobre su escritorio, mandaba á Pedro que se fuese al momento si no queria ser arrojado por la ventana.

Un dia apenas el criado habia salido, cuando oyó andar convulsivamente por el cuarto de M. Philipps, caer las sillas y cerrarse los postigos con grande estrépito; era el magistrado que no queriendo ver la luz, cerraba puertas y ventanas permaneció abismado en una completa oscuridad hasta la siguiente mañana, en la que al entrar Pedro

fué despedido aun mas rudamente que de costumbre, y quedó como petrificado delante de la puerta del cuarto que cerró de nuevo con violencia M. Philipps.

—Oh Dios mio! Dios mio! decia el infeliz criado levantando las manos al cielo: mi pobre señor está hechizado? Antes tan bueno, ahora no es un hombre, es un tigre! indudablemente ha perdido la cabeza! Dios mio!

E interrumpiendo á ratos sus lamentaciones, acercaba el oido á la puerta y detenia hasta el aliento para escuchar.

Entonces oyó en medio de un grande desórden de mesas y de sillas, los gritos sordos é inarticulables que daba M. Philipps. Pronunciaba furiosos monosílabos, palabras sin órden, en medio de los cuales sonaba el nombre de Amelia.

=Bien, bien, ahora fulmina contra mi, pobre señora! dijo Pedro suspirando. Contra ella que es un ángel... Ay! Dios me perdone, cuanta invectival.. Desgraciada por aquí, infeliz por allá... y despues una multitud de otras lindas cosas... oh! se-

ñor! Quién hubiera creido jamás eso de M. Philipps! una cabeza tan fuerte! el sosten de la magistratura!.. la máquina está completamente desconcertada.

Mientras Pedro se abandonaba á sus tristes reflexiones, Amelia, que no habia visto á su esposo hacia dos dias, llegó tímidamente para saber como se hallaba M. Philipps.

=Ah! señora no me hableis! dijo el criado moviendo la cabeza con tristeza. Las cosas van de mal á peor! Jamás he visto al señor tan terrible como esta mañana!..

—Habrá pasado una noche bien mala, dijo Amelia con un suspiro; voy á entrar á verle...

Pero como al volver el boton de cobre para abrir, Pedro la detuviese el brazo con un gesto de temor, dijo:

—Que teneis? por qué me impedis abrir.

—Oh! guardaos de ello señora! dijo Pedro á media voz, M. Philipps os hará un mal recibimiento... está en un acceso de cólera!..

—No, eso no es cólera, os engañais, es la fiebre, es la violencia del mal.

—No os digo lo contrario señora: pero no importa, idos, no os fieis; cólera ó fiebre no es nada seguro... y si ahora mismo no me hubiera escapado pronto, me tira su pupitre por la cabeza!. .

—Dios mio! Qué haré? dijo Amelia con un acento de desesperacion. Mi esposo sufre y rehusa todo socorro! no quiere ver á nadie ni aun al médico!...

—El médico menos que á nadie señora. Mi querido señor le tiene un ódio declarado! De modo que el doctor Croker no se atreve á poner los piés en casa: me dijo el otro dia al marcharse, que preferiria mejor visitar á los leones de la casa de fieras...!

Amelia, entregada á los mas sombríos pensamientos, dejó continuar á Pedro sus indiscretas y lamentables cuestiones; muda y con la cabeza baja, juntó las manos, y algunas lágrimas corrieron por sus pálidas megillas.

Repentinamente se oyó un grito en el interior del aposento.

—Amelia! Amelia!

Era aquella la voz de Mr. Philipps, penetrante, amarga é indignada.

—Oís señora? dijo Pedro con un movimiento de espanto. Es á vos á quien llama... A vos á quien quiere!...

—Pues bien! voy á entrar, dijo Amelia.

—No, no! por el amor de Dios, señora!

Aun hablaba el criado, cuando la puerta del gabinete se abrió bruscamente, y apareció M. Philipps pálido, con los ojos centelleantes y los labios blancos y trémulos.

Pedro, sobrecogido de terror, no tuvo tiempo mas que para esconderse en un estrecho corredor oscuro, arrastrando con él a Amelia que permaneció helada de estupor y miedo.

M. Philipps dió algunos pasos hácia fuera de su cuarto, con un puñal en la mano.

—Si murmuró, voy á acecharlos... Ojalá que los sorprenda!... Entonces... oh entonces!...

Seguia blandiendo violentamente su arma.

Pero súbitamente se detuvo, y pasó una mano por su frente.

—Estoy loco! dijo con amargura.

Miró con ademan de sorpresa y como asustado el puñal que tenia en la mano y despues arrojándole con horror, volvió á grandes pasos á su cuarto y cerró la puerta dando dos vueltas á la llave...

—Y bien! qué es lo que os decia señora? murmuró Pedro con voz ahogada. Nos hemos salvado de buena!... veis cuan cierto es el arrebato que le ha dado, está desconocido!...

Amelia demasiado débil para articular una sola palabra, volvióse á su cuarto; apenas el criado dejó de sostenerla, que cayó como aniquilada en una silla con la cabeza inclinada y los brazos colgando.

IX.

Los postigos cerrados.

La única persona que Mr. Philipps consentia recibir alguna vez, era M. Steele, magistrado como él y su amigo íntimo. Habian seguido los estudios juntos, y despues de la salida del colegio, no se habian separado casi nunca. Una estrecha simpatía y

casi igualdad de sentimientos y carácter los unia; los dos tenian un ardiente amor al estudio de las leyes y á las funciones judiciales; solamente que M. Steele, mucho menos apasionado que Mr. Philipps, no observaba en el cumplimiento de sus deberes el mismo inhumanado rigor, é inflexibilidad. Bien al contrario de vez en cuando el escelente Mr. Steele se volvia piadoso, y una súbita conmiseracion le asaltaba en medio de su requisitoria, y cada vez que se veia obligado á castigar, le daban casi ganas de llorar, al ofrecer el culpable á la venganza de las leyes.

Esta estremada sensibilidad, de la que no participaba Mr. Philipps, era el único defecto que reprochaba á Mr. Steele.

—Pobre amigo mio, decia Mr. Philipps moviendo la cabeza, corregios de esa debilidad. En verdad, me sonrojo por vos, cuando en pleno tribunal os poneis á dar grandes suspiros, en lugar de clamar contra el crímen! Vuestra piedad es errónea! Teneis que defender la sociedad entera contra los infames y me hareis llegar á creer que tomais su partido contra ella.

Entonces Mr. Steele se encolerizaba y los dos amigos disputaban, para reconciliarse al cabo de algunos minutos.

Sin participar absolutamente de los sentimientos de M. Philipps, creemos que M. Steele no era á propósito para la magistratura; tenia un genio demasiado benigno é inofensivo. Sin embargo, en desquite de su dulzura, que era proverbial entre sus cólegas, fulminaba con una estraña violencia contra el matrimonio. Segun M. Steele, las mugeres habian sido criadas á propósito para hacernos probar aqui bajo, y con anticipacion, las penas del infierno; atribuia á las mugeres todas las miserias, todos los crímenes de la humanidad. Por lo tanto no habia querido jamás oir hablar de casamiento; viejo y soltero, se prometia vivir y morir feliz en el celibato. Cuando Mr. Philipps casó con la hija del anciano capitan, M. Steele estaba entonces en Dublin; en donde ejercia las funciones de juez; cuando supo el casamiento de M. Philipps, tuvo un sentimiento atroz, y lloró á su amigo casado como si se hubiera muerto.

Fácilmente se podrá conocer la desconfianza y prevencion que concibió al punto M. Steele con respecto á Amelia; su frente tan pura y hermosa, su fisonomia encantadora, le] parecia una máscara de hipocresía; y algunas veces el sombrío célibe no podia dejar de estremecerse pensando en el horrible destino que, segun las apariencias, esperaba al imprudente esposo. Pero bien pronto M. Steele, vuelto de su injusta antipatia, se vió forzado á confesar que Amelia no era ni falsa ni coqueta, y que se la podia contar como una feliz escepcion entre las mugeres. Finalmente, aquel hombre duro estaba tan maravillado, tan estasiado de Amelia, que cualquiera le hubiera creido enamorado de ella, si alguna vez hubiese sido susceptible de amar.

Bien que M. Steele, supiese perfectamente que su amigo trataba algunas veces con rudeza á la pobre Amelia, jamás aun se le habia ocurrido que las tristezas de este hombre bizarro y fogoso proviniesen de ella; atribuia simplemente aquella excentricidad

de humor y de carácter á la enfermedad, y si M. Steele compadecia á M. Philipps, mas lástima tenia aun de Amelia.

Hacia ya muchos dias que M. Steele no habia podido entrar en el cuarto del enfermo, pero iba todas las mañanas regularmente, para preguntar á Pedro cuál era el estado de su señor; M. Philipps, mas triste é inquieto que de costumbre, habia rehusado abrir la puerta al mismo Pedro, sin haber tomado alimento alguno hacia cuarenta y ocho horas: permanecia metido en su despacho, cuyos balcones estaban cerrados herméticamente; no tenia tampoco luz artificial y desde la mañana á la noche, como de la noche á la mañana, se paseaba de arriba abajo en las tinieblas; tropezando á veces en su marcha ciega y febril, con las sillas que crugian sobre el pavimento.

Entretanto Mr. Steele, no pudiendo permanecer mas tiempo sin ver á su querido cólega, como él le llamaba, quiso á toda fuerza entrar en el cuarto donde Mr. Philips se habia en cierto modo parapetado.

Pedro tenia un semblante lánguido y triste.

—Ah caballero! dijo lastimosamente, las cosas van muy mal!...

—De veras Pedro?... Pues bien, pronto, introducidme en el cuarto de vuestro señor.

=Yo señor de Steele? Imposible! cómo quereis que lo haga? las puertas y ventanas están cerradas; seria menester entrar á la fuerza, á martillazos... y entonces guardaos de los réspices! M. Philipps está armado de pies á cabeza!...

—Bah! bah! respondió M. Steele, que no parecia asustarse por esto. Entraremos ahora mismo. Lo que importa es hacer saber á M. Philipps que quiero hablar con él...

—Ciertamente señor de Steele, que eso es lo importante! pero para ello será menester una trompa marina, una bocina de capitan de navio: pues mi pobre señor al presente tiene el oido muy duro! me he desgañitado gritando á su puerta para suplicarle de que tomase alguna cosa, no ha dado la menor señal de vida...

—Vamos inmediatamente; dijo M. Steele, dirigiéndose hácia el gabinete del magistrado. Voy á probar de hacerme reconocer.

—Dios os asista! respondió Pedro con un grande suspiro.

M. Steele llamó á grandes puñetazos á la puerta del cuarto y gritó á través de la cerradura:

—Mi cólega, mi bravo cólega abrid, soy yo...

Durante este tiempo, Pedro con la cabeza baja y los brazos cruzados, murmuraba palabras sordas y tristes.

M. Steele no desistia, y golpeaba aun la puerta, llamando mas fuerte. Pero ninguna respuesta, ningun ruido se dejó oir en el interior del gabinete.

—Diablo! dijo M. Steele con un gesto lleno de inquietud, cesando de llamar por un momento.

Aplicó el oido á la cerradura.

—Cuando os digo que no os oye señor! murmuró dolorosamente Pedro. Creedme, es trabajo perdido; llamad aun mas fuerte y hasta el fin del mundo, que nuestro enfermo no se moverá!

—Diablo! diablo! prosiguió M. Steele poniéndose mas inquieto: con tal que no haya

sucedido alguna desgracia!... Este es admirable! debiera reconocer mi voz!..

Entonces, lleno de turbacion y ansiedad, gritó con voz asustada y suplicante:

—Philipps abrid, yo os lo ruego!.. Si me conservais algo de amistad, no me dejeis en esta mortal angustia...

M. Steele acababa apenas de decir esto, cuando se oyó el ruido de una silla que cayó. Casi al momento percibió al través de la puerta, una voz débil y penetrante que parecia querer responder á la suya.

—Ah! qué dicha! por fin oye! dijo Pedro estregándose las manos.

—Os lo ruego, mi querido cólega, abridme repuso Steele. No tengo que deciros mas que una palabra. No os incomodaré mucho rato.

El cerrojo rechinó; la llave giró en lacerradura.

—Vive Dios, que ya abre! dijo Pedro con una especie de admiracion.

En efecto, la puerta del gabinete se abrió, y M. Philipps apareció en su dintel con la cara pálida y trastornada. Cogió sin decir

una sola palabra, la mano de M. Steele y le introdujo hácia el interior del gabinete cuya puerta cerró casi inmediatamente, dándole en las narices al pobre Pedro que estaba asustado. Una profunda noche reinaba en el cuarto de M. Philipps, los postigos permanecian completamente cerrados.

—Que diantre! Teneis esto oscuro como si fuera de noche! dijo M. Steel con sorpresa, dándose un golpe en la rodilla con el ángulo de un mueble que no podia distinguir. Al propio tiempo asió mas fuerte la mano de Mr. Philipps, por el temor de que no se le escapase.

M. Philipps no habia aun dicho una sola palabra:

—Ea, cólega, dijo M. Steele, no nos van á traer una luz?

—No, respondió M. Philipps con voz hueca.

—Y por qué razon, mi querido amigo, estais en las tinieblas como una lechuza?

—Por no ver á los hombres! repuso tristemente el juez.

—Por vida mia que la idea es singular.

Pues á quien aborreceis, mi querido Philipps?

—A todo el mundo.

—Escepto á mí, no es verdad?

—A vos, como á todos los demas! replicó lánguidamente M. Philipps.

—Oh! no! dijo para sí M. Steele, indudablemente mi pobre amigo se ha vuelto loco!...

Hubo algunos momentos de silencio.

Los dos magistrados acababan de sentarse el uno al lado del otro en un canapé; sus manos no se habian aun soltado.

—Amigo mio, dijo Steele con un acento afectuoso, quisiera veros bien; dicen, que no habeis comido hace tres dias, y eso sin estar enfermo... ya veis que no es razonable! debeis estar terriblemente cambiado, desconocido.

—Mi querido Eduardo, dijo Philipps dando un profundo suspiro; ah! si supiéseis cuanto sufro!...

—En ese caso, amigo mio, por qué esa culpable porfía? Por qué obstinaros en no

recibir en vuestro cuarto á los amigos de la facultad?

M. Phipps no dió otra respuesta que un suspiro; solamente apretó con mas violencia y energía la mano de su amigo.

—Si, Philipps, continuó M. Steele con voz conmovida; por qué razon no consentis en dejaros visitar, puesto que estais enfermo? Me parece que haceis muy mal en no escuchar á los facultativos.

—Eduardo, respondió M. Philipps con un doloroso acento, no es el cuerpo el que padece, es el alma!... y el socorro de los médicos seria mútil!...

=Pues bien! os lo suplico, Philipps, en nombre de la amistad; contadme vuestros disgustos...

—No, Steele, vos no podriais comprenderme: teneis el alma mas serena que la mia!... no teneis conocimiento de ninguna de esas debilidades del corazon... y me despreciariais!

—Philipps, qué lenguage! respondió Steele con un acento de tierna reprension. No somos dos buenos amigos, dos compañeros de colegio?

—Sí, sí, querido Eduardo! dijo acaloradamente M. Philipps: vos solo sois quien me amal....

A medida que M. Philipps hablaba, su voz, poco antes áspera y amarga, parecia endulzarse y llenarse de lágrimas.

La conversacion de los dos amigos permaneció algunos momentos interrumpida.

Finalmente, M. Steele, animado por las últimas palabras de su cólega, redobló las instancias y le obligó á esplicarse sin demora.

M. Philipps se levantó del canapé y cogió de encima de la mesa una redomita con fósforos; encendió una bugía, y volviéndose á sentar al lado de M. Steele, le dijo moviendo la cabeza con desesperacion:

—Amigo mio, me creis demente, no es verdad? Os doy lastima?

M. Steele no dió respuesta alguna; pero sin apartar su vista de la cara de M. Philipps, suspiró profundamente: su pobre amigo estaba desconocido!.... Los ojos hundidos, las megillas pálidas y secas: tenia

una espresion de abatimiento indefinible.

—Dios mio! Dios mio! dijo M. Steele á media voz. En tres dias semejante cambio! es posible!....

Dos gruesas lágrimas asomaron sobre sus párpados.

M. Philipps pareció un instante coordinar sus ideas; despues, con una voz grave que por momentos se volvia dulce, dijo:

—Eduardo, habia jurado morir sin revelar á nadie mis penas..... Pero no, no tengo ya fuerza para callarme..... el corazon se me salta..... vais á saberlo todo!....

Esta introduccion era solemne: M. Steele tembló. Pero habia en la fisonomía de M. Philipps algo de estraviado, asi que su amigo se convenció mas que nunca de que el desgraciado estaba loco.

—Vos sabeis, prosiguió M. Philipps, en otro tiempo cuánto horror tenia al matrimonio; pensaba como vos, Eduardo..... y habia jurado varias veces no ligar jamás mi suerte á la de una muger.....

—Es verdad, me acuerdo Philipps; el ma-

trimonio tenia en vos un enemigo declarado, y mi sorpresa no fué poca cuando supe que érais el esposo de una jóven y adorable muger. Hicísteis las cosas á la sordina; sin advertirme, sin dirigirme un billete de aviso... tenias razon para ello, pues vive Dios que ya sabíais no os hubiera dejado pronunciar el eterno sí; hubiera venido en posta de Dublin, y...

—Y me hubiérais evitado el completar mi desgracia; interrumpió vivamente Mr. Philipps, con los ojos centellantes. ¡Eduardo, Eduardo! ¿por qué el cielo ha permitido que no estuviéseis á mi lado cuando tuve la locura de pensar en este casamiento?...

—¿Qué, Philipps, qué quereis decir? preguntó Mr. Steele, petrificado de sorpresa. Yo habia creido hasta ahora que este matrimonio era un casamiento por amor, que érais el mas dichoso de los hombres, que Amelia no tenia igual en candor y virtud entre todas las demás criaturas de su sexo...

—Yo tambien lo creia, repitió Mr. Philipps con un tono sombrío. ¡Qué ceguedad, qué delirio! ¡cómo me ha engañado!...

=¿Amelia engañaros? no, es posible! Vamos Philipps, os ruego, hablemos sériamente... Me habeis dicho siempre que Amelia era un ángel, y yo decia lo mismo... ¿entonces de qué os quejais? teneis por esposa una persona buena y honrada que es tan virtuosa como bella...

—Tan perversa como bella; replicó Philipps con una sonrisa llena de amargura.

—Vamos, estoy admirado; ¡Amelia que es tan encantadora! ella que me habia casi reconciliado con el matrimonio!

—Vos no la conoceis, Eduardo. Esa muger con la sonrisa de ángel, tiene el infierno en el corazon. ¡Oh! ¡la desgraciada! ¿quién hubiera creido eso, jamás?

Esto diciendo Mr. Philipps ocultaba el rostro entre sus manos y suspiraba.

Mr. Steele no sabia qué pensar; hasta entonces no habia oido jamás á su amigo quejarse tan cruelmente de Amelia; sin duda que Mr. Philipps la trataba con cierta adustéz, pero sin articular jamás una acusacion formal y positiva; sus quejas eran vagas, incoherentes, como las de un hombre loco.

Ahora por primera vez daba á entender á Mr. Steele, que Amelia era la causa de todos sus disgustos.

Despues de algunos minutos de silencio, Mr. Steele, persuadido de que todo el rencor de su amigo contra Amelia no tenia fundamento, probó impulsado por un sentimiento de justicia que le honraba, el disculpar á la pobre muger tan inhumanamente condenada.

—Philipps, dijo con dulzura; vamos, serenaos... Reflexionad un poco... Es imposible que tengais por qué quejaros de Amelia: el sufrimiento físico es el que os exaspera, y acusais á todo el mundo sin motivo, á Amelia como todos los demás... en fin, como á mí mismo me habeis acusado no ha mucho...

Mr. Philipps levantó la cabeza, y pasó una mano por su frente.

—Amigo mio, prosiguió con voz quejumbrosa: hubiera hecho quizá mucho mejor en no deciros nada, y llevar hasta el estremo, silenciosamente y sin quejarme, el peso de mi dolor... Pero puesto que ya he comen-

zado esta horrible confianza quiero acabar.

—Todo el mundo se imagina que he perdido la cabeza, que soy un pobre hombre bueno para llevarle á Bedlam. Quizá es cierto; pues algunos momentos siento una especie de torbellino en mi cerebro, mis ideas se confunden y embrollan.... mi imaginacion se estravía y exalta... Entonces, efectivamente me siento enloquecer; quiero en vano rehacer los últimos vestigios de mi razon; pero se escapan insensiblemente..

Sus ojos brillaban con un rayo opaco y siniestro; sus puños se contraian, movimientos convulsivos agitaban su cuerpo.

—Calmaos, mi querido Philipps; dijo Mr. Steele asustado. Hablemos como verdaderos amigos dulcemente, con fraternal sencilléz... ¿Por qué os agitais? hé aquí lo que os pone malo... Modereos un poco por favor, ó de lo contrario no os curareis jamás.

—No, jamás, Eduardo jamás; respondió Mr. Philipps con un acento desesperado La herida es demasiado profunda y está muy emponzoñada... es mortal; lo restante de mi vida pasará en la amargura y el llanto...

¡Oh! ¡cuán desgraciado soy, cuán infeliz. No haber amado ni amar mas que á ella en el mundo... amarla con delirio, con furor, en fin, amarla lo suficiente para sacrificarle mi sangre, mi alma, mi honor y mi dignidad de hombre... Sí, mi honor; continuó con mas vehemencia: pues no sé superarme este amor me ha hecho olvidar mis deberes, los mas sagrados empeños de la conciencia. ¡Ay Dios mio! desde que amo á esa muger que me dá tortura al corazon, no soy ya un hombre... mi inteligencia ya no trabaja... Magistrado soy, y descuido mi obligacion; engaño á la sociedad que cuenta conmigo para defenderla, y reanimo al crímen no persiguiéndole con encarnizamiento. No, al presente nada me puede inmutar... Es en vano que el asesinato y el robo se multipliquen cada dia en Lòndres... no siento nada de furor contra los culpables... No pienso mas que en mi amor, no sueño sino con esa miserable muger...

—Pobre Philipps, me desesperais! dijo Mr. Steele derramando lágrimas de ternura. ¡Es posible, que un hombre grave y

respetable, un hombre de vuestro carácter olvide hasta este punto lo que debe á las conveniencias, lo que se debe á si mismo?.... Hablais de vuestro amor en términos que me asustan..... Un jóven calavera de veinte años no se espresaría de semejante manera..... Ah! si convengo en que vuestra esposa es hechicera, merece muy bien el amor de un galante; pero en todas las cosas hay sus estremos: hay, como dijo Horacio, justos límites que es indispensable no atravesar jamás. Ahora permitidme os recuerde que habeis hollado terriblemente esos límites. Amad á vuestra esposa, está bien; pero no lo olvideis todo por ella. Al presente no abris ni un libro, el trabajo os parece odioso, no me admiro de que ese amor haya tomado sobre vos un imperio tal. Sin ser filósofo podria muy bien deciros lo que pasa en vos..... Amelia es demasiado hermosa y seductora: hé aqui, querido mio, el solo defecto que le hallo. He leido no ha mucho, no se en qué libro antiguo; que los hombres de estudio, para consagrar

á sus trabajos toda la actividad de su intelijencia, no deben casarse sino con mujeres medianamente hermosas.... y por vida mia conozco que tiene razon el libro. Vos, querido amigo, no sois el mismo desde que os casásteis: antes los dias os parecian muy cortos para trabajar, y pasábais casi todas las noches sobre los libros, al lado de vuestro quinqué. Eso era sin duda muy fatigoso, mi querido Philipps, y mas de una vez yo que os amo como un hermano, os he aconsejado fuéseis un poco m nos laborioso..... Pero, ay! continuó meneando la cabeza con tristeza, cuanto mas preferibles eran esas fatigas de la imajinacion, que.....

De repente se oyó un grito penetrante á alguna distancia: M. Steele calló, temblando.

—Es ella! dijo M. Philipps levantándose. Sí, he reconocido su voz...

Y se precipitó hácia la puerta que abrió con violencia.

—Amigo mio, por favor, corred un poco menos aprisa... dijo M. Steele que no podia

comprender la agitacion convulsiva de M. Philipps.

Pero este último ya habia atravesado un vasto salon que conducia al cuarto de Amelia. M. Steele apenas podia seguirle continuando en gritar:

—Amigo, en nombre del cielo, tranquilizaos!...

La puerta del cuarto de Amelia estaba abierta: M. Philipps entró todo asustado..... halló á Amelia tendida en el suelo desmayada.

X.

Los antropófagos.

Antes de relatar la escena terrible que habia ocasionado el desmayo de Amelia, son necesarios algunos detalles sobre Roberto Fox, para esplicar su evasion de Botany-Bay. Este jóven, de pasiones ardientes é

impetuosas, habia salido de Inglaterra en un bajel del Estado que debia transportarle á la Nueva-Galles con otros desterrados. Fox premeditaba una venganza: varias veces habia estado á punto de echarse al mar para acabar con la vida y la desgracia. Pero en el momento de ejecutar su funesto designio un pensamiento acre, una especie de trastorno feróz le habia casi siempre detenido; toda su desventura, toda su vergüenza la debia á ese inhumano magistrado que le habia arrestado y hecho condenar; por lo tanto queria vivir aun deshonrado, desterrado y miserable, para volver á ese hombre, tormento por tormento y oprobio por oprobio.

—Oh! pensaba con una sonrisa de condenado, cuando pueda tenerle entre mis manos, cara á cara, para cabar su corazon con mi puñal, y gritarle: Soy yo! yo que me vengo!

Decir todo lo que Roberto Fox sufrió en Sidney, en medio de los innobles compañeros de destierro, pintar su rabia, su desesperacion y sus lamentos, seria imposible.

Este jóven, acostumbrado al lujo, sediento de placeres, y que cada dia saboreaba los voluptuosos corrosivos de la disolucion y del juego: este jóven de costumbres elegantes, se veia forzado á trabajar desde la mañana hasta la noche, como un peon, á los devoradores rayos del sol de los trópicos. Cuantas veces sucumbiendo á la fatiga y al furor, cuantas veces estuvo á punto de arrojarse como un tigre sobre el primero que se le presentase. Su suplicio no hubiera tardado entonces mucho; bien pronto hubiera sido consumado por la cuerda de una horca. Para ejecutar esto Fox no necesitaba mas que un momento de valor; y la desgracia muchas veces se lo da al mas cobarde. Pero muerto él no quedaba nadie en el mundo para realizar su venganza, para arrastrar á Mr. Philipps de disgusto en disgusto hasta la tumba. Fox, no obstante de que maldecia la existencia, no queria despreciarla como un peso agoviador; preferia mas sudar, gemir y jadear de cansancio: vivió dos años enagenado en una idea horrible, amarga y dulce á la vez, llena de amor y de ódio, de lágri-

mas y de sangre. ¡Cosa estraña! Roberto Fox amaba mas que nunca á Amelia, esta pobre y crédula jóven á quien habia seducido y profanado, esta inocente y bella criatura que siempre habia mirado como un simple pasatiempo, como una flor que se huele para arrojarla despues al borde del camino... ¡Pues bien!... ahora la conservaba en su pensamiento con un amor frenético y violento, que ardia como fuego en sus venas y que hacia palpitar su corazon y herbir su cerebro.

Lo que hubiera debido atenuar la pasion de Roberto, era la ausencia, el alejamiento y el dolor físico: estas tres cosas que estinguen el amor en el corazon del hombre, habian por el contrario exaltado y llevado hasta el delirio el alma ulcerada del infeliz desterrado. Jamás le pareció Amelia mas radiante y hermosa: cada noche, en sus sueños de fuego lo veia alternativamente, sonriendo y bañada en lágrimas; la llevaba en sus brazos; queria huir con tan preciosa carga.... Pero ella, tendiendo sus manos suplicantes, blancas y finas, le rogaba con lágri-

mas tuviese piedad, y no la deshonrase.... y el ardiente jóven se resistia, dando gritos sordos y penetrantes, sobre el rudo lecho en que se acostaba rendido de cansancio. Entretanto Roberto Fox no le ocupaba mas que un proyecto, un deseo: huir y ganar el interior de la ista. Habia sonsacado varias veces con destreza á muchos naturales del pais que tenian relaciones con la colonia inglesa; sabia, pues, que si llegaba hasta las impracticables montañas que se estienden como una barrera á algunas leguas de Sidney, escaparia fácilmente de las persecuciones. Sin duda que semejante evasion era peligrosa: el fugitivo se esponia á morir de hambre en las montañas, ó á caer en manos de los pueblos bárbaros que le harian perecer en medio de los mas atroces suplicios. Pero no importa; Fox estaba resuelto á todo, por escaparse, y volver á ver á Amelia!....

Una vez que hubieran perdido su huella, tenia la certeza de poder ganar el litoral y embarcarse furtivamente en el primer navio que se hiciese á la vela.

Hacia dos años que Fox estaba desterrado, cuando una noche, despues de haber trabajado en la limpia del puerto, se acurrucó debajo de unos grandes montones de madera destinados á la construccion de buques, la noche era oscura, enormes nubes negras cubrian toda la atmósfera. Por una estraña casualidad, no se apercibieron al pronto de la desaparicion de Fox. Permaneció bastantes horas allí oculto. En fin, cuando conoció que nadie podia verle, salió con precaucion de su escondite, escapó de la poblacion por los caminos estraviados y desiertos, y salió hasta el campo. Anduvo sin pararse un momento hasta la mañana: á los primeros resplandores del alba, rendido de cansancio, se vió precisado á sentarse un rato para reparar sus fuerzas. Muy pronto, creyendo oir á lo lejos gritos y ladridos, tuvo miedo de que no hubiesen descubierto su camino, y se puso á correr con la rapidéz de un caballo á galope, jadeando, cubierto de polvo y sudor. Corrió así bastantes horas sin descansar un solo momento, y llegó á las montañas Bleues. Se

introdujo en una garganta casi inaccesible; y trepando las mas escarpadas y salvages pendientes, atravesó aquella larga cordillera de montes intransitables, donde el hombre apenas halla con qué alimentarse. Entonces fué solamente cuando Roberto se creyó al abrigo de toda persecucion, por lo que pudo moderar su carrera, y gozar el interior de las tierras no sin riesgo muchas veces de ser pasto de las fieras, las que espantaba por la noche con grande trabajo, encendiendo hogueras con los arbustos.

Roberto sabia poco mas ó menos qué direccion debia tomar en su aventurada huida: habia por mucho tiempo estudiado en secreto la topografía de las comarcas incultas é inhospitalarias que debia recorrer. Así llegó despues de muchas fatigas hasta una especie de villorro, habitado por tribus de negros, que viven en un estado de profunda barbarie. Aquellos salvajes, que se parecen bastante en la forma á los Orangs-outangs, son horribles; se dice que comen algunas veces carne humana, y que devoran á todos los europeos que caen entre sus

manos. Pero Roberto Fox contaba con su perspicacia y valor; estaba casi seguro de escapar á los golpes de aquellas hordas sanguinarias, cuyas costumbres conocia muy bien. Por otra parte, esperaba encontrar, en medio de los indígenas, un compatriota, algun inglés, condenado como él á la deportacion y que se hubiese escapado.

En efecto no se habia engañado; encontró á un antiguo compañero de destierro, que le libró de ser devorado por los naturales del pais. Para lo cual se vió obligado como su camarada á escoger una esposa entre las jóvenes de aquellas horribles tribus, y vino casi á volverse salvage como ellos; se untó el pelo y el cuerpo con aceite de pescado, para defenderse de los mosquitos, pintóse la cara de blanco y encarnado, se emborronéó de negro el pecho y las piernas; y para darse un conjunto de los mas distinguidos, se adornó la cabeza con concha y espinas de pescados, huesos, plumas de pájaros y dientes yeolas de perros. Los gefes de aquella turba quieren agujerearle la ternilla de la nariz para pasarle una larga espina en

forma de gancho; pero Roberto, que no codiciaba semejante adorno, empleó toda su diplomácia, toda su maña para evitar tan desagradable operacion. Su compatriota habia sido menos afortunado; el pobre diablo tenia la nariz atravesada por un diente de Hanguroo, los muslos y las piernas profundamente marcadas con fantásticos alegóricos, azules, amarillos y encarnados; tanto que se le hubiera tomado á alguna distancia por uno de esos muñecos pintorroteados que le dan á los niños.

Roberto Fox no era hombre que se contentase con semejante vida; queria aguardar que le hubiesen completamente olvidado en Port Jakson; y en cuanto encontrase una ocasion favorable esperaba escaparse, ganar la costa y volver á Europa. En medio de aquellos feroces insulares, Roberto no olvidó ni un solo momento sus proyectos de venganza; el recuerdo de Amelia cada vez mas vivo y mas tenáz, le perseguia sin cesar; hervia de impaciencia, de rabia y de amor. Mas para asegurar el éxito de sus proyectos, no quiso esponerse activándolos imprudente-

mente. Roberto Fox juzgó muy conveniente esparcir la noticia de su muerte, con el objeto de que al momento de embarcarse nadie pudiese conocerle.

Trascurrieron algunos meses. Gracias á las sutiles maquinaciones de Roberto Fox, todos sus compatriotas de Port-Jakson le juzgaban muerto y devorado por los antropófagos; hasta contaban sobre esta desgracia detalles que hacian estremecer; decian que el infeliz habia sido asado vivo y devorado en una funcion de los salvages. Bien pronto aquellas espantosas noticias fueron exageradas aun mas por el terror; y entonces fué cuando los periódicos de Lóndres refirieron la trágica historia que Amelia leyó un dia en presencia de su esposo.

Entretanto que estaban convencidos en Port-Jakson de que Roberto Fox no existia, este, que hacia mucho tiempo preparaba todos los medios de huida, logró pasar á un punto de la costa en donde habia muchos navíos anclados. Se embarcó bajo un nombre supuesto y volvió á Inglaterra.

XI.

Consecuencia de un delito.

Roberto Fox tan luego como llegó á Lóndres, encontró á Guillermo Brower, su compañero de depravacion.

Este último que hacia bastante tiempo conocia la audaz energia de Roberto, no

se admiró al verle; contóle lo que habia sucedido á Amelia; y Roberto, dándole las gracias con una sombría y fatal sonrisa, le dijo:

—Ahora, Guillermo, bien sabes lo que me resta hacer; cuento contigo...

Guillermo, que no tenia los grandes motivos que Roberto para ocultarse, espió escrupulosamente todos los pasos y acciones de Amelia; de modo que muy luego supo de una manera positiva que aquella tenia la costumbre de visitar una ó dos veces á la semana la quinta situada en el camino de Windsor. Roberto, fogoso é impaciente queria robar inmediatamente á Amelia y á su hija; pero, vencido por los consejos de Brower, conoció que no era aun ocasion oportuna para emplear la violencia y dar un estallido que podria perderle.

Recordará el lector la escena de la quinta; cuando Amelia, levantando repentinamente la cabeza, vió á Roberto Fox por una puerta entreabierta. La buena Megg habiendo oido ruido, se salió á dar un

vistazo por aquellos alrededores, mientras que Amelia, inquieta y trémula, permanecia al lado del lecho de su hija que estaba enferma.

Apenas Roberto Fox habia dado un paso en el cuarto que Amelia se desmayó.

Transcurrió un cuarto de hora en completa inaccion. Cuando la pobre muger volvió en sí, se hallaba en los brazos de un hombre que la sostenia temblando; y que volvia la cabeza para no ser conocido.

El cuarto no estaba mas que débilmente alumbrado por una lamparilla. La niña enferma dormia tranquilamente en una cuna. Megg, arrodillada se golpeaba el pecho y se deshacia en lágrimas.

—Señor, Dios mio! tened piedad de nosotros!...

Amelia, creyendo al pronto salir de un penoso sueño, miraba á derecha é izquierda con pavor; los cabellos se le habian soltado durante su desvanecimiento, y apartaba con la mano las largas trenzas que le ofuscaban la vista.

—En donde estoy? murmuró. Me hallo del todo en mi? estoy bien despierta?

Al propio tiempo se esforzaba por ver la cara de aquel hombre misterioso y taciturno que la tenia entre sus brazos; pero él, cuyo pecho se hallaba oprimido por violentos suspiros, permanecia invariable en la misma actitud y parecia aun quererse ocultar. Instantáneamente Amelia dirigió los ojos hácia un ángulo del cuarto sumido en la oscuridad, interrumpida tan solo por los vacilantes rellejos de la lámpara, y percibió, no sin terror, otro hombre inmovil y de pie, que la miraba con ojos fijos, como una estatua.

—Quién sois? esclamó con voz convulsa. Socorro...

Ninguna respuesta; el incógnito permanecia inmóvil en la misma postura.

Dispertáronse al momento en Amelia terribles recuerdos, fué presa de un terror inesplicables; quiso huir de los brazos que la cercaban y luchó para substraerse de aquella violencia.

—Guillermo, dijo, una voz sombria y trés-

mula, ayúdame, te lo ruego... Me la llevo!..

Amelia reconoció aquella voz: era la de Roberto Fox.

—Desgraciada! dijo con un acento lleno de espanto, El! siempre el, mi perseguidor!.

Se agitó aun y se resistió mas; rechazó con furia el pecho de fuego que la estrechaba, el corazon que sentia palpitar y latia contra el suyo; despues se agarró al esquinazo de una mesa; y gritó pidiendo socorro.

—Megg, mi buena Megg, á mi!...

Aquellos dolorosos clamores despertaron á los niños que se pusieron á dar gritos de miedo.

El ruido podia de un momento á otro llamar la atencion de la gente; y entonces Roberto Fox encallaba en su empresa; era arrestado, reconocido, y casi al momento vuelto á su destierro.

—Guillermo, dijo imperiosamente, resolucion en lo que se ha de hacer! Ayúdame, te lo suplico! Transportémosla al coche que nos aguarda...

—Estás loco! respondió una voz brusca y ofensiva. Eso es comprometerte: hagamos antes lo que te he dicho.

Pero Amelia, aterrorizada por este diálogo misterioso, redobló sus gritos y súplicas.

—Megg, que hasta entonces habia permanecido sobrecogida por el miedo y las amenazas, se levantó convulsivamente, y corrió hácia la puerta gritando:

—Al matador! al asesino!

Pero en el momento el hombre que subsistia inmóvil en el rincon oscuro del cuarto, se lanzó hácia Megg y la cogió por medio del cuerpo con un vigoroso brazo, mientras que con la otra mano le tapaba la boca para evitar que gritase. Aquel hombre era Guillermo Brower.

—Desgraciada! dijo con voz sorda y amenazadora; callaos! Ni una palabra ó sois muerta!...

—Amelia, dijo Roberto con una inflexion tierna y suplicante; perdonadme... nada temais.... os amo!... Pero silencio!...

Esto diciendo, dejó afectuosa y dulcemente sobre un canapé á la pobre jóven que estaba mas muerta que viva.

Los niños asustados continuaban aun dando penetrantes gritos; pero esto no era

de temer despertase al vencidario. Guillermo, que estaba dotado de una fuerza prodigiosa, logró poner un pañuelo en la boca de Megg; luego, atándola de pies y manos con dos servilletas que anudó fuertemente, la envolvió la cabeza con un grande chal, y la llevó sobre una cama á la pieza inmediata.

Amelia estaba tendida sobre el canapé; no tenia fuerza para pronunciar ni una palabra; pero sus manos juntas, tendidas hácia Roberto Fox, imploraban con mudo terror. Pálida, helada é inmóvil, parecia estar herida por un rayo en medio de su súplica.

—Amelia, dijo Roberto arrodillándose: oh, serénate!... yo te amo! no quiero hacerte mal... Encierra ódio mi corazon, pero mas amor!

Amelia le observaba con atencion admirada.

—Es él! murmuró con voz débil como un soplo. El que yo creia muerto!... O bien es un fantasma? un fantasma cruel y vengador que sale de la tumba para castigarme?...

—Sí, salgo de la tumba, Amelia! respon-

dió Fox con los ojos centellantes. Vengo para castigar... pero no es á tí á quien busca mi venganza!... Ya te lo he dicho, Amelia, te amo!

=Me ama! Dios qué oigo!...

—Entonces, querida Amelia, vuelve en tí... desecha esa turbacion... debes reconocerme...

—Oh! sí... Roberto... Roberto Fox!...

En este momento palideció aun mas, sus manos temblaban, y crujian sus dientes como si tuviera un grande frio.

=Por qué ese miedo, Amelia? prosiguió con voz dulce y profunda. Por qué esos ojos estraviados? es que te doy miedo?...

—Oh, sí! sí... dijo Amelia.

—Con que no me amas porque soy desgraciados? esclamó con dolorosa amargura.

—Desgraciado? dijo ella; oh! no, mas bien culpable!... Roberto, dejadme.... todo lo sé! no amo al que me desprecia!..

Roberto tembló; una lúnebre sonrisa brilló en su contraida fisonomía.

—Ah! tú me desprecias, Amelia? no es eso lo que quieres decirme?

Amelia, por toda respuesta, bajóla cabeza.

—Responde pronto! esclamó con voz agitada. Que sepa ahora mismo á qué atenerme!... Si no existe en tí nada de amor, si no me reservas mas que desprecio, en ese caso no aguardaré un momento, no procuraré convencerte... no te hablaré de nuestro amor, de esa niña...

Amelia dió un grito.

—No, continuó con exaltada vehemencia; no quiero piedad, quiero amor!... Prefiero aun mas el desprecio y el ódio! Pero te digo que nada de piedad!... Eres mia, me perteneces... No te reprocharé ese casamiento... En ello no has hecho mas que obedecerme!.. Sí, sí, has dado tu corazon y tu mano al mas vil de los hombres, á mi mortal enemigo! Oh, gracias! .. Puesto que no quieres amarme, tiembla de mi venganza!...

—Roberto, en nombre del cielo!...

—No inveques el cielo, Amelia... no le debemos mas que el dolor!... Si quieres desarmarme, invoca antes los recuerdos de nuestro amor...

—Roberto, si teneis un corazon, por piedad, yo os lo ruego, no nos acordemos mas de lo pasado!... jamás hablemos de ello!... Ay! yo tambien he sufrido mucho... He sido bien culpable... pero nada os hecho en cara, mis sufrimientos, ni mi crímen... Dios es testigo que no os ódio, y que bien á menudo he llorado por vos!. . Pero en fin, decid, por qué volver á perseguirme! Todo lo que os ruego es que me olvideis...

—Olvidaros? esclamó Roberto con una acre sonrisa. Os chanceais, Amelia? Olvidadaros?... pero vos no sabeis que en el transcurso de tres años, en medio de los tormentos, de la desesperacion y de la rabia, no he vivido una hora, un momento, sin soñar en vos!... sin abrazaros, hermosa y encantadora en el interior de mi corazon?... Olvidaros! olvidaros decís!... No, no; me acuerdo, Amelia! me acuerdo... y vengo...

—Roberto, dijo con un acento rasgador, hasta ahora, no obstante todas vuestras culpas, no obstante los criminales estravios de vuestra juventud, os juzgaba generoso... pero no lo sois!

—Qué quereis?

—Me comprendeis, Roberto; bien sabeis que de toda mi desgracia, de todas mis faltas vos sois la causa... Los últimos momentos de mi anciano padre, los he emponzoñado de amargura... y todo por vos, ingrato! Al presente me reprochais ese casamiento como un crimen, despues de ser vos quien me suplicó le efectuase!... Qué hubiera sido de mi, sola en el mundo, sin apoyo, deshonrada á mis propios ojos?... Ah! en lugar de acusarme tan cruelmente, debiérais compadecerme... He contraido esta union sin amor, únicamente por deber, por obedecer á la voluntad paternal... Si me hubiera sido posible elegir entre el matrimonio y la tumba, creeis que no hubiera preferido antes cien veces morir?... Ah! desde el dia fatal que he unido mi suerte á la de ese hombre, cuánto tormento! Qué vida tan horrorosa, cuántas lágrimas, inquietudes y remordimientos!.. En fin, he engañado á ese hombre indignamente. Me ha juzgado casta y pura; y me he unido á él, criminal y deshonrada!.. Dios mio! Dios mio! continuó

cruzando las manos, si llegase á saber lo pasado, si supiese que aun en el dia de hoy, en este momento, Roberto Fox...

—Lo sabrá, te lo juro! interrumpió Roberto con una estraña espresion llena de sarcasmo y de triunfo. Pero aun no es hora...

—Cómo, Roberto! quereis venderme? quereis ser causa de mi perdicion?

—No, hermosa Amelia; respondió cogiéndole una mano entre las suyas con ardiente efusion. No vengo á tu lado como un enemigo, sino como el mas tierno de los amantes, de los esposos...

Amelia retiró con susto su mano de entre las de Roberto.

—Amelia, te ruego que me escuches y no tiembles, vuelvo á encontrarte, cuánta dicha! eres tan jóven, tan bella, tan radiante!... te amo... me parece que jamás te he amado tanto!.. Créeme, es una lava ardiente que hierve en mi corazon! es fuego que circula en mis venas! Tú eras la única muger que me hahecho conocer todo el éxtasis toda la voluptuosidad del amor!.. mi imaginacion toda, mis sueños de fuego no con-

cibeu una criatura tan encantadora como tú!... Tengo formado mi proyecto, mas tarde lo sabrás... no quiero asustarte... Pero oye, he hecho un juramento, un juramento terrible y sagrado que nadie en el mundo me impedirá cumplir!... Quedaré vengado! y tú serás mia!...

—Desgraciado, estais loco! cómo puedo ser vuestra, cuando no soy ni aun de mi misma?... Olvidais acaso que estoy casada?

—Tú eres quien lo olvidas, Amelia! Tu esposo, soy yo, el padre de esa niña!...

Y Roberto Fox estendia hácia la cuna una mano convulsa.

Amelia permanecia pálida y muda.

—Hé aquí mis condiciones, Amelia; quiero que sean rigurosamente observadas; una sola infraccion, una sola hasta... entonces tendrás por qué arrepentirte! No amo la vida mas que por ti!... Si eres inflexible, si he de renunciar á poseerte, oh! entonces tendré suficiente valor para hundirme un puñal en el fondo del corazon, y todo habrá concluido! Pero antes de morir, mi venganza será terrible! Amelia, es-

cuche lo que exijo: tú continuarás viviendo como hasta ahora en esta quinta; aquí nos veremos. Esta muger si la pagamos bien, guardará silencio, y no correrás el menor riesgo. Si yo fuera violento y brutal, como tantas veces me has dicho, no tendria mas que decirte lo de no ha mucho, en este momento: eres mi esposa, me perteneces; he cometido un crimen, pero por tí; pedí al juego la fortuna para dártela: te queria rica; y la sed del oro me ha hecho asesino... Todo esto te lo repito, es por tí, solo por tí... Pues bien! te quiero y vendrás conmigo!

Amelia temblaba.

—Sí, hermosa mia, todo esto es lo que pudiera decirte: pero Dios me libre! Al presente soy mas sensato; no escucho al ódio, ni á mis deseos... Prefiero mucho mas aguardar, y deberlo todo á tu amor... Sí, querida Amelia, muy en breve podrás conocerme... Comprenderás entonces cuánto te amo! y no te daré horror! no es verdad? Con que así, quedamos convenidos: te veré en esta quinta, al lado de nuestra hija!

Amelia le miraba con aire de estupidéz y miedo.

=Roberto, qué exijís de mi? eso es imposible!..

—Imposible! por qué?

—Mi esposo es desconfiado, receloso... quizás tiene ya algunas sospechas: espia todos mis pasos... Y si algun dia me siguiese...

—Justamente eso es lo que deseo! repuso Roberto con voz sombría y meneando la cabeza. Que venga! que venga aquí ese querido M. Philipps; y seré el mas feliz de los hombres! Deseo vivamente renovar su amistad.

Amelia parecia estar violentamente agitada.

De repente el ruido de un coche se percibió en el camino.

Amelia temblaba como el azogue.

—Por lo mas sagrado de este mundo, dejadme partir!... dijo dirigiéndose hácia la puerta.

—Partir? por qué! tan pronto!

—Ese coche... tiemblo!.. me parece que

acababa de pararse á la puerta... Dios! si fuese...

—Tranquilízate, Amelia; ese coche es el tuyo; viene á buscarte. Nosotros somos quien le dirigimos, y Guillermo es quien le trae.

Al propio tiempo Fox la ayudó á envolverse en su capa de pieles; despues, llevándola dulcemente hácia la puerta, le dijo:

—No tengas cuidado alguno, los mas tiernos desvelos serán prodigados á tu hija..... Megg nos será fiel; mi amigo Guillermo, á quien ya debes conocer, es un buen hombre, con el cual podemos contar en todas circunstancias. Ven, iremos juntos una parte del camino, y te diré aun cosas que te obligarán á reflexionar y entrar en razon.

Amelia, casi loca de terror, pidió en vano á Roberto que no la acompañase fuera de la quinta; pero él quiso absolutamente subir al coche; Guillermo, que desempeñaba las veces del cochero, embriagado aun y durmiendo en la taberna, trepó á su asiento, y salió á galope.

Mientras que Fox esplanaba á los ojos de

Amelia una parte de sus proyectos, Guillermo Brower, aflojando un poco las ligaduras que apretaban á la pobre Megg, habia empleado todo su tesoro de elocuencia y astucia para convencer á la buena y crédula nodriza, á quien habia sabido alucinar con su interés.

XII.

Un vol de ponche.

Roberto Fox habia tomado infinidad de precauciones para no poder ser descubierto por la policía; cambiaba continuamente de trage y habitacion: tan pronto era moreno como rubio ó encarnado, alternativamente

se transformaba en caballero, artesano, y marino.

Guillermo Brower era casi la única, persona con quien comunmente se trataba. Durante la ausencia de Roberto, Guillermo habia adquirido muchísimo dinero por una multitud de medios mas ó menos lejítimos; y como hacia mucho tiempo los dos amigos tenian fondo comun; Fox podia sacar á manos llenas del cofre de su camarada, quien tenia todos los defectos, todas las mas perversas cualidades, escepto la avaricia.

Quince dias transcurrieron desde la aparicion de Fox en la quinta: iba de vez en cuando con la esperanza de ver á Amelia; pero ésta, no obstante su formal promesa, no volvió mas, ni para visitar á su hija que no se hallaba aun del todo restablecida.

A la infeliz le faltaba el reposo; una horrible fatalidad la amenazaba; un demonio se habia como interpuesto á sus pasos.

Entretanto, Roberto Fox era presa de una especie de frenesí; su alma hervia, agitada de venganza y de amor. El fugitivo de Port-

Jakson, que podia ser reconocido á c instante, y preso por la policía, habitaba para ocultarse mejor, una especie de cama ranchon, y sin trabajo.

Trasladémosnos á este miserable cuartucho, triste y negro, abohardillado, y casi sin ladrillos. Un cabo de vela encajado en el cuello de una botella, alumbraba aquel zaquizamí, cuyas paredes estaban cubiertas de telarañas, que colgaban como andrajos. Un catre viejo, dos sillas medio rotas, y finalmente una mesa raida y coja: hé aquí todo el mueblaje de la habitacion.

El aire era frio, caia una lluvia menuda; la niebla densa, el cierzo soplaba por las rendijas del derruido techo y por la mal encajada ventana. Por lo demas, ardia en la chimenea un buen fuego de carbon de piedra, en el cual hubiera podido asarse un buey, mientras que á cinco ó seis pasos hacia un frio glacial. Un vol de ponche hervia sobre la mesa, en una grande fuente mellada por los bordes, y recompuesta cinco ó seis veces con alambre; Roberto Fox estaba sentado cerca de ella: llevaba un pantalon de tercio-

pelo, remendado por las rodillas, una blusa de tela rota por los codos, una enorme corbata encarnada que subia hasta la boca, mas bien para disfráz, que por abrigo; sus grandes bigotes negros eran postizos.

Paseábase de arriba á bajo con sombría agitacion; y de vez en cuando, se paraba delante de la mesa para agitar el ponche, cuya llama azulada subia casi hasta el techo. Despues, llenando apresuradamente muchos vasos que allí tenia, bebió uno tras otro.

—Oh, qué vida! murmuraba; esto no puede durar!... Amelia me desprecia... me ódia! Oh! si me dejára llevar de mi furor...

Y seguia paseándose convulsivamente.

=Si no amase á esa muger!... pero es un amor fatal, es un delirio!... no puedo vivir sin ella... Sí, esto es hecho, estoy decidido: no aguardaré á la suerte... Si Brower me ayuda, mañana habré concluido mi venganza... Amelia será mia!

Guardó un momento de silencio, y continuó su paseo con aire triste y pensativo.

=Pero, como tarda ese Brower! Quizá no se atreva á entrar aquí porque le acechan... Oh rabia! pensar que me veo obligado á vegetar aun en este desvan, á vivir como un infeliz... cuando podria ser ya rico, dichoso, envidiado!.. pero soy un loco en esperar... mi resolucion es decisiva! mañana quedará todo hecho!

Bebia todavía muchos vasos de ponche, exaltándose mas y mas.

Era ya alta noche, y Fox, mareado, por sus copiosas libaciones, se dejó caer en una silla como sin sentido. Pero casi en el momento levantó la cabeza; un ruido acababa de oirse en la puerta; parecia que alguien llamaba.

—Quién va? preguntó con voz brusca.

Y los golpes redoblaban.

—Tomemos nuestras medidas, murmuró.

Y despues abriendo apresuradamente una vieja maleta, cogió un puñal de mango de bronce cincelado, y le ocultó bajo su blusa.

Entretanto continuaban llamando.

—Qué diantre! hablad pues! Quién sois?

Y abriendo la puerta reconoció á Brower.

—Voto al diablo! estás loco Roberto, para dejarme tanto rato en la puerta? dijo Guillermo con bastante mal humor.

—Pero por qué no responde Brower?

—Está visto que eres sordo: pues qué, no me has oido amigo mio? Ya hace una hora que estoy llamando. Querias que me desgañitase en el corredor, y entablase contigo un diálogo á través de la puerta?...

—Vamos, no te enfades Guillermo, y siéntate. Pardiéz! te aguardaba con impaciencia!

—No conoces jóven calavera que tu conducta no es razonable? bien sabes que si no he venido antes, es porque no he podido hacerlo sin peligro! En todas las esquinas de la calle, hay agentes de policía que rondan, y que me parece están acechando...

—No es á mi á quien espian Brower, no, es imposible! me han perdido la pista. Hace seis dias enteros que no he salido de este camaranchon y creo haber burlado todas sus pesquisas.

—Dios lo quiera, mi querido Fox! nunca

estoy muy confiado, ni por tí, ni por mí: seguro de que hay pájaros que te han conocido, algun maldito camarada de Botany-Bay que sin duda ha cumplido el tiempo, y querrá captarse la policía siendo su espía. Además es culpa tuya;no has querido creerme: al llegar á Lóndres, no te has querido disfrazar, y has tenido el aplomo de irte á la ópera... por vida mia que eres incorregible!

—Vamos Brower, no prediques... no es ese tu papel; además ya veis soy bastante desgraciado! no aumentes mi suplicio... Oh! Brower, Brower! continuó con aire sombrio y dolorosos; si supieras, tengo el infierno en el corazon.

—El infierno? bah! querrás decir el amor, mi pobre Fox: que es todo uno! Vive Dios, que no eres el mismo hombre... no he visto jamás semejante metamórfosis: con tus suspirazos de pastorcillo amoroso, te conviertes en un cupido... verdaderamente me das lástima.

—Si, debo dártela, Guillermo, dijo Roberto con amargura. Debo darte lástima... por-

que sufro mucho!... mira, si fuese un hombre cápaz de reflexionar mi posicion, me saltaria la tapa de los sesos!

—Perfectamente! hé aquí un magnífico espediente!

Y Guillermo se encogió de hombros con desprecio.

—No es estúpido, un calabera que vuelve de Botany-Bay, continuó juntando las manos, y que ha visto á los antropófagos... llegar su necedad hasta morir de amor... valia cien veces mas dejarte comer por los salvajes, ó quedarte con ellos desnudo, pintado de pies á cabeza, de azul, encarnado y amarillo, con un anillo pasado por las narices: esto hubiera sido menos aflictivo y mas original. Pero marchitarse, enflaquecer como el loco de D. Quijote, á los pies de una bella y coqueta dulcinea que se burla de tí, á quien horrorizas.

—Oh! Brower no hab'es asi esclamó Roberto con aire amenazador. Porque me pondrias furioso! Detestaria á esa muger á quien amo con delirio!... y entonces,

no sé hasta donde llegaria mi venganza!

—Bah! bah! tu venganza con madama Philipps, se quedará siempre á una distancia respetuosa; una palabra, un gesto de la hermosa te paraliza. Deja, deja pues, de hacerte el valiente.... porque delante de ella tiemblas como un niño! Dime, crees tu que ese es el modo de que nos aman las mugeres? No, no amigo mio, asi no se consigue otra cosa que ser su ludibrio y su juguete.

—Oh! si tal supiera!... murmuró Fox.

—Qué diantre! Pobre Roberto, ya debieras á tu edad tener esperiencia! Un calabera de tu especie! que ha arrojado el oro y el dinero por las ventanas, que ha tenido una vida desenfrenada! Un voluptuoso que ha gustado y saboreado, uno tras otro todos cuantos placeres hay en el mundo!... Mejor seria por vida mia, tener una lista de queridas como el señor D. Juan! Mejor seria probar alternativamente, con éxito igual morenas y rubias, color de castaña y rojas! Y ahora vienes como un estudiante en vacaciones, á gozar y florequear delante de esa mugercilla que tienes en tu mano, y que podrias aplastar como un gusano!

—Yo! yo hacerle mal! Oh! no, bastante le he hecho ya! No quiero ser su verdugo, ni su perseguidor.

—Bellas frases de novela pero muy ridículas! replicó Brower riendo á carcajadas; agitan mi corazon como el balance de un buque.... afortúnadamente tienes ponche.

—Y esto diciendo, echó todo el rom que quedaba en el vol que acababa de pagarse; meneó y remeneó con una cuchara rota, el ardiente licor que se elevaba en llamaradas; y despues sentándose á orcajadas sobre una silla, con las manos apoyadas en el respaldo, estendió uno tras otro sus pies húmedos, hácia el fuego de carbon de piedra. De minuto en minuto, se bebia un gran vaso de ponche, que engullia de un solo trago.

Durante este tiempo, Roberto se paseaba sombrio y taciturno; los dos amigos callaron: parecia estaban enfadados.

Finalmente, Roberto Fox rompió el silencio:

—Dime Guillermo, eres mi amigo?

—Singular pregunta en verdad, pero un

poco necia! Es lo mismo que si preguntára á este vol de ponche: estás caliente?

=Pues, bien, Guillermo: vas á servirme, cuento contigo.

—Corriente, habla.

—No necesito decirte hasta que punto amo á Amelia, bien lo sabes....

=Oh! Si, demasiado: hace siglos que siempre me repites lo mismo? Al presente no tienes mas que una idea!.....

—Ah! Si. Guillermo, no tengo mas que una idea sombria y celosa, ardiente, que me atenacea, que me tortura! Ya no hay sueño ni reposo para mi!.... Mira, es preciso, absolutamente, que esa muger me pertenezca! Ya no puedo esperar mas. ... ni aun la fortuna, esa fortuna que no puede escapársenos!..... yo me consumo, me muero!...

—Si, al menos acabáramos de una vez! dijo Brower con tono sarcástico. Mira te comprendo perfectamente y estoy en el mismo estado de consucion, tengo árido el gaznate y si desgraciadamente no tuviera el ponche....

Y esto diciendo se bebió sendos vasos.

—Por vida mia! Que es delicioso este licor, aunque un poco flojo... continuó Fox... decias?.....

—Decia Guillermo interrumpió vivamente Roberto decia que no puedo vivir sin ella y que ya no tengo esperanza! no me ama estoy seguro.... Me desprecia...

Pardiéz! eso es claro como el dia! Desde que se yo cuanto tiempo que no ha ido á la quinta, en verdad que es menester para esto que no tenga el menor deseo de verte. Ella que está loca por su hija, se priva hasta de ir á abrazarla, por el temor de encontrarse contigo..... por vida mia que me admiras! tienes una paciencia especial no te hubiera creido tan apacible.....

—Oh Brower! pues me conoces muy mal. Esta paciencia, como tu llamas es de rabia, una rabia sorda, concentrada é imponente! ¿Qué quieres que haga? Puedo arrastrarla por fuerza á la quinta? He juzgado á propósito escribir cartas sobre cartas, mandar, amenazar, nada he adelantado; permanece muda é inflexible!... Oh? cuán mal hice de no seguir mi primera inspiracion! Te acuer-

das? Queria robarla repentinamente... No le hubiera dado tiempo de reflexionar... Me la hubiera llevado lejos de Lóndres con su hija... y quizá entonces, á favor de lo pasado, viendo mi arrepentimiento, mi invencible amor, quizá hubiera reservado para mi algunas palabras de ternura y perdon... Pero, ¡Oh demencia! ¡Oh debilidad! La dejé marchar... ha vuelto con su marido, con ese hombre que aborrezco, ese hombre á quien debo todas mis desgracias... Oh! estoy seguro, no pierde una ocasion de insultar mi memoria, llenarme de oprobio y unir á mi nombre delante de Amelia los de ladron y asesino!.... Brower prosiguió con mas exaltacion, te digo que he hecho muy mal! Esa era mi venganza, toda mi venganza!... Arrancaba á Amelia de manos de mi enemigo mortal..... y quién sabe! Quizá me ahorraba un homicidio!... Pero ahora Brower, es muy tarde, y es menester que me vengue! es indispensable que mate á ese hombre!.....

—Bah! siempre lo mismo! dijo Brower con una sonrisa. Ah! pobre jóven! te imaji-

nas acaso que se mata á todo el mundo como se quiere? Eso queda para los melodramas! Bien sabes que si llegára á saber algo el señor juez general, las pesquisas no tardarian en efectuarse; pronto descubririan de donde viene el golpe, y tu negocio quedaria luego concluido: antes de dos meses puedes estar del todo seguro que patalearias entre cielo y tierra, ante la fachada de Newgate pendiente de una horca.....

—Y qué me importa Brower, qué me importa morir? Al menos, hubiera tenido la alegría de castigar á ese hombre! Es dichoso! El cobarde me ha robado la mujer á quien amo .... y me consumiré yo hasta la muerte en la rabia, y las lágrimas? No!..... te lo juro, sígueme..... Quiero dar el último golpe, esta noche, sí, esta misma noche!

—Qué quieres hacer?

—Introducirme en casa de Mr. Philipps...

—Y despues?

—No me comprendes! Quiero entrar en su cuarto con dos puñales. Tú serás testigo... Le diré infame, acuérdate de lo que me has hecho! Te imploré de rodillas! Fuistes

inexorable..... A mi vez, ahora!.... No quiero asesinarte vilmente; he aquí un arma, defiéndete!.... Entonces..... Oh, entonces Brower, le mataré, estoy seguro!.... Me saciaré largo rato en su corazon con mi puñal!... tú lo verás!

—Agradable espectáculo! hermoso golpe de vista! Y despues de tan grande proeza ¿qué haremos?

—Despues, Guillermo, iré al cuarto de Amelia... Apareceré cubierto de sangre... Le diré: Muere! muere conmigo, puesto que no quieres amarme!

—¡Ah! ah! ah! Prorrumpió Brower con una esplosion de risa burlona. Vaya una cosa bien original! dar de puñaladas á la muger que se ama, y matarse despues. Bravo! bravísimo. Eso es dramático á cual mas, y hubiera querido en otro tiempo, cuando era actor, representar tu papel en esa tragedia; cuantas aclamaciones! Qué tempestad de aplausos! Créeme amigo Fox, guarda semejante idea para algun melodrama. cuando nuestro bolsillo esté absolutamente vacio... Tendremos en ella, te lo juro, una mina de

oro que valdrá mas que la otra... ¿sabeis la cajita... pero oye, francamente, no confundamos la vida real con el teatro. Materialmente hablando, tu determinacion seria detestable; moririas como un grandísimo necio. Yo tengo mas apego que otro cualquiera á la vida, y en cuanto me parezca demasiado pesada, la arrojaré como un paquete de trapos viejos á la cabeza del demonio... Pero hasta ahora no me incomoda nada absolutamente, la llevo con placer, y procuro alegrarla. Yo no soy como tú; no pienso así: loco, violento, escesivo, siempre dispuesto ha echar la soga tras del caldero. Bien ves que sin ser aun millonario, sin encontrar cajita alguna, logro bien que mal juntar los dos estremos y además las cartas por aquí, los dedos por allá, la banca... la rolina... y gracias á Dios ó al diablo, mis bolsillos jamás estan vacíos. Hé aquí mi divisa, querido. El Criador nos ha enviado al mundo para que nos divirtamos. Hay sobre la tierra dos clases de hombres bien distintas: los fuertes y los débiles; es indispensable que los unos coman á los otros. Luego, yo

que tengo buen apetito, no quiero dejarme comer. Hablemos claro, sin metáfora; los que no tienen nada, deben esplotar á los que tienen; yo soy pobre y quiero ser rico.

—Brower, interumpió Fox con un acento de indignacion; no participo de tus horribles máximas; ¡No, bien lo sabes... aunque necesito, poco me importa; hay ciertos límites que no infriegiré jamás: Brower, he sido jugador, pero no he robado como dicen, y cuando cojí aquella desgraciada gaveta rompiendo los vidrios de un cambista, fué porque estaba embriagado; sí, embriagado de cólera y de ponche. Acababa de perde en el juego enormes sumas... Estaba loco...

—Vi, yo creo que aun lo estás. Te aconsejo que te finjas delicado y virtuoso; semejante papel te sienta á las mil maravillas... Ultimamente, cuando has vuelto á Inglaterra, cuando me has hablado de tu grande pasion, creia buenamente que tenias en la cabeza un proyecto formidable; Mr. Philipps es rico, su muger es muy bella, hubiera podido amarte bastante, apreciable calavera, para desear un poco la viudéz .. Y madama

una vez libre, entiendes, las cosas pudieran venir como rodadas... Tendria una enorme fortuna, un capital magnífico que poder repartir entre los dos.

—¡Oh! Brower, qué abominable idea! Te digo que no; solamente es á Amelia á quien amo... Si estubiera pobre desnuda del todo, la amaria otro tanto... mas aun si es posible... y la miseria con ella me parecia preferible á todos los tesoros del mundo.

—Loco! mas que loco! Si hubieras querido creerme, hubiéramos desfilado los dos para Paris; y alli nos hubiéramos dado una vida de príncipes.... ¿Qué esperamos en Inglaterra? acaso tu tesoro? Pura imaginacion! He recorrido toda la costa de Douvre y nada he encontrado.

—Tranquilízate Brower, yo lo encontraré.

—Eso es cuento. Te repito que será mucho mejor aprovechar el poco dinero que nos queda, viajando por el continente; alli al menos no tendrias el temor de ser reconocido á cada instante... ¡Ah! ¿por qué no has querido hacer lo que te decia? nada era

mas fácil. Robabas á Amelia... es decir, le seguia ella misma y sin derramar una lágrima; hé aquí de qué modo: no tiene mas que una pasion, su hija... Pues bien: un dia sin gritos y sin escándalo le llevabas la niña... y yo te aseguro que muy luego la tierna mamá hubiera hallado el medio de reunirse con vosotros.

Fox estaba triste y pensativo.

—Calla, dijo Guillermo, una idea me ocurre... escucha; Amelia no quiere ir á la quinta; pues yo voy á llevarla; hagámosle saber que su hija se halla de nuevo enferma, y que si quiere aun abrazarla, no tiene mas que ir inmediatamente. Irá, y entonces...

Movió la cabeza con aire significativo.

—Acaba, Guillermo.

—El medio es seguro, infalible; hemos sido unos niños con no ponerle en planta desde un principio.

—Pero por favor, esplícate... ¿Qué haremos? Amelia tan pronto como verá á su hija, comprenderá la mentira.

—Tampoco es menester que la vea!

—Guillermo!

—Roberto!

Se miraban en silencio, Fox, con una espresion de curiosidad llena de espanto; Guillermo, sonriendo con aire indefinible!

—Mi querido Fox, indudablemente estas ofuscado; es menester deletrear cada palabra, poner hasta los puntos sobre las ii, qué diantre!.. Escúchame: Amelia no puede dejar de ir; pero como estarán tomadas nuestras medidas, en lugar de su hija enferma, hallará.....

En este momento llamaron violentamente á la puerta; despues una voz seca y ronca se dejó oir.

—Chit! dijo Guillermo.

—Soy yo, M. Stock: abrid pronto....

—Es el portero, dijo Fox á media voz. Es menester abrir. Qué nos querrá este hablador? habrá sentido el olor del ponche?

—Abre, dijo Guillermo. Ya hallaremos medio para despedir al bellaco; pero es preciso hacerlo con prudencia.

—El conserge seguia llamando con sus robustos puños.

—Vaya! abris.... ó me voy! dijo gruñendo y entonces que Dios os bendiga!....

Fox abrió.

El portero entró en el cuarto cojeando; tenia un ojo cerrado y el otro desmesuradamente abierto: su cara mostraba una mezcla de curiosidad y malicia. Un casquete de algodon negro y lleno de grasa, un delantal de cuero viejo, y una andrajosa casaquilla, formaban el vestido de aquel anfibio, conserge y zapatero á la vez.

Hola! qué es lo que hay compadre Mateo! preguntó Fox procurando tomar un acento agradable.

—Lo que hay; mi jóven inquilino, es que es menester escapar, y listo, si no quereis que os atrapen...

—Escapar? repuso Fox ocultando su sorpresa. No os comprendo, mi buen hombre.

=Vais á comprenderme, amigo, replicó el conserge, que tomó una silla y se plantó sin cumplimiento delante de la chimenea. Pero calla, continuó con una fingida espresion, oliendo con ansia y vol-

viéndose hácia el vol de ponche, está bien dulce? ah! ah! para ser un infeliz artesano sin trabajo, no quereis dejaros morir de sed!

=Oh! buen Mateo, dijo Fox con una forzada sonrisa, es para contrarrestar la humedad de la noche: se hiela uno en esta casa; y si no haceis componer cuanto antes la ventana y el techo, me arruinaré con las bebidas.

—Veamos á ver lo que os decia, si está bastante azucarado, murmuró el conserge, cuyos ojos chispeaban de glotoneria. Señor Stock, vamos, nada mas que un vasito.

Y sin aguardar respuesta tomó el vaso de Fox y le llenó hasta arriba, metiéndole en la ponchera con sus grandes dedos sucios, engulléndole como por encanto.

Fox, que no aguardaba semejante insolencia, estuvo á punto de dar al conserge una severa correccion; pero á una seña de Guillermo, se contuvo.

—Vamos, bebed, amigo, y brindemos! dijo Brower.

El conserge, no juzgando oportuno hacerse rogar, él solo vació casi todo el vol; y no hallando el ponche bastante fuerte, echó todo lo restante de otra botella de rom.

—A propósito, decidnos, señor Mateo, qué es lo que nos contábais ahora mismo? preguntó Brower; habeis entrado como azorado!

—Ah! caramba, mi señor, sentia olor de quemado y tenia miedo de algun incendio... y ahora veo que sin duda era vuestro ponche.

—Maldito viejo! murmuró Fox, me ha dado un susto!..

—De veras, Mateo? repuso Guillermo mirando atentamente al conserge. No hay nada mas?

—Oh! aun hay otra cosilla...

—Vamos, qué es?

El borracho apurado con preguntas, acabó por decir que algunos de policia habian ido á preguntarle sobre el pretendido Stock, y que segun las apariencias debia ser arrestado al otro dia por la mañana.

—Además, añadió el conserge, los señores de la policía me han privado espresamente el que diga sobre este particular ni una sola palabra; y si hablo, es por el cariño que profeso al mas amable de mis inquilinos.

Fox y Guillermo cambiaron una rápida mirada: hicieron beber aun mucho mas al viejo portero; y cuando le hubieron emborrachado, salieron apresurados y ganaron la calle.

Fox, que no dudaba era él á quien perseguian, fué á dormir á otra parte.

XIII.

La sospecha.

Al siguiente dia en que pasó esta escena, mientras que Amelia sola en su cuarto se entregaba á mil recuerdos tristes, recibió una carta. El escrito la hizo temblar. Un presentimiento le advertia que iba á saber una desgracia. Des-

pues de haber dudado largo rato en abrirla, rompió el sobre al fin.

—Dios! esclamó. No me engañaba!

Y magullando el papel entre sus manos, murmuraba palabras confusas é ininteligibles. Una mezcla de desesperacion y terror se pintaba en su fisonomia; su aspecto era parecido al de un demente.

En fin, reuniendo sus ideas, dijo levantándose con precipitacion:

—No puedo aguardar... Corramos! Dios mio! si no pudiera volverla á ver!...

Era mediodia. El tiempo estaba nebuloso y frio. Amelia acabó de vestirse apresuradamente, y se echó una capa. Acababa de abrir la puerta, cuando se encontró cara á cara con su esposo. Estaba pálido, desencajado, los músculos de su rostro contraidos; una sonrisa amarga y sombría agitaba sus lábios.

—A dónde vais? dijo Mr. Philipps cogiéndole la mano.

—Ah! amigo mio... vos aqui?.. iba á vuestro cuarto... en este mismo instante... es absolutamente indispensable que parta...

—Ah! de veras? y qué asunto es el que exige tanta prisa?..

—Un quehacer muy importante, amigo mio... dijo con turbacion. Un quehacer... que no puedo confiar á nadie... se trata de una pobre familia de artesanos; están en la suma miseria... enfermos... quiero socorrerles...

—Muy bien, lo apruebo, Amelia. Siempre caritativa, eso es maravilloso! Pardiez! Quiero participar á medias de vuestra buena obra; os acompaño.

Amelia tembló y se puso pálida.

—Pedro, llamó M. Philipps, traedme la capa pronto! Salgo con la señora.

Amelia, cuya turbacion aumentaba, permanecia inmóvil y sin articular palabra. Pero al fin, para no descubrirse procuró serenarse, y dijo aparentando la mayor calma:

—Amigo mio, no penseis en ello. Vos salir con un tiempo como el que hace, y en el estado en que os hallais?

—Bah! me encuentro mucho mejor, querida mia. Además necesito aire y ejercicio.

—Pero mirad que eso seria la última im-

prudencia!... repuso Amelia con voz trémula. Hay niebla, y la brisa es glacial.

—Qué importa, Amelia! nos libraremos de ella cerrando los vidrios del coche. Os repito que necesito pasearme, y aprovecho con gusto esta ocasion.

Pedro acababa de traer la capa, el baston y el sombrero de su señor. Amelia, sobrecogida por una cruel angustia, permanecia de pie, sin conocimiento y apoyada en el respaldo de una silla.

—Vamos, venid, mi buena amiga, dijo M. Philipps con una estraña sonrisa, y cogiéndole el brazo. Sobre todo no olvideis vuestra bolsa, sin embargo de que llevo yo la mia.

Pero como Amelia se resistiese, le dijo, no sin alguna impaciencia:

—Vive Dios! querida mia, sois incomprensible! No teníais ahora mismo tanta prisa de marchar!... Venid, pues, venid...

—Amigo mio, dijo Amelia con un acento progresivamente alterado, permitidme que os hable francamente. Sin duda que me haceis un grandísimo favor en quererme

acompañar á esta visita... pero no debeis... Esas gentes, aunque pobres, son nobles! y si llegasen á saber que he descubierto el secreto de su indigencia, quizá rehusarian mis favores, que tanto necesitan... Su habitacion es muy miserable!... y si entráseis en ella de improviso, indudablemente les causariais algo de vergüenza...

—De vergüenza? Estais demente, querida Amelia? Vuestros protegidos no podrán equivocar mis intenciones. Tranquilizaos, comprenderán sin trabajo que no es una indiscreta curiosidad la que me ha llevado á su casa, sino el ardiente deseo de serles útil. Vamos, os lo ruego, no tardeis mas.

—No, no señor... creedme...

—Por vida mia, que es cosa singular! dijo Philipps, observando á Amelia con penetrante y escudriñadora mirada. Cómo!.. rehusais el que os acompañe?

—No ireis, señora, ó iremos juntos! interrumpió M. Philipps con tono breve y perentorio. Tiempo hace que me dan que pensar vuestras correspondencias, y salidas misteriosas. Estoy muy lejos, señora,

de poner en duda vuestra caridad, vuestra filantropía; pero permitidme os diga, que cuando se hace el bien, debe ser á las claras y no ocultamente. Bien sé que el Evangelio quería que la mano izquierda no supiese ni aun lo que dá la derecha; pero yo no quiero en vos semejante discrecion: quiero saber lo que pasa en mi casa; quiero saber todo lo que haceis, absolutamente todo, os señora? Sin otro objeto que dirigir vuestra inesperiencia é impediros seais una necia involuntaria por vuestro buen corazon. Hay ahora en Lóndres tantos aventureros é intrigantes, tantas gentes malas, que bajo los andrajos de una falsa indigencia, esplotan la credulidad pública!...

—No tengais temor alguno, señor, interrumpió Amelia friamente. Si hago algunas limosnas, procuraré que sean con prudencia. Ademas que gastaré siempre de mi bolsillo; no es mi intencion ser caritativa á costa vuestra.

M. Philipps dando una fuerte patada y cruzando los brazos, dijo con amargura:

—Silencio, Amelia, silencio!... No seais hipócrita. Buscais ahora el dar otro giro á la conversacion. Sabeis que no soy avaro: gastad como querais; arrojad el dinero por las ventanas, poco me importa! Pero nada mas, señora mia, nada mas! Quiero ser el amo de mi casa, entendeis?

—Muy bien señor! respondió Amelia sollozando. Puesto que lo tomais bajo ese tono, no tengo mas que callarme. Sí, convengo, vos sois el amo...

—No os pongais en el lugar de reo... eso os sienta mal! Si á alguno aqui le cuadra ese papel, Amelia, no es á vos!... Vamos responded, quereis salir ó no?

—No saldré.

—Está bien; entonces haced el favor de darme por escrito las señas de esa pobre casa. Voy á enviar de parte vuestra. Fijad solamente la suma que creais conveniente.

—Es inútil, absolutamente inútil: no aceptarian la menor cosa de otra mano que no fuese la mia. Ahora mismo os he dicho que esa pobre familia lo era de ar-

tesano, pues bien, lo hice para dar un corte á vuestras preguntas; pero os engañaba.

—Ah!... de veras?

Esas gentes, aunque reducidasá la estrema deznudéz, son de una clase distinguida. Los conozco; y antes que divulgar su miseria, preferirian morir de hambre...

—Pues bien! Entonces que mueran esos orgullosos! Interrumpió M. Pilipps encolerizado. No pretendo socorrerlos por fuerza! Ahora no solamente os ruego que no salgais sino que os lo mando y para estar seguro de que no infringís mi mandato, sabré tomar de hoy en adelante ciertas precauciones... Os lo advierto; en lo sucesivo no saldreis sin mi!

—Eso es indigno! esclamó Amelia vivamente y como aterrorizada de esta amenaza. Quereis tenerme aquí prisionera? Soy yo vuestra esclava? Me confió á vos mi moribundo padre para privarme de mi libertad?

—Vuestre padre, Amelia? repuso M. Philipps con voz conmovida. Si viviera aun ese venerable anciano, no os atreveriais, sin du-

da á hacer lo que haceis... No, estoy seguro, tendriais piedad de él! Pues no está aun pervertido el fondo de vuestro corazon, y vos, que sois impasible para mí, quizá seríais menos cruel para vuestro padre!...

Esto diciendo, la voz de Mr. Philipps temblaba y sus ojos se cubrian de lágrimas. Estaba pálido: grandes gotas de sudor caian de su frente. De súbito, débil y vacilante, se apoyó en la pared y cayó á plomo sobre una poltrona.

Amelia asustada se dirigió á él; le desembarazó prontamente de su capa, y aflojó la ropa para darle aire; y viéndole cercano á desmayarse, le hizo aspirar esencia.

—Dejadme! dejadme! dijo con voz sorda.

Y despues la rechazó suavemente, desviando la cabeza.

No era aquella la primera vez que veia á su esposo en esta especie de desvarío. Hacia mucho tiempo estaba en la persuasion de que las facultades intelectuales de M. Philipps habian sufrido algun sério ataque, [y sin creer positivamente que tuviese fundadas sospechas, estaba casi cier-

ta de que sustentaba contra ella unos profundos y sordos celos y una sombría desconfianza, que le devoraba ocultamente.

M. Philipps estaba á la sazon sentado delante de una ventana entreabierta, no lejos de una mesa llena de papeles y libros, sobre la cual Amelia, en su turbacion habia olvidado la carta que acababa de recibir. Soplaba un viento impetuoso; de repente una ráfaga engolfándose en el cuarto, hizo volar muchas hojas sueltas esparcidas sobre la mesa, y la carta cayó abierta á los pies de M. Philipps.

Amelia se bajó prontamente para recogerla. Pero en el mismo instante M. Philipps, reanimado por la frescura del aire, dispertó y miró á su alrededor... Amelia estaba pálida y temblorosa. Procuró ocultar la carta que acababa de alzar.

Un rayo de luz iluminó el espíritu de Mr. Philipps. Levantóse convulsivamente, cogió el brazo de su esposa, y quiso quitarla el papel que tenía. Esta, cuyo temor redobló, magulló vivamente la carta: al propio tiempo hacia todo lo posible para acer-

carse á la chimenea donde ardia un gran fuego.

—Esa carta, Amelia! esa carta! Dádmela!....

Nada respondió; solamente, que como M. Philipps seguia teniéndola del brazo, ella probaba escaparse, magullando convulsivamente mas y mas el papel entre sus manos.

—Esa carta, os digo!..... Amelia quiero leerla!....

—No es nada, amigo mio... no puede interesaros...

—No importa, la quiero!

—Pero si no puedo... dijo Amelia con angustia. No, no puedo... eso seria vender la confianza de una persona... que me escribe... para mí tan solo... os lo ruego; dejadme... no me hagais cometer una accion baja...

—Obedecereis?esclamó M. Philipps cuyos ojos centelleaban. De quién es esa carta?

—Bah! de quién quereis que sea? respondió con un tono de cólera que ocultaba mal su inquietud. La persona que me escribe es justamente la misma de que os hablaba ahora mismo...

—Dadme! dadme!

—La tendré, señora! la tendré! dijo M. Philipps en el colmo de la desesperacion. Guardaos bien! Si no me dais voluntariamente esa carta, la cogeré por fuerza!

Al propio tiempo quiso arrancar el papel de las manos de Amelia quien le cerraba con una especie de frenesí.

Quizá Amelia, no sentia en el fondo del corazon aquella brutalidad conyugal, aquella imperdonable violencia, que casi escusaba su resistencia.

Conceptuando que la súplica y las lágrimas serian inútiles y no ablandarian á M. Philipps, resolvió morir antes que entregar aquella carta que encerraba un fatal misterio.

M. Philipps apretaba los dientes, y daba fuertes patadas; sus lábios estaban cárdenos; sus puños cerrados se contraian.

—Cedereis al fin, señora?...

—No, no, jamás!... Jamás he cedido á las amenazas ni á la violencia!

—Ah! puesto que es así.....

M. Philipps no pudo decir mas: el fu-

ror le ahogaba. Cogió con las dos manos el brazo débil y delicado de la jóven y quiso en esta convulsiva apretura hacerla soltar la presa á fuerza de dolor. Pero las blancas manos de Amelia, aquellas manos tan finas, tan débiles en apariencia, parecian haberse convertido en prensa: hubiérase dicho que tenia músculos de hierro.

Durante esta especie de lucha, Amelia se acercaba gradualmente á la chimenea. Repentinamente, aprovechándose de un momento en que M. Philipps, rendido de cansancio, le dejaba una mano libre, arrojó al fuego la retorcida carta. Inmediatamente, el papel ardiendo desapareció entre la llama; M. Philipps dió una especie de rugido. Apartó á Amelia de la chimenea, sin embargo de que estaba asida con las dos manos á la cornisa de mármol; y precipitándose hácia el fuego, probó el recojer algunos fragmentos del funesto escrito. Pero no halló nada mas que una materia delgada y volátil, un sutilísimo tegido sembrado de chispas que se estinguieron muy luego, para no dejar en-

tre sus manos mas que un poco de ceniza negruzca ó impalpable.

Ah! esclamó golpeándose la frente, con que no puedo saber nada!... Infeliz!... Infeliz!...

Estaba furioso; las niñas de sus ojos arrojaban fuego; Amelia creyó que habia llegado su último momento.

==Matadme! le dijo con una voz quejumbrosa. Esto es demasiado sufrir! no puedo vivir asi!...

Habia en su voz y en su mirada un no se qué de rasgador y lamentable, que M. Philipps deteniéndose de repente, en el mismo momento de precipitarse sobre ella, quedó como petrificado.

—Amelia, le dijo con una inflexion dolorosa y profunda. Perdon, mi pobre amiga, perdon!... no sé lo que me hago, estoy loco! Mira, no es esto lo que siente mi corazon! es mi cabeza, mi pobre cabeza!...

Y cayó de nuevo agoviado en una silla.

Amelia, sorprendida de tan brusco cambio, se conmovió en estremo, hasta el punto de derramar lágrimas. Se hacia á sí mis-

ma amargas reconvenciones y se juzgaba muy culpable, particularmente ahora que M. Philipps confesaba él mismo su error; que por otra parte no era mas que el de la demencia. Arrojóse llorosa en los brazos de su esposo, y pidiéndole perdon, le estrechó largo rato contra su desgarrado corazon.

M. Philipps parecia estar anonadado; lloraba como un niño, y no pudiendo proferir una palabra, estrechaba las manos de Amelia, las cubria de besos, y la contemplaba con una dolorosa espresion llena de amor, que nadie sabria pintar.

Algunas horas se pasaron. M. Philipps no habia aun salido del cuarto de Amelia. Esta, que en un principio habia parecido no ocuparse mas que de el alarmante estado de su esposo, se quedó repentinamente pensativa y silenciosa: miraba que hora era; iba continuamente del reloj á la ventana, y paseaba sus tristes ojos por la parduzca atmósfera que la noche principiaba ya á oscurecer. Algunos ratos dejaba escapar frases inarticuladas, levantaba las manos al cielo con un sombrío desaliento: y despues caia

de nuevo sentada en una poltrona, donde permanecia inmóvil, con la cabeza inclinada y los brazos colgando.

En fin, M. Philipps, que parecia estar hacia algunas horas abismado en un profundo letargo, se levantó como sobresaltado; se quejaba de un fuerte dolor de cabeza. Llamó á su criado; y despues de haberle dado algunas órdenes, salió del cuarto de Amelia para meterse en cama.

—Adios, angel mio! le dijo abrazándola con efusion. No me guardas rencor, es verdad? Me perdonas?...

—Oh! murmuró Amelia respirando; pero con voz tan débil que M. Philipps no pudo oirlo, soy yo quien necesita el perdon!..

XIV.

La cuna vacia.

Aquella misma noche, cuando todos descansaban en la casa de M. Philipps, se abrió pausadamente la puerta del cuarto de Amelia.

Escuchando antes con inquietud, atravesó un corredor que conducia á una escalerilla secreta; y bajó con precaucion; estaba segu-

ra de que M. Philipps no podia oirla: fatigado de cansancio despues de aquella dolorosa y viva sacudida, dormia profundamente.

La noche era muy oscura; una lluvia menuda y densa caia de contínuo. Amelia atravesó el jardin, temblando y volviendo la cabeza contínuamente á fin de cerciorarse de que nadie le seguia.

Abrió la puertecita que daba á la callejuela; y huyendo por parajes escusados, llegó á un establecimiento de coches.

Las calles estaban ya casi desiertas; y cada vez que un transeunte se acercaba á Amelia, la pobre temblaba de pies á cabeza. Sin duda era menester que un motivo bien grave y poderoso la obligase á salir á semejantes horas, sola por las tenebrosas calles de Lóndres, á riesgo de ser insultada por algun borracho, detenida y quizá robada.

Amelia subió á un fiacre; indicó la direccion de la quinta, y prometió al cochero una buena gratificacion si queria conducirla con toda la velocidad que pudiesen sus caballos.

—Muy bien, señora mia, dijo maliciosamente el cochero guiñando un ojo y sonrien-

do de una manera burlesca; quedareis contenta de mí.

Cerró prontamente la portezuela, y subiendo al pescante, respondió á uno de sus camaradas que le hacia alguna señal de inteligencia.

—Es una enamorada... Chit! te deseo otro tanto amigo; porque pagan bien.

Y el cochero azotó de tal modo á sus dos rocines, que faltó poco para que se desbocasen, cosa estraña y poco comun en ellos.

Amelia que habia levantado el capuchon de su capa negra, miraba á cada instante por el vidrio con una febril inquietud; estaba en una escesiva agitacion. De vez en cuando, dirigiéndose al cochero:

—Mas aprisa! decia mas aprisa!...

—Qué diablo! no es posible señorita vamos en posta!

Al propio tiempo el buen hombre, para dar muestras de su voluntad activaba aun con el mango del látigo á sus dos pobres bestias jadeantes y fatigadas.

—Dios mio! Dios mio! decia Amelia juntando las manos, con tal que no llegue de-

masiado tarde!... La carta mostraba tanta precipitacion! Pobre querida Polly! hija mia! ah! si no debiera abrazarla!...

A esta horrible idea, su corazon se oprimia en estremo; torrentes de lágrimas surtian de sus ojos.

—Si, decia suspirando, me veo castigada en mi hija; ah! es mi crímen lo que espio! Pero no, no soy yo, es ella la pobre inocente quien sufre el castigo! Ella sola es la víctima! Dios mio! todos los demas niños tienen una madre que les prodiga cuidados de ternura cuando sufren... Yo tan solo falto á mi deber, y no estoy á la cabeza de mi hija que se halla enferma, moribunda... quizás muerta!

Continuaba llorando abundantemente. Entretanto el coche habia corrido con tal rapidéz, que en menos de media hora llegó á la quinta. Apenas se abrió la portezuela, que Amelia, sin aguardar á que hubiesen bajado el estribo, se lanzó á tierra. Dijo al cochero que llevase el coche á un pasadizo detrás de la quinta; despues llamó. Ninguna respuesta obtuvo. Solamente le pareció oir dentro de la casa como

gritos sordos y súplicas. Llamó de nuevo... mas reparó que la puerta estaba ajustada:

—Es estraño, pensó con espanto. La puerta abierta á esta hora!...

Entró!...

La primera habitacion estaba en una oscuridad profunda, Amelia la atravesó apresurada, tropezando muchas veces en la oscuridad, con los muebles que parecia no no estaban en su estado normal de arreglo. Su corazon saltaba del pecho; un frio glacial corrió por sus venas.

—Megg, dijo; Megg!!...

Se dirigió á tientas hácia una lucecita que brillaba por las rendijas de la puerta, la cual no estaba cerrada mas que con picaporte: la abrió...

Amelia dió un grito.

—Demasiado tarde! murmuró. Es tarde!

Se apoyó sin fuerzas en una silla.

En efecto, el espectáculo que se ofreció á sus ojos debia petrificarla de espanto: todo en aquel cuarto estaba en desórden; Megg, con el rostro bañado en lágrimas, rezaba de rodillas y suspirando.

La cuna de Polly estaba vacia!...

XV.

El marido.

Las sábanas de la cuna colgaban hasta el suelo, todas desordenadas y rotas.

—Mi hija! en dónde está mi hija? preguntó Amelia.

Al oir aquella voz suplicante, Megg se volvió y reconoció á Amelia.

—Señora, dijo con acento rasgador, quedándose de rodillas y la cara entre sus manos; qué desgracia, buen Dios! qué desgracia!...

—Ha muerto mi hija! esclamó Amelia.

—Pobre niña! Dios mio!...

—Y no he podido besar sus moribundos lábios, recoger su último aliento, su último suspiro! dijo Amelia prorrumpiendo en llanto. En dónde está? quiero verla!...

—Señora! Señora!

—Os digo que quiero verla!

Amelia, con la cabeza apoyada sobre el borde de la cuna proseguia llorando y repetia:

—Hija mia! hija mia!...

Megg se levantó y acercándose á Amelia, le dijo juntando las manos en ademan de súplica:

—Señora os juro que no soy culpable! Oh! no, pobre angelito! hubiera dado mi vida por ella!...

—Y la habeis dejado morir!... Sin llamarme, á mí que soy su madre!...

—Ah! Señora, como hubiera podido creer

jamás que corria peligro alguno! Es verdad, hacia tanto tiempo que no habiais venido; principiaba á estar inquieta... pero no me atrevia á escribiros... Como me teneis mandado que no lo haga mas que cuando haya para ello algun poderoso motivo... Y el pobre angelito disfrutaba tan buena salud! .. Estaba encarnada, fresca, hermosísima!

—Y de repente esa atroz enfermedad!.... De repente la muerte!

—Qué enfermedad, señora? No os entiendo...

—Cómo Megg! no sois vos la que me ha hecho avisar esta mañana?

—Yo señora? respondió Megg con sorpresa, no.

—Alguien debe haber venido á vuestra casa Megg!... Sabeis quien quiero decir? Ha venido él? ha visto á mi hija espirando?...

—Señora, no alcanzo á comprenderos... ah! Dios mio, Dios mio! pobre madre! El dolor le ha trastornado el cerebro!...

—Hija mia! Hija mia! No te veré ya mas! repuso Amelia redoblando el llanto y los suspiros. Tú que eras tan encantadora y

dulce! Tú que parecias un querube del cielo, ya no eres mas que un frio cadáver! Mis besos, mis caricias no te reanimarán!... Ya no veré mas aquella deliciosa sonrisa que encantaba mi corazon!... No oiré ya mas aquella voz inefable y divina que me transportaba al paraiso!... Ah! Dios mio! Soy bien culpable! pero no merecia este horrible suplicio!...

Megg observaba á Amelia con un doloroso estupor.

—Es muy estraño! murmuró. Cómo esta pobre señora sabia ya lo que acababa de suceder? Cómo puede ser eso?

Amelia semejante á un delirante, cubria de besos y lágrimas las sábanas tibias aun. Fácil era conocer por el plegado de la colcha, ó por la descomposicion de la cama hundida del centro, que pocos minutos antes no estaba vacía.

—Megg, dijo Amelia con desesperacion, pero con tono firme y solemne, no me ocultéis á mi hija... os digo que quiero verla aunque sea muerta... Yo misma la amortajaré!

—Amortajarla! Qué decís señora! Buen Dios! habrá muerto en efecto? No, no puedo creerlo, habrán tenido tanta barbarie?

Mirábanse la una á la otra con sorpresa, y parecia no se comprendian. Finalmente, Megg, convencida de que la infeliz madre creia muerta á su hija, esclamó.

—No señora, no... Sin duda que es una grande desgracia, pero no es irreparable.... La vereis aun; no la han muerto....

—Qué quereis decirme?

Y Megg con un incoherente lenguaje, en medio de lágrimas y suspiros, le contó lo que acababa de suceder. Hilaba en su rueca junto á la cama de Polly y se entredurmió. Cuando de repente oyó un gran ruido; el perro ladraba; dejó prontamente su trabajo y salió del cuarto para ver lo que sucedia! Dos hombres con la cara tiznada se arrojaron sobre ella. El perro acababa de ser degollado y se revolcaba sobre el suelo en un mar de sangre. Megg quiso gritar: uno de los hombres le tapó la boca con una mano, interin que su compañero se lanzó hácia la cuna, cogió la criatura dormida y desapa-

reció. El primero, sacando una pistola, que montó, la apoyó sobre el pecho de Megg, y la amenazó con hacerla fuego si daba un grito: durante este tiempo, el raptor de la niña, habia podido alejarse.

—Ah desgraciada! esclamó Amelia, habeis dejado llevar á mi hija!

—Señora, qué podia hacer yo sola contra dos hombres?

—Podiais gritar, infeliz! escaparos!

—Señora me hubieran muerto y no hubiera adelantado nada con eso: se hubieran siempre llevado á la infeliz criatura!

Amelia no queria escuchar nada; estaba como loca; se retorcia las manos dando gritos y llorando.

—Mi hija! en donde está? dónde?

—Ay! Quién puede saberlo? dijo Megg moviendo la cabeza. Pero si Dios es justo, la inocente criatura no tendrá que sufrir. Además os diré, señora, que me llevaria un grande chasco, si particularmente uno de esos dos hombres le hiciese algun daño...

—Pero quién son esos hombres? No los habeis conocido?

—No señora: su cara era toda negra. Pero es lo mismo, han hablado... tres ó cuatro palabras solamente... y me ha parecido reconocer...

—A quién?

—Al mismo de quien hablábais poco ha... aquel que vino aquí una noche, que os asustó tanto.

—Oh Roberto! Roberto!... No puede ser otro que él!... Dios mio, tened piedad de mi hija! Mi hija en la manos de ese miserable!

—Tranquilizaos, señora, prosiguió Megg, concibiendo alguna esperanza: vamos á hacer nuestra deposicion á la policia. Yo podré dar bien las señas! Tranquilizaos; quizá descubriremos á ese hombre vil... Venid conmigo, venid mi pobre señora... Ahora mismo, mirad, he tenido un sobresalto tal, que me he quedado allí como muerta; pero al presente me tranquilizan los recuerdos... Vamos á casa del condestable; y Megg procuraba llevarla hácia la puerta.

—No, dijo Amelia con un aire sombrío y desesperado, es imposible! Estoy obligada á callarme!... Hé aquí lo que hay de mas doloroso en mi desgracia!...

—Sin embargo pensad que si no deponeis vuestra queja, no recobraremos nuestra querida niña.

—Megg, reflexionaré un poco.... veré lo que es menester hacer. Pero por favor, no digais una palabra! Seria perdida!...

Calló de repente: se oian pasos en la pieza inmediata... parecian ser de un hombre!

Amelia tembló.

—Hay alguien aqui? dijo una voz ruda y áspera.

—Ah! soy perdida, gran Dios! murmuró Amelia, próxima á desmayarse. Mi marido!

—Silencio! dijo Megg poniendo un dedo sobre los lábios. Instintivamente habia comprendido el peligro que amenazaba á Amelia: se lanzó hácia la puerta, y echó el cerrojo.

Entonces llamaron con violencia; la misma voz se dejó oir:

—Abrid inmediatamente, ó rompo la puerta!

Amelia moribunda de espanto se dejó caer sobre la cama de Megg.

—Señora, dijo Megg en voz baja, no ten-

gais miedo... en nombre del cielo un poco de valor!... oid, seguidme... sin ruido...por el jardin... No hay mas que un pequeño cercado: le franquearéis sin mucha dificultad.

—Bien! dijo Amelia, reuniendo toda la energia que le quedaba. Sacaré todas mis fuerzas... soy madre! Adios Megg, hasta muy pronto! si no me he muerto!

Salió precipitadamente del cuarto.

M. Philipps seguia golpeando la puerta con furor.

Megg dejó pasar dos ó tres minutos; despues abrió bruscamente.

—Y bien, qué quereis caballero! á qué venis á estas horas? preguntó con un tono enfadado.

Hay aqui una muger! dijo M. Philipps, con los lábios blancos y trémulos.

—Sin duda que sí, puesto que estoy yo, caballero, respondió Megg, que para ser una sencilla y vasta aldeana, tenia en llegando la ocasion, como casi todas las mugeres, cierta serenidad de espíritu.

—Os repito que aquí hay alguien, repuso M. Philipps con una voz sorda y terrible. Oh! voy á matar á esos miserables!

—Pero señor, qué quereis decir? Dispensadme; pero no estais en vuestro juicio.

—Qué es lo que quiero deciros? Quiero deciros, que vuestra casa es una casa pública! quiero deciros que sois una encubridora, y que aquí hay una muger que viene á ver á su amante!

—Pobre señor mio, es que estais borracho? dijo Megg que para dar á Amelia el tiempo de alejarse, no buscaba mas que alargar la disputa. Qué venis á decirme de amante y de muger? no entiendo vuestros desatinos!

—Esa muger es la mia! replicó M. Philipps, rechinando los dientes, y si la encuentro en esta casa, no saldrá viva de ella!

=Bah! Bah! Ciudadano, sabeis que sois muy chistoso, dijo Megg apoyando una mano sobre su cadera. Al fin vais á hacerme enfadar! Vamos, vamos, largo! Si no inmediatamente grito, pido socorro!

—Gritad cuando querais, desgraciada! Haced venir la policía! Que por mi mismo mandato os conduciráu bien pronto á la cárcel. Soy el juez decano!

—El juez decano! Pensó Megg toda sorprendida! Calla, hé aquí una buena proporcion!... Si le contase nuestro fracaso?... quizás podria... pero no, nada de eso! enredaria mas las cosas!...

—E ínterin que Megg indecisa, no sabia que partido tomar, M. Philipps, empujándola rudamente le dijo:

—Oh! yo los encontraré!

En este momento el ruido de un coche que se alejaba se dejó oir á alguna distancia: y Megg, cierta entonces de que Amelia no corria peligro alguno, esclamó, encogiéndose de hombros:

—Ah! con que vos los encontrareis? Bien! Quereis os haga luz caballero? Buscad!...

M. Philipps acababa de oir el ruido del coche: y no dudó al punto eran los dos culpables que escapaban de su venganza.

—Oh! esclamó, corriendo hácia la puerta, yo sabré alcanzarlos! Desgraciada de tí, Amelia! desgraciada! Megg le vió desaparecer en la oscuridad.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

LA VÍBORA.

LA VÍBORA,

NOVELA DE JULIO LACROIX,

traducida al castellano

POR EMILIO DE TAMARIT.

TOMO III.

SEVILLA.—1849.
Imprenta de Gomez, Editor, calle de Muela número 32.

EDMON PHILIPPS.

CAPITULO I.

Los dos fiacres.

M. Philipps inspiraba un profundo terror á la dulce y temorosa Amelia: no habia que esperar de él, ni piedad, ni perdon!... por lo tanto la infeliz muger, apesar de su dolor, obedeció al miedo y no pensó mas que en el furor de M. Philipps si llegaba á descubrir la verdad.

Aunque trémula y casi desmayada, tuvo suficiente fuerza para atravesar el jardin y saltar la cerca. Corrió hasta el coche que la aguardaba en el ángulo de una sombría calle de árboles. La oscuridad era tan profunda, que la rojiza luz de los faroles del coche, apenas se entreveia entre la niebla. Amelia toda asustada llamó, y el cochero que pareoia dormir en el asiento, envuelto en su carrick de tres esclavinas, bajó murmurando. Abrió la portezuela: Amelia entró en el coche.

—Corred! dijo con una esp cie de azoramiento. A todo escape!... hasta el lugar donde os he alquilado!... Os añado una guinea si llego antes de un cuarto de hora!

—Procuraré hacerlo, mi buena señora, respondió el cochero. Si me diérais la guinea adelantada, podria dar ánimo con mayor ahinco á mis bestias... No pueden, mas, pobres animales! El empedrado resbala como un diablo.

—Vamos, os lo ruego, no perdais un momento! dijo Amelia cerrando la portezuela tras ella con violencia; y por el vidrio

que abrió bruscamente, dió al cochero una moneda de oro.

—Pronto! esclamo con voz fatigada. Pronto! Si dentro de poco advertis que alguien nos sigue; entonces á todo escape!... mas de prisa aun!

—Está bien, está bien, comprendo! dijo el autómata con carick.

Despues trepó prontamente sobre su asiento, hizo chasquir su látigo, y el coche partió al galope.

Amelia habia bajado las cortinillas por medio de ser reconocida á la claridad de los faroles. La oscuridad era profunda dentro del coche.

Su corazon palpitaba lleno de temor; las ideas se agolpaban tumultuosamente en su cabeza; el miedo y el dolor invadieron toda su alma. Amelia estaba casi loca.

—Mi hija! pensaba la desgraciada madre, mi hija adorada!.... en donde estará?... Si no deberé volverla á ver ni á abrazar jamás? Oh! jamás!... Quién puede habérmela quitado? Nadie mas que Roberto Fox!...

sin duda para martirizarmel Para tenerme sumisa y temerosa como una esclava, para guardar incesantemente sobre sus manos un testigo patente de mi deshonra... Para infamarme y perderme?

A ratos, Amelia sentia como zumbar una campana en su cerebro. Tenia una especiede acceso de fiebre ardiente; entonces se preguntaba á sí misma, si todo aquello no era mas que una pesadilla ó un delirio..... seria verdaderamente la voz de su marido la que no hacia mucho acababa de oir? Por qué estraña casualidad habia podido seguirla á la quinta, estando enfermo y durmiendo profundamente cuando ella habia salido de casa á escondidas?

Hasta entonces no se habia cerciorado de que M. Philipps tenia positivamente sospechas. Verdad es que aquel no era el mismo hombre hacia algun tiempo; su carácter habia cambiado; sus ojos brillaban algunas veces con un fuego sombrio; sus palabras eran vagas y espantosas: pero jamás habia dicho á su muger que estaba celoso. Como la violenta escena de la mañana, no habia

sucedido nunca ninguna: era pues indispensable que M. Philipps, por un estraño encadenamiento de circunstancias, hubiera sabido alguna cosa de muy poquísimo tiempo á esta parte. Quién sabe! quizá habia interceptado alguna de aquellas misteriosas cartas, que Roberto Fox escribia amenudo á Amelia para asustarla y obligarla á ir á la quinta.

Todas estas confusas ideas se agolpaban en la imaginacion de Amelia, que se entregaba á las mas incoherentes conjeturas.

Entretanto parecia escuchar de contínuo con angustia, y miraba furtivamente por el vídrio, apartando la cortinilla, para ver si la seguian.

El trote de un coche se oyó á álguna distancia detrás del fiacre de Amelia.

—Cocherol gritó, apretará los caballos!... nos siguen.

Efectivamente, el otro coche parecia se acercaba; iba á todo escape y seguia las mismas calles que el fiacre de Amelia.

—Dios mio! dijo helada de miedo. No hay duda es él... Qué haré?

El ruido del otro fiacre se oia ya mas claro; se oian los latigazos, y á veces una voz fuerte é imperiosa gritaba:

—Mas aprisa! mas aprisa!

Amelia, juzgándose perdida, habia inclinado la cabeza sobre la falda, cuando sintió una mano en la espalda: tembló y dió un grito.

—No temais Amelia, dijo una voz dulce y grave: soy yo...

—Vos, vos Roberto!...

Roberto Fox, envuelto en una capa que le cubria de pies á cabeza, habia podido ocultarse hasta entonces en la sombra á los ojos de Amelia; se habia acurrucado en un rincon del coche, inmóvil, deteniendo hasta el aliento.

Amelia estaba tan trastornada y trémula, que no podia pronunciar ni una palabra.

—Amelia, dijo Roberto cogiéndole una mano; que no tuvo el valor de retirar, no tembleis, os lo ruego: mientras yo esté á vuestro lado, no teneis nada que temer!

—Roberto, esclamó olvidando de repente el peligro qne le amenazaba y la proximidad

de su esposo, tened piedad de mí! decidme. donde está mi hija?

—Nuestra hija quereis decir? Tranquilizaos, no corre riesgo alguno.

—Pero donde está? sois vos, quien me la ha arrebatado!

—Quizá Amelia; pero os lo juro, lo he hecho tanto por su bien como por el vuestro. En esa quinta no estaba nada segura; mi mortal enemigo podia descubrirla de un momento á otro; y entonces no sé lo que hubiera sucedido: he tomado mis medidas. Y verdaderamente con razon! M. Philipps hubiera muy bien podido seguiros...

—El es quien me sigue! dijo Amelia toda asustada.

El otro coche estaba ya á muy cortísima distancia.

—Ah desgraciada! continuó. Es él, es él!... qué haré Dios mio!... va á encontrarnos juntos... Soy perdida!... matadme Roberto!

—No querida: no es á tí, á él es á quien mataré! Vamos tranquilízate, no temo á ese hombre!

Y sacando su cabeza fuera de la portezue-

la, vió al fiacre que los traia á galope y distaba nada mas que unos veinte pasos.

—Cochero, dijo con una voz firme y sonora, corred! corred mucho! y haced lo que os he dicho... ya os avisaré cuando sea menester...

—Bien está señor! respondió el cochero, quien azotó de nuevo á sus caballos con especial actividad, escitándolos aun mas con la voz y las riendas!

Los dos coches corrian uno tras otro al través de las sombrías y tortuosas callejuelas de la ciudad: carrera ciega y loca, espuesta á romperse los coches y á estrellarse contra los transcantones y las aceras (1). Felizmente, las calles estaban desiertas; no habia embarazo alguno; los serenos solamente miraban con embobamiento y admiracion, aquellos dos carruajes que parecian competir en velocidad, y gritaban:

---

(1) En Lóndres las aceras se elevan bastante sobre el nivel de las calles.

(*N. del T.*)

—Ola! Eh! vosotros!... paraos... no correr tanto... mas despacio!...

Pero no hacia el menor caso de sus órdenes; los coheros permanecian sordos á estos llamamientos y proseguian pegando á sus caballos como locos.

Amelia no se habia engañado, era su marido quien la perseguia.

M. Philipps, preso de una frenética agitacion, estaba pálido, centellante y bañado de sudor.

—Cocherol gritó con toda su fuerza, sacando la mitad del cuerpo por la portezuela, á riesgo de romperse el cráneo en el esquinazo de una calle. Corred! corred! mas aprisa!... reventad vuestros caballos!... Diez soberanos, (1) si no perdeis de vista un instante á ese coche!

—Si señor; pero va á un paso de mil diablo!

—Corred! corred pues, replicó M. Philipps con voz jadeante! Por qué te paras miserable!...

---

(1) Moneda inglesa.

=Ah caballero! no es mia la culpa; los animales no pueden mas... y despues, mirad los serenos que quieren prenderme!

—Al diablo los serenos y tú con ellos! derríbalos! atropéllalos!... no importa.. Pero corre! Quince soberanos, veinte, si antes de cinco minutos has alcanzado á ese fiacre... engánchale! vuelca... y hazle volcar...

El coche de M. Philipps violentamente bamboleado, parecia iba á romperse el eje, y las ruedas crujian. El cochero acababa de partir en dos pedazos su látigo; juraba y votaba de una manera atróz.

Interinamente el otro fiacre ganaba terreno.

—Ah desgraciado! gritó M. Philipps quebrando un vidrio de un puñetazo, no los alcanzarás? desgraciado! si los pierdes de vista te ahogo! te mato!

Esto diciendo, M. Philipps habia cogido el carrick del cochero, y le tiraba tan rústicamente por su esclavina, que el pobre diablo se vió obligado á agarrarse con las dos manos á los bordes del asiento para no caer.

—Ay! ay! gritaba con un tono lastimoso. Este no es el medio de que podamos alcanzarlos!... dejadme señor!

El furor de M. Philipps iba en aumento: alternativamente pasaba de las súplicas á las amenazas; se golpeaba la frente, el pecho, y sus manos se crispaban, el desgraciado acababa de ver á la claridad de un reverbero, la cabeza de un hombre asomándose por la portezuela del otro fiacre.

—Oh! murmuraba rechinando los dientes, saber que están allí todos, á algunos pasos nada mas y no poderlos coger, matarlos juntos!... Decirle á ella: eres una infame! y asesinar al otro, descuartizarle, y pisotearle, despues!

M. Philipps lloraba y suspiraba de furor.

Durante este tiempo, el otro coche continuaba su carrera rápida y desenfrenada. Cosa estraña! algunos momentos parecia moderarla un poco, como para dar á su rival el tiempo de acercársele, y la esperanza de alcanzarle; y despues cuando este último no se hallaba mas que á

una corta distancia, el otro aceleraba su marcha, se introducia bruscamente en una callejuela mas oscura, y rodeaba como por burla en aquel confuso laberinto de calles sucias y tenebrosas, que serpentean por el centro de la ciudad.

Amelia lloraba, suplicaba á Fox tubiese piedad de ella. Este cuyo acento poco antes vibrava con amargura, no tenia ya nada de sardónico, y le hablaba con un aire tierno y suplicante; cogia las manos de Amelia, las estrechaba contra su corazon, las cubria de ardientes besos.

—Amelia, decia viéndola temblar, nada temas, te lo suplico; ese hombre trabaja en vano, no podrá alcanzarnos; tú llegarás antes que él. Entonces podrás negárselo todo. Te ama, y te creerá: aun no ha llegado el momento en que debe saberlo...

—No, no, soy perdida, todo se ha descubierto respondió Amelia con desesperacion. Yo no sé mentir... se descubrirá la verdad!...

—Pues bien que se descubra! esclamó impetuosamente Roberto. Díselo todo; lo

prefiero, oh! si lo prefiero! Háblale de tu hija que es la mia!... Oh! si tu quieres yo lo presenciaré! podré gozar á mi vez de sus torturas! y te libraré de un tirano!...

—Roberto! por Dios, me asustais!

—Amelia! Amelia! continuó con mas exaltacion, esto es demasiado aguardar! Quiero que se acabe! No, tu no puedes quedarte en poder de ese hombre que aborrezco!... Yo te amo! Me es de todo punto imposible vivir mas tiempo sin tí! Que venga, que venga, le aguardo!

—Roberto! vuestra razon se estravía!... En qué pensais! Vos no conoceis á M. Philipps, su furor, su violencia? Es implacable... me mataria!

—No, ángel mio, por el contrario, soy yo quien le venga de un solo golpe! y despues podrás seguirme... huiremos juntos con nuestra hija... Seremos felices!

—Roberto! que osais proponerme? El crimen! La deshonra!...

—No Amelia; es la felicidad! Te amo!...

Y la estrechaba entre sus brazos con una especie de frenesí; sus ardientes lábios bus-

caban los de Amelia. Esta le rechazó indignada.

—Roberto, dejadme! le dijo; dejadme!

—Ah! con que no quieres amarme? Tiembla pues! Mi corazon está lleno de odio y de amor... El odio ganará!

—Pues bien! podeis odiarme! dijo resueltamente. Prefiero morirme ahora mismo, no quiero mentir! Roberto, no puedo amaros!

—Oh furor! Cómo? Jamas!...

—No jamás! Media entre los dos lo pasado; hay un crimen! Y sin eso... No soy yo la mujer que os amaba... Ahora no tengo mas que un solo amor: y es mi hija!

—Ah! tu hija. Quieres que la deteste?... puesto que ella te impide amarme! Guardate Amelia! No jueges con mi amor, con mi furor! Tu hija está en mi poder, y si quiero, no la verás jamás!

—Vos, vos Roberto! tendreis esa barbaridad! Oh piedad! os lo ruego... piedad para una pobre madre! piedad para mi hija!

De repente Amelia dió un grito de terror; la voz de su esposo se acababa de

oir; la llamaba, y le mandaba entregarse.

Entonces Roberto no pudo contenerse mas; asomó bruscamente la cabeza por un vidrio, y soltó una carcajada siniestra y burlona.

M. Philipps hervia de rabia; rompió de un puntapie la portezuela, é iba á lanzarse fuera... En el mismo instante en que estrellándose el coche, en un monton de piedras que no podian verse por la espesura de la niebla y la oscuridad, se hizo pedazos; el cochero precipitado de lo alto de su pescante, se abrió la cabeza; M. Philipps cayó desmayado en medio de la calle.

Amelia habia oido un grande ruido; pero no sabiendo de donde provenia, pálida é inmóvil, esperaba alguna horrible desgracia. Roberto continuaba riendo con una espresion cruel y salvage.

=Cochero, dijo, ahora id á donde os he dicho, pronto!

—Escucha Amelia, prosiguió Roberto con un tono mas sereno, te amo, te idolatro, y me parece que es imposible no llegues

á amarme algun dia... Lo ves, te hablo ahora sin cólera, con dulzura... Pero estoy decidido... para que me pertenezcas absolutamente, nada me detendrá, ni piedad, ni remordimientos... ningun obstáculo. Eso fué un arrebato! querida Amelia; pero no soy egoista y no quisiera ser dichoso á espensas de tu suerte. En el dia de boy, aun soy pobre; no podrás seguirme sin participar de mi precaria fortuna... pero muy pronto seré rico! No me esplico mas; todo lo que puedo decirte, es que guardo á tu hija, hasta el dia en que me seguirás!...

Amelia prorumpió en llanto. No salió de su boca respuesta alguna distinta; juntaba las manos y parecia suplicar.

—Amelia, prosiguió Roberto, mi resolucion es inmutuable; may en breve me seguirás para no separarnos nunca. Dentro de tres meses, dia por dia, compareceré... Entonces sabrás mis intenciones.

—Dios mio, Dios mio, tened piedad de mil murmuró muy abatida.

—Solamente, replicó Fox con un tono

solemne, no olvidarás que tu hija está entre mis manos como en rehenes, y si quieres verla, vendrás al sitio que te designaré...

—Roberto, sois bien cruel...

—Amelia, es que te adoro.

El fiacre acababa de pararse. Roberto no aguardó á que el cochero abriese la portezuela, él mismo la empujó; y como Amelia, fatigada por tantos acontecimientos, apenas tenia fuerza para andar, la bajó en brazos.

La noche estaba entonces mucho mas sombría; no habia que atravesar para llegar al jardin de M. Philipps mas que una corta callejuela. Amelia que llevaba la llave abrió la puerta.

—Adios, Amelia! dijo Roberto con ternura. Adios ángel querido, y no tiembles; eres muger, tienes bastante talento y finura para hacer creer á un estúpido magistrado, que se ha equivocado en tener zelos... Persuádele de que le amas; asi seré mas clemente respecto á él de lo que queria y pensaba en un principio; en vez

de torturarle, de hacerle morir á fuego lento, le daré aun tres meses de plazo. Adios!... vuelve á tu cuarto... nadie puede verte; tienes por lo menos una hora de adelanto, y quizá mas, sobre M. Philipps... Adios, hasta de aqui á tres meses!...

Y cogiéndole una mano, la llevó convulsivamente á sus lábios.

—Roberto, una palabra tan solo! dijo juntando las manos: en dónde está mi hija?

—Entrate Amelia, dijo Roberto empujándola ligeramente: alguien viene...

Despues ajustando la puerta con precaucion se alejó.

II.

El tesoro.

Cuando M. Phillipps volvió á casa, tenía una palidéz mortal; los cabellos le caian sobre la frente, mojados por la lluvia y la niebla; sus vestidos hecho pedazos chorreaban cubiertos de lodo. Bien pronto adquirió la certeza de que Amelia habia vuelto. ¿Qué debia hacer? cómo lograr el cerciorarse de

una traicion, de un crímen de que no tenia prueba alguna? M. Philipps sin embargo de su cólera y desesperacion, pudo contenerse. Reflexionó y dijo para sí el momento de forzar á la culpable á confesarlo todo no ha llegado aun. Las amenazas y la violencia no hubieran producido sin duda resultado alguno. Preferia aguardar en silencio y preparar sin ruido el castigo, así que se cerró en su cuarto:

Su pecho estaba henchido de rabia y de dolor. Permaneció hasta la mañana abismado en su afliccion; y cuando Pedro entró, segun costumbre, el buen criado dió un grito de espanto: casi no reconocia á su señor

La intencion de M. Philipps era espiar furtivamente á su muger, y no decir nada hasta tener en las manos una prueba irrecusable. Primeramente quiso captar la confianza de sus criados, ponerlos de su parte; pero sonrojándose bien pronto de semejante determinacion, resolvió velar él solo y no recurrir á nadie. Despues de increibles esfuerzos habia conseguido bien que mal, disimular delante de Amelia misma los tor-

mentos que sufria; pero en fin, la amargura que herbia en su corazon se demostró á su pesar: su lenguaje se convirtió en acre y hostil, sus miradas amenazadoras y feroces.

Sin embargo, algunas veces dudaba de lo que habia visto: aquella carrera misteriosa y nocturna quizá encerraba solamente una imprudencia, y no un crímeu. Amelia podia muy bien haber salido en secreto para ir á socorrer á la desgraciada familia que reclamaba su socorrro, y que ella no queria descubrir.

Algunas semanas transcurrieron: M. Philipps que tenia el infierno en el corazon, no podia ocultar mas sus atroces padecimientos; se deterioraba visiblemente; sus facultades intelectuales se debilitaban con rapidéz. No recibia á nadie, escepto M. Steele.

Amelia, profundamente sorprendida de que M. Philipps no le hubiese hablado de nada, permanecia siendo presa de vivas angustias y contínuas agonías. Aquella calma siniestra y aparente, en casa de un hombre del carácter de M. Philipps, debia ocultar alguna sombría tempestad·

Amelia no habia oido hablar mas de Roberto: sin duda que la servia de algun consuelo la aucencia y el alejamiento de su perseguidor. Pero temblaba al recordar las fatales palabras que habia pronunciado Fox al separarse de ella: antes de seis semanas la infeliz se veria obligada para ver á su hija á ir sola al lugar que le señalaria Roberto. Por lo tanto no podia dejar de horrorizarse pensando en aquella misteriosa y terrible entrevista. Sin embargo, casi la deseaba; puesto que era el único medio de ver á su hija.

Durante este tiempo, Fox y Brower estaban en Douvres (1). Un proyecto de la mas alta importancia les ocupaba enteramente. Uno y otro habian cambiado de nombre y traje y pasaban por dos jóvenes pintores, que iban á hacer estudios marítimos. Por fortuna sabian dibujar medianamente, y sus

(1) Lugar de Francia, departamento del Calvadés en Normandía.

(*N. del T.*)

continuos paseos por la orilla del mar no podian tener nada de sospechosos.

En este dia de que vamos á hablar, se desencadenaba una grande tempestad; enormes olas se estrellaban sobre la costa y distinguianse á lo lejos algunos buques que apurados luchaban con esfuerzo contra la violencia del huracan. Los dos amigos, no obstante la impetuosidad de la tormenta, caminaban á paso redoblado por los rebaladizos peñascos, embozados cada uno en una larga capa de hule á modo de marineros; llevaban consigo todo el aparato de pintar: botes de colores, cartones y caballetes. Todos andando hablaban con acaloramiento.

—Querido mio, decia Guillermo, principio á creer que el estúpido viejo le ha engañado: bien lo ves, hemos ido buscando desde la mañana hasta la noche... nada hemos encontrado!

—Busquemos mas Brower. Qué diantre! no es aun tiempo de desmayar!...

—Pues bien! ánimo Fox, no pido mas! Registremos, escabemos y rompamos si es

menester todo la costa: en hora buena! Pero oye, francamente, daria toda la parte que me corresponde del tesoro que buscamos, por quinientas libras esterlinas efectivas...

—Vive Dios! Pues yo no, Guillermo!

—Pues yo sí, amigo; por quinientas libras, y aun por la mitad, pues ahora necesito mas especies sonantes que ilusiones. Nuestro capital se reduce á una media docena de soberanos: con esto, amigo, no se va lejos.

—Paciencia, Brower! te juro que dentro de poco seremos millonarios!

—Bah! bah! quimeras! Otro tanto nos valdria ponernos á buscar la piedra filosofal (Hé aqui, hace mas de seis semanas que socabamos por todas partes, mi pobre Fox, como dos arados vivientes, y hasta ahora ni un maravedí hemos hallado, pardiez! es menester confesar que yo tambien he sido un tonto; he creido buena y sencillamente tu famosa historia que no es otra cosa que un cuento de las *Mil y una noches*..... y hace tres meses duermo tranquilo, sin haber so-

dado un solo minuto en los medios de rellenar mi cofre! te repito, amigo Fox, que has sido maravillosamente engañado, burlado y mofado por ese pícaro de Abraham, que no queria mas que una cosa; esplotar tu destreza y escaparse contigo.

—No lo creo Brower! cuando me ha hecho esta confianza Abraham, no estaba en ocasion de bromear; hablaba muy seriamente. Si hubieses visto brillar sus ojuelos y sus ganchosas manos coger el vacio, hubieras conocido que el viejo judio creia tocar su oro.

—Los diamantes, quieres decir? ah! ah! mi querido Fox, estamos magníficamente engañados! Te repito que el pícaro viejo queria libertarse; su tesoro está en el bolsillo de todo el mundo.... El contaba con robar, pillar á derecha ó izquierda, comerse la nuez.... y dejarte las cáscaras.

=Es posible, respondió Fox con aire enojado: no quiero hacer una apología de ese viejo: Pero es un vestia, un necio, un miserable. En fin, lo cierto es que su famosa cajita llena de diamantes, no ha sido aun en-

contrada, y que debe estar en alguna parte. ..

—Oh! en cuanto á eso convengo, pero no en que te haya indicado....

—Ah! Guillermo, me haces hervir la sangre. Me juzgas bien simple? Reflexiona un poco! Dime, si no estubiera segurísimo de que habiamos de hallar la cajita, con mi carácter que ya conoces, con el amor que tengo en el corazon, te parece que podria aguardar sin impacientarme? Me llevaria á Amelia, bien fuese al estremo del mundo, bien al fondo de la tumba. Me vengaria inmediatamente. Pero no, le amo aun bastante para querer que sea feliz.

—Loca creencia! replicó Guillermo encogiéndose de hombros. Mucho mejor hubieras hecho de olvidar á esa muger que no te ama, y seguirme por el continente, hubiéramos jugado ganado en todas partes! El verano en Bade, el invierno en Paris; que existencia tan gozosa y encantada! Pero no has querido, mi pobre amigo; tienes aun ciertas delicadezas, ciertos escrúpulos de conciencia.... que, permíteme te diga son

absurdos y no están en boga. Mira, querido nada hay mas nocivo que el término medio; todo ó nada: he aquí mi divisa. Era menester meterte á cuákero ó hacer lo que yo te decia. Entonces hubiéramos ido los dos viento en popa. Dinero llama dinero, mientras que ahora, henos aquí pobres y necesitados, como dos ratones hambrientos; esto es muy agradable!.... amigo mio, estamos perdidos!

Como el acento de Brower no estaba del todo exento de amargura, Fox creyó que su amigo le dirigia alguna reconvencion.

—Guillermo dijo secamente, si hubiera sabido que la particion de bolsa conmigo debia causarte tantos disgustos, hubiera sabido ahorrártelos...

—Bueno! he aquí que ahora se enfada! Es que estás loco Roberto? Quién diantre te ha hablado de disgustos? Por mi parte no tengo el mas mínimo, ni mucho menos siento el que se haya gastado el dinero. Solamente te digo, que nuestra bolsa está vacía, y yo tengo horror al vacío!

—Tranquilízate, Guillermo; yo me en-

cargo de llenarla de nuevo. Todo consiste en tener un poco de paciencia. Jamás te he dicho que la cosa fuese muy fácil de hallar; las señas del viejo zorro no son quizá del todo exactas: presumo que no queria hacerme la confianza mas que á medias. Pero no importa, me parece que al fin le hallaremos.

—Busquemos, pues, amigo mio: heme aquí pronto á disecar las costas del grande Occeano! Ademas, el momento es apropósito, llueve, sopla el viento, hace un tiempo de todos los diablos, y estamos muy seguros que no encontraremos muchos competidores en semejante empresa. Unicamente si me has de creer, vamos á irnos cada uno por su lado, primeramente, porque así será mas fácil de que hallemos alguna cosa; y despues porque llamaremos menos la atencion de los aduaneros.

—Mejor será, Brower, separémonos; pero es menester aguardar á que sea mas de noche. Ahora, trabajemos en nuestra pintura, ó al menos, imitemos trabajar.

—Bien, Roberto: yo tomo la izquierda; tú sigue la derecha. Oye una palabra: cuan-

do escaves la arena, no estés mucho tiempo agachado hácia el suelo como ayer: eso podria infundir sospechas.

—Bah! querido mio, respondió Fox con negligencia, cómo quieres que sospechen la menor cosa? Somos pintores, plantamos nuestros caballetes tan sólidamente como es posible, para resistir á la fuerza del viento: na fa mas natural que socavar la arena para asegurarlos; no te inquietes por eso. Unicamente no te olvides de las señas; un clavo gordo sirve de marca...

—Adios, Fox, adios. Es menester confesar que profesamos un agradable oficio! Todos los guarda-costas están en sus garitas. Al menos, ya que buscamos, si buscaramos batatas como los señores de Perigod?

—Maldito chancerol dijo Roberto con una contraida sonrisa. Vaya, ánimo y lograremos nuestro objeto... me inspira una especie de presentimiento... Sí, he tenido un sueño magnífico! figúrate que estaba en una fuente de oro... nadando en el...

—Adios, nadador en las ilusiones, interrumpió Brower embozándose en su capa,

en cuyos pliegues se engolfaba la borrasca. Aquí hiela: qué tiempo tan perro!

Los dos amigos se separaron; cada uno echó por un lado opuesto.

Entretanto seguia la tempestad, y la noche principiaba á estender su manto. Brower habia ensayado el pintar un cuarto de hora para distraerse un poco; pero las ráfagas eran tan violentas, que apenas podia sostener el pincel; y mas de una vez su caballete y lienzos estuvieron á punto de ir al mar. Finalmente cerró la cartera; y helado hasta la médula de los huesos, sacó de su bolsillo una calabaza de rom, y la vació casi de un trago para refrigerarse.

Se paseaba de largo á largo, dando fuertes golpes con los pies; pues la sangre medio helada casi no circulaba por sus venas: le crugian los dientes tiritando.

—Maldito Fox! murmuraba con impaciencia, está loco con su tesoro! Qué diantre, es menester que esto concluya! Yo no puedo estar en la costa de centinela desde la mañana hasta la noche: para eso preferiria hacerme aduanero inmediatamente!... Qué diablo, no viene!...

Brower, despues de haber inutilmente socavado la arena alrededor de las quebradas rocas en diferentes sitios, marchó en direccion de donde habia ido Fox.

—Ohe! Ohe! Roberto!... gritaba de vez en cuando, rodeándose la boca con sus dos manos para formar una especie de bocina. Despues silbaba y cantaba á gaznate tendido.

Una hora entera transcurrió: habiase ya cerrado la noche. Un pálido rayo de luna, rompiendo las nubes por intérvalos, atravesaba las tinieblas y caia lúgubremente sobre las espumosas olas.

—Qué diablo! querrá ese demonio que me quede yo aquí? dijo Guillermo con enfado. En dónde diantre estará?

En esto se oyó un tiro.

—Ah! murmuró Guillermo agitado por una sorda inquietud! Qué significa esto? Será que atacan á Fox! Y se adelantó rápidamente hácia el lado por donde habia sonado la detonacion. Inmediatamente percibió una cosa movible y negra: era la sombra de un hombre que venia corriendo.

—Alto ahí! quien sois? grito Guillermo queriendo cortar el paso al fugitivo.

Este acababa de arrojarse con la cabeza baja á los pies de Brower: era Fox.

—Roberto!

—Guillermo!

Se miraban el uno al otro con estupor.

—De dónde vienes, Fox?

—Corramos, corramos, dijo Roberto con viveza: no hay que perder ni un instante... tengo el tesoro!...

—Vaya! te burlas?

—No, toma...

Y Roberto, apartando su capa, dió á Guillermo una cajita, cuya tapa estaba despedazada.

—Ven, ven Brower! continuó arrastrándole. Ese tiro ha despertado á todos los guarda-costas... y quizá van ya en mi seguimiento...

—Pero me dirás...

—Mas tarde... dentro de poco... sígueme!...

Y los dos amigos, apartándose de la orilla del mar, escaparon protegidos por las

tinieblas; volviéndose á la ciudad por caminos desiertos. . . . . .

. . . . . .

Aquel cofrecito de complicada cerradura encerraba una especie de máquina infernal, un aparato fulminante, que debia producir una esplosion en el momento en que probasen romper la tapa.

Por un milagro no mató á Fox el estallar...

III.

El dia fatál

Aquella cajita llena de diamantes, la habia robado el judio Abrahan en el palacio de un rico portugués. Eran todas joyas hereditarias, pues hacia muchos siglos se transmitian sucesivamente en una ilustre familia. Abraham preso en Douwres, por la policía,

decia él, que cuando fué á embarcarse, tuvo la precaucion de arrojar la cajita al mar; en un sitio de inmensa profundidad: los buzos habian hecho inútiles pesquisas, el tesoro se conceptuaba perdido.

Fox y Brower hicieron la particion de los diamantes, y pasaron á París, para venderlos al pormenor. Gillerino se entregó al juego con mas furor que nunca; y llevó durante algun tiempo la vida de los ricos libertinos.

Interinamente Amelia, siempre agitada por vivas angustias, espresaba cada dia recibir noticias d su hija. Pero esta dulce y consoladora idea, no estaba exenta de inquietud y miedo: Fox iba á comparecer de un momento á otro; habia llegado la época fijada para su vuelta.

Turbada por su conciencia, no se atrevia á mirar cara á cara á Mr. Philipps; temblaba delante de él; y muchas veces estuvo á punto de arrojarse á sus piés para hacerle una completa confesion de lo pasado. Pero un terror vivo y poderoso, le cerraba siempre la boca. pensaba en su hija, la que M.

Philipps rechazaria lejos de sí con horror.

Amelia sin comprender esactamente lo que pasaba en el interior de su esposo, estaba segura no obstante de que la observaba con sombría desconfianza. Mr. Philipps le habia espresamente prohibido el salir sola; todas las cartas que venian para ella, las leia antes. El desgraciado sufria todos los tormentos de los celos; de vez en cuando su desesperacion se convertia en rabia, y los mas siniestros designios vagaban por su cabeza. No se trataba con nadie y permanecia encerrado desde la mañana hasta la noche: finalmente llegó á caer gravemente enfermo, y parecia estar de bastante peligro. El magistrado Mr. Steele, era el solo hombre en el mundo que pudo alguna vez entrar en el cuarto de Mr. Philipps. Este dia Mr. Philipps cuyo corazon reposaba de amargura, habia revelado una parte de su secreto á Mr. Steele, el que no obstante su decidida prevencion contra todas las mugeres, tomó animosamente la defensa de Amelia. La conversacion de los dos amigos se habia prolongado hasta muy entrada la noche. Mr. Steele per-

suadido mas que nunca de que Mr. Philipps estaba algo demente, iba á marcharse, cuando un grito terrible, un grito que salia del cuarto de Amelia retumbó en su oido. . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Algunos minutos antes Amelia molida de cansancio y mal humor, se disponia á meterse en cama: arrodillada ante una pequeña miniatura que representaba la hermosa y rubia cabeza de una criatura, rezaba con fervor; y el nombre de Polly se escapaba confusamente de sus lábios. De repente, como herida de un recuerdo, pasó su mano por la frente; se levanto azorada y pareció reflexionar.

—Sí, decia, sí, hoy es el dia! este, este es el mismo dia que ha designado... Dios mio! si no ha querido burlarse de mi desesperacion, si cumple su promesa, voy á volver á ver á mi hija!... Luego por qué tiemblo?.... Oh! ese hombre me aterra!...

Habia apagado las bujías; una lámpara tan solo alumbraba el cuarto, dando una

luz débil y pálida, que vacilaba sobre las colgaduras carmesíes.

Amelia tembló: se habia oido un ruido singular: la puerta pequeña que comunicaba al corredor se movió y rechinó; despues sonó un crujido de hierro en la cerradura, como el de una llave, que el mobo impide girar en los resortes.

Amelia presa de un vago terror, dió un paso hácia la puerta, que se abrió en el mismo instante: Roberto Fox apareció.

Amelia quedó como petrificada.

—Héme aquí! dijo Fox, cojiéndole la mano. Amelia; cumplo mi palabra... Me aguardabas quizá?

Amelia, pálida y fria como el mármol, no pudo mas que responder con una voz sorda é indistinta:

—Mi hija! en dónde está mi hija?

—Vas á verla Amelia, te lo juro! fresca y rolliza con sus hermosos cabellos rubios!.... Dentro de una hora estará al estremo del jardin; allí iré yo en un coche con ella...

Amelia, sobrecojida de un triste estupor, miraba á Fox con los ojos centellantes y la

boca entreabierta; por su ademan mostraba no comprender lo que queria decir Roberto.

—Nada tienes que temer, Amelia; la noche es oscura, es imposible que vean tu huida. Dentro de una hora, has entendido?

Amelia, comprendió al fin lo que exijia de ella; y aumentó su terror.

—Oh! piedad, Roberto! dijo juntando las manos. Quereis perderme?... Si supiéseis! mi marido lo sospecha todo!...

—No sospechará por mucho tiempo! respondió Fox con aire sombrío. Tranquilizate, Amelia: yo velo sobre tí y tu hija; pero el amor no ha apagado en mi corazon la sed de la venganza..... ya verás!

—Me asustais, Roberto!

—Vamos, calma..... un poco de ánimo! Te digo que no corres el menor riesgo..... Amelia, continuó asomando á sus ojos un rayo de fatal alegría: si supieras cuan bella eres! si supieras cuanto te amo!.....

=Oh! piedad!

—Escucha: ahora soy rico..... mas rico que ese hombre! ya no puedo temer para tí

la indijencia ni la desgracia... En fin, vas á seguirme!.... para no separarnos mas.

—Pero Roberto, eso es una locura! dijo Amelia con tristeza. ¿A dónde podriamos huir juntos? Soy la esposa de Mr. Philipps....

—No, tú no eres su esposa! que lo eres mia!..... y ademas ¿qué me importa! Yo te amo! te adoro! digo que te adoro, y nadie podrá arrancarte de mis brazos!....

—Roberto, os lo repito, estais demente! ¿Qué puede mediar entre nosotros dos? Nada mas que la deshonra y la desgracia!...

—Oh no, el amor!.... Amelia, mi resolucion es grande y firme! debe cumplirse! Todo lo he previsto: no tiembles... Dentro de una hora habrás muerto para todo el mundo; vivirás solo para mí!

—Cielo! ¿qué quereis decir?

—Dejaremos para siempre la Inglaterra; iremos á vivir á un pais estranjero con nuestra hija..... y allí seremos felices!

—Oh! Roberto no lo espereis; jamás!...

—Tú me perteneces Amelia... y vengo á reclamarte! Vamos! haz tus preparativos de marcha... el tiempo urje.

Amelia se arrojó á los pies de Roberto.

=Pues bien! esclamó con voz suplicante, puesto que sois inflexible, al menos concededme una gracia: tened cuidado de mi hija..... que no quede huérfana..... encargarla á una buena y honrada muger, que le haga las veces de madre..... Entonces, me resigno á ese atroz sacrificio!... no la veré mas!... Pero tendré la certeza de que es feliz!.....

—¿Feliz la pobre niña sin verte? ¿es eso posible, Amelia? No; no mas abrazos furtivos! basta de esas correrías nocturnas para ir á verla! Necesita á su madre..... no te dejará ya mas! ¿Pero á qué vanas dudas? Amelia, me has hecho una promesa... vengo á recordártela!..... Adios! mi presencia aun es necesaria en otra parte para la ejecucion de mi proyecto...

—Roberto, interrumpió Amelia con angustia, ah! tiemblo! si alguien os hubiese visto entrar!

-Es imposible! he tomado mis medidas... Pero adios, me aguardan!.. Amelia dentro de

una hora! que seas exacta..... yo lo seré.

—No, no! repuso Amelia con acento enérgico. No iré!

—¿Con que no quieres volver jamás á ver á tu hija?

—Si para ello es menester seguiros, no... ir yo con vos mi perseguidor; con vos, mi génio fatal, con vos, la causa de todos mis remordimientos y penas!... Oh! jamás!.....

—Ah! dijo Roberto con una sonrisa llena de amargura, al menos sois franca! Bravisimo! He aquí toda la recompensa de mi amor! Pues bien! Puesto que no quieres ir, seré yo quien vendrá! Entonces nada de consideraciones ni dudas..... Te llevaré á la fuerza!.....

—Cielos!

Amelia juntas sus trémulas manos, seguia implorando á Roberto con la accion y con la vista: pero este permanecia impasible.

—Aqui tengo gente que me aguarda, prosiguió estendiendo una mano hácia el corredor. No tengo que decir mas que una palabra, y si me obligas.....

Al propio tiempo se dirigió hácia la puerta.

Amelia recobrando de repente en medio de su terror una sobrenatural enerjia, esclamó:

—Antes que vos hablaré yo! Voy á decirlo todo..... Tomarán mi defensa y la de mi hija! Voy al cuarto de mi marido á arrojarme á sus pies.....

Se dirijia hácia la puerta que conducia al gabinete de M. Philipps; Fox la detuvo con mano fuerte y furiosa.

—Escúchame bien! dijo meneando la cabeza con aire de sombria amenaza. Si hablas... una sola palabra... perece tu hija!...

—Ah!

—Perecemos todos! La casa inmediata está minada... hay en la cueva un monton de pólvora... No aguardan mas que mi señal. Esta casa va á volar con la otra! Tu hija está en la de al lado!

Amelia dió un grito penetrante y lúgubre.

—Mi hija!..... ah!... iré!...

Roberto acaba de salir bruscamente por la puerta del corredor.

Amelia cayó desmayada.....

En este momento fué cuando Mr. Philipps, oyendo un grito que reconoció ser de Amelia, salió apresuradamente de su cuarto seguido de Mr. Steele, y entró en la habitacion de su esposa.

IV.

El desmayo.

M. Philipps levantó á Amelia privada del sentido, y la llevó sobre un canapé.

—Amelia, dijo asustado; ¡oh por Dios, vuelve en tí!

La cubrió de besos y la abrazó entre sus convulsos brazos.

—Dios mio! no me oye! ningun movimiento!

Estaba aterrado; su profunda y sorda có-

lera contra Amelia acababa de ceder al terror y la desesperacion.

En fin, Amelia abrió los ojos. Sus ideas vagaban confusas y turbadas por la mente; miró á su alrededor con una espresion de estravío; creyó ver á Roberto Fox.

—¡Oh! esclamó cogiendo entre sus trémulas manos las de su esposo, á quien tomaba por Roberto. Oh! si alguna vez me habeis amado!... por favor, salvad á mi hija!...

—Qué dice? murmuró Mr. Philipps.

—Pero huid! Dios! si viniera mi esposo!

—¡Qué oigo! Ah! Desgraciada!....

En este momento reconoció á M. Philipps, y se retiró hácia atras con espanto.

—Hé aquí el infame secreto. A tu pesar se escapó de tus labios; habla, habla. ¿En donde está tu amante?

Amelia no pudo contestar; el estupor le cerró la boca. En su desvanecimiento no habia visto desaparecer á Fox, le creia aun á su lado.

—¿En donde está? continuó M. Philipps, pálido como la muerte.

—Señor!... Señor!... Oh! piedad! no soy culpable!

—Un hombre ha estado aquí ahora mismo, señora.

Y como en vez de contestarle, Amelia recorrió todo el cuarto con ojos estraviados, prosiguó con voz de trueno:

—Quizá aun no ha marchado el miserable! ah! tanto mejor! va á morir!

Lanzóse inmediatamente hácia el gabinete del tocador y despues á la alcoba: levantó las cortinas, las sábanas, y buscó por todas partes profiriendo espantosas amenazas.

Amelia, persuadida de que Fox, estaba oculto en el cuarto, probó detener á M. Philipps, quien la rechazó violentamente; lloros, suspiros, súplicas, todo fué en vano.

—Si, desgraciada; dijo sordamente Mr. Philipps, me pides favor para él.... Pero no lo habrá.... le voy á moler, á chafarle bajo mis pies... cuéntale muerto.

Las cortinas fueron arrancadas con sus varillas; iba y venia de un estremo al otro del cuarto, trémulo, frenético y terrible.

Amelia seguia suplicando y se retorcia los puños.

—Como! dijo M. Philipps con rábia, viendo que eran inútiles sus pesquisas. Nada! nada! no podré encontrar á mi enemigo mortal!

Amelia no pudo comprender la desaparicion de Fox pero convencida al fin de que no estaba en el cuarto, se reanimó un poco y procuró serenarse. Inmediatamente se acordó de las últimas palabras de Roberto, de su terrible mandato, de aquella cita que debia tener lugar dentro de una hora, y finalmente del espantoso peligro que amenazaba á su hija.

M. Philipps, conociendo, en fin, que no habia nadie escondido, asió con fuerza el brazo de Amelia.

—Se me ha escapado otra vez, dijo: no podré satisfacer mi venganza! Ah! muger ingrata y pérfida! yo que tanto te he amado, venderme así!.....

—Philipps! Philipps! murmuró, es la fatalidad!... no soy tan criminal como creeis... Ah! si supiéseis!...

—Hablad, pues.

Entonces se empeñó en el corazon de Amelia una lucha violenta; ¿debia guardar silencio ó nó? Si hablaba perecia su hija; Roberto Fox cumpliria su atroz amenaza. Si callaba, era menester que obedeciese y se convirtiese en la esclava de un hombre odioso, despreciable.

M. Philipps asedió aun mas á Amelia con preguntas; era aquella una mezcla indefinible de furor, desesperacion y ternura.

—Amelia, dimelo todo, quizá tendré aun valor de perdonarte, pues te amo! Sí te amo!... No hay en el mundo nadie á quien yo pueda amar mas que á tí!... efectivamente que eres muy culpable! has destrozado y martirizado mi corazon... pero no importa, si quieres ser sincera, haré todo lo posible por olvidarlo... Huiremos juntos, lejos, muy lejos... Te arrancaré de entre los lazos que te ha tendido ese miserable...

—Oh! Sí, huyamos; dijo Amelia fuera de sí! Aquí está la muerte.

A cada instante aumentaba su turbacion

Dejó escapar algunas frases incoherentes y vagas, entre las cuales sonó el nombre de Roberto Fox.

M. Philipps tembló.

—¿A qué viene el nombrar á ese hombre?

Amelia continuó en su desvarío, ó por mejor decir delirio.

—Oh! es un hombre capáz de todo! un hombre sin entrañas! No es amor, es ódio el que me tiene. Mi hija! mi pobre hija!

—Su hija? qué dice? esclamó M. Philipps, cuyos ojos arrojaban llamas. Amelia, ¿estás loca? qué hablas de Roberto? Mucho amas á ese hombre cuando piensas en él aun despues de muerto.

Estas últimas palabras disiparon la nube que cubria el espíritu de Amelia. Miró á M. Philipps con una espresion de miedo y de esperanza.

—Vamos, dime, repuso irritado; ¿á qué viene el nombrar á ese hombre? Bien sabes que es muerto.

—Oh! Sí, murmuró Amelia con una risa sardónica.

—¿Y quieres así engañarme? No es ese el

nombre que te pregunto; es el otro. Vamos pronto, señora, no me oculteis nada... Amelia, no ha mucho habia un hombre en vuestro cuarto: quiero saber quien es.

Amelia sufria atrozmente.

—Pues bien, sí, todo os lo diré; pero perdon! oh! perdon!

Y se arrojó á los pies de M. Philipps.

—¿Y bien?

De repente, Amelia volvió la cabeza hácia la puerta que sirvió de entrada á Fox; despues miró al relój y tembló.

—Luego es la hora? dijo con una voz sofocada. Oh! Dios mio! ¿qué haré?

Entonces sus ojos se ofuscaron, se entrecortó su lengua, y se escaparon de sus lábios locas esclamaciones.

—Si pudiera matarme! Oh! que atroz suplicio!.... Matadme vos, matadme!

Cayó de nuevo de rodillas; su pecho estaba henchido por los suspiros; su rostro bañado en lágrimas; sus largos cabellos flotaban sobre las espaldas: hubiérase dicho que lloraba sobre una tumba.

M. Philipps no pudo evitar un profundo enternecimiento.

=Amelia! querida Amelia! Oh! cuán hermosa eres!

Pero á este trasporte de amor y de entusiasmo, sucedió un febril enojo, un acceso de rabia.

—No me ama, esclamó. Es á otro á quien ella adora.

Quedó por un instante sumido en un triste silencio; despues dándose un golpe en la frente con un ademan de dolorosa satisfaccion, recorrió el cuarto á grandes pasos. Una idea acababa de iluminar su espíritu como el fuego de un relámpago....

—Amelia, dijo con calma, pero con voz aun tremenda, vais á seguirme. Ponéos inmediatamente una capa de viage. Dentro de algunos minutos vuelvo; os diré mis intenciones.

Y salió del cuarto bruscamente.

Amelia quedó estupefacta.

V.

La esplosion.

Mientras esto sucedia en casa de M. Philipps, Fox y Brower estaban en la cueva de la casa inmediata. Una linterna sorda, puesta sobre un escalon, arrojaba un rayo de luz vivo y deslumbrador, que trazaba en las tinieblas del subterráneo como una cinta de fuego. Fox tenia una palanca de hierro, por medio de la cual levantaba las piedras de la pared minada ya profundamente. Brower destapaba uno tras de otro algunos

barriles de pólvora, los que amontonaba en un rincon.

—Vamos, Guillermo, ven á ayudarme un poco, dijo Fox; el tiempo urge...

—Con que estás decidido, Roberto?

—Siempre!

Esto diciendo, Fox trabajaba con mas ardor; ya la pared estaba agujereada de parte á parte.

—Haces mucho ruido, Roberto... Qué diantre, ten cuidado! vas á llamar la atencion de todos... y tendria malos resultados nuestra empresa! nos cogerian á los dos en la ratonera!

—No temas, Guillermo, nada pueden oir. Vamos ven, ayúdame....

Roberto acababa de dejar su palanca y de tomar una grande piqueta; golpeaba contra una piedra y salió una chispa.

—Eh! Eh! poco á poco! dijo Guillermo con voz agitada. Vas á hacernos volar con todos los diablos!... Oye, deja tu piqueta; ahora no es menester mas que empujar lo restante de la pared hácia la otra cueva....

Entonces, armándose cada uno de una

palanca, empujaron con fuerza el delgado tabique de argamasa que los separaba aun de la cueva vecina. Bien pronto la abertura que habia sido preparada de antemano fué bastante ancha para dejar pasar el cuerpo de un hombre. Fox cogió un barril de pólvora y Brower otro, y los vaciaron en medio de las piedras y yeso del otro lado de la pared, bajo el mismo cuarto de M. Philipps.

—Vive Dios! dijo Guillermo, que para ser dos aprendices mineros, espero que haremos maravillas! La casa del señor juez va á saltar por el aire como una castaña que al ponerla á tostar se han olvidado de cortarla!...

—Démonos prisa! dijo Fox con una fúnebre sonrisa. Qué felicidad! voy á vengarme!...

—Si, es bastante agradable, querido amigo; pero es menester confesar que jugamos un albur muy grande!

—Si tienes miedo, aun es tiempo, déjame, Brower!

—Precisamente miedo, no; pero por vi-

da mia, que el chasco es un poco rudo! Estás loco... pero no importa! te ayudaré hasta el último estremo de tu demencia. Despues de esto, amigo mio, si hay una cuerda la partiremos como buenos hermanos...

Fox estaba sombrío y silencioso; sacó el reloj.

—No tenemos mas que media hora, Guillermo: vamos pronto, prepara la mecha... voy á poner el rastro de pólvora.

Brower permanecia inmóvil, triste y pensativo, con los brazos cruzados.

—Voto al diablo! No te conozco Guillermo; me pareces una estátua! Acaso te falta la resolucion cuando es menester obrar? tú que tanto cacareabas...

—Calla, hombre, baja un poco la voz si puedes! repuso Guillermo con una forzada sonrisa. Sé muy bien que las paredes no tienen oidos, como dicen; pero es igual, temo á los escuchas... y pueden serlo hasta los ratones de la cueva.

—Brower, interrumpió Fox con tono grave y solemne; mas tarde nos reiremos; ahora estemos sérios. Supongo que no habrás

olvidado todo lo que está convenido entre nosotros: tú eres quien se encarga de la niña...

—Sí, yo haré las veces de la nodriza... Pero, y si grita la criatura?

—Un pañuelo en la boca! Nada mas, nada de violencia, sofoca sus gritos, pero no le hagas ningun mal.

—Calla, Roberto; si me creyeras, confiaríamos buenamente la niño á alguien: las criaturas incomodan mucho en semejantes casos... bastante que hacer hay con la madre!

—Guillermo, olvidas que he prometido á Amelia volverle su hija? Cumpliré mi promesa!

—Así sea! Pero eres un loco rematado!

Roberto no dió respuesta alguna; dispuso una larga mecha que correspondia á un tonel de pólvora, y que debia terminar en la entrada de las cuevas. Los dos cómplices tenian por consecuencia tiempo suficiente de alejarse despues de haber prendido fuego á aquella mecha, que no podia quemarse antes de media hora larga.

Subieron precipitadamente la escalera. Un coche esperaba en el patio: Brower envolvió en su capa á la niña que dormia profundamente; y despues subió al coche con Roberto Fox.

Algunos minutos despues la silla de posta paró delante de la puertecita del jardin de M. Philipps.

=Aun no hay nadie! dijo Fox con voz sorda y trémula. Oh! si no viniese!

—Mira, la puerta está abierta dijo Brower: sin duda que Amelia ha venido antes que nosotros: nos aguarda...

—Silencio, Brower! oigo pasos...

Y los dos se pusieron á escuchar con angustia: un ruido indefinible acábaba de oirse en el follage, detrás de la cerca.

—Si nos espiará alguien? dijo Brower.

—Y quél infeliz de él!... aquí tengo mi puñal! Fox iba á bajar del coche: Brower le detuvo.

—Sé prudente un minuto mas... Me parece que es Amelia...

El ruido del follage habia cesado del todo.

—Nadie!... dijo Fox con un mal disimulado furor. Oh! si me hubiese engañado! si no viniese!..

Al propio tiempo, olvidando la prudencia, dió violentas patadas; esta fuerte sacudida comunicó al coche un movimiento de oscilacion que despertó á la niña.

—Calla! en dónde estoy? dijo con una vocecita dulce y tímida. Esto es un coche!...

El ruido que no se oia ya principió de nuevo entre la maleza.

—Otra vez! dijo Fox. Oh! voy á ver!...

Brower le detuvo enérgicamente por el brazo.

—Créeme, huyamos! hemos sido descubiertos... alejémonos cuanto antes!

Una hora dió en los relojes.

—Nadie! Nadie! esclamó Fox, que palpitaba de impaciencia y de furor. Oh! si no cumple su promesa!...

—Oye, Roberto, lo mejor es salvarnos. Amelia no puede venir porque la espian... Esperar aun es perdernos!...

—No queda mas que un cuarto de hora! dijo Fox golpeándose la frente. Pero aun

tengo tiempo de llegar hasta su cuarto y traerla en mis brazos!...

=No, no, Roberto; eso sería una locura! los menores obstáculos ocasionarian tu perdicion... Y despues estamos acaso seguros de que son exactos nuestros cálculos?... de un momento á otro quizá va á volar la casa...

—Oh! sí, dentro de un instante! esclamó Fox con desesperacion; y la pobre Amelia no sería mas que un cadáver! sus miembros destrozados caerian junto á nosotros! Oh, Brower! qué idea tan horrible!... No, no! eso no será! voy á salvarla!

—Vas á morir... desgraciado! no salgas del coche... andando postillon!... á todo escape!

—El látigo crugió, y el coche partió al trote.

Pero Fox, rompiendo la portezuela de un puntapié, y rechazando á Guillermo con violencia, se lanzó á tierra y corrió hácia la puerta del jardin.

Brower le vió desaparecer en las tinieblas...

Pocos momentos despues se oyó una esplosion terrible; una enorme masa de llamas se elevó por los aires; un diluvio de cenizas, piedras y maderos abrasados cayó con sordo ruido; hubiérase dicho que era la erupcion de un volcan. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

PARTE CUARTA.

LA VIBORA.

VI.

La sainte-Baume.

Difícilmente podria hallarse perspectiva mas encantadora que los alrededores de Frejus (1); todas aquellas colinas, tapizadas de verde y cubiertas de viñas; y las prade-

(1) Ciudad de Francia, departamento del Var: Provenza.

N. del T.

ras embalsamadas de flores aromáticas, llenas de cristalinos riachuelos y de argentados pájaros que serpentean caprichosamente por las plantas, forman un conjunto hermoso con el blanco follaje de los olivos que se destaca y brilla sobre el oscuro verdor de los grandes pinos marítimos.

En medio de aquella rica y lujuriosa naturaleza del Mediodía, se descubren los antiguos trozos de acueductos romanos semejantes á jigantescas serpientes de piedra mutiladas que desearian volver á unirse. Por un lado el mar resplandeciente y azul como un záfiro, coronadas sus costas de enormes rocas; por otro un colosal anfiteatro de montañas que ondulan junto al horizonte, tan pronto desnudas, ásperas y descarnadas, como revestidas de una deslumbradora capa de verdor y del flotante oro de las mieses; vasto y magestuoso panorama, mágica pintura de la que nadie puede dar una idea.

Se ven en los alrededores de Frejus infinidad de jardines y deliciosas aldeas, en medio de las cuales se desarrollan y muc-

ren todas las flores y frutos de los trópicos.

Indudablemente no hay region mas deliciosa que aquella parte de la Provenza. El aire es sano y perfumado; las plantas y las flores exhalan aroma: parece que á los rayos de aquel hermoso cielo diáfano, inundado de sol, la vida es mas ligera y feliz; la imaginacion mas risueña y mas rica, y el cuerpo mas flexible y menos entorpecido.

La Sainte-Baume es una de las montañas mas altas de la Provenza: tiene de elevacion tres mil pies, y desde su cima se descubre un inmenso horizonte. Al Norte y al E. un horroroso y sombrío precipicio, al Sur y Poniente el Mediterráneo, grande sábana de azul; las bocas del Ródano vomitan sus ondas á través de las lagunas de Camargue y del vasto estanque de Berre; descúbrense despues pueblos, lugarcillos y aldeas repartidos con estraña profusion y maravillosa armonía, en medio de los paisages inundados de luz.

No es muy penoso subir á la Sainte-Baume por un lado: el camino se desar-

rolla como una cinta de arena á través de una espesa floresta de abetos, de maleza y de antiquísimas encinas.

Casi en la cima de la montaña se halla una caverna en donde dicen que Santa Magdalena vivió é hizo penitencia muchos años.

Al lado de aquella caverna cuyos lados y bóveda tallados en la roca están tapizados de soberbias estaláctitas(1), han construido un convento de trapenses, agarrado como un nido de águila al hueco de la montaña. Allí viven pobres cenobitas separados del mundo, siempre orando, entre el ayuno y las mortificaciones: cuando el invierno es muy rigoroso y el pico de la Sainte-Baume está cubierto de nieve, entonces bajan á otro monasterio, edificado en la falda y abrigado por una larga hilera de abetos.

La regla del convento es muy rígida: su alimento se reduce á raices cocidas con agua, y crudas; su trage consiste en un tos-

(1) Especie de piedra que se forma en las grutas y cavernas subterráneas.

(N. del T.)

co sayal de paño gris, tanto en invierno como en verano.

Obsérvase un completo silencio; su celda estrecha y desnuda, tiene por mueblaje una tabla mal cepillada que hace las veces de cama, y todo el adorno consiste en una calavera con dos huesos en cruz; despues en las paredes y sobre la puerta se ven gravadas sentencias lúgubres, versos de Isaias amenazadores y sombrios, y pensamientos de muerte. De entre aquellos religiosos, los que tienen mas culpas que espiar, se acuestan en un ataud, y emplean cada dia muchas horas en abrir su sepultura en el cementerio del convento. Todo aquel que quiere hacerse trapense, rico ó pobre, jóven ó viejo, es recibido en la comunidad; no le preguntan de dónde viene, quién es, ni si ha cometido ó no algun crímen; le dan inmediatamente el hábito gris y el ceñidor de cuerda; le abren una celda, y héle trapense. Por lo tanto no es cosa nueva el que hombres perseguidos por la ley de la sociedad, hayan buscado un refugio temporal en el convento de la Sainte-Baume, que ha con-

servado mucho tiempo el privilegio de los antiguos sitios de asilo.

En el mismo dintel de aquel tranquilo monasterio se conoce que los hombres fatigados por una vida agitada y violenta, despues de todas las decepciones y amargos desengaños de la juventud, han ido á reposar allí de una borrascosa existencia, como los viejos marinos en un puerto seguro y apacible.

Apenas habeis puesto el pié en el convento, cuando os rodea y halaga una atmósfera de calma; el corazon late mas despacio, los tumultos del alma y del espíritu se apaciguan; aquella fiebre de los sentidos que devora á los habitantes de las ciudades, parece estinguirse, inmediatamente como por mágia, y lleno uno de recogimiento y piadosa resignacion, compadece las locas pasiones del mundo, y aquellas pueriles agitaciones que no conducen mas que á la desgracia ó al crímen.

Érase hácia mediados del mes de junio. El dia se anunciaba brillante y magnífico; ni una nube habia en el cielo; templada y

acariciadora brisa agitaba muellemente las hojas. Una corta caravana se dirigia hácia la Sainte-Baume.

A la cabeza iba un hombre á caballo que parecia tener unos cincuenta años; sus sienes estaban calvas, sus mejillas descarnadas y pálidas; pero mirándole con algo de atencion, podíase distinguir que no era la edad sola la que habia devastado y marchitado aquel rostro que llevaba la inefable marca de los disgustos y sufrimiento moral. A su lado iba tambien á caballo una muger jóven aun y de una maravillosa hermosura.

Nada mas elegante y poético que su porte y fisonomía; pero parecia tambien que estaba triste; un aire de profunda desesperacion se entreveia en toda ella.

Detrás de ambos caminaba un criado y un guia, montados uno y otro sobre mulas que llevaban las provisiones de boca y las capas: pues el viento que sopla en la cima de la montaña es glacial, y cuando se llega sudando la precaucion de una capa no es inútil.

El guia, honrado y franco provenzal tenia

muchas ganas de hablar con el criado para abreviar lo largo del camino: por lo tanto, le asediaba con preguntas, mas ó menos insidiosas, pero siempre inútilmente: el viejo criado, hombre bueno, grueso, con los cabellos rojos y el rostro encarnado, no respondia al obstinado interlocutor mas que con signos de cabeza ó monosílabos, que probaban palpablemente, y de una manera bien clara, que no queria seguir la conversacion; pero el necio conductor parecia no comprenderlo.

—Señor, decia, en una gerga provenzal muy fácil de traducir en frances, hace mucho tiempo que vuestro buen amo vive por estos alrededores?

—Sí.

—Y cómo le llamais? M. Barweel, ó una cosa así?

—Sí.

—M. Barweel, no es un lord de Inglaterra!

El buen criado hizo un movimiento equivoco, que podia interpretarse de mil maneras.

—Sabeis, señor, repuso el guia sin deses-

perarse, sabeis que M. Barweel tiene muy buenas trazas? debe ser un hombre muy amable!

—Lo es, dijo el inglés gravemente, para variar un poco su vocabulario.

En fin, estas eran todas las respuestas que daba el criado de las megillas encarnadas, con aquella admirable y maravillosa sangre fria británica que nadie puede igualar. Asi no corria mucho riesgo de comprometerse.

—Decidme, señor inglés, repuso el guia con un tono de indecible desden, apuesto que vuestro amo es muy rico, y que vos ocupais á su lado un buen lugar!...

Esta pregunta no fué seguida de respuesta alguna. El buen criado sacudió rudamente la brida de sú mula para hacerla andar: el pobre animal, agoviado por el peso, acababa de pararse sofocado para beber en un pequeño riachuelo que murmuraba corriendo á través del camino, sobre blancos y pulidos guijarros.

La caravana se hallaba entonces en un sitio muy pintoresco: á derecha é izquierda árboles de tronco nudoso y cubierto de mus-

go, entrelazados de *lianes*. (1) Al fondo del bosque un monton de rocas color rojizo que se destacaba vivamente sobre el sombrío follage. Levantando la cabeza, se veia el mellado pico de la montaña, con el convento, que contemplado á semejante distancia, no parecia mucho mayor que un huevo de avestruz.

De todas partes se exhalaba un olor balsámico, mezcla indefinible compuesta de mil perfumes: á cada ráfaga de viento se elevaba un aroma de jazmin, heliotropos, (2) varas de José y de otras muchas plantas silvestres.

—Parémonos un momento, amiga mia, dijo M. Barwel, á su jóven compañera: mira qué admirable perspectiva!

La jóven levantó la cabeza, echó una melancólica ojeada á su alrededor, y respondió con distraccion:

---

(1) Planta de América que sirve de cuerda, semejante á nuestras enredaderas.

(*N. del T.*)

(2) Girasol.

—Sí, admirable.

—Cómo! tan friamente dices eso, Enriqueta! repuso M. Barwel con un aire de reproche. No te gusta?

Enriqueta no dió respuesta alguna, y se sonrió con aire triste.

—Y yo que buenamente creia estarias encantada! Pues bien ves, amiga mia, que no hay cosa mas arrebatadora en el mundo que este paisaje! Yo no soy naturalmente muy entusiasta, y sin embargo estoy maravillado! me parece que deberias dar gritos de admiracion, tú que eres poética, que adoras y gustas de las hermosas descripciones de los libros y de las pinturas en los museos .. Confesarás que todos los poetas y pintores del mundo, jamas han producido nada que sea comparable con esto?...

—Efectivamente, respondió Enriqueta, esforzándose en ocultar un poco su indiferencia: este punto de vista es hermosísimo.

M. Barwel se vió obligado á contentarse con un elogio tan frio, y acercando su caballo al de Enriqueta, la dijo con una indefinible espresion de amor:

—Angel mio, vamos francamente, dime, es que te fatiga este viagecito? Si quieres no pasaremos adelante!... Qué pálida estás!... es que sufres, no es verdad?

—No, no amigo mio...

—No tienes mas que decir una palabra, querida mia y nos volvemos por el mismo camino... Sabes que soy tu esclavo, y que siempre estoy á tus órdenes.

—Oh! sí lo sé... Sois bueno y generoso!

—Mi pobre Enriqueta! te ruego que me digas lo que quieres... no he propuesto esta escursion mas que para distraerte; es tan sedentaria tu vida en Villemare, tan uniforme! Esperaba que un poco de ejercicio te probaria....

—Gracias! dijo, oh gracias!

Y tendiendo una mano á M. Barwel, le dirigió una mirada llena de reconocimiento.

M. Barwel estrechó contra su corazon la mano fina y delicada de Enriqueta; despues tocando las ancas de su caballo con el látigo, prosiguió andando.

—Señor, dijo el guia al obeso criado: no

echaremos luego pie á tierra para ver un poco el convento? es muy curioso!...

—Me es indiferente! respondió el inglés con tono grave.

—Señor, imaginaos que los reverendos padres no son mas que diez y nueve..... en tres meses han muerto cinco; es como una epidemia! Ah! no es estraño! los trapenses no comen ni carne ni pescado!... El régimen es muy duro... Pan bazo, agua, ajos y cebollas; hé aqui todos sus manjares.

El obeso inglés hizo un gesto, por el que parecia protestar altamente contra semejante higiene; despues, sacando de su bolsillo un frasquito lleno de añejo rom, engulló dos tragos.

—Señor, eso es muy bueno para cuando se vá por las montañas! dijo el guia pasando la lengua alrededor de su boca en ademan de apetito. Yo os prometo que ese hermoso mueblecillo no estará de mas, cuando habremos llegado *á le Saint Pilon*. En esto M. Barweel, volviéndose hácia la grupa de su caballo, sin alterar el paso, preguntó al guia si estaban muy lejos aun del monasterio.

—Ya casi llegamos, señor, respondió el mozo de mulas; detrás de aquel bosquecillo allí bajo, veis?... Milord, deseais visitar á los trapenses?

—Sin duda que sí... á menos que la señora mande otra cosa.

—Vamos pues al convento, dijo M. Barwel al guia.

Este último tomó un cierto aire de importancia.

—Os debo advertir, Milord que las señoras no pueden entrar en el convento; hay órdenes muy severas...

—Bah! amigo mio, probaremos, respondió M. Barwel. Además, las limosnas son tan bien recibidas aquí como en todas partes, y presumo que no las rehusarian, mucho menos de la mano de una linda mujer.

Hablando de esta suerte, M. Barwel agitó la rienda á su caballo, y animó al de Enriqueta.

La subida parecia entonces casi insensible. Llegaron á un ancho llano cubierto de árboles; en medio de los cuales aparecian las blancas paredes del monasterio. Veíanse á

lo lejos y al través de las ramas algunos trapenses que se paseaban silenciosamente por el jardin; y otros cavaban la tierra ó cogian raices para la comida.

La pequeña cabalgada acababa de pararse delante de la reja. El guia tocó la campana, y un trapense, antes de abrir, preguntó que se les ofrecia.

—Deseamos visitar el convento, hermano, dijo M. Barwel saludándole con respeto.

El religioso echó una mirada á su alrededor, y viendo que entre las personas que podian entrar, se hallaba una mujer, respondió á M. Barwel con una política grave, teniendo siempre los ojos bajos:

—Señor, el convento se tendria por muy honrado en recibiros, como igualmente á los que os acompañan; pero nuestra institucion prohibe la entrada de mujer alguna en el monasterio.

M. Barwel, que hubiera querido procurar á Enriqueta alguna distraccion para sacarla de su comun melancolía, insistió, pero inútilmente:

—Amigo mio, dijo Enriqueta con una voz

muy suave, bien veis que es imposible; no insistais mas. Todo lo que pido á estos buenos religiosos, es que rueguen á Dios por nosotros.

Mientras que Enriqueta hablaba, un trapense que estaba arrodillado á alguna distancia sobre las piedras, mirando á tierra, levantó de repente la cabeza: echó una rápida ojeada sobre ella, y pareció temblar.

El guia advirtió la singular distraccion y la mirada estraña del trapense; despues, sonriendo con aire burlon, dijo al criado inglés.

—Calla! calla! El hermano Cirilo que mira á las mugeres... eso es admirable!

Aquel monge que parecia aun jóven, no obstante la alteracion de sus facciones y descarnado de su rostro, estaba pálido como una figura de mármol, sus espesas y negras cejas hacian resaltar mas el fuego de sus ojos, que brillaban en el fondo de sus órbitas como una llama en una caverna.

Enriqueta no habia observado el movimiento del trapense, quien bajando de nuevo la cabeza, se habia puesto á rezar

y golpeaba su frente contra las piedras. Enriqueta sacó de la bolsa una moneda de oro, y la puso en la mano seca y huesosa del viejo monge de barba blanca, que les hablaba á través de la verja.

Pocos momentos despues, la cabalgada se encaminaba hácia la cúspide de la montaña.

—Siento que la regla de esta órden sea tan austera, dijo M. Barwel; el interior de ese convento y sus claustrales costumbres, te hubieran, sin duda, interesado mucho.

—Oh! indudablemente, milord, añadió el guia, que se habia acercado, sin advertirlo Mr. Barwel, con la esperanza de entablar una corta conversacion. Os aseguro que es muy singular su casita. Pero bien os lo decia yo, la sola visita de unas faldas les hace huir: ahora son mas feroces que nunca..... Sí, sí, creedme, sobre todo desde la entrada del hermano Cirilo, á quien habeis visto allí ahora mismo; abomina á todas las mugeres...

—Pues quién es ese hermano Cirilo? preguntó monsieur Barwel.

—Ah! milord, es aquel tan pálido que meditaba con la cabeza contra las piedras. Por vida mia que habeis hecho muy bien en no dirijirle vuestro saludo, pues aquel pájaro hubiera asustado á la señora con sus contorsiones.

—Decidme, hace mucho tiempo que ese hermano está en el convento de la Sainte-Baume?

—Seis ó siete meses poco mas ó menos, milord; si supiéseis cuanto se cuenta de él! Qué atroces historias! Dicen que es un señoron que se oculta, y que ha venido á hacer penitencia por un crímen abominable. Hay quien dice que el hermano Cirilo es un inglés, de vuestro pais, milord...

—De veras? dijo Mr. Barwel con una espresion de curiosidad involuntaria. Siento no haber hablado un poco con ese hombre.

—Consolaos, milord, el hermano Cirilo no es hablador... no hubiérais tenido con él muy larga conversacion: desde que está en el convento, apuesto que no ha articulado cuatro palabras seguidas, es-

cepto para decir, abriendo su sepultura: *Hermanos, morir habemos.*

—Es singular, dijo Mr. Barwel con aire pensativo; no es verdad, Enriqueta?

—Ese desgraciado, sin duda ha sufrido mucho, respondió Enriqueta con un suspiro... ó quizá ha cometido, en efecto, alguna accion vil... Ah! en semejante soledad, lejos de los hombres, y cerca de Dios, el corazon debe ser menos estúpido, los remordimientos deben pesar menos!... Oh! apruebo la vida claustral, sobre todo para las mugeres!...

Mr. Barwel comprendió todo lo que pasaba en el corazon de Enriqueta, y echó sobre ella una mirada llena de ternura y dolorosa compasion.

—Por vida mia, milord, prosiguió el provenzal, animado por la buena acogida que Mr. Barwel daba á su historia yo no sé el pecado que puede haber cometido ese pobre Cirilo; pero es cosa bien cierta, que no cuida de sí, nada absolutamente. Oh! os aseguro que se administra famosas correcciones. Figuraos que lleva un espeso ci-

licio poblado de agudas espinas, como el pelo de una cabra, se azota las espaldas con disciplinas, no come mas que cebollas crudas, y pasa todo el dia rezando; por la noche se oyen los disciplinazos que se aplica turnando de brazo!... y despues es menester que sepais que si no pronuncia despierto una sílaba, se desquita magníficamente cuando duerme: no es estraño! gesticula, grita, perora, y se agita en su féretro como Satan en una pila de agua bendita... serán sueños borrorosos...

—Pobre hombre! dijo Enriqueta con compasion.

Entretanto Mr. Barwel, absorto en profunda meditacion, dejó de hablar, y el guia, no obstante su natural elocuencia, no pudo lograr el reanimar la conversacion: fuese, pues, á ocupar de nuevo su lugar, al lado del criado, y procuró, pero en vano, sacarle contestaciones. El buen hombre estaba mas mudo que nunca, habia suprimido hasta los monosílabos, y no respondia al interlocutor mas que por un gruñido que nada tenia de humano.

Habian llegado ya á los dos tercios de la montaña, pero quedaba aun bastante camino que andar: el calor era sofocante, los caballos y las mulas, fatigados y llenos de sudor, se paraban para respirar cada vez que un árbol estendiendo su follage sobre el camino, formaba como un quitasol.

Mr. Barwel, que comenzaba á temer que Enriqueta no pudiese soportar la fatiga, mandó hacer alto: todos tenian necesidad de un poco de descanso.

Ataron las cabalgaduras á los árboles de modo que pudieran pacer á su gusto, al lado del guia y del obeso criado que se tendieron á la sombra sobre un tapiz de musgo.

Enriqueta acababa de sentarse rendida de cansancio. M. Barwel agoviado de fatiga y de calor, se habia puesto á su lado recostado en el mohoso tronco de una antigua encina.

—Enriqueta, dijo, despues de transcurrido un momento de silencio, cogiéndole una mano con efusion, esos hombres son mas desgraciados que nosotros... el mundo

los olvida; han muerto para el género humano... no tienen un corazon á quien estrechar contra el suyo! Nosotros tambien, ángel mio, estamos olvidados sobre la tierra... muertos para los vivientes... escepto el uno para el otro!

Enriqueta apretó mas vivamente la mano de M. Barwel entre las suyas; suspiró, su fisonomía se puso mas triste; una lágrima tembló al borde de sus párpados.

Bien pronto aquel desvarío taciturno y melancólico se apoderó de M. Barwel; grave y silencioso dejó caer la cabeza entre las manos y permaneció inmóvil.

Enriqueta paseaba distraidamente sus miradas sobre el religioso y grande paisaje que ante ella se descubria. El silencio era profundo, interrumpido solamente de vez en cuando por el placentero gorgeo de un pájaro en las ramas, ó por una ráfaga de viento que pasaba como un gemido dulce y fúnebre á través del sombrio y espeso follage de los pinos.

De repente Enriqueta oyó andar á alguna distancia: era el paso lento y regular de un hombre que subia la montaña. Miró y

vió á muchas toesas distante de ella, un trapense que caminaba apoyado sobre un baston con la cabeza baja é inclinada hácia adelante. El capuchon de su hábito gris estaba levantado. Aquel hombre parecia alto y robusto; seguia andando sin cambiar de actitud, ni volver los ojos. Enriqueta no pudo aun distinguir el rostro de aquel hombre; pero sin hacerse demasiado cargo sintió un temblor involuntario, una indefinible turbacion; su corazon latia mas aprisa y con mas fuerza.

—Oh! pensaba, si pudiera vivir en el fondo de un convento, en una profunda soledad como esos religiosos, quizá padeceria menos...

El trapense estaba ya á muy corta distancia; sin embargo, habia bajado los ojos por efecto de un temor vago y misterioso, de repente dejó de oir el paso monótono y grave del monge: miró y le vió parado delante de ella. Sus ojos se encontraron.

==Ah! esclamó Enriqueta con espanto.

M. Barwel salió bruscamente de su éxtasis.

—Qué tienes Enriqueta?

En esto vió á un hombre, un trapense, que se introducia precipitadamente en la maleza del bosque y desapareció.

La jóven estaba pálida como la muerte; poco faltó para que se desmayase.

M. Barwel, admirado, le hizo muchas preguntas llenas de un tierno interés; pero no recibiendo esplicacion alguna satisfactoria, se imaginó que Enriqueta habia tenido miedo, viendo salirá aquel monge repentinamente como un fantasma.

—Amiga mia, dijo á Enriqueta ayudándola á levantarse, decididamente no pasaremos mas adelante. Volvamos á montar á caballo, eres demasiado débil para soportar semejante fatiga.

Se pusieron en marcha de nuevo y algunas horas despues los viageros entraron en una hermosa villa en las cercanías de Frejus.

M. Barwel no era otro que M. Philipps, quien habia dado el nombre de Enriqueta á Amelia; y Roberto Fox era el mismo que la desgraciada jóven acababa de reconocer con el traje de trapense, ó bien el llamado hermano Cirilo.

VII.

El hábito no hace al monge.

Un año trauscurrió desde la terrible esplosion que habia destruido del todo la casa de M. Philipps. Cuando esto aconteció habia en Lóndres muchas sociedades secretas, que preparaban misteriosamente sus medios de insurreccion y de ataque. Por lo tanto pudieron creer que aquel monton de pólvora

escondido en las cuevas subterráneas de una casa casi deshabitada, se habia inflamado por efecto de un simple accidente. No obstante, el habitar en ella M. Philipps, aquel magistrado implacable en sus funciones judiciales hacia pensar que los conspiradores, en medio de los cuales se hallaban muchos encausados políticos, habian querido primeramente vengarse del inflexible juez. Habianse descubierto bajo los escombros de las casas arruinadas algunos vestigios de cadáveres ennegrecidos y desfigurados; nadie en Lóndres podia dudar de la muerte de M. Philipps y Amelia.

Mas para hacer comprender los acontecimientos que van á seguirse, son indispensables algunas esplicaciones.

Mucho tiempo antes de la cita que Roberto Fox habia señalado para llevarse á Amelia, M. Philipps devorado por los celos, resolvió partir con su muger y dejar para siempre la Inglaterra. Despues de haber convertido casi toda su fortuna en billetes de banco y en oro, no aguardaba mas que un pretesto para emprender aquel viaje,

sin que Amelia ni nadie en el mundo, pudiese sospechar antes nada. Ni aun el mismo M. Steele no habia participado de la confianza de este proyecto.

El desgraciado Philipps, cada vez mas enamorado de Amelia, esperaba que á fuerza de cuidados, de ternura y de amor, se haria querer de ella, una vez la hubiese sustraido de la influencia misteriosa que la rodeaba.

Recordará el lector, que aterrorizada Amelia al nombre de su hija, habia prometido á Fox ir á la hora indicada. Asi, apenas M. Philipps salió del cuarto de su esposa, diciéndole estuviese pronta á partir, cuando Amelia, no sabiendo aun lo que debia hacer, se lanzó hácia el jardin y corrió á la puertecita donde Fox le habia dado la cita; la abrió y se ocultó en la maleza. La hora convenida acababa de dar: la pobre Amelia era presa de horribles angustias: qué hacer? antes cien veces la muerte que seguir á aquel hombre! Pero antes seguirle que abandonar á su hija, dulce y tímida criatura, espuesta quizá al cruel resentimiento de un corazon implacable.

Mientras que una dolorosa y violenta lucha agitaba el corazon de Amelia, oyó de repente el ruido de un coche que paró delante la puerta del jardin. Bien pronto se dejó oir la voz de Roberto, y la criatura que dormia en el coche se despertó sobresaltada. Amelia reconoció la voz de su hija. Entonces redobló en el fondo de su alma aquel combate de ternura maternal que la torturaba y destrozaba; oculta en la maleza, entendió á pedazos el diálogo vivo y apresurado de Fox y de Brower; comprendió con espanto que no aguardaban mas que á ella para partir, y que de un momento á otro iba á volar la casa con M. Philipps. Amelia no dudó mas, volvióse precipitadamente, corrió á salvar á su marido. M. Philipps la buscaba por toda la casa, para llevársela consigo: estaba furioso en estremo.

—Venid, esclamó. Partamos!...

Y casi empujándola, subieron á una silla de posta que se alejó al trote.

M. Philipps no estaba ya en Inglaterra cuando supo la misteriosa catástrofe, por la

cual faltó poco para que fuese víctima con Amelia. Sabiendo que pasaba por muerto, como igualmente su muger, quiso aprovecharse de aquel inesplicable acontecimiento, que en su posicion casi le parecia una felicidad: no desmintió en nada semejante noticia; viajó bajo un nombre supuesto, y M. Steele fué el único á quien enteró de semejante determinacion.

En cuanto á Roberto, fastidiado de aguardar inútilmente á Amelia, lleno de furor y de espanto, se habia precipitado hácia la casa, no obstante de los esfuerzos y súplicas de Guillermo: algunos segundos despues se oyó la esplosion. Por un milagro Fox no fué hecho pedazos pero al caer una piedra le dejó sin sentido. Brower le transportó al coche bastante mal herido, y lograron sin mucho trabajo desaparecer de en medio de la confusion natural en un acontecimiento de esa especie.

Los dos amigos, permanecieron algun tiempo ocultos en Lóndres. Fox estaba muy seguro de que Amelia habia perecido con M. Philipps: en su desesperacion, quiso mu-

chas veces atentar contra su vida; pero Brower, que no se apartaba de él un momento, le impidió realizar su fatal proyecto. Fox no queria oir hablar de consuelos; estaba como loco de dolor.

Los dos amigos, que habian reunido sumas considerables vendiendo sus diamantes, pasaron á Francia con Polly, la que fué puesta en un convento. Fox aseguró á su hija una pension mas que suficiente para ponerla al abrigo de la necesidad, y subvenir á los gastos de su educacion.

Guillermo, en medio de todos los vicios que pululaban en su corazon, tenia al menos una buena cualidad; era un fiel amigo, sincero hasta la muerte; hizo todo lo posible para disipar la negra y profunda tristeza que se habia apoderado de Roberto; procuró distraerle, alegrarle, alternativamente sardónico y suplicante, quiso de nuevo introducirle en el torbellino de la disolucion y del placer. Pero Fox no era ya el mismo hombre, se habia operado en él una estraña metamórfosis. Aquel jóven,

fogoso y libertino, que casi al salir de la infancia, se habia precipitado en el desórden de los vicios, parecia haber perdido todo su entusiasmo licencioso, todo su desenfrenado ardor por la disipacion. Aquel que poco antes no hubiera puesto el pie en una iglesia mas que para mofarse de Dios y los sacerdotes, se paseaba horas enteras por bajo las negras y magestuosas bóvedas de Santa Maria. Al verle pálido, triste y recogido, á lo largo de las góticas capillas, se le hubiera tomado de seguro por un hombre devoto y fervoroso. Pero de pronto, creyendo distinguir el cadáver de Amelia, huia turbado por un terror inesplicable.

Primeramente Guillermo creyó que aquella exaltacion religiosa se calmaria bien pronto con las agitaciones de la vida parisiense, pero cada dia el caracter de Fox se volvía mas taciturno y místico. Entonces Brower tomó animosamente su partido, y dando un buen apreton de manos, á Fox, le dijo:

—Oye, amigo, te aconsejo el que viajes ..

hé aquí lo que puede aliviarte: te distraerá mucho. Y te pronostico querido mio que si no determinas sacudirte un poco, vas á convertirte en polvo.

—Adios, Brower: partol

—Pardiez Fox, te acompañaria de buena gana.... Pero bien sabes que yo no vivo mas que en Paris ó en Londres: necesito el juego, los espectáculos, las mugeres....Cuando no querré todo esto, será punto concluido: una onza de pólvora y una bala, esto es todol

Los dos amigos no podian vivir mas tiempo juntos: sus caractéres se habian hecho demasiado incompatibles.

Se separaron.

Despues de haber viajado por toda la Francia, Roberto se retiró á las cercanías de Marsella; pero la existencia le parecia insoportable: la imágen de Amelia estaba sin cesar delante de él; no podia desecharla, Fox dió á los pobres una parte de su fortuna, y se retiró al convento de la Sainte-Baume. Hacia ya mas de seis meses que vivia desconocido en medio de los trapenses; aquella vida uniforme y solitaria, calmaba

poco á poco los tormentos de su corazon. Desde la mañana hasta la noche trabajaba para fatigarse, cultivaba y laboraba la tierra, cavaba su sepultura; ayunos, abstinencias, mortificaciones de toda especie; no se ahorraba sufrimiento alguno, y el cilicio rasgaba su pecho.

Cada noche en sus ensueños lúgubres veia á Amelia hermosa y radiante, la estrechaba amorosamente entre sus brazos; cuando de repente, por una horrorosa metamórfosis, aquel cuerpo esbelto y encantador, no era mas que una atroz mezcla de miembros mutilados.

En tal estado estaban las cosas, cuando M. Philipps, que habia cambiado de nombre, fué con su mujer á visitar la Sainte-Baume.

Apenas Fox reconoció á Amelia, cuando se disperté todo su amor, impetuoso y desenfrenado. Y con él renació todo su ódio á Mr. Philipps. El monje se convirtió repentinamente en aquel jóven de pasiones devoradoras con sangre frenética é hirviente.

Un proyecto sombrío y temerario se formó en su cabeza...

Pero Fox, para no comprometer su amor ni su venganza, se contuvo aun, y se ocultó á los ojos de su enemigo mortal. Roberto habia conservado muchos diamantes, que podian servirle llegado el caso, bien para su hija, bien para él mismo; y los tenia cosidos en un pliege de su hábito de paño. No volvió al convento, se procuró otros vestidos, y dirijióse en el mismo instante hácia el camino de Frejus. A una legua de aquella ciudad es donde Mr. Philipps habia alquilado una casa de campo.

VIII.

Las dos sombras.

La casa de campo que Mr. Philipps habitaba cerca de Frejus era un verdadero paraiso terrestre. Figuráos un inmenso jardin, al fondo del cual se estiende un frondoso bosque, lleno de grandes y hermosas fuentes alimentadas por manantiales vivos

que descienden murmurando por la rápida pendiente de las colinas; en medio del verde prado hay un magnífico estanque donde nadan multitud de cisnes. En aquel jardin, que encerraba toda la rica vejetacion de las rejiones meridionales, Mr. Philipps habia reunido á costa de grandes gastos las flores y árboles mas raros: junto á los soberbios oleandros y las rosas de Africa, vejetan las mil bizarras variedades del *espino de Jerusalen* (1), los emparrados entrelazados de jazmin y de la vid de Granada, los espesos *aloes* (2), y las argentadas y suaves hojas de la Portandia. Enormes ramilletes de naranjos y limones que crecen en plena libertad, exhalan al soplo de la brisa sus deliciosos perfumes; la palmera, los dátiles, la acácia de Farneso, y el elegante albeña de América, se confunden en un caos de verdura, flores y follaje. Parece que un májico, con el golpe de su varita habia trasplantado allí todas las

(1) Arbol.
(2) Arbol de las Indias Orientales.
(N. del T.)

deslumbradoras flores y tesoros botánicos de la zona tórrida.

Mr. Philipps no habia ahorrado dispendio alguno para rodear á Amelia de todos los goces de un bienestar; pero nada adelantó: estaba sombría y melancólica; una oculta desesperacion la devoraba.

Desde su escursion á la Saint-Baume, Amelia parecia estar aun mas triste que de ordinario; su melancolía estaba llena de agitacion, y en el fondo de su alma sentia un terror inesplicable.

M. Philipps dirijió una multitud de preguntas á su mujer, pero no pudo obtener respuesta alguna clara y positiva; así que observando todos los pasos y acciones de Amelia, reparó que buscaba la soledad de las calles sombrías de árboles, y que desde el momento en que juzgaba estar sola, se abandonaba á toda la violencia de su dolor. Entonces proferia palabras vagas y confusas, en medio de las cuales resonaba siempre un nombre que hacia estremecer á Mr. Philipps. No obstante, aquel hombre sombrío y celoso no podia aun concebir funda-

das sospechas: el nombre que salia de los lábios de Amelia era el de un miserable condenado é infamado por la justicia humana y muerto hacia mucho tiempo.

—Oh! he hecho mal con alarmarme, pensaba Mr. Philipps, vituperando sus pueriles temores. Eso no es mas que un recuerdo, un triste recuerdo de lo pasado..... Es la ajitacion de una alma ardiente y romántica..... Eso es todo. Amelia es una mujer de buen corazon; no puede olvidar que aquel hombre fué amigo de su padre; á su pesar piensa en él y vive triste. . Pobre y querida Amelia, seria bien injusto con aborrecerte! Además, ahora estoy segaro que me ama!.....

Pero aunque Mr. Philipps hizo todo lo posible por desterrar la desconfianza y serenar su corazon, estaba profundamente trastornado por un pavor vago y penetrante, que le ocasionaba fiebre y turbaba el sueño.

Hacia dos dias que Mr. Philipps habia vuelto de la Sainte-Baume.

Una noche que no podia dormir, atormen-

tado por atroces pesadillas, se abrigó con su bata, abrió la ventana y permaneció largo rato apoyado sobre la balaustrada para refrescar su ardiente cabeza con el viento de la noche. Estaba abismado en sus reflexiones, cuando llamaron á la puerta del cuarto. Se volvió y preguntó qué le querian:

—Soy yo, señor..... dijo una voz baja y temerosa.

—¿Quién eres tú?

—Sebastian, señor. Quisiera hablaros.

—¿A semejante hora? dijo M. Philipps con impaciencia. En verdad que eres loco!

—Es muy posible, señor, continuó la voz de la parte de afuera de la puerta. Pero tengo muchas cosas que deciros... y no es cosa que permita esperar.

M. Philipps, que en su pensamiento atribuia aquella nocturna visita á los temores de que se hallaba poseido, abrió bruscamente.

—Y bien ¿qué te se ofrece, Sebastian?

Sebastian entró con un aire misterioso, dando golpes con la mano sobre la culata

de su fusil. Aquel buen hombre era el jardinero; tenia costumbre de levantarse á media noche para ir á hacer la ronda por el jardin y el parque: muchas veces los malhechores habian escalado las paredes para coger los frutos y robar los peces del estanque;ademas habia zorras y fuinas que venian regularmente á saquear los terraplenes y devorar las ananas. Sebastian que en su odio confundia los ladrones con las zorras y las fuinas, llevaba siempre el fusil cargado con postas, con la esperanza de hacer un escarmiento; era un buen provenzal: negro como un topo, los ojos brillantes y los lábios gordos y encarnados.

—Vaya, dijo M. Philipps frunciendo las cejas,indudablemente has perdido la cabeza. ¡Venir á perturbarme á semejante hora!

—¡Ah señor! respondió Sebastian con una maliciosa sonrisa; si vengo á esta hora, no es por las ciruelas.

—Vamos, esplicate; no estoy para tontear.

—Bien sabeis, señor, que me habeis mandado vigilase y os dijese todo lo que pasase.

—Si ¿y qué?

=¡Ah! vive Dios que suceden cosas famosas.

—¿Qué sucede?

—Vais á ver, señor.

—Pronto, pronto; me estás impacientaudo.

=¡Ah! bien sabía yo que esto os llamaria mucho la atencion; dijo el provenzal con una gran carcajada.

—¿Quieres hacerme condenar? repuso M. Philipps dando una patada.

—No, no señor; bien al contrario... Ya sabeis que doy todas las noches una vuelta.

—¿Y qué?

—Lo hago por las zorras y las fuinas..... y un poco por los cristianos... ¡Ah voto al diablo! Si los pillara en una buena posicion, bien seguro es que no podrian volver á comer ni una ciruela, ni una carpa. Felizmente, tengo buenos pies y buen ojo, y mi fusil es un pájaro que ya....

—Sebastian, dijo Philipps algo irritado. ¿quieres hablar con circunspeccion? Vamos, al grano. ¿Qué tienes que decirme?

—Escuchad, señor; no os incomodeis, vive Cristo: hacia yo mi acostumbrado paseo persiguiendo las fuinas. A la claridad de la luna, no veia mas que grandes ratones sobre los espaldares... voto al demonio! no soy yo quien gasta la pólvora en caza de esa especie. Iba, pues, á volverme para dormir un poco, cuando percibí por el lado donde está el invernadero dos grandes sombras que se movian. ¡Eh, eh! qué digo? eran dos cristianos á quienes yo no conocia... Entonces monté mi fusil; despues me deslicé suavemente por detrás de los arbustos, hasta llegar junto á mi dos sombras... Los apunté; pif, paf, iba á tirarles á la cara, cuando conocí....

—¿A quién? habla!

M. Philipps estaba pálido y trémulo.

—A mi jóven señora... respondió Sebastian guiñando un ojo con malicia.

—¡Cómo, será posible! no te comprendo... acaba! ¿Quién era esa muger?

—La vuestra, replicó Sebastian con un aire burlon.

—¡Oh!

M. Philipps dejó escapar una dolorosa esclamacion; pero sus lábios se contrajeron. Se esforzó en sonreirse y disimuló.

—Eso es imposible, Sebastian... querido mio, estás loco!... Has bebido algo mas de lo que acostumbras!

—No señor, no... que desde esta mañana no he bebido mas que agua clara. Ayer por la noche estaba un poco intercadente... Pero vive Dios, que lo que es hoy tengo seguros los pies: y además, claros los ojos, y os aseguro que he reconocido á todo el mundo. ¡Ah¡ cuando digo que los he reconocido á todos; os hablo de mi señora... pues el otro, aquel jóven alto y moreno que no tiene muy buenas trazas, no le conozco ni por parte de Eva, ni por la de Adan.

M. Philipps se paseaba con los puños cerrados; grandes gotas de sudor bañaban su frente.

—Ah! estás bien seguro, amigo mio? era aquella mi muger?

—Si señor, seguro, segurísimo.... tan cierto como este es mi fusil; solamente que acabo de desmontarle al entrar en casa.

—Pues bien, habla mi querido Sebastian; repuso M. Philipps afectando un aire de calma y buen humor, que efectivamente no tenia. Sé que eres muchacho fiel, y que te se puede creer; pero no importa, tenia deseos de ver de qué modo cumplias tu obligacion... Yo tambien quizá estoy al corriente de lo que pasa .. pero es igual, quedo muy satisfecho sobre este punto.

—Señor, para eso vengo yo, ya veis...

—Toma, dijo M. Philipps poniéndole una moneda en la mano; para echar un trago. Decias que habia alguien con mi muger?

—Sí señor, un jóven, un hermoso jóven!

—De veras, Sebastian?

—Cuando digo hermoso, es segun los gustos... Pues, por vida mia! no me gustaria á mí, si yo fuera muger! Pero el pícaro tiene todas las trazas de ser un famoso embaucador... él la decia toda especie de cosas: *mi amor por* aquí, *angel mio* por allá; y despues, salvo vuestro respeto, la abrazaba y queria llevarla hácia el invernadero.

Si el jardinero hubiese mirado á M. Philipps, le hubiera visto pálido como la muer-

te, con los ojos centelleantes y los dientes apretados. Sin embargo, M. Philipps queria contenerse aun mas y procuraba reirse; pero aquella risa era una agonía, era una cosa mas triste que los suspiros y las lágrimas.

—Ah! ah! dijo M. Philipps con una desgarradora inflexion, con que la abrazaba y le decia multitud de palabras tiernas?

—Es difícil que me acuerde de todas, señor, porque primeramente tengo muy mala memoria... y despues, la verdad, no las tenia todas conmigo: aquel pícaro, que tiene facha de salvage, estaba armado de pies á cabeza!.. apuesto que si por desgracia me hubiese cogido, me hubiera descuartizado... Ah! voto al diablo! aun vos mismo quizá hubiérais pasado un mal cuarto de hora! el malvado hablaba de vos!

—De veras?

—Sí, sí, caramba! Como mi señora le dijese con una voz asustada: os lo ruego, marchaos! si viniese mi marido! .. El otro maldito de cocer, respondia: Vuestro esposo, que venga! le mato!... Al propio tiem-

po tiraba hácia él á mi señora, dirigiéndose siempre hácia el lado del invernadero... Y ella respondia con una voz débil: Roberto, Roberto, dejadme...

—Roberto! dijo M. Philipps asaltado por un recuerdo...

—Oh! si supieras cuánto te amo, mi Amelia, ángel mio! decia el jóven moreno, haciendo toda especie de gestos; si supieras cuánto he sufrido... te creia muerta! Qué felicidad! vives, y mas bella que nunca!...

—M. Philipps dejó escapar como un rugido; Sebastian tuvo miedo, temia haber dicho alguna cosa que hubiese ofendido á su señor.

—Perdon! mil perdones, señor! no es menester que os incomodeis conmigo... os digo lo que he visto y oido..... ya sabeis nuestro pacto... cumplo con mi deber...

—Sí, sí, Sebastian, respondió M. Philipps golpeándole con la mano la espalda en ademan de familiaridad. Estoy contento, muy contento de tí... Acabal

Y despues aquella era la manía del

jóven alto: queria siempre arrastrar á mi señorita hácia el invernadero..... Ella se resistia, sin duda tenia miedo: Mi esposo por aquí, mi marido por allá... Pero hé aquí que en esto habló de su hija, de su hermosa hija!...

—Su hija! interrumpió sordamente M. Philipps.

—Decidme, señor, y yo bestia de mí que me figuraba no teniais hijos!...

M. Philipps hubiera querido hablar: el furor le sofocaba.

—Sin duda, prosiguió el jardinero, hice yo ruido en mi escondite y les picó la pulga en la oreja! pues mi señorita ha huido lista como una cierva, y he podido oir muy bien como el otro le decia: mañana á media noche en el invernadero..... .

—Bien! dijo M. Philipps con una indefinible sonrisa. No quiero saber mas, amigo mio. Eres un buen criado y queria probarte: lo que has visto no me admira nada, nada absolutamente... Tranquilízate, sé muy bien quién es ese jóven.....

—Ah! eso es diferente, señor! dijo el

jardinero con la boca abierta de sorpresa. Si hubiera podido adivinarlo, no hubiese venido á despertaros; como que soy un grandísimo bestia. Segun eso, ese caballero alto y moreno no es un ladron? Por vida mia, he tenido buen olfato; he hecho muy bien en no tirarle mis postas á la cara. Vive Dios! tenia ya el dedo sobre el gatillo...

=Vaya, Sebastian, déjame... Sobre todo, no digas nada de esto á nadie!

El acento de M. Philipps era solemne! añadió:

—Mañana á la noche cargarás el fusil; pero con bala. Puede ser que te necesite.....

—De buena gana, señor; siempre estoy pronto á serviros.

Sebastian muy satisfecho de la acogida que M Philipps acababa de hacerle, se retiró magestuosamente, lleno de orgullo por su hazaña.

M. Philipps no se acostó. Aun se paseaba con paso febril, cuando ya el sol estaba sobre el horizonte.

Cuando Amelia salió á almorzar estaba

singularmente pálida y abatida; su marido le preguntó si habia pasado mala noche; y ella sin levantar los ojos, respondió que tenia un poco de dolor de cabeza, pero que no seria nada.

M. Philipps no insistió mas en sus preguntas; le prodigó los mayores cuidados, con una solicitud casi minuciosa: jamás habia parecido estar mas enamorado ni entusiasmado de Amelia.

IX.

Tabago.

Hacia algun tiempo se hablaba mucho en Frejus de cierto charlatan indio; de un negro que acababa de desembarcar con una rica coleccion de serpientes, de todos tamaños y matices; la mayor parte eran muy

poco conocidas aun en Francia é Inglaterra. Por lo tanto, el director de aquella venenosa y arrastrada familia, esperaba recojer en París y Lóndres mucho dinero. El charlatan, llamado Tabago, era un coloso, con las espaldas cuadradas y el cabello corto y crespo; sus lábios gordos tenian color de sangre, y las niñas de sus ojos brillaban en su córnea, blanca como el marfil: demostraba ser forzudo y robusto. Se contaban de él una multitud de proezas que hubieran honrado al antiguo Hércules:habia combatido cuerpo á cuerpo con leones, tigres y panteras, degollándolos hábilmente á semejanza de los toreros españoles, que triunfan casi siempre con una maravillosa destreza, de los furiosos é indomables vichos. Pero la verdadera ocupacion del negro Tabago era la domesticidad y educacion de los reptiles: la *serpiente del cascabel* y el espantoso *naja* de las Indias orientales, no le hubieran podido asustar; y para sujetarlos, para ponerlos en menos de media hora blandos como un guante, no usaba mas que una pequeña varita fina y flexible. Entonces se le hubiera

tomado por algun mágico armado con su talisman.

Toda la poblacion y los alrededores de Frejus habian ya podido contemplar aquel formidable y bizarro espectáculo, aquel triunfo del hombre sobre las fieras. Primeramente el zaguan ó cuadra donde Tabago establecia su convoy, estaba siempre lleno de curiosos espectadores, y las exacciones eran muy abundantes. Pero como todas las cosas al fin fastidian, los antes desazonados curiosos se hicieron raros; y bien pronto el hábil embaucador vió á su alrededor mas serpientes que espectadores contribuyentes.

M. Philipps habia tambien llevado á su muger para distraerla, á casa de Tabago; pero semejante espectáculo, mas bien asustó á Amelia que la divertió; temblaba de pies á cabeza, y palidecia de una manera atroz cuando veia a aquel hombre desnudo hasta la cintura, con serpientes enroscadas alrededor de sus piernas y cuello. Al solo movimiento de su varita, los reptiles se desenrrollaban con espanto, y corrian á es-

conderse en su jaula; despues el jugador no tenia mas que dar un corto grito, y hé aqui que toda aquella horrible familia prorrumpia en espantosos silbidos; mostraban gaznate encarnado, y vibraban una lengua llena de hendiduras, con tal velocidad, que la vista, no podia seguir sus rápidos movimientos. Al siguiente dia de la misteriosa confidencia que el jardinero habia tenido por la noche con M. Philipps, hizo calma, y el tiempo estuvo sereno; pero á ratos venian del Mediodia densas ráfagas de calor, como un viento de fuego.

M. Philipps salió á caballo sin decir á nadie á donde iba; su viaje fué corto y precipitado: bajó del caballo á la entrada de Frejus, lo confió á un muchacho andrajoso, y despues se marchó á casa del negro. Aquella era la hora en que habitualmente comian los reptiles. Curioso y terrible á la vez era el cuadro de voracidad y carniceria que ofrecian. Pero cosa estraña! la habitacion estaba vacía de espectadores, no habia mas que un inglés y dos nodrizas con su cria.

M. Philipps hizo seña á Tabago de que

viniese, pues queria hablarle. El negro se acercò al enrejado de alhambre que dividia su zaguan en dos partes y pegando la oreja á la reja, escuchó. El gesto de M. Philipps, habia sido solemne, y Tabago, que no carecia de penetracion comprendió muy bien que aquel caballero tenia que decirle alguna cosa importante.

—Amigo mio, dijo M. Plilipps en voz baja; has retirar esa gente lo mas pronto posible; cierra las puertas, y que no entre nadie; quedarás contento de mi.

Al propio tiempo dió al charlatan por entre el enrejado una moneda de oro. Tabago, admirado, se dió prisa á obedecer las órdenes de tan generoso aficionado; anunció con un tono doctoral al inglés y á las dos amas de niños, que las serpientes no comerian hasta dentro de dos horas, pues era preciso retardar dicha operacion, por temor de algun desagradable acontecimiento.

—Caballeros y señoras; prosiguió con una diabólica gerga, pero muy comprensible, veo en la cara de estos animalitos

que ahora están mal dispuestos: es menester aguardar, sobre todo tengo mi serpiente *boa* que no está de broma... sin duda por el calor: la pícara se cree estar aun en Africa.... cuando la veo así no me fio mucho de ella; podría romperse el enrejado y comerse á muchos ciudadanos.

Los tres espectadores no pidieron mas; salieron inmediatamente, y M. Philipps quedó solo con Tabago.

—Amigo, dijo M. Philipps, hermosas serpientes! cual de ellas es la que tiene peor mordedura?

—Ah! señor, respondió el charlatan, hay donde escoger en mi coleccion!

—Pero bien, decidme, cual de entre todas es la mas feroz y venenosa?

—Eh! eh! Señor, ved aqui una que es bien gentil! el *naja*, llamado vulgarmen- *serpiente de anteojos*... Mirad, es brillante como un collar de piedras preciosas... Su cabeza es un poco parecida á la del hombre; pero no os fieis de él! veis sus colmillos? pues allí encima es donde tiene el veneno... Es manso como un cordero; con-

tinuó pasando una mano en ademan de caricia sobre las amarillas escamas del reptil. Mirad qué dientecillos tan hermosos!

Y entreabrió un poco la jaula del naja.

—Y creeis Tabago, que la mordedura de este réptil es incurable?

—Si señor, incurable; mueren con convulsiones. Pero mirad, veis allá bajo aquella otra? es la víbora *hierro-de-lanza*: no tiene mas que seis pies de largo. Señor, distinguis perfectamente sobre su cabeza, muy bien dibujado, el hierro de una lanza? Esta víbora tiene tambien un veneno muy sutil; y si por casualidad mi *naja* riñese con ella, no sé de quién seria la ventaja...

—Ah! dijo M. Phi'ipps con un aire de indefinible curiosidad. ¿Creereis sea esta víbora aun mas temible que el *naja*?

—Mucho mas, señor; y si quereis, os podré dar una muestra de lo que sabe hacer. Cuando la picara muerde, en menos de un cuarto de hora, buenas noches!... se ensortija como un gusano, uno grita, abulla y se vuelve de todos colores. En

Sn, señor, se muere muy pronto de una manera espantosa, y todo el cuerpo se pudre casi en el mismo instante.

—De veras? dijo Philipps con aire sombrío. Esas particularidades son muy estrañas! No creo que sea aun muy conocido en Europa semejante reptil.

—Desconocido del todo, señor; y por lo mismo, espero que van á hablar de mí en el gabinete de historia natural de Paris. Me han hecho ya ofrecimientos muy ventajosos por mi víbora *hierro-de-lanza*.

—Tabago, yo os la compro.

—Bah! Señor, quereis reiros?

—Nada de eso: vendedme ese reptil... y os doy... tres mil francos.

—Tres mil francos? Qué diantre! os burlais, señor; qué hareis de mi víbora para que os pueda valer tres mil francos?

—Eso es mi secreto: di, quieres si ó no?

—Oh! No señor... es poco... mi víbora es muy hermosa! es la mejor pieza qne tengo en la coleccion...

—Pues bien, doblo la suma! repuso M. Philipps vivamente. Seis mil francos por ella!

Los ojos del negro centelleaban.

—Seis mil francos! murmuró como distraido. Seis mil francos... Bien, muy bien!... Pero no quiero: puede morder á cualquiera y la policia confiscará mi coleccion..

—Tabago, ocho mil francos y dame lo que te pido...

—Pues tomadla! dijo el jugador.

La conversacion duró aun un rato mas, pero en voz baja y con monosílabos; hubiérase dicho que M. Philipps temia ser oido por otro que no fuese el negro.

—Con que, Tabago, estamos convenidos: esta noche bien secretamente, por el jardin... Que nadie en el mundo descubra la menor cosa!

Y M. Philipps salió, brillando en su rostro una alegria sombría y fatal.

X.

Media noche.

El cielo, que habia estado sereno todo el dia, se cubrió de repente de espesas nubes, que despedian á ratos grandes relámpagos blanquecinos. Parecia próxima una tempestad, y el viento sofocante que ape-

nas movia las hojas, quemaba como un soplo de fuego.

M. Philipps se habia retirado á su cuarto antes de la hora acostumbrada; y abrazó á Amelia al irse, con la apariencia de una perfecta tranquilidad. Aquella febril agitacion que Amelia habia observado en él algunas horas antes, M. Philipps la atribuia á la influencia de la atmósfera impregnada de electricidad.

Las once acababan de dar en el relój del cuarto de Amelia.

Hacia como dos horas que estaba sola. Su rostro, profundamente alterado, espresaba la angustia y el pavor; se paseaba apresuradamente con una especie de estravío.

Palabras confusas y vagas interpoladas de largos ratos de silencio se escapaban de sus lábios; su pecho estaba henchido de suspiros.

—Qué haré? murmuraba, oh! es horrible!...

Y se paseaba con la cabeza inclinada, en una actitud triste y dolorosa.

El silencio era profundo, pero por mo-

mentos un trueno sordo y lejano retumbaba en las montañas. A cada detonacion Amelia temblaba convulsivamente, como si tocase á la pila galvánica.

Todo el mundo estaba acostado en la casa; los perros de presa vagaban en libertad por el patio.

Amelia, temiendo no viesen la claridad de su bujía, á través de las persianas, acababa de apagarla. Se dirigió hácia la puerta con estremada precaucion; despues abriéndola sin hacer el menor ruido, escuchó, para asegurarse de que nadie en la casa podia oirla.

Su corazon palpitaba con una increible violencia; casi se percibian las pulsaciones.

—Oh, es una infamia! dijo retrocediendo, engañar aun la confianza de mi esposo! No, no, jamás!...

Cerró la puerta otra vez y se reclinó en una butaca.

Pero es indispensable, repuso con desesperacion, ese hombre tiene en sus manos la vida de mi hija... Si no obedezco, si le niego esta última entrevista, le conozco y

será implacable! Morirá sin decirme dónde está nuestra hija!

Amelia soliozaba.

—Al menos si no tuviera que temer mas que por mí!... No me es la existencia tan querida para conservarla á tanto precio! Volver á ver á ese hombre, á ese hombre cruel que tantos años hace se ceba en mi, como el verdugo en la víctima! Oh!... que atroz suplicio! No seria cien veces preferible la muerte...

Gruesas lágrimas corrian por sus megillas.

—Iré, iré... aunque venga mi esposo. No, yo no puedo abandonar á mi hija!... Seré tan feliz con poderla estrechar contra mi corazon que tanto sufre!... Vamos, un poco de ánimo!...

Abrió de nuevo la puerta.

—Pero, oh Dios mio, pensó redoblándosele el miedo; me acuerdo de lo pasado! El infeliz!... si no hubiese aun renunciado á sus horribles proyectos!... Si quisiese forzarme á seguirle!... Si me arrastrase no obstante de mis ruegos y mis

lágrimas!... Qué haria yo? El amor en ese hombre es una cosa temible! Es capáz de todo!... No, no puedo ir á esa cita!... Seria un crimen!

Despues de una lucha llena de martirios se decidió al fin, y cayendo de rodillas:

—Dios mio, esclamó con voz débil, vos que veis el fondo de mi corazon, me perdonareis; vos sabeis el motivo que me guia!... Es una pobre madre que teme por su hija, la que os habla, y que no querria morir sin abrazarla una sola vez al menos!... Oh! Dios mio! Tened piedad de esta infeliz muger!... Ablandad el corazon de ese hombre!... Haced que me vuelva mi hija, y que cese de ser mi perseguidor! Ya que habeis hecho nacer el remordimiento en su corazon, imbuidle ahora la piedad!...

Apenas Amelia habia acabado aquella fervorosa y doliente súplica, cuando mas fiema y menos trémula, se levantó para salir del cuarto.

Sonaron en aquel momento las doce: era ya media noche!

Salió, atravesó el salon inmediato á oscuras, á tientas y de puntillas.

Nada entonces turbaba el silencio.

De repente oyó un grito de dolor, un grito mal contenido; escuchó temblando, detuvo la respiracion y quedó inmóvil, petrificada.

Casi en el mismo instante retumbó á alguna distancia un ruido sordo: era semejante al que produce el golpe de una cuchilla. Amelia volvió precipitadamente á su cuarto; escuchó de nuevo...

Transcurrieron cinco minutos en profundo silencio.

De repente Amelia oyó cerrar con llave su puerta por la parte de afuera.

XI.

La Cuchilla.

M. Philipps, á quien la necesidad de fingir que estaba sereno, hacia sufrir demasiado, se separó de Amelia mas pronto que de ordinario, por el temor de no poderse contener mas. Era para el un suplicio demasiado cruel, afectar calma y sonreirse cuando tenia la muerte en el alma, y cuando sentia que mil instrumentos de martirio le tenaceaban el corazon y despedazaban las entrañas.

Apenas habia salido del cuarto de su muger, que su rostro largo tiempo contraido tomó una espresion desesperada y feroz; sus puños se retorcieron y estuvo á punto de volver á entrar en el cuarto de Amelia para inmolarla bajo sus pies.

—Oh! pensó con una fúnebre sonrisa, quiero otra especie de venganza... quiero comunicarle una parte de mis sufrimientos!

Se cerró por algunos momentos en su cuarto: parecia reflexionar. Su cabeza ardia; el ambiente que se mecia en la atmósfera, parecia hervir tambien en su cerebro.

En fin, cuando estuvo cierto de que todos reposaban, se armó de un puñal, el que se metió en una faldriquera; despues, encendiendo una linterna que apenas alumbraba lo bastante para guiarle en las tinieblas, salió por un corredor que terminaba en una gran sala abovedada. Aquella pieza se hallaba contigua al invernadero; y estaba tambien llena de instrumentos de jardinero, de tiestos, flores y cajas; era una especie de cuarto de colada, pieza retirada ó zaguan, que no tenia destino fijo, y que los criados habian llenado de muebles viejos.

Al entrar M. Philipps en aquel cuarto, abrió la linterna, despues la puso en un rincon sobre un baul gótico, al lado del cual se hallaba una especie de caja grande, con rejillas de hierro, tan apretadas

y espesas que parecia punto de malla; aquella era la caja del formidable reptil. Semejante calabozo metálico habia sido construido de manera que su terrible habitante no pudiese escapar; no tenia por puerta mas que una abertura de seis pulgadas en cuadro, la cual cerraba herméticamente por medio de un batiente de hierro, movido por un resorte elástico. En caso de que la *víbora* hubiese querido escapar cuando abrian esta puerta, cerrado el batiente con fuerza por un sólido gatillo ó fiador, hubiera aplastado inmediatamente la cabeza del reptil con una inaudita violencia. Aquella caja era en la que el charlatan encerraba su víbora, hierro-de-lanza, cuando queria transportarla de un punto á otro.

No obstante del espesor y la multiplicidad de los alambres, era fácil observar los movimientos del reptil, teniendo cuidado de poner una luz detras de la caja. Entonces se oia un agudo silbido y el reptil, deslumbrado al pronto por la claridad, se ponia á brincar con furor, vibrando su lengua fina y acerada como un millar de dardos.

Mr. Philipps que en su misteriosa conversacion con el jugador, no habia desperdiciado instruccion ni señal alguna, estaba seguro de escitar la rabia de la *víbora* en el mismo instante que lo juzgase á propósito.

—Veamos, murmuró con una sombría satisfaccion; veamos si puedo confiarte mi venganza!... Tú que dicen vales mas que un puñal!...

Y poniendo su linterna detras de la caja, tembló por un momento, esperando aquel terrible silbido que ya habia otra vez herido su oido.

Nada se oyó, y sin embargo el rayo luminoso atravesando las rejas inflamaba las amarillas escamas del reptil y hacia relucir su grande cabeza en donde se destacaba un largo hierro de lanza. Sus ojos estaban fijos, inmóviles; enroscada sobre sí misma en espiral, no hacia movimiento alguno: parecia estar adormecida por el frio ó por el sueño.

—Es cosa estraña! dijo Mr. Philipps.

Al propio tiempo, agitó su linterna delan-

te de los ojos de la víbora á fin de irritarla, golpeó con las manos la tapa, silbó, removió la caja; pero todo fué inútil: la *víbora* no se enfurecia.

Mr. Philipps temió por un momento que no hubiese muerto. Aquella pieza era fria y húmeda; circunstancia suficiente para matar á aquel reptil que necesita calores escesivos.

—Oh! esclamó con un sordo furor, si fuera á escapársenie la venganza!.... dentro de poco!....

Se bajó convulsivamente hácia la caja, despues, abriendo del todo la puerta movible que sostenia con una mano, con la otra escitó á la víbora con una varita puntiaguda.....

De repente se echó para atras como asustado.

Aquello fué un dolor punzante, horrible, que se propagó en el mismo instante por todas las fibras y los nervios, hasta la médula de los huesos.

La *víbora* acababa de morderle en la mano.

==Soy perdido! dijo. No me quedan mas que cinco minutos de vida!....

Entretanto la *sierpe*, despertada de súbito y furiosa, brincaba con grande ruido, y apoyada sobre su cola, se lanzaba contra las rejas con la rapidéz de una flecha. La caja temblaba, sacudida por sus formidables empujes.

Mr. Philipps se levantó; temblando y furioso.

—Oh! morir! esclamó, morir sin venganza! cuando va á venir!..... cuando quizá el infame está allí ardiendo de amor!.... cuando viene para deshonrarme, para robarme á Amelia!.... No, no!.... quiero vivir!.... Quiero vivir lo bastante para verle morir! Despues qué me importa!.... habrá dos cadáveres!....

Inmediatamente, como llevado por una fuerza irresistible, se lanzó hácia una cuchilla que habia allí, puso la mano izquierda sobre una especie de tajo, y se la tronchó de un solo golpe...

Este era el ruido sordo que Amelia acababa de oir.

XII.

El estanque.

Cuando Roberto escaló las paredes del jardin, la tempestad estaba en toda su fuerza; la lluvia caia á torrentes, y el eco del trueno se reproducia de montaña en montaña con espantoso ruido, frecuentes relámpagos iluminaban el horizonte: Fox; temiendo que aquella claridad le descubriese, se ocultó en una calle de árboles sombría y frondosa, la que terminaba á alguna distancia del invernadero. Su corazon latia con violencia; una ardiente fiebre alteraba sus arterias. Mil proyectos

confusos y desordenados se mezclaban y agolpaban á su imaginacion; no sabia á qué atenerse. Debia castigar á Amelia por su confianza, envolverla en un lazo horrible, esplotando cruelmente su materna l ternura? Robar á Amelia, llevársela por fuerza, no era de todo punto hacerse odioso para siempre? Y sin embargo, debia dejar la mujer á quien amaba y adoraba en poder de aquel hombre aborrecible? No, no! El corazon de Fox estaba sediento de venganza y de amor.

A medida que se acercaba al invernadero sentia redoblar su agitacion. Sentia una alegria sombría y llena de remordimientos: se elevaba una voz del fondo de su alma, echándole en cara la infelicidad de Amelia.

A cada trueno, Fox temblaba: sentia en su rostro como un soplo de miedo que le hacia erizar los cabellos. Hubiérase dicho que estaba atemorizado; pero no; aquella era siempre la misma naturaleza, violenta, enérgica é indomable que no la hubiera hecho retroceder el aspecto de la muerte.

De vez en cuando, Fox interrumpia su marcha para escuchar con atencion, y echar una investigadora mirada á su alrededor.

De pronto, á la luz de un relámpago, vió á alguna distancia un hombre armado con fusil: aquel hombre no podia ser mas que M. Philipps.

—¡Ah! dijo Fox, cuyo corazon palpitaba de odio; yo no le buscaba!... El es quien viene á espiarme!... Es él, que viene á ofrecerse á mi furor!... Pues bien: venganza!.. La tierra no puede sustentar á los dos; su vida ó lo mia.

Y Fox se precipitó por la sombra en persecucion de aquel hombre que parecia aguardarle á pié firme; y que le apuntaba.

Pero nada pudo detener á Roberto; aquella arma dirijida contra él, aquella arma que iba á lanzar la muerte, la despreciaba. Veinte pasos apenas le separaban deaquel hombre á quien él tomaba por su enemigo morta .

La oscuridad se hizo de repente mas profunda; enormes nubes parecia rozaban con

la tierra; los relámpagos eran menos frecuentes.

Fox, seguia andando en derechura á su enemigo, detras del cual se estendia el estanque lúgubre y negro como la tinta.

De repente sonó el ruido seco y metálico y una rápida claridad brilló entre las sombras.

Era la piedra del fusil que acababa de caer sobre la cazoleta; pero el tiro no salió, no ardió mas que el cebo.

—¡Ah miserable! esclamó Fox saltando como un tigre sobre su antagonista. ¡Tú lo has querido!... Pues bien, muere!... Y cogiéndole violentamente por el cuello, le derribó y pisoteó.

El desgraciado dió un grito, rodó sobre el césped en declive é iba á caer desmayado en el estanque.

Fox, aterrorizado por lo que acababa de hacer, se inclinó instintivamente para socorrer á su victima y librarla de la muerte; pero el agua por un instante agitada, se apaciguó al momento: era ya tarde.

Roberto huyó con el cabello erizado.

XIII.

La víbora.

Fox, estaba como demente; no encontraba el camino, y corriendo apresurado por las tenebrosas calles de árboles, se alejaba del invernadero en vez de acercarse á él. Un sudor frio inundaba sus sienes: estaba pálido y convulso.

—Asesino! asesino! le gritaba una voz interior, y sus lábios murmuraban á su pesar: asesino!...

Sin embargo, su ódio contra M. Philipps era cosa bien viva y horrible. Desde muchos años atrás, aquel ódio hervia en su corazon,

cada dia se aumentaba con sus padecimientos. Aun en el fondo del convento, en aquella piadosa y profunda soledad donde deben estinguirse las malas pasiones, pensaba con una sonrisa infernal en aquel hombre que habia sido implacable, que despues de haberle cargado de vergüenza, humillado, abatido y deshonrado, le habia arrebatado la muger que adoraba.

—Ha muerto! esclamaba Fox en las tinieblas de su celda; ha muerto ese hombre!... Sin saber aun que moria por mí!...

Asi Roberto en su ciega y encarnizada lucha contra aquel á quien él tomaba por M. Philipps, hubiera querido poder decirle:

—Soy yo quien te mata!... yo, Roberto Fox!... á quien hiciste castigar como un ladron!

Pero la rabia y la emocion comprimieron su voz en aquel momento y le impidieron hablar; jamás habia podido decir en alta voz estas palabras atroces que abrigaba y resonaban en el fondo de su pecho.

Cuando Fox entró en el invernáculo se

hallaba muy abatido. Su rencor habia muerto ya con el infeliz que acababa de asesinar.

Oh! murmuraba con desesperacion, no he nacido mas que para el crimen!... Una fatalidad me persigue!... Dios mio, tú eres testigo de que no queria matar á ese hombre!... Yo no le buscaba!... Por qué, pues, ha venido á interponerse á mis pasos! Oh! Sin embargo, le odiaba bien!... El es quien ha causado todas mis desgracias!... Si se hubiera compadecido de mí, quizá en el dia de hoy no sería un miserable!... No, mi corazon no estaba aun del todo corrompido!... Quedaba en mí algo de humano!... Tenia remordimientos!... El es quien me ha impedido arrepentirme!... No importa! no importa! ah!... creia que odiaba mas á ese hombre!

Se sentó triste y jadeante sobre una caja derribada.

La tempestad seguia por afuera; la lluvia azotaba los tabiques de cristales: Fox estaba en una profunda oscuridad.

—Vamos, repuso, apoyando una mano

sobre su corazon, como para moderar osl latidos; no seamos débiles! A qué vienen estos temores?... á qué estos remordimientos?... Finalmente, soy acaso ahora mas culpable de lo que creia serlo hace dos dias?..... Sí, lo que es esta vez le he muerto bien!... Pero esta muerte no la tenia ya sobre mi conciencia?... Ese hombre me debia: acaba de pagarme su deuda!. .

—Vamos, no quiero pensar mas en ellol....

Mientras tanto, la hora señalada para la cita habia dado: Amelia no venia.

—Vá á venir! pensaba Fox con una alegría llena de terror. Es imposible que deje de venir!.. ama demasiado á su hija! Vamos, un poco de ánimo... quiero cumplir mi destinol todo me favorece... hoy no quiero dejar escapar la ocasion! Amelia aun no puede sospechar lo que acaba de suceder!.... No le asustará el vermel.... Mañana! mañana será demasiado tarde!.. Entre ella y yo habrá un cadáver!....

Esta última palabra le asustó; se levantó y paseaba con agitacion y en silencio.

—Pero no viene! murmuró. Es cosa estraña!.. Sin embargo, me lo juró!.. Dios!... será ella?.. pero no!... me forjo quimeras y fantasmas ridículas!.. Oh cuan débil soy!... No me conozco yo mismo!.. Decididamente los remordimientos han invadido mi alma!.. Oh, Brower! Brower! por qué no tengo aun de conservar un endurecimiento como el tuyo!

Fox se paraba á cada paso para escuchar. De súbito oyó andar á alguna distancia.

—Es ella!... dijo corriendo hácia la puerta. Oh! vamos á huir al instante!.. Todo está pronto!.. Dentro de algunas horas estaremos embarcados!.... Amelia!... Amelia!... eres tú!....

Probó abrir la puerta, estaba cerrada: la movió y golpeó; esfuerzos inútiles.

—Qué significa esto? murmuró Fox, cuyas arterias latian violentamente.

Al mismo tiempo una luz débil apareció por una ventanita redonda, abierta encima de la puerta que comunicaba á la sala embovedada: se oyó un silbido agudo y despues un choque seco y metálico, un ruido

semejante á rápidos latigazos, un ruido que remolinaba y cambiaba de lugar.

Roberto, sobrecogido de miedo, no tuvo ni aun tiempo de reflexionar sobre la naturaleza de aquel choque, cuando de repente sintió envolver y enlazar su cuerpo por una especie de cuerda viviente; la tocó.... era el frio de un reptil!

Quiso huir, pero inútilmente: las ligaduras de una monstruosa víbora aprisionaban sus piernas; apenas podia respirar, oprimido por las escamosas sortijas que le ligaban.....

El pálido rayo de luz que caia de la ventanita venia á iluminar con una débil claridad aquel horrible grupo del hombre y la serpiente. El resto de la grande pieza de cristales estaba sumido en la oscuridad, que solo alteraba uno que otro relámpago.

A través de aquella tinta crepuscular y fúnebre, podia Fox distinguir las prodigiosas dimensiones del reptil, su enorme cabeza, marcada con un hierro de lanza, su boca entreabierta y armada de grandes

y venenosos dientes. El mónstruo le arrojaba al rostro un aliento infecto y le miraba con ojos encarnados como sangre.

—Socorro! Socorro! esclamó Roberto con una voz lamentable.

El infeliz queria morir, pero no tan atrozmente.

Entonces se esforzó para arrancar de su cuerpo aquella víbora que le estrechaba con rábia; mas dió un grito horrible, un grito que salió del fondo de las entrañas... Sus manos estaban acribilladas de bocados!

—Socorro!... á mi!... continuó, luchando con desesperacion.

La ventana se abrió, la cabeza y mano de un hombre aparecieron.

La mano llevaba una luz... Aquel no era M. Philipps, era el pobre Sebastian, el mismo á quien Fox habia precipitado en el estanque creyendo asesinar á su rival.

XIV.

La mano cortada.

Nadie sabria pintar el estupor de Amelia en el momento en que apercibió acababan de cerrarle la puerta con llave por la parte de afuera.

La infeliz estaba como muerta; asi permaneció mas de un cuarto de hora sin tener conocimiento alguno de la realidad; el

pensamiento, la memoria, toda ella estaba paralizada; hasta el corazon casi no latia.

Finalmente, poco á poco se aclararon las ideas en su cabeza, y se acordó de la cita: la hora habia ya dado: no habia ya medio alguno de poder salir; la puerta estaba cerrada.

—Oh! todo esto es un sueño, un sueño atróz! pensaba Amelia. No, yo deliro, no existe tal cita....

Despues se pasó la mano por la frente para desvanecer la nube que la ofuscaba.

—Pero no! esclamó iluminada de un funesto recuerdo: todo es ciertol.... Soy perdida!.. ya no veré á mi hija!!...

Y cayó sin fuerza sobre un sofá.

Al propio instante se abrió la puerta, M. Pilipps entró pálido como una fantasma, brillaba en sus ojos una cruel alegria, y sus labios estaban blancos y contraidos.

—Venid, señora, venid, dijo cogiéndola por el brazo; os aguardan: Amelia tembló; levantó los ojos hácia su marido; pero en el mismo instante los volvió á bajar con un convulso estremecimiento. Habia en la fiso-

nomia de M. Philipps alguna cosa tan fatal y tan amarga, que Amelia sentia licuársele la médula de los huesos.

—Daos prisa, repuso Mr. Philipps, llevándola hácia la puerta; os guardo una sorpresa, una cierta cita que no puede dejar de seros agradable!... Solamente que ha de ser pronto, podríais llegar demasiado tarde, y yo quiero que no perdais nada del espectáculo....

—Por Dios, me asustais!... dijo Amelia cayendo casi de rodillas.

Su marido la sostuvo.

—Un poco de ánimo señora, un poco de valor!... es lo que necesitais ahora!... venid, venid á ver vuestro amante!

—Cielos!...

—Venid á ver á Roberto Fox!...

—Todo lo sabe!...

—Sí!... todo, señora!... todo! Sé que me habeis vendido, deshonrado!... Sé que sois una infame!... pero á mi vez... venid!...

Amelia no podia decir una palabra; ademas conocia que todo seria inútil, que no podia ni aun probar el disculparse; y que era perdida sin recurso.

—Tomad esta luz, señora, y seguidme, dijo M. Philipps arrastrándola siempre hácia la puerta.

Hasta entonces Amelia no habia echado mas que una rápida y temerosa mirada sobre su marido; no habia aun podido notar las manchas rojas y húmedas que le cubrian de pies á cabeza.

M. Philipps no tenia libre mas que una mano; servíase de ella para dirijir á Amelia; la otra no se le podia ver: parte del antebrazo estaba cubierto por una venda ensangrentada.

Pero como Amelia parecia no tener suficiente fuerza para andar y caia de contínuo arrodillada:

—Venid, señora, esclamó M. Philippscon un acento terrible, ya veis que no puedo llevaros!...

Al propio tiempo se arrancó la venda que le envolvia el brazo y descubrió su muñeca mutilada y sangrienta.

XIV.

Conclusion.

Amelia quedó desmayada en su cuarto; M. Philipps no pudo llevarla hasta el invernadero, donde Fox luchaba con las convulsiones de una atroz agonia.

Obligado á abandonar á Amelia sin cono-

cimiento, M. Philipps volvió apresuradamente hácia el teatro de aquella encarnizada y horrenda lucha.

Cuando Fox reconoció á M. Philipps, probó una sensacion semejante á la que sentiria un hombre que acabase de asesinar y enterrar á otro, y que despues viese abrirse la tumba de repente, y reaparecer viva la víctima.

—Es él! es él! decia Fox, medio sofocado por la furiosa presion de la víbora.

—Si, soy yo, Roberto Fox, soy yo!!... Me reconoces, no es verdad?... Dame las gracias!... Te habia preparado esta deliciosa entrevista, estos voluptuosos abrazos... Vamos, agradécelo!...

=Piedad! piedad! venid á socorrerme!... Yo ardo!... tengo plomo derretido en mis venas!... Qué atroces torturas!...

—Sí, bien atroces, no es verdad?... Pero eso no es nada comparado con lo que me has hecho sufrir!... Héte aqui recopilados los años que me he retorcido sobre el potro... Tú has atenaceado todas las fibras de mi corazon... Oh! Tú no sabes lo

que es el amor?... No sabes lo que son celos?... Muere!... muere, pues!... nadie puede salvarte!...

Mientras que M. Philipps exhalaba toda su cólera y venganza, la lucha continuaba mas furibunda é implacable entre Fox y la víbora. Esta ya le habia acribillado á mordeduras; cada vez que sus venenosas quijadas se clavaban en la carne ó en los huesos del miserable, daba un rujido espantoso. Pero flexible á la par que robusto, echaba la cabeza para atrás, y de este modo habia preservado hasta entonces su rostro de las heridas infectas del reptil, al que rechazaba violentamente con sus dos manos convulsas y roidas. Finalmente, redoblando los esfuerzos y energía, con aquel vigor sobrehumano que inspira la desesperacion; arrancó el reptil de su cuerpo, y se lanzó hácia la puerta para romperla.

—Es inútil cuanto hagas! esclamó M. Philipps, con una voz burlona y vibrante, es menester morir, morir con las torturas!... No sientes ya la gangrena que devora tus carnes? Oh! ya arroja espuma

tu boca, tu rostro se vuelve negro!... Es el veneno!...

Fox acababa de caer en tierra, se revolcaba, presa de horribles convulsiones: la víbora se lanzó de nuevo sobre él para devorarle.

—Amelia!... Amelia!... esclamó con una voz moribunda. Oh! si pudiese verte aún! nada mas que un momento!...

—No la verás mas, infame!... Muere!...

—Una sola palabra de tu boca, Amelia!... una frase de perdon. Oh! necesito tu perdon!...

Roberto probó defenderse de nuevo de las multiplicadas mordeduras del reptil, que pasaba y repasaba rozando por encima de él. Aquello era una cosa horrible!

M. Phimps no tuvo valor para burlarse mas; volvió la cabeza para no verle; la luz temblaba en su mano.

—Infeliz! infeliz! dijo con una voz sorda y penetrante: Oh! qué crimen me has hecho cometer!... Yo no había nacido cruel!... y ahora soy un monstruo!...

Fox oyó aquella voz lamentable, que demostraba algo de piedad.

—Ya estoy castigado!.. murmuró. He merecido mi suerte!... Pero Amelia... es un ángel!... Pobre Amelia, he sido tu verdugo... Oh, los malos consejos!... me han perdido... M. Philipps se daba horror á sí mismo; los ardientes lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Hé aquí mi venganza!.. dijo amargamente, Fox había cesado de hablar; sus ojos giraban dentro de sus órbitas, sus labios estaban cubiertos de una sangrienta espuma; un horroroso hipo agitaba su pecho.

De repente se incorporó á medidas sobre una mano, pareció reanimarse por un momento, y sacando una cartera del bolsillo, esclamó:

—Favor!... piedad para Amelia!... dadle esta cartera... eucier... ra...

Su voz se estinguió con un suspiro: no pudo añadir mas que:

—Amelia, perdónamel... Vela... por... tu... hi... ja!...

—Su hija! repitió M. Philipps con un acento que no se puede esplicar...

Roberto no era ya mas que un cadáver negro y descompuesto.

Una hora despues, M. Philipps exhalaba el último suspiro: la desesperacion habia destrozado su corazon.

Antes de morir aquel hombre inflexible tuvo el valor de perdonar.

La cartera de Roberto contenia todas las noticias necesarias á Amelia para encontrar á su hija. La infeliz madre partió inmediatamente; le era forzoso vivirl... Sola en el mundo, qué hubiera sido de la pobre huérfana Polly?...

Como poseia cuantiosos bienes, tuvo Amelia suficientes recursos para educar á su hermosa hija con la opulencia que podria desearle, segura de hacerla feliz con los cuidados que le prodigaba, propios de una madre tierna y apasionada.

FIN.

Obras de recreo que se hallan de venta en la imprenta de Gomez, calle de la Muela núm. 32.

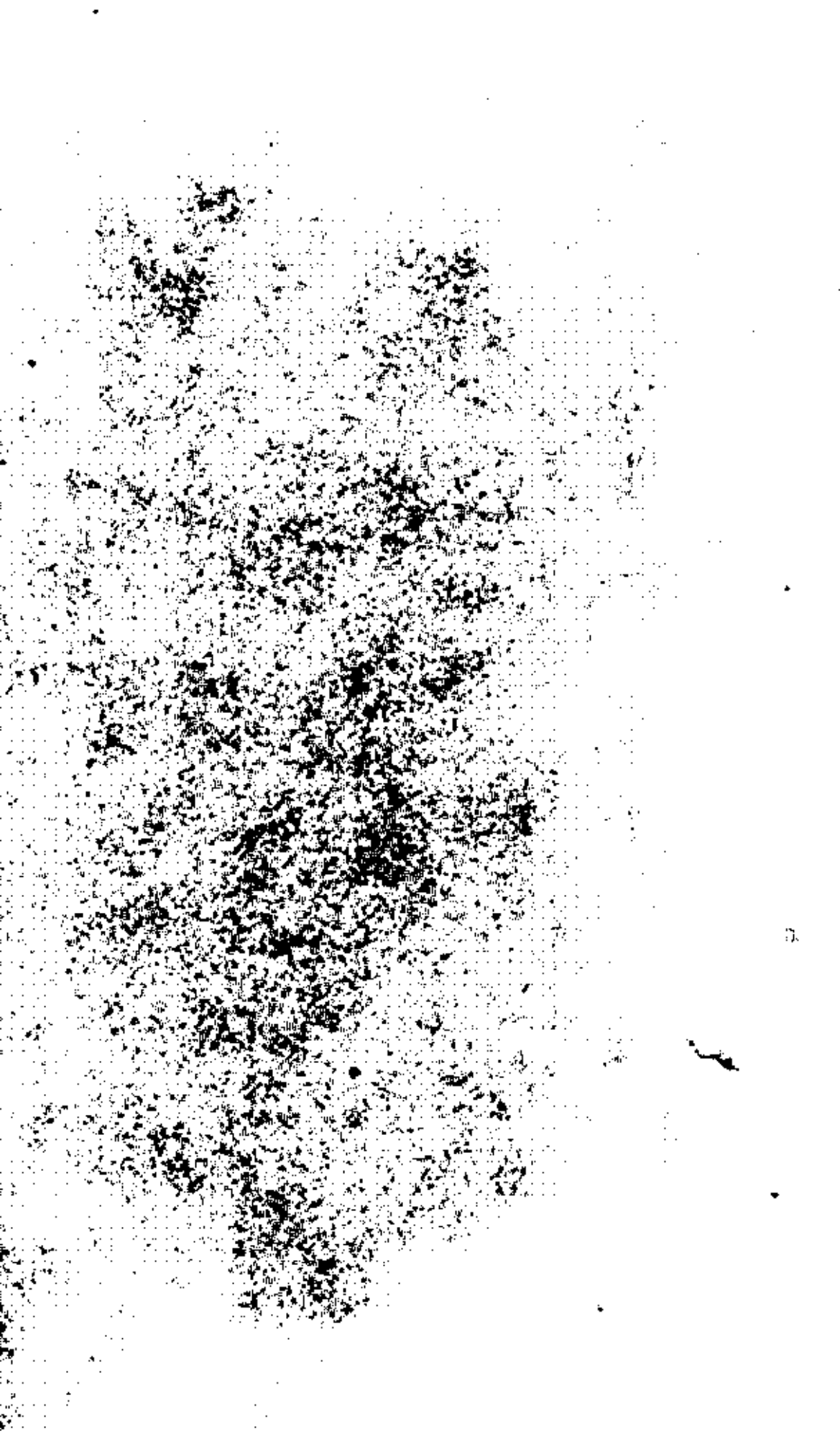
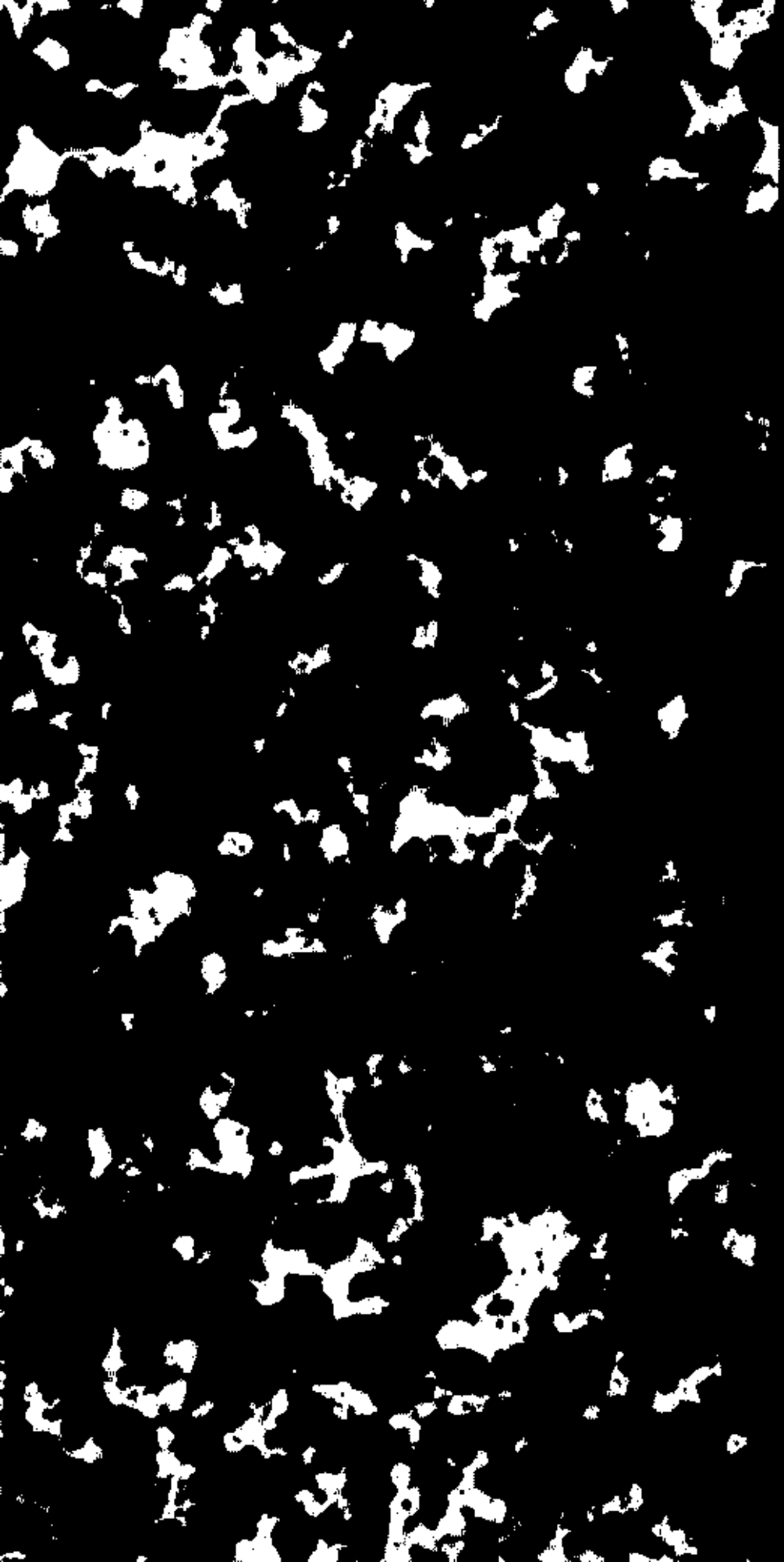
La Historia de los Girondinos.=*Los misterios de Londres.*=*Elina ó Sevilla por dentro.*—*Gardiki, por Sué.*=*Zanoni, por Bulwer.*= *La Jóven Regente, por Masson.* —*La Duquesa de Mazarin, por Lavergne.* —*El Marqués de Zurville, por Sué.*=*El Hijo del Diablo, por Paul Feval.*—*El Caballero de la Casa Roja, por Dumas.*— *El Aventurero Castellano.*—*El Marqués de Pombal.*—*Los Ultimos dias de un pueblo.*=*Lo que es el Mundo ó Memorias de un Escéptico.*—*Doña Mercedes de Castilla ó el viaje á Catay.*—*Guy Mannering ó el Astrólogo, por Walter Scott.*—*La Nave Fantasma.*—*Los Pretendientes, por Soulié.*—*A la Reina no se toca.*—*El Manto de Deyanira.*—*La Profesion Fastrada.* —*El Barbero de Paris.*—*Las dos Dianas.*—*Los Cuarenta y Cinco.*=*El Tribunal Secreto.*—*El Amante de la Luna.*— *El Comendador de Malta.*—*Teresa Dunoyer.*—*La Baronesa de Aergenthin.*—*El Bastardo Agenor de Mauleon.*—*Helena.*

ó el Amor y la Guerra.—El Vizconde de Bezier.—Un Recluta.=Los Fanfarrones del Rey, por Féval.—Los Siete Pecados Capitales: La Soberbia, La Ira, la Envidia, La Lujuria y La Pereza.=Rafael ó página de los veinte años, por Lamartine.=El Trage de boda, por Dumas.=Elena de Orleans, por Dumas.=Paulina, por Dumas.=Martin el Espósito, por Sué.=El Aventurero Castellano, por Gabriel Sanchez de Castilla.=Las Memorias de un Médico, por Dumas.=Enrique de Lorena, por Soulié.=Paulina, por Laverygne.—Gabriel Lambert, por Dumas.=Una Revolucion en Venecia, por D. J. J. de Arena.—Juana ó los tres mercados de flores, por Paul de Kock.=La Juderia de Sevilla, y establecimiento de la Inquisicion.

Tenemos en prensa la interesante obra titulada EL CAPITAN PABLO, por el célebre Dumas, la que repartiremos á la mayor brevedad.

Tambien repartiremos de la biblioteca de Cádiz, la graciosísima y moralísima produccion del festivo Paul de Kock, titulada: LA LINDA MUCHACHA DEL BARRIO.

5.000

3 tons e 1 vol

- AN
- LUI
- SXIX